



*Claudia Cardozo*

*En busca  
de un hogar*

*R*

En busca de un hogar  
Claudia Cardozo

Edición en Formato digital:

Junio 2015

Título Original: En busca de un hogar

©Claudia Cardozo, 2015

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Imagen de portada © heckmannoleg

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

Corrección: Gloria Pujula Font

ISBN: 978-84-943737-6-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

## PRÓLOGO

*Londres, 1890*

Juliet Braxton odiaba Inglaterra.

Bueno, esa afirmación no era del todo cierta; en realidad le gustaba mucho, pero no lo reconocería frente a su abuela a menos que la amenazara con arrancarle los pulgares, y aún así estaba segura de que hubiera podido soportar unas cuantas horas de tortura con bastante aplomo.

Porque si algo podía asegurar era que ella jamás comprendería a cabalidad el motivo por el que mostraba tanta aversión a ese país, pese a lo simple que resultaba; lo único que quería era volver a su hogar.

Sí, porque Juliet no era inglesa, aunque a su abuela le encantara fantasear lo contrario. Era una orgullosa americana, con sangre de inmigrantes corriendo por sus venas, y pese a los intentos de su abuela, la ilustre y muy digna Lady Victoria Ashcroft, su mayor anhelo era subirse al barco más cercano y navegar hasta esa tierra que tanto amaba.

Sus recuerdos más preciosos transcurrieron allí, en la felicidad de esa mansión que su padre empezó a soñar al día siguiente de conocer a su madre, según le contaban ambos frente al fuego de la chimenea, cuando era apenas una niña pequeña y escuchaba sus relatos con los grandes ojos abiertos como platos.

No lograba comprender del todo el significado de cada una de sus palabras, pero sabía que el amor que se profesaban el uno al otro era equivalente al que sentían por ella, y eso era suficiente.

Debieron pasar algunos años para que ella pudiera apreciar la historia de su amor en toda su magnitud.

Su madre fue una jovencita inglesa, de buena cuna y muy bella, que insistió en acompañar a su padre en uno de sus viajes al otro lado del océano, pese a las protestas de la familia. Pero Lord Ashcroft tenía debilidad por su única hija y, considerando que su debut en sociedad estaba muy próximo ya, creyó que bien podría darle el gusto de conocer ese país que a él le

maravillaba, como una última aventura compartida.

Lo que no pudo prever fue que una vez allí conocería al hombre que le robaría el corazón y por el que decidiría dejar atrás todo lo que se esperaba de ella.

Nada de presentaciones en la corte o bailes de tímidas debutantes; su lugar estaba junto a Edward Braxton, ese joven heredero de una fortuna trabajada a fuego y acero, literalmente, en los muelles de esa gran ciudad llamada Nueva York, que ahora la acogía como un segundo hogar.

De haberse tratado de un hombre de poca riqueza, tal vez habría resultado más sencillo imponerse a los deseos de la joven Katherine, pero como no era el caso, y este se encontraba en una excelente posición para ofrecerle todas las comodidades a las que estaba acostumbrada, no hubo forma de que Lord Ashcroft pudiera negarle la mano de su hija. Y con el pasar de los años, al ser testigo de su inmensa felicidad, no pudo menos que congratularse por la decisión adoptada.

Pero el destino puede ser muy cruel, y con frecuencia el amor no es suficiente para asegurar la dicha eterna. La madre de Juliet murió de una afección pulmonar totalmente inesperada; apenas resistió unos días de agonía antes de fallecer, dejando a un esposo inconsolable y a una pequeña niña de seis años que no podía hacerse a la idea de que jamás volvería a contemplar la sonrisa de su madre.

Edward Braxton nunca pudo recuperarse de la pérdida, pese a que amaba a su hija con todas sus fuerzas y tenía por mayor anhelo asegurar su felicidad. Se negó a permitir que la pequeña Juliet fuera enviada a Inglaterra, tal y como exigían los parientes de su fallecida esposa, especialmente la madre de esta, que nunca vio con buenos ojos su unión, y ahora reclamaba a su nieta para encargarse de su crianza.

Durante cinco años se entregó al trabajo y a hacer feliz a su pequeña, brindándole todas las comodidades, su tiempo, y amor. Y aún cuando la ausencia de la madre era un agujero infinito en sus corazones, aprendieron a vivir con esperanza y ánimo en el futuro.

Lamentablemente, pocas semanas después de su décimo primer cumpleaños, Juliet se vio nuevamente obligada a despedirse del que había

sido su compañero más querido desde que tenía memoria. Edward Braxton dejó de existir una mañana de abril, preso de una fiebre adquirida de forma inexplicable. Apenas tuvo tiempo para acariciar los rizos de su pequeña antes de expirar.

Aún cuando Juliet contaba con la protección de su precavido padre, que había dispuesto que toda su fortuna fuera para ella en cuanto cumpliera los veintiún años de edad, siendo apenas una niña necesitaba la protección que solo un adulto podría proporcionarle. No faltaron personas en su país que se ofrecieran gentilmente y por amor a sus padres, a encargarse de ella, pero una vez más, desde el otro lado del mar, su abuela hizo oír su voz, y esta vez tuvo éxito en sus pretensiones. Su nieta iría a Inglaterra a vivir con ella, lo deseaba o no.

Juliet lloró desde el momento en que debió colocar sus muñecas en los pesados baúles que las doncellas habían preparado para el largo viaje, hasta su llegada a la costa de ese país que le resultaba por completo desconocido.

La presencia de esa abuela imponente a la que jamás había visto no consiguió más que aumentar su angustia. Pero una vez allí, enfrentando su destino, recordó las enseñanzas de su padre, que le infundió siempre el coraje frente a la adversidad y la fuerza necesaria para afrontar los cambios repentinos con esperanza.

De modo que tan pronto como llegó a la mansión de su familia materna, decidió que se comportaría tal y como su padre esperaba de ella, y que llegado el momento, cuando pudiera decidir por sí misma, retornaría al que consideraba su único y verdadero hogar.

# CAPÍTULO 1

El Conde Arlington se enorgullecía de su habilidad con los caballos; en numerosas ocasiones había logrado ridiculizar a más de un petimetre arrogante que creyó divertido retarlo a una carrera.

Esa tarde, sin embargo, mientras cabalgaba por el pequeño bosque a unas cuantas leguas de su propiedad, iba tan ensimismado en sus sombríos pensamientos, que no prestaba mayor atención al camino.

Acababa de sostener una fuerte discusión con su madre que lo había dejado exhausto y malhumorado; la única vía de escape que encontró para poder pensar con tranquilidad fue tomar un caballo y cabalgar tan lejos como le fuera posible.

No temía a su madre; en un hombre de su edad y posición aquello hubiera resultado ridículo. Pero tal vez fuera el profundo amor que le profesaba lo que inspiraba ese fastidio al verse envuelto en la misma disputa una y otra vez.

¿Qué podría querer una mujer inteligente y amorosa como ella de su único hijo? Bueno, era muy sencillo de adivinar; deseaba verlo casado, y a la mayor brevedad posible, para más señas.

Desde luego que el conde comprendía su esperanza; su madre no había mostrado más que simple y sencilla adoración por él desde que tenía memoria, y era lógico suponer que esperaba hacer otro tanto con los futuros nietos que él tan egoístamente se negaba a procrear; esas debieron ser sus palabras, no estaba del todo seguro, nunca podía estarlo con su madre, que cuando le convenía, usaba las expresiones menos apropiadas para una dama.

Para ser honesto consigo mismo, a veces sentía lástima por ella, sabía que encontraba la enorme casa que habitaban como un lugar vacío y falto de vida. Sus continuos viajes no ayudaban en absoluto, y su madre, que prefería el campo a los vaivenes de Londres, pasaba mucho tiempo a solas, sin más compañía que la de los sirvientes y algún pariente obtuso que aprovechaba su ausencia para disfrutar de las comodidades de Rosenthal Hall.

Él, en cambio, y casi le avergonzaba reconocer su egoísmo, prefería esa vida plácida de soltero empedernido, sin más responsabilidades que las de llevar las riendas de su familia de forma apropiada, labor que estaba seguro cumplía con creces.

Largas temporadas atendiendo sus negocios en Londres, viajes al extranjero que no resultaban tan placenteros como hubiera deseado, y muchas preocupaciones para mantener a la familia correctamente provista.

Por consiguiente, en su opinión, hubiera sido poco menos que absurdo involucrarse en un asunto tan espinoso como buscar una mujer apropiada para convertirla en la señora de Rosenthal. Desde luego que aceptaba su obligación de engendrar un heredero en cierto momento, pero con veintiocho años no creía estar tan cerca de la senectud como para ir con prisas.

Cuando fuera el momento propicio, organizaría sus asuntos para pasar una temporada en Londres, socializaría con jovencitas apropiadas y sus astutas madres, y escogería a la que pudiera desempeñar mejor el lugar que estaba dispuesto a ofrecer, el cual no era nada deleznable.

¿Un poco cínico? Quizá, pero honesto y práctico, dos cualidades de las que también se encontraba muy orgulloso.

De modo que su incomodidad, a su parecer, era más que justa. Deseaba paz en los escasos momentos de descanso que podía permitirse, pero se veía en la necesidad de prácticamente escapar de casa como un adolescente imberbe por causa de su madre.

Insólito.

El sentimiento de culpabilidad daba paso a la ira, y curiosamente eso le hizo sentir mucho mejor, aunque no por ello tuvo más cuidado en su cabalgata. Tal vez hubiera sido buena idea escoger un caballo menos bravío para ese escape tan poco decoroso, y aún mejor, mantener la vista en el camino.

Sin embargo, pero cuando reparó en estos dos detalles tan importantes, era ya muy tarde; algo debió asustar a Byron, que se encabritó, tirándolo de la silla, y nunca se enteraría de cuál fue la causa porque en ese momento su más grande preocupación fue caer con el mayor cuidado, todo el que se puede

tener en un momento como ese para al menos no romperse el cuello.

Luego daría gracias al cielo por haber logrado caer en terreno blando, pero en ese instante lo único que deseaba era recuperar todo el aire que parecía haber escapado de sus pulmones, dejándolo con la respiración agitada y la vista borrosa. Su mente funcionaba a toda velocidad, la suficiente para identificar el espantoso dolor que empezaba a circular de su pie derecho a la rodilla, y de no sentirse tan mal hubiera encontrado una forma de incorporarse.

Habría pasado valiosos minutos en ese trance, pero la fortuna quiso que cuando estaba a punto de desvanecerse unos pasos ligeros se acercaran con rapidez a donde él se encontraba. No podía levantar la cabeza o articular palabra, pero escuchaba perfectamente lo que se decía a su alrededor.

—¡Daniel, por Dios, olvida el caballo! Está mucho mejor que este pobre hombre.

Suponía que con “pobre hombre” esa voz se refería a él, e intentó recordar cuándo fue la última vez que alguien lo llamó así.

—Va a perderse.

—Lo dudo, parece ser de la zona, encontrará el camino de vuelta a casa; ahora, ayúdame con él, vamos.

El conde abrió y cerró los ojos hasta que empezaron a lagrimear, inquieto por el giro que estaban tomando los acontecimientos. ¿A quienes pertenecían esas voces? Nunca las había escuchado.

Eran jóvenes, mucho, eso era seguro; una pertenecía a un muchacho, el llamado Daniel, suponía; la otra era delicada, femenina y con cierto deje gruñón que habría encontrado gracioso en otras circunstancias.

—Creo que se ha roto el pie —La voz era de la joven, y se oía casi a su altura ya.

—Siempre pensando lo peor...

—Y usualmente acierto, no lo olvides.

El conde hubiera deseado poder hablar para decirles que dejaran de discutir

y le ayudaran o al menos que simplemente callaran, porque sentía que su cabeza iba a estallar en cualquier momento.

Pero no fue necesario que pensara más en ello, porque la cosa más sorprendente ocurrió a continuación.

De pronto, mientras miraba al cielo y sentía sus oídos zumbando, una visión se presentó ante sus ojos. Era lo más bello que había visto jamás, lo que le hizo pensar que tal vez después de todo sí que se había roto el cuello.

Nunca, en todos los años de su vida, había contemplado unos ojos tan azules, cutis más terso y unos labios tan rosados. Ese ángel que lo observaba con el ceño fruncido, lo que le pareció un poco extraño, porque en su opinión los ángeles no deberían hacer tal cosa, llevaba sus largos cabellos apenas atados con descuido, y los mechones cayeron a ambos lados de su rostro cuando se agachó a su lado para mirarlo con más atención.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Rezar?

El ángel se acercó aún más, sin dejar de contemplarlo, y cuando esperaba a que empezara a recitar alguna letanía acorde a la ocasión, le hizo una pregunta de lo más extraña.

—¿Cuántos dedos ve?

Tras pasar las últimas semanas en Londres con su abuela y primo, Juliet recibió la noticia de su visita al campo como una flor recibe el rocío en la primavera; no pudo sentirse más feliz ante la perspectiva de cambiar de aires y disfrutar de la paz que encontraría en las praderas, lejos de la ciudad.

Si bien, gracias a que acababa de cumplir dieciocho años, y a que su abuela había postergado su debut en sociedad la temporada anterior, no tendría la misma suerte con la venidera, y además, tampoco se había librado de tener que departir con infinidad de amistades de la familia que visitaban la residencia Ashcroft. A muchos los conocía, claro, su abuela se encargaba de ello, pero no por eso le resultaban más interesantes.

Una vez escuchó a escondidas cierta conversación sostenida por dos de sus tías lejanas, Dios la librara de que su abuela se enterara, en la que hablaban de ella, y aún le ardían las mejillas tan solo de recordarlo.

Según estas, esperaban que tan pronto como hiciera su debut en sociedad, recibiera una buena cantidad de propuestas matrimoniales, y lo mínimo que estaba dispuesta a aceptar su abuela era a un conde. Después de todo, aún cuando su padre no fue un hombre de buena cuna, o lo que ellas consideraban como tal, dicho detalle carecía de importancia cuando se tomaban en cuenta los antecedentes de su familia materna, su belleza, y lo que más le disgustó oír, su fortuna.

Claro, como si la idea de que un hombre deseara casarse con ella solo por su apariencia y dinero fuera algo agradable para oír.

A diferencia de otras jóvenes de su edad, a Juliet la idea del matrimonio no la sumía en ensoñaciones y suspiros; al contrario, a su parecer el casarse solo complicaría sus planes de volver a América.

Cierto que no había tratado a muchos hombres, por supuesto, pero conocía a varios jóvenes que asistían con frecuencia a las veladas en la residencia Ashcroft y ninguno le había causado una gran impresión. Tal vez uno o dos le habían resultado agradables a la vista, y hasta simpáticos una vez que entablaron conversación, pero nada más.

El único ejemplar del género masculino con el que se sentía plenamente cómoda y a quien apreciaba con un cariño sincero, era su primo Daniel. Y ya que lo veía como a un hermano, era lógico suponer que no podía incluirlo en sus cálculos.

De modo que esa era su situación actual; pasaba casi todo el tiempo con su abuela y con su primo, quien tenía por familia más cercana a un padre que viajaba casi todo el año, de modo que se había convertido ya en una presencia constante en su vida. Era difícil imaginar el día a día sin él, aún cuando la mayor parte del tiempo discutían, si bien sus disgustos no les duraban mucho tiempo; se parecían mucho y eso les permitía comprenderse con facilidad.

La llegada al campo, a la propiedad de unas queridas amistades de la familia, que contaban con acres y acres de terrenos, amén de una casa de ensueño, fue muy bien recibida por Juliet. Y el saber que no solo iría en compañía de su abuela, sino también de Daniel fue un gran alivio; así tendría con quien divertirse.

Los primeros días ambos debieron controlar sus ansias de explorar, ya que

los dueños de la casa deseaban tenerlos a la vista casi todo el tiempo, cosa que a ella le costaba comprender, porque no podía imaginar qué encontraban de interesante en dos muchachos de apenas dieciocho y diecinueve años, a cuál más taciturno.

Pero tan pronto como agotaron todos los temas de conversación, se encontraron en libertad de recorrer la casa y los grandes jardines a su gusto. Su abuela, que usualmente los seguía con ojos de halcón, quizá suavizada por el ambiente bucólico, les permitió dar paseos más largos y hasta pedir caballos prestados para visitar los terrenos siempre y cuando no se alejaran demasiado.

Fue precisamente una de esas mañanas en que llevaban a los alazanes de las riendas mientras admiraban el paisaje, que oyeron ese relincho tan poco común, y decidieron acercarse para ver lo que pasaba.

Su abuela se habría disgustado de saber que habían desobedecido sus órdenes al dejar los lindes de la propiedad, pero de haberlo hecho no habrían sido testigos de ese accidente.

Cuando observaron al jinete caer del caballo, intercambiaron una mirada espantada, y mientras Daniel se hacía cargo de sus monturas, Juliet corrió hasta el hombre que a duras penas respiraba sobre la grama.

Dio pasos cortos, aterrada ante la posibilidad de encontrarlo muerto, pero rápidamente comprobó que su pecho bajaba una y otra vez, si bien la dificultad era notoria, lo mismo que el extraño ángulo de su pie derecho.

Cuando vio que Daniel, en lugar de ayudar, parecía más preocupado por el caballo que se alejaba al galope, lo llamó al orden, y después terminó de recorrer la escasa distancia que la separaba del hombre caído.

Sin pensar en su vestido, se arrodilló, se echó el cabello hacia atrás y examinó al herido, que le devolvió la mirada de un modo tan extraño que empezó a parpadear, sin comprender muy bien ese raro agitar que sentía en el pecho.

Tal vez se debiera a que nunca había estado tan cerca de un hombre como este; a pesar de la caída y el poco atractivo estado en el que se encontraba, no podía negar que tenía unos rasgos muy agradables a la vista, con un cabello

claro y espeso, y unos ojos que a simple vista parecían grises, aunque tal vez tuvieran algo de azules, era difícil asegurarlo por la forma en que la miraba.

Entonces, recuperando el aplomo, dijo lo primero que hubiera preguntado su padre para comprobar el estado de una persona en semejantes circunstancias. Alzó la mano de modo que pudiera verla, y le preguntó cuántos dedos mostraba.

El pobre hombre debía de encontrarse más confundido aún de lo que parecía, porque no le contestó, sino que continuó con la vista fija en su rostro, lo que empezó a perturbarla, y se sintió muy agradecida cuando Daniel llegó a su lado.

—¿Está bien?

—¿Te parece que está bien? —Se arrepintió de inmediato por su respuesta cortante; Daniel no tenía la culpa de su incomodidad—. Insisto en que se ha roto el pie, ¿qué podemos hacer?

Se volvió hacia su primo, en parte para oírle mejor y también para retirar la mirada de esos ojos que no le quitaban la vista de encima.

—No lo sé, supongo que lo mejor será sacarlo del camino y llevarlo a un doctor, por supuesto —Daniel tenía una maravillosa habilidad para señalar siempre lo evidente.

—Estoy de acuerdo, pero creo que la pregunta es cómo haremos eso; obviamente no podemos moverlo sin ayuda, y en todo caso no estoy segura de cuál será el mejor lugar para llevarlo.

—¿Con los Sheffield? —Se refería a sus anfitriones—; ellos conocerán a un médico, es más, posiblemente sepan de quién se trata, quizá sea uno de sus vecinos.

¡Por supuesto! ¿Cómo no se le había ocurrido a ella?

—Tienes razón, pero, si es así, tal vez su casa esté aún más cerca que la de los Sheffield.

—Ayudaría si dijera algo...

Juliet no pudo menos que estar completamente de acuerdo con esa frase,

¿se habría golpeado tan fuerte la cabeza que no podía recuperar el habla aún?

—Señor —Se agachó una vez más, mirándolo con atención—, por favor, haga un esfuerzo, deseamos ayudarle; si fuera tan amable de decirnos su nombre, en qué dirección se encuentra su casa...

Su reacción la sorprendió tanto que un gemido escapó de su garganta; el hombre alzó el brazo con una rapidez sorprendente para su estado, y tomando su muñeca con fuerza, la atrajo hacia sí.

—Rosenthal —susurró, antes de perder el conocimiento.

## CAPÍTULO 2

Cuando Robert Arlington recuperó la conciencia, le costó un momento recordar todo lo acontecido, por lo que mantuvo los ojos cerrados el tiempo necesario para aclarar su mente.

Buscando en su memoria, recordó la caída del caballo y dedicó unos segundos a pensar en qué habría ocurrido con él, pero pronto esa preocupación varió en la extrañeza de la última imagen que podía rememorar.

Ese excepcional ángel... no, no se trataba de un ángel, era una joven, la misma que se ofreció a ayudarlo en ese momento de desesperación. No podía recordar qué había pasado en cuanto logró decirle el nombre de su propiedad, suponía que fue entonces cuando perdió del todo el sentido.

Un aroma a flores acudió a su memoria, el mismo que sintió cuando la joven se hincó a su lado para hablar con él; un perfume dulce y poco común, tanto como ella.

Ya más tranquilo, al constatar que su memoria no había sufrido mayores daños, abrió los ojos para comprobar que, tal y como sospechaba, se encontraba en su propia cama, en Rosenthal Hall.

Contempló la figura que permanecía a escasos metros, recostada sobre su sillón favorito, y dirigió la vista a su pie, exhalando un suspiro fastidiado al comprobar lo que tanto temía. Entablillado, y con vendajes que lo cubrían hasta la rodilla, este descansaba sobre un almohadón.

—¡Robert! Dios mío, ¿cómo te encuentras? —Desde luego, fiel a su costumbre, se respondió a sí misma—. Debes de sentirte terrible; estás tan pálido, espera un momento, voy por el doctor Granwood.

—Madre...

Aún cuando su voz no hubiera brotado tan débil y ronca como un graznido, su madre no le habría hecho el menor caso, algo a lo que estaba por completo acostumbrado. Era una mujer enérgica y decidida que, como podía asegurar, haría todo lo que estuviera a su alcance para proteger a los suyos.

Volvió tan solo unos minutos después acompañada del médico de cabecera de la familia, el ya muy anciano doctor Granwood, que a duras penas lograba seguirle el paso.

—Milord, me alegro de que recuperara el conocimiento tan pronto — comentó el galeno, en tanto abría su maletín para hacerse con los instrumentos necesarios a fin de auscultarlo.

—¿Ha pasado mucho tiempo? Me siento algo mareado...

—Es por el láudano, milord, le administré una pequeña dosis para poder encargarme de su pie; debemos dar gracias de que resultó sencillo componerlo, y con unos preparados que voy a recetarle soldará muy pronto.

—¿Cuánto tiempo cree que será necesario? —Su madre, a solo unos pasos de distancia, se adelantó a su pregunta.

—Tratándose de un hombre joven y fuerte, como es su señoría, no puede tardar más de un mes.

—¿Un mes?!

El conde le dirigió una mirada socarrona a su madre, que tuvo el decoro de sonrojarse por su exabrupto.

—Bueno, un mes no es mucho tiempo, claro —se apresuró ella a añadir, tras aclarar su garganta—; lo importante es que se recupere por completo.

—Y así será, milady, en gran medida gracias a que se actuó con la debida premura —El doctor dejó sus instrumentos y lo miró desde su altura—; debe de estar muy agradecido al joven que lo socorrió.

Robert pestañeó con rapidez, haciendo lo posible por comprender sus palabras.

—¿Joven? ¿A quién se refiere?

Su madre se adelantó a responderle.

—Al que te trajo a casa, por supuesto —indicó—. Me siento muy avergonzada por no haber preguntado su nombre, pero al verte en la carreta sufrí tal sobresalto que no pude pensar más que en ir por ayuda.

Lo que Robert escuchaba no tenía mayor sentido. Un joven, una carreta, no entendía nada.

—Madre, dices que un joven me trajo aquí, en una carreta, ¿podrías explicarte?

—Tal y como lo oyes, ¿no lo recuerdas? —Su madre se adelantó unos pasos para ocupar la silla al lado de la cama, justo después de que el médico amablemente le hiciera un gesto—. Acababa de dejar mi costura cuando unas voces en el patio llamaron mi atención y bajé a toda prisa; ahora que lo pienso, debí presentir que algo te había pasado.

—¿Qué ocurrió luego? —la instó a continuar.

—Bueno, este joven hablaba con dos de los lacayos y Bates —Se refería al mayordomo—, que se apresuraron a ayudar para subirte a tu habitación en tanto enviaban a alguien a buscar al doctor Granwood; apenas alcanzó a explicarme que te había visto caer del caballo, y en cuanto le dijiste el nombre de la propiedad corrió al camino, donde encontró al dueño de la carreta, que es uno de los arrendatarios de las granjas, por cierto, y juntos te trajeron a casa. Se lo agradecí profundamente, claro, pero como te he dicho ya, no le presté toda la atención que merecía.

Robert agitó la cabeza ligeramente, aún un poco confundido. Suponía que el joven de quien hablaba su madre debía de ser el mismo con quien la muchacha hablaba en el camino, pero él no alcanzó a verlo antes de desmayarse. ¿Y qué habría pasado con ella?

—Y este joven... ¿estaba solo?

Su madre juntó ambas cejas, como hacía siempre que algo la desconcertaba.

—Bueno, solo no, por supuesto, le acompañaba el granjero.

—Sí, sí, eso lo recuerdo, me refiero a si no le acompañaba nadie más; además del granjero, claro.

Lady Elizabeth hizo un movimiento enérgico, muy similar al de su hijo.

—No, en absoluto, lo habría notado —Se adelantó en la silla, con una mirada interesada—; ¿por qué lo preguntas? ¿Recuerdas a alguien más?

Robert negó de inmediato, no queriendo mencionar a la misteriosa joven de la que ni siquiera conocía el nombre, y tal vez fuera lo mejor. Después de todo, si paseaba por el campo con un muchacho y sin supervisión, revelar su presencia solo la pondría en problemas, siempre y cuando pudiera saber de quién se trataba.

—No, madre, apenas puedo recordar al joven que mencionas —respondió al fin—; debe de ser por el impacto de la caída y el láudano.

El médico se adelantó para inspeccionar sus rasgos, con ademán concentrado y profesional.

—Desde luego, milord, le recomiendo que procure dormir; verá que en cuanto despierte se sentirá mucho mejor.

—Claro, excelente idea —aprobó la condesa.

Luego, sonrió con cariño a su hijo, se encargó de correr las cortinas, e hizo un ademán al médico para que la siguiera fuera de la habitación.

Una vez que se encontró a solas, Robert cerró los ojos, y poco antes de quedarse dormido, un rostro acudió a su memoria, el mismo que lo acompañó en sus sueños.

Juliet miraba una y otra vez a Daniel por encima del arreglo floral que adornaba la mesa de los Sheffield durante la cena, y si bien su primo la miraba con el mismo nerviosismo, hizo un gesto de negación tan sutil que solo ella captó.

De modo que no le quedó otra opción que ahogar un suspiro y volver la atención a su plato.

La charla de su abuela y los señores Sheffield, una pareja mayor y agradable, que no habían tenido más que gentilezas para con ellos, no tenía cuando acabar. Desde luego que en circunstancias normales se habría comportado a la altura de lo que se esperaba de ella, pero no creía encontrarse en un momento muy normal de su vida.

Se sentía extremadamente angustiada por el destino del hombre que ella y Daniel habían auxiliado en el camino, esa tarde, y hubiera deseado poder

hablar con él al respecto. Pero ya que desde su llegada no habían estado un solo momento a solas, su preocupación continuaba intacta.

Solo podía esperar que su lesión no resultara tan grave como señalaban los síntomas, y que Daniel hubiera logrado llevarlo de vuelta a su casa en el momento correcto para que un doctor se encargara de atenderlo a la mayor brevedad posible.

No podía creer en la buena fortuna que les había lanzado un salvavidas en el instante menos pensado.

Tras el susto que le provocó esa súbita reacción del hombre, tomándola del brazo con desesperación para susurrar una palabra que apenas logró captar, tanto ella como su primo se sintieron completamente desconcertados.

Discutían acerca de la conveniencia de llevarlo a la mansión de los Sheffield, o preguntar por el camino la ubicación de Rosenthal, cuando un granjero caído del cielo se acercó a ellos en su carreta, y al ver al hombre tendido en la grama, se apresuró a correr en su ayuda.

Al parecer éste era su arrendador, “el conde”, lo llamó, y les indicó que su residencia se encontraba a escasa distancia, ofreciéndose a llevarlo en la carreta. Fue una suerte que Daniel pensara en lo inconveniente que hubiera resultado su presencia, aconsejándole que regresara a la casa de los Sheffield en tanto él acompañaba al granjero.

Tan solo pidió que le dejara un caballo para regresar en cuanto cumpliera con su labor, y así ella podría valerse del otro, idea con la que desde luego estuvo de acuerdo; no quería ni pensar en lo que diría su abuela si se enterara de la aventura en la que se había involucrado.

Pero no por ello se sentía mejor, hubiera preferido contar con unos minutos para hablar con Daniel y que éste pudiera contarle qué había pasado, con quién dejó al herido, y si se aseguró de que fuera correctamente atendido.

Volvió su atención a la conversación en la mesa cuando notó que su primo tomaba la palabra; eso era extremadamente inusual.

—Sí, pasamos una mañana muy agradable, sus campos son extraordinarios; nunca había visto unos tan bien cuidados —Sus anfitriones estaban encantados por los halagos de Daniel—, y los terrenos aledaños son

también muy impresionantes.

—Bueno, muchacho, te diré algo —El señor Sheffield, un hombre regordete y bonachón, infló el pecho, orgulloso—. Cuando tengas tu propio hogar, harás todo lo que esté en tu mano para hacer de él el mejor; es la labor de todo hombre que se precie de serlo.

Daniel sonrió de lado, asintiendo; solo Juliet pudo ver que no estaba completamente de acuerdo con esa sentencia, y no le extrañó, ya que su primo usualmente no compartía la opinión ajena.

—Sus vecinos parecen compartir esta filosofía —reanudó la charla—. Lo menciono porque al regresar pudimos apreciar algunas propiedades muy interesantes, ¿no es verdad, Juliet?

—Por supuesto, es muy cierto —Empezaba a entender cuáles eran sus intenciones.

—Debieron pasar por la mansión Prescott, es un lugar hermoso, y queda a muy corta distancia —La señora Sheffield, que guardaba un curioso parecido con su esposo, tomó parte en la conversación.

—En realidad, no preguntamos los nombres de las residencias, solo pasamos por allí; pero creo haber escuchado a unos hombres en el camino hablando de un lugar llamado Rosenthal, decían que era una de las propiedades más importantes de la zona.

Juliet prestó mucha atención a sus anfitriones, y vio con sorpresa que ambos intercambiaban una mirada de contrariedad.

—Sí, Rosenthal, por supuesto, un lugar encantador —La señora Sheffield fue la primera en recuperar la sonrisa—. Me temo que hace mucho que no lo visitamos, nos resulta un poco alejado...

Por la expresión en el rostro de Daniel, no fue difícil adivinar que la señora no decía precisamente la verdad.

—Es curioso, oí que estaba a tan solo unas leguas.

—Rosenthal —La intervención de su abuela fue bien recibida por los anfitriones—; claro, la recuerdo, un hermoso lugar. ¿No pertenece al Condado de Arlington?

—Precisamente, así es —La señora Sheffield asintió.

—Conocí al anterior conde, un hombre muy agradable, lamenté enterarme de su muerte tan temprana —Lady Ashcroft hizo un gesto de pesar—. Vi a su hijo alguna vez, cuando era apenas un niño pequeño, ¿cómo se ha desempeñado hasta ahora?

Era propio de su abuela el hacer preguntas que podrían parecer impertinentes, pero quien la conociera sabría que no se quedaría tranquila hasta obtener una respuesta.

—Bueno, en cuanto al condado se refiere, hace un estupendo trabajo; ha optado por continuar con la labor de su padre y he oído que instauró algunas mejoras —El señor Sheffield intervino tras atusarse el bigote—. Parece un joven muy agradable.

Lady Ashcroft dirigió una mirada a sus nietos, con los ojos entornados, como sopesando qué tanto podría decir en su presencia.

—Imagino que agradable no puede ser el único adjetivo apropiado para él.

—Oh, no, desde luego que no, es también muy atractivo.

—Por supuesto, atractivo —La dama arrugó las comisuras de la boca y guardó silencio.

Juliet dio un vistazo a su primo, que había vuelto su atención a la comida.

—Señora Sheffield, Daniel y yo hablábamos esta mañana acerca de su sala de música; si a la abuela le parece bien, nos gustaría visitarla después de la cena.

—Por supuesto que no me opongo, querida, sabes cuánto disfruto oírte tocar —Su abuela la miró con el ceño fruncido.

—Ah, pero había pensado en que Daniel me acompañara —Le dirigió una mirada con intención a éste—, ¿verdad?

—Claro, si pueden perdonarme con antelación por no estar a tu altura.

La señora Sheffield rió, recuperando la expresión alegre que la había abandonado por unos momentos, mientras hablaban del Conde Arlington.

—Será un placer oírles, por supuesto, hace mucho tiempo que no usamos el salón; desde que nuestra querida Charlotte se casó, ¿recuerdas lo bien que tocaba, John?

El señor Sheffield dio una cabezada en señal de asentimiento.

—La mejor pianista de Inglaterra —Pero tras ver a Juliet, que le sonreía con educación, se corrigió de inmediato—. Aunque no dudo que la señorita Braxton pueda ser una digna rival.

—Es muy gentil de su parte, señor, pero tan pronto como me oiga, comprobará que no estoy en un nivel tan alto.

—No lo crea, señor Sheffield, ya la oirá —Su abuela intervino con gesto adusto—. Pero lo confirmaremos más tarde; ahora cuénteme como se encuentra la querida Charlotte.

Juliet debió esperar a oír todo lo referente a la vida de casada de la hija de sus anfitriones, que residía en Escocia, antes de que dieran por concluida la cena y se encaminaran a la sala de música.

Un enorme piano dominaba la estancia, y aunque esta resultaba pequeña comparada con la de la residencia Ashcroft, en Londres, Juliet no pudo dejar de pensar que resultaba mucho más acogedora. Se acercó al instrumento tras dirigirle una sonrisa tímida a la señora Sheffield, que la animó con un gesto amable.

Acarició las teclas con la punta de los dedos, olvidando por un momento el verdadero motivo de su insistencia para visitar el lugar, pero al sentir la presencia de Daniel a su lado lo recordó.

—Nosotros nos sentaremos aquí en tanto ustedes nos deleitan —El señor Sheffield acompañó a las damas hasta los asientos dispuestos para los oyentes.

Juliet ocupó su lugar frente al piano, y pronto Daniel hizo otro tanto, dirigiéndole una mirada de reojo.

—Bueno, creo que la “Fantasía para piano a cuatro manos” sería lo más apropiado, ¿no crees?

—Por supuesto —Juliet sonrió a su primo, asintiendo, tras lo cual ambos

empezaron a tocar.

La melodía, que habían tocado muchas veces, duraba exactamente dieciocho minutos, y hacía falta una gran compenetración entre sus ejecutantes para evitar una ingrata sensación en los oyentes.

Pero no era el caso de los primos, que se entendían a las mil maravillas, y sin necesidad de esforzarse podían tocar en tanto se encargaban de la verdadera razón de su presencia allí.

Cuando Juliet llegó a vivir con su abuela, Daniel pasaba largas estancias en la residencia de la familia, y se convino en que ambos podrían compartir el profesor de música. Lamentablemente, este era un hombre malgeniado y extremadamente estricto que contaba con la venia de Lady Ashcroft para mantener a los niños por horas frente al instrumento.

De modo que idearon una forma para divertirse y bromear a espaldas de ese desagradable hombrecillo. Cada vez que debían tocar a cuatro manos, escogían una melodía larga y aprendieron, tras un método de ensayo y error, a hablar entre ellos por la comisura de la boca sin que ninguna otra persona presente pudiera descubrirlos.

Esta fue la idea de Daniel para poder informar a Juliet de todo lo ocurrido desde que ella lo dejara esa tarde con el herido.

—Estará bien, en cuanto llegamos a la casa, los sirvientes se apresuraron a atenderlo.

Juliet no varió en absoluto su expresión, uno de los trucos indispensables para no llamar la atención; tan solo inclinó casi imperceptiblemente la cabeza para no perder detalle de lo que Daniel decía.

—¿Estás seguro? Se veía en muy mal estado.

—Enviaron a llamar al médico antes de que partiera, y su madre estaba allí.

—¿La condesa viuda?

—Bueno, su esposo está muerto, así que sí, supongo que es viuda.

Juliet debió reprimirse para no volverse hacia su primo con cara de pocos

amigos.

—Muy gracioso.

—Reconócelo, fue una pregunta muy tonta —Daniel odiaba perder una discusión, por pequeña que fuera.

—Olvidalo —No contaban con tiempo para eso, habían pasado ya la mitad de la pieza—; ¿crees en verdad que se recuperará?

—He oído que los huesos rotos no tardan mucho en sanar, no es para tanto, hicimos lo mejor que cabía esperar; ¿por qué te preocupas de este modo?

La joven estuvo a punto de perder el hilo de la melodía, pero pronto recuperó el ritmo.

—No me gustaría que muriera.

—Tampoco yo lo deseo, por supuesto, pero aun así creo que exageras; no lo conocemos.

—Lo sé —Juliet volvió su completa atención a las teclas, guardando silencio.

Una vez que concluyeron la pieza, el señor Sheffield, un hombre muy entusiasta y amante de la música, aplaudió con tal ímpetu que se ganó una mirada ceñuda de Lady Ashcroft.

—Extraordinario, el mejor concierto a cuatro manos que hemos oído, ¿verdad, querida?

La señora Sheffield asintió, sonriendo.

—Es una lástima que nuestra querida Charlotte no se encuentre aquí, hubiera disfrutado muchísimo su interpretación.

Juliet y Daniel se levantaron y tras hacer una pequeña reverencia, se acercaron para agradecer los vehementes comentarios.

—Son muy amables, pero se trata de una pieza muy sencilla —mencionó la joven con humildad.

—Sí, es verdad; en realidad, creo que me retrasé un par de veces —Daniel

sonrió, abrumado; no le agradaba ser el centro de atención.

Lady Ashcroft hizo un gesto de negación, exhalando un suspiro exasperado.

—¡Tonterías! Ha sido perfecto, ya veo que tantas lecciones valieron la pena —Se veía satisfecha.

Juliet y Daniel intercambiaron una sonrisa; su abuela mostraba en público un orgullo por sus logros que desearían se molestara en compartir también en privado.

—Si me disculpan, me gustaría retirarme a mis habitaciones; ha sido un día muy agitado.

—Por supuesto, por supuesto —La señora Sheffield dio un golpecito amistoso en el hombro de la joven.

—Permiso.

Tras despedirse con un gesto cortés, dejó el salón y se encaminó a sus habitaciones, que se encontraban en el ala norte de la mansión, donde Mary, su doncella, tenía ya preparada su ropa de cama.

La saludó con afecto, y tras preguntarle cómo había pasado el día se preparó para dormir, dejando una vela encendida junto al lecho.

Tan pronto como la doncella se fue, se incorporó a medias para tomar un libro de la mesilla y retomó la lectura de la noche anterior, uno de sus grandes placeres.

Gracias a su padre, descubrió pronto el amor por los libros, y en su amplia biblioteca en América contaba con centenares de volúmenes a su disposición. Lamentablemente, desde su llegada a Inglaterra, su abuela había impuesto algunas normas referentes a los libros que podía leer, hecho que la enfurecía, pero pronto aprendió que discutir con ella no tenía sentido, de modo que fingía obedecerla a fin de evitar altercados inútiles.

Sin embargo, cada que le era posible, tomaba alguna obra de la selección con que contaba en la residencia Ashcroft, o Daniel lo hacía por ella, y la disfrutaba en la soledad de su habitación. En cuanto supo del viaje al campo, se encargó de guardar unos cuantos volúmenes en el fondo del baúl, con la

complicidad de Mary.

Ahora, recostada en los almohadones, pasaba una página tras otra sin su habitual rapidez. Usualmente leía a una velocidad que quienes la conocían encontraban sorprendente, pero en ese momento no lograba concentrarse.

No dejaba de pensar en el pobre hombre que habían ayudado esa mañana, y en cómo se encontraría a esas horas, si habría recibido la atención apropiada y estaba ya fuera de peligro.

Tras reparar en que llevaba varios minutos en la misma página, soltó un bufido que habría disgustado a su abuela. Daniel estaba en lo cierto, no tenía sentido que se preocupara tanto por ese hombre, después de todo, no le conocía, y según los señores Sheffield, se trataba de un hombre lo bastante importante como para poder recuperarse por sus propios medios.

De modo que decidió no pensar más en ello, y se enfrascó en su lectura con nuevos bríos, perdiéndose en las letras que tanto bien le hacían.

## CAPÍTULO 3

El conde Arlington tan solo soportó permanecer en cama por tres días, y esto gracias a la obstinación de su madre. Al cuarto, tomó de mala gana el bastón que el médico había insistido en que debía usar hasta completar su recuperación, y tras mucho luchar consiguió levantarse con el apoyo de su ayuda de cámara, lo que no le hacía ninguna gracia, pero no veía otra alternativa.

Como el hombre testarudo y metódico que era, según su madre, decidió que no haría ninguna tontería como bajar escalones o siquiera intentar salir de su habitación en el primer día; iría paso a paso, haciendo uso de la escasa paciencia de la que disponía, pero tendría que servir.

Así que primero se contentó con dar unos cuantos pasos alrededor de su dormitorio, tomando largos momentos de descanso frente a la ventana, incrédulo de lo débil que se sentía y cuánto le lastimaba apoyar el pie. Sabía que si el médico no le tuviera tanto respeto, lo habría tildado de insensato, y tal vez lo fuera, pero estaba en su naturaleza.

Al día siguiente, tras otra sesión de infructuosos intentos por permanecer en pie sin tener que apoyarse en Castle, su valet, tomó la que le pareció una decisión práctica, porque después de todo, él apreciaba la practicidad.

Como no le quedó más opción que aceptar su imposibilidad de caminar por unas cuantas semanas, decidió que eso no tenía por qué interferir con sus labores. Desde luego que no podía siquiera soñar con salir a cabalgar, pero sí que estaba en pleno uso de sus facultades mentales, así que bien podría permitir que le ayudaran para llegar a su oficina y encargarse de todos los papeles y correspondencia que tenía pendientes.

Los asuntos relacionados con la propiedad no escaseaban y sería agradable sentirse útil.

Tan pronto como tomó esa decisión, se sintió mucho más tranquilo y dispuesto a aceptar las órdenes del médico, las mismas que en un primer momento le resultarían intolerables.

La primera mañana que pasó allí, trabajando junto a Richards, su secretario, fue bastante productiva, por lo que repitió la rutina durante los siguientes días, y cada vez se sentía mejor.

Una de esas jornadas, mientras hablaban acerca de algunas mejoras que deseaba implementar en la propiedad, así como también de los problemas de algunos de los arrendatarios, Richards hizo un comentario que consiguió dejara todos los documentos que revisaba con tanta atención.

—Oí que John Sheffield ha decidido imitar sus buenas ideas, milord — dijo, apenas levantando la vista de su escrito—. Tanto en la propiedad como en las granjas.

Sheffield, un nombre que hacía mucho que no escuchaba, ¿o estaba equivocado? ¿Por qué de pronto le resultaba tan... importante? Sabía que su propiedad no se encontraba muy lejos, pero a excepción de ello y de que en algún momento mostró mucho interés en presentarle a su única hija, la misma que no le produjo mayor impresión, no podía recordar mucho más de él.

—Me alegra oírlo, Richards, toda la bonanza que llegue a esta tierra será muy bien recibida —respondió al cabo de un momento, cuando notó que su secretario lo miraba con curiosidad.

—Eso es muy generoso de su parte, milord.

Robert asintió, esperando que hiciera algún otro comentario, pero guardó silencio y volvió a enfrascarse en su escritura.

Sabía que él debería hacer otro tanto, pero no lograba concentrarse; una idea suspendida en el aire no le permitía volver a sus asuntos.

—¿Y cómo están los señores Sheffield? Hace ya mucho tiempo que no he sabido de ellos; me refiero a que era usual encontrar al señor Sheffield en las cacerías y algunos eventos.

—Bueno, milord, tal vez se enteró del matrimonio de su única hija, la señorita Charlotte, creo que con un Lord escocés, no estoy seguro —El señor Richards se golpeó el mentón con la pluma—. Y después de eso, según oí, no salen mucho; son personas amables, como sabe bien, pero bastante retraídos, tal vez sea por su edad.

—Por supuesto.

Richards iba a retomar su labor una vez más, pero una idea afloró a su memoria.

—Aunque no les faltan visitas; mi esposa mencionó el otro día que según Rose, la joven que le ayuda en las labores de la casa, su prima había obtenido trabajo en la mansión porque los señores necesitaban unas manos extra para atender a sus huéspedes.

El conde sintió una sensación extraña en el pecho, en absoluto similar a lo que experimentó cuando se cayó del caballo.

—¿Y sabe quiénes son estos huéspedes? —Sabía que cruzaba todas las líneas de la sensatez con esas preguntas, pero no podía detenerse.

—No estoy seguro, milord, creo que una dama y dos jovencitos, pero no conozco sus nombres —El señor Richards lo miró con curiosidad—. ¿Desea que le pregunte a Rose al respecto?

—No, no, desde luego que no, solo pensé que a mi madre le gustaría saber de sus viejos amigos —Robert se dio cuenta de que su justificación sonaba ridícula aún a sus oídos, así que cambió pronto de tema—. ¿Se han reparado ya las cabañas de la zona sur? Quiero los techos en perfecto estado ahora que se acerca la temporada de lluvias.

La última semana había resultado más que agradable para Juliet, con largos paseos por el campo, a veces acompañada solo por Daniel, y otras tantas por su abuela y los Sheffield, lo que no le entusiasmaba del todo ya que debía renunciar a montar para ir en el carruaje, pero aun así era un cambio estupendo al compararlo con el caos de Londres.

Las verdes praderas en las que podía caminar a sus anchas, los muchos árboles bajo los que podía sentarse a leer, y hasta un pequeño arroyo en el que jugueteaba mientras Daniel daba paseos con su caballo, se habían convertido en parte de su día a día, y le entristecía la idea de que en algún momento debería abandonar ese idílico lugar para regresar a la residencia Ashcroft.

Pero el pensar en ello no ayudaría a que el tiempo pasara más lentamente,

así que prefirió dedicarse a disfrutar su estancia allí.

Durante la cena de ese domingo, notó a sus anfitriones algo inquietos, en parte disgustados, y aunque hubiera deseado conocer la razón, ya que ellos exhibían siempre un natural buen humor envidiable, no se atrevió a hacer ningún comentario. Era una suerte que su abuela no tuviera sus escrúpulos.

—Diana, querida, ¿alguna noticia que te haya disgustado?

La señora Sheffield pestañeó repetidamente, mirando a Lady Ashcroft con azoro.

—¿Disgustar? No, no, desde luego que no, todo lo contrario —rió con falsa despreocupación—. Recibimos una invitación esta mañana para visitar a Lady Arlington mañana por la tarde.

—Oh, ya veo; diría que eso no puede calificarse como malas noticias —La anciana sonrió con cierta burla.

—No, claro, es solo que me ha desconcertado esta invitación tan imprevista; ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el señor Sheffield y yo visitamos Rosenthal.

—Entonces son buenas noticias.

Juliet y Daniel se esforzaron por no sonreír abiertamente ante las burlas de su abuela, lo que no les resultó tan difícil como en otras ocasiones, ya que ambos se encontraban un poco desconcertados por la mención a Rosenthal.

¿Sería una coincidencia? Porque, de ser así, no dejaba de resultar una muy extraña. Por lo que Juliet logró comprender, la última vez que el conde fue nombrado, los señores Sheffield no parecían tenerle mucho afecto, y el que esa invitación se diera apenas unos días después de ayudarle en su accidente...

¿Y si la condesa viuda logró informarse de la identidad de Daniel y deseaba confirmarlo con la señora Sheffield? Esa le parecía la posibilidad más lógica.

—Juliet...

Al oír su nombre salió de su ensoñación y le dirigió una sonrisa tímida a

sus acompañantes.

—¿Sí, abuela?

—¡Por Dios, niña! ¡Cómo puedes ser tan distraída! —La dama arrugó la nariz y le habló nuevamente con tono más calmado—. Le decía a los señores Sheffield que, ya que su señoría ha tenido la gentileza de incluirnos en la invitación, estaremos encantados de acompañarlos, ¿cierto?

Juliet miró a Daniel, que al otro lado de la mesa exhibía la misma expresión asustada.

—Yo... no lo sé, abuela —Intentó pensar en una excusa, algo que la eximiera de asistir, pero no se le ocurrió nada, y no sería justo que dejara a Daniel solo frente a ese problema—. Desde luego que sería un honor conocer Rosenthal; por lo que he oído, es un lugar extraordinario.

Lady Ashcroft sonrió con expresión satisfecha.

—Está decidido entonces, mañana por la tarde visitaremos Rosenthal. Será muy agradable ver la propiedad después de tanto tiempo.

Por primera vez, notó que su ánimo iba perfectamente a la par con el de sus anfitriones; sus rostros lucían la misma incomodidad.

La condesa Arlington era una mujer extremadamente entusiasta y activa. Aún conservaba la belleza que fuera tan alabada en su juventud, y tenía siempre una sonrisa dispuesta en los labios.

Esa mañana, su único hijo la veía desde el otro lado de la mesa, mientras ella sonreía al lacayo que le alcanzaba una fuente.

Según su experiencia, encontró algo perturbador en esa sonrisa, algo que le instó a aguzar todos sus sentidos.

—Te ves resplandeciente esta mañana, madre.

—Gracias, querido, qué amable de tu parte; y dime, ¿cómo sigue tu pie?

—Mucho mejor, creo que podré dejar el bastón antes de lo pensado.

—Estupendo, es una gran noticia para empezar el día.

Robert se dijo que quizá estaba siendo demasiado suspicaz; tal vez su madre solo estuviera de buen humor, pero su siguiente comentario le hizo comprender lo apresurado de su suposición.

—Tendremos visita esta tarde, me gustaría mucho que me acompañaras.

Por supuesto, allí estaba.

—¿Visita? Interesante, no recuerdo la última vez que recibimos invitados.

—Por favor, no ha pasado tanto tiempo; pensé que podría ser bueno para ti.

—¿Para mí?

—Desde luego; no has podido salir desde tu accidente y será agradable conversar con nuestros vecinos.

Robert suspiró, casi preocupado ante la respuesta que podría obtener a su pregunta, pero decidió arriesgarse.

—¿Y a cuáles de nuestros amables vecinos has invitado?

—Oh, a los Sheffield.

No, eso no podía estar pasando, ella no tenía como saberlo, ¿o sí?

—¿Hablas en serio?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Y qué clase de noticia es esta?

—¡Robert!

El conde tomó aire y procuró calmarse; no conseguiría nada disgustándose con su madre, no cuando había dado un paso que él no tenía como revertir.

—Lo siento, madre, pero no lo entiendo —Habló con calma, pero sin abandonar su firmeza—; a los Sheffield nos les agradamos, y hasta donde recuerdo ellos no son precisamente personas de tu total interés, así que me gustaría saber con qué fin los has invitado sin informarme al respecto.

La condesa viuda se limpió las comisuras de los labios, tomándose su tiempo antes de responder.

—No sé por qué piensas que los Sheffield no son de mi agrado, recuerda que son personas muy cercanas, y muchas veces los invitamos a hospedarse aquí...

—Hasta que intentaron meterme por los ojos a su hija y dejé en claro que no estaba interesado.

—¡Robert! Esa no es forma de hablar para un caballero.

—Te ofrezco disculpas, tienes razón, fue un comentario inexcusable —Por muy disgustado que se encontrara, debía reconocer sus errores—; sin embargo, debes aceptar que la amistad entre los Sheffield y nuestra familia se vio seriamente afectada por ese hecho. Desde luego que lo lamento, pero me temo que no hay nada que pueda hacer al respecto, y creí que compartíamos esta opinión.

Su madre suavizó el ceño y recuperó el semblante sereno.

—Estoy de acuerdo, por supuesto, y lamento mucho que te vieras involucrado en un asunto que resultó tan desagradable para ti, pero después de todo no se trató más que del deseo de unos padres por lo mejor para su única hija; no son los primeros ni los únicos que anhelan emparentar con un conde —Se permitió una sonrisa sardónica poco común—; pero eso ya es parte del pasado, la joven Charlotte es muy feliz en su matrimonio, y estoy segura de que no te guardan ningún rencor, así como considero que un hombre tan noble como tú no debe sentir tales emociones por personas que cometieron un error.

El conde no pudo menos que estar de acuerdo con tal sentencia, pero no olvidaba el origen de la discusión, de la que aún no obtenía una explicación razonable.

—De acuerdo, madre, me parece una postura muy digna de ti y la respeto; sin embargo, aún no me has dicho cuál es el verdadero motivo por el que los has invitado —Se apresuró a hacer un gesto para evitar que lo interrumpiera con otro rodeo—, e insisto, sé que hay una razón en particular que deseo y exijo saber.

La condesa conocía lo bastante a su hijo como para saber que resultaría imposible ocultárselo, especialmente cuando adoptaba esa actitud tan

implacable; era entonces cuando más le recordaba a su difunto esposo.

—De acuerdo, pero promete que no te disgustarás conmigo.

—Madre...

—Prométemelo.

Robert asintió, sin variar su expresión.

—Hace un par de días la señora Richards y yo tuvimos una charla muy interesante —Su hijo pudo imaginar lo que vendría a continuación—, y entre una cosa y otra, mencionó a los Sheffield y los visitantes que se hospedan en su casa. Como comprenderás, sentí algo de curiosidad, y pensé que sería agradable invitarlos, como un gesto de buena voluntad.

—¿Y?

—Oh, sí, y también extendí la invitación a estas personas, por supuesto.

—Por supuesto.

La condesa viuda empezó a arrugar su servilleta ante la mirada airada de su hijo.

—Por favor, hijo, no podía hacer otra cosa; hubiera sido incorrecto no ampliar la invitación a ellos también, ¿no lo crees?

—Entonces, el que yo haya preguntado a Richards acerca de estas personas no tiene nada que ver con esta imprevista visita.

—¿Oh, qué casualidad! ¿Hablaste con el señor Richards al respecto?

—Sí, y lamento profundamente que un hombre tan correcto y decente como él tenga a una esposa tan parlanchina.

—¿Robert!

—Conozco tu mente, madre, y sé lo que estás pensando. Richards mencionó respecto a estos invitados que se trataban de una dama y dos jovencitos, ¿ves a la dama como un prospecto interesante?

—¿No, hijo, por Dios! Lady Ashcroft es una viuda respetable que podría ser tu madre.

—Qué alivio saberlo —expresó con sarcasmo.

—Pero la joven, según la señora Richards que la vio hace poco, es muy bella —Apenas pudo oír la voz de su madre, que tomó un sorbo de agua tras hablar.

El conde se dividió entre continuar esa discusión con su madre, o rendirse y permitir que continuara con ese absurdo. Desde luego que Richards, hombre inocente y bienintencionado, había mencionado su última charla a su esposa, y esta fue corriendo a hablarle a su madre del interés que las noticias referidas a los Sheffield habían despertado en él. Era una suerte que ella no pudiera siquiera imaginar lo mucho que le importaba. Claro que solo se trataba de curiosidad por conocer el nombre de sus salvadores, pero no iba a decírselo.

Bien pensado, si no estaba equivocado, su madre lo descubriría en cuanto viera al muchacho, el llamado Daniel, y lo reconociera como la persona que lo llevó a Rosenthal tras su accidente. Pero, ¿qué ocurriría con la joven? No deseaba verla involucrada en todo ese asunto. Qué enredo más absurdo.

—Así que Lady Ashcroft —Supuso que podría obtener alguna información de su madre, después de todo—. Supongo que estos dos jóvenes son sus... ¿hijos?

—Nietos —se apresuró a responder la condesa, recuperando la sonrisa—, la joven es hija de Katherine, su hija mayor; me temo que ella murió hace varios años en América, donde residía con el que fue su esposo, también fallecido. El joven es su primo, su padre es el hijo mayor de Lady Ashcroft, quien es el actual Lord Ashcroft, por supuesto.

—Ya veo, una joven huérfana y un futuro lord —Intentó hablar con despreocupación—. No parecen muy interesantes, sabes que los jovencitos me aburren.

Ese comentario pareció perturbar a su madre.

—Bueno, creo que podrías darles una oportunidad, tal vez te sorprendan.

—Permite que tenga mis reservas al respecto.

La condesa pareció mucho más tranquila al comprobar que su hijo no se

encontraba tan disgustado por su atrevimiento como había esperado y volvió la atención a su desayuno.

Robert, por su parte, no sabía qué pensar respecto a todo ese asunto. Por una parte, deseaba conocer a esos jóvenes en condiciones apropiadas y darles las gracias por su ayuda, pero por otra, le desagradaba la idea de que su madre se hiciera esperanzas vanas. Él no iba a interesarse en esa joven, por muy agradecido que se encontrara. Y aún cuando no dudaba de su belleza, la misma que él había comprobado, ya que después de todo, la confundió con un ángel en su delirio, era lo bastante experimentado para saber que la hermosura no va de la mano con la inteligencia.

Además de que lo último que deseaba era verse envuelto en los planes de su madre; odiaba que hiciera lo posible por hacer desfilar frente a él a una suerte de jovencitas huecas y aburridas.

Aun así, suponía que bien podría controlar su fastidio, dar las gracias de forma correcta y olvidar ese asunto.

—Madre, ¿cuáles son los nombres de estas personas?

La condesa levantó un momento la vista de su plato para responder.

—Lady Ashcroft, como he mencionado ya, y sus nietos, Daniel Ashcroft y Juliet Braxton.

Su hijo asintió, manteniendo su actitud indiferente, pero saboreando el nombre que hasta ese momento le había resultado por completo esquivo y ahora le parecía tan apropiado.

Juliet.

## CAPÍTULO 4

—Tan encantadora como recordaba.

Juliet apenas prestaba atención a las palabras de su abuela, que contemplaba embelesada el impresionante edificio que se levantaba ante ellos, al final del largo camino que los carruajes recorrían.

Su distracción no era de extrañar, ya que encontraba el lugar tan fascinante que apenas si lograba pensar en otra cosa que no fuera el hermoso espectáculo que se erguía ante ella. No había visto, en América o Inglaterra, un solo lugar que se comparara en belleza a esa antigua construcción.

La arboleda que rodeaba el camino confería un aire encantador al conjunto, y los amplios jardines invitaban a recordar antiguos cuentos de hadas. Le resultaba difícil de creer que un lugar así pudiera existir, y aún más, que tuviera la inmensa fortuna de poder visitarlo. Atrás quedó su angustia por estar nuevamente frente al conde, o lo que diría su abuela al saber de la aventura que ella y Daniel vivieron hacía unas semanas; eso podría esperar.

Lamentablemente, el recorrido se le hizo tan corto que muy pronto estuvieron frente a la mansión, y debió prepararse para lo que vendría a continuación. Por suerte, desde el momento en que les anunciaron la visita, ella y Daniel pudieron pensar en un plan; solo cabía esperar que este resultara.

Cuando se apeó del carruaje, siguiendo a su abuela, y vio descender del mismo a los señores Sheffield, puso la mano a modo de resguardo sobre sus ojos para evitar los rayos del sol y poder contemplar con mayor detalle el exterior de la casa. No contó con mucho tiempo para ello, porque casi de inmediato una hermosa dama bajó los escalones de la entrada, en tanto unos sirvientes se acercaban a ayudar con los caballos.

Aprovechó para estudiarla mientras se acercaba primero a los señores Sheffield para saludarlos con efusividad, y le sorprendió observar que de cerca se veía algo mayor de lo que esperaba, sin que ello disminuyera en absoluto su belleza. Sus ojos le resultaron impresionantes, y se preguntó por qué le parecían tan familiares; pero no tuvo tiempo para pensarlo, porque

pronto la tuvo a su altura, hablando a su abuela.

—Lady Ashcroft, qué placer verla después de tanto tiempo —Su voz musical invitaba a sonreír.

—Lady Arlington —Su abuela inclinó la cabeza con garbo—, el placer es todo mío, lamento que haya pasado tanto desde la última vez.

—Es verdad, pero me temo que casi no visito Londres, y creo que usted no acostumbra venir al campo.

—Bueno, en mi juventud me resultaba mucho más agradable hacer largos viajes, pero ahora... —La dama dejó la frase en el aire—; sin embargo, me alegra haber aceptado la gentil invitación de los señores Sheffield, no solo he disfrutado de su hospitalidad, sino que ahora puedo ver una vez más la hermosa Rosenthal.

—Y créame cuando le digo que es un verdadero honor tenerlos con nosotros — La condesa viuda sonrió agradecida, mirando a Juliet con intención.

—Condesa, permítame que le presente a mi muy querida nieta, Juliet Braxton.

Esta hizo una grácil reverencia, sin bajar la vista, como harían muchas jóvenes de su edad. Encontraba importante el mirar a una persona a los ojos para hacerse una idea de su personalidad, y quedó encantada con lo que pudo observar en la condesa.

—Es un placer, querida, tuve la oportunidad de conocer a tu madre en su juventud y veo que has heredado su belleza.

—Gracias, milady, es muy amable al decir eso, aunque creo que mi madre sí era realmente hermosa.

—Juliet, por favor —Su abuela la miró con el ceño fruncido.

La condesa amplió su sonrisa y le dio un apretón cariñoso aunque breve en la mano.

—Debes de echarla mucho de menos, y a tu padre, por supuesto.

—Cada día.

Una corriente de simpatía fluyó entre ambas, que parecieron encontrar de inmediato un encanto particular en la persona que tenían al frente.

—Pero qué descortés soy, ofrezco disculpas —La condesa retomó su papel de anfitriona—. Por favor, entremos en la casa, me temo que mi hijo no pudo salir a recibirles, habrán oído de su accidente...

Juliet sintió cómo toda su emoción se evaporaba al oír mencionar al conde; su abuela tenía razón, era una persona que se distraía con facilidad. Mientras subía los amplios peldaños de la entrada principal, admirando los detalles que veía alrededor, sintió cómo sus manos se empezaban a humedecer, y una agitación extraña se albergó en su pecho. No creía que el conde la recordara, era imposible, su mente se encontraba completamente extraviada en el momento del accidente, así que estaba a salvo; era de Daniel de quien debía ocuparse.

—Lamento que su nieto no pueda reunirse con nosotros, milady — Escuchó la voz de la condesa como un sonido lejano.

—Oh, sí, él lo siente mucho; estaba tan ilusionado con la idea de conocer Rosenthal, pero no se siente muy bien.

—Comprendo, pero debe decirle que será bienvenido en cualquier momento en que desee visitarnos.

—Eso es muy amable de su parte.

Juliet no pudo menos que notar el silencio en que se habían sumido los Sheffield, usualmente tan expresivos, y al mirarlos con atención, notó sus gestos de incomodidad. Debía de haber ocurrido algo muy delicado entre ellos y los Arlington para que asumieran esa actitud.

No pensó más en ello, no por falta de deseos, sino porque habían llegado ya a la entrada de la mansión y fueron conducidos por la condesa hasta un salón exquisito que consiguió retuviera el aliento. Tan abstraída se encontraba en su contemplación que no notó los ojos que desde el otro lado de la habitación se fijaron en ella desde su entrada.

A Robert no le hizo ninguna gracia el verse en la obligación de permanecer en el salón, sentado, y con el bastón en la mano, mientras su madre se

encargaba de recibir a las visitas, pero no deseaba cojear hasta allí, e imaginaba el espectáculo que daría si tenía que subir los escalones de la entrada apoyado en uno de los lacayos.

De modo que allí estaba, en completo silencio, hasta que las voces acercándose le señalaron que era el momento para ponerse de pie; después de todo, no deseaba dar una imagen de debilidad.

Cuando vio a los recién llegados, sonrió con toda la cortesía de la que disponía; aún se encontraba algo disgustado por la imposición de su madre, pero todo pensamiento negativo se esfumó de su mente en cuanto vio a la joven que, de pie en la entrada, miraba de un lado a otro con expresión arrobada.

Le pareció aún más hermosa de lo que recordaba, lo que era ridículo considerando que había pasado semanas intentando convencerse de que su impresión debió de ser solo producto del estado en que se encontraba al caer del caballo.

Pero ahora que podía verla una vez más, completamente consciente, entendía por qué creyó en su delirio, que estaba frente a un ángel. Si existían, debían verse como ella.

Llevaba un vestido vaporoso y virginal que flotaba a su alrededor, y a diferencia de aquel día en el campo, su cabello estaba fuertemente atado tras la nuca; el impulso absurdo de acercarse para soltarlo hizo que entrara en razón y diera un paso hacia atrás, con lo que solo consiguió que su madre diera varios para adelante, mirándolo con una ceja alzada.

—Robert, querido...

Se recompuso con rapidez y, apoyándose en el bastón sin perder la dignidad, se acercó procurando mantener una sonrisa neutral.

Fue primero con los Sheffield, que tal y como esperaba no parecían muy entusiasmados con su presencia allí, ¿y quién podría culparlos? Él no se encontraba tampoco muy contento de tenerlos en su casa. Pero aun así eran invitados de su madre y debían ser tratados como tales.

Tras intercambiar unas cuantas frases adecuadas, dirigió su atención a la dama que lo observaba con una expresión entre orgullosa e interrogante; veía

que se trataba de todo un personaje, aunque su madre se equivocaba en algo; en realidad, considerando su edad, podría ser su abuela, y una muy estricta, por lo que lograba adivinar de su carácter.

—Lady Ashcroft, es un honor tenerla en Rosenthal, mi madre me ha hablado mucho de usted.

—Es muy gentil de su parte, gracias, no dudo que la condesa ha sido más que generosa —Le sonrió con visos de picardía—. Me alegra comprobar que su señoría se encuentra mucho mejor de su accidente; su madre nos hablaba al respecto...

—Sí, así es, aunque me temo que este compañero se quedará conmigo otro par de semanas —Levantó ligeramente el bastón, sin abandonar ese aire flemático con el que se sentía tan cómodo—, pero la recuperación ha sido mucho más rápida de lo que esperaba, así que puedo considerarme afortunado.

—Es un gusto oírlo —La dama miró sobre su hombro y llamó sin delicadeza a la joven que se había quedado unos pasos detrás—. Querida, por favor.

Robert intentó no mostrar mayor interés en ella, aunque hubiera deseado hacer lo contrario, pero después de todo, se suponía que era la primera vez que se veían, y hombres como él no acostumbraban otorgarle mucha importancia a las jovencitas, mucho menos frente a una abuela que obviamente parecía tan interesada en que le causara una buena impresión. Si a eso se sumaban las artimañas de su madre, casi podía imaginar otro incidente desagradable como aquel en el que se vio envuelto gracias a los Sheffield.

—Su señoría, le presento a mi nieta Juliet Braxton.

La joven hizo una reverencia que encontró encantadora, y lo miró con fijeza, cosa poco común entre las muchachas de su edad, pero que él apreció.

—Señorita Braxton, es un honor.

—El honor es mío, su señoría.

Solo cuando él le devolvió la mirada, ella bajó la suya, al parecer nerviosa.

—He oído que vivió en América, ¿es cierto?

Ese comentario debió de ser el más afortunado que hubiera podido hacer, porque el rostro de la joven se iluminó y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí, su señoría, nací allí, es mi país.

El orgullo que traslucían sus palabras le sorprendió, aunque no tanto como la expresión fastidiada de Lady Ashcroft, por lo que decidió cambiar de tema a fin de evitarle problemas a la joven.

—Lady Ashcroft, creí que su sobrino nos acompañaría esta tarde.

—Me temo que no se encuentra muy bien, su señoría; nada de qué preocuparse, por supuesto, pero lamenta mucho no haber podido aceptar su generosa invitación.

—Ya veo, es una lástima; espero que en cuanto se recupere podamos disfrutar de su presencia —Mientras el conde hablaba, no despegaba la vista de la joven, notando cómo se teñían sus mejillas de un tono subido.

Hubiera querido seguir hurgando en los motivos de la ausencia de su primo, a fin de conocer lo que suponía de ser la verdadera razón de la misma, pero su madre se acercó a fin de invitarles a tomar el té y debió contentarse con permanecer atento a lo que se mencionara al respecto, que infortunadamente no fue mucho.

La charla giró alrededor de los últimos acontecimientos conocidos en la zona, y las noticias que llegaban de Londres, las mismas que parecieron esfumar las reservas de los Sheffield, que participaron con mucho ánimo dando sus puntos de vista y aportando datos que según ellos obtenían de sus conocidos en la ciudad.

Su madre parecía encantada de contar nuevamente con personas en la mansión, y no pudo menos que sentirse un poco culpable, ya que en gran medida era él quien prefería la soledad. En ese momento se hizo la promesa de ser un poco más flexible en ese sentido y, a ser posible, realizar pronto algún baile o actividad en su honor; su cumpleaños se acercaba y ese podría ser un excelente motivo.

Lady Ashcroft no era una mujer muy entusiasta, eso era obvio, pero sus

comentarios punzantes y acertados le arrancaron más de una sonrisa. De no ser tan dura con su nieta, como había podido comprobar por la forma en que la miraba, le habría agradado más.

La señorita Braxton parecía compartir el gusto de su abuela por el silencio, ya que hablaba poco y solo cuando se dirigían directamente a ella. En circunstancias normales, Robert hubiera pensado que se debía a que no tenía nada interesante que decir, o a verse opacada por personas mayores, como había visto ocurrir tantas veces en jovencitas de su edad, pero algo le decía que este no era el caso.

Ella se veía simplemente aburrída con la charla, aunque era notorio y loable su esfuerzo por ocultarlo. La habitación, en cambio, parecía llamar mucho su atención, y cuando no participaba con algún comentario apropiado si era requerida, Robert pudo advertir que su vista se perdía en el alto techo y las pinturas que adornaban la estancia.

—Señorita Braxton, ¿le gusta el arte?

La aguda pregunta de su madre le hizo notar que no era el único interesado en la joven.

—Si, milady, cuenta usted con piezas únicas.

—Lo sé, y estoy muy agradecida por ello, mi esposo fue un gran amante del arte —Robert vio a su madre adoptar esa expresión melancólica que era tan común cuando hablaba de su padre—, y mi hijo ha continuado aumentando la colección.

—No he hecho tanto como me gustaría —Creyó que era correcto hacer esa acotación.

—Desde luego que sí —negó ella con energía, para dirigirse una vez más a la joven—; debería ver los hermosos cuadros que tenemos en la galería. Es más, tal vez Robert pueda mostrárselos ahora.

Por primera vez desde su llegada, la muchacha exhibió una expresión de total desconcierto, pasando la mirada de la condesa viuda a su abuela, y de estas al conde, que mantuvo su semblante sereno.

—Sería un honor, aunque tal vez prefieran esperar a que puedan

acompañarnos todos.

—¡Claro! Abuela, a ti también te encantaría verlas, ¿verdad?

El tono anhelante con el que se dirigió a Lady Ashcroft le resultó extrañamente ofensivo, ¿acaso le era antipático? De no ser así, no entendía por qué buscaba evitar pasar un momento en su compañía.

—No es necesario, niña, ve y luego me contarás. Ahora estamos en medio de una charla muy interesante —Hizo un gesto fastidiado.

Robert vio como la joven reemplazaba su expresión nerviosa por una más calmada, tras asentir con obediencia.

—Sí, sí, vayan; nosotros estamos muy cómodos aquí —Su madre no ayudó en absoluto, al contrario, parecía encantada.

—Señorita Braxton, si tiene la amabilidad de seguirme...

Tal vez él no le agradara, o simplemente estaba nerviosa por el obvio interés de sus familiares para lograr que pasaran un momento a solas, pero cualquiera fuera el caso, él estaba decidido a aprovechar esa oportunidad para hacer un par de preguntas que demandaban respuesta.

Juliet aspiró profundamente antes de salir del salón y le dirigió una mirada resentida a su abuela, ¿estaba arruinando su plan! Con quien necesitaba un momento a solas era con la condesa, no con su hijo.

Ella y Daniel habían decidido que si los acompañaba a Rosenthal, la condesa lo reconocería de inmediato y ello habría derivado en una serie de explicaciones que estarían completamente fuera de lugar. En cambio, si él se ausentaba con un buen pretexto, y ella se las arreglaba para hablar del asunto con la condesa, explicarle el por qué de su negativa a hablar del tema con su abuela, ya que infringieron sus órdenes al alejarse de la zona delimitada por ella para pasear, entonces lo entendería y les guardaría el secreto.

Cuando la conoció, se alegró al ver que era una mujer tan gentil y obviamente comprensiva; empezaba a respirar más tranquila, con la certeza de que no resultaría nada difícil hacerle entender el asunto y de que recibiría su ayuda.

Pero ahora, mientras caminaba al lado del conde, con la vista baja y sintiendo cierta tensión en el ambiente, se dijo que lo mejor sería regresar al salón con alguna excusa creíble y buscar luego otra oportunidad para hablar con la condesa a solas.

—¿Las pinturas no son de su agrado?

Semejante comentario consiguió que saliera de su abstracción y lo mirara con una mezcla de curiosidad e inquietud.

—No, milord; quiero decir, sí, por supuesto, son todas muy hermosas.

—Me sorprende que logre admirarlas con la vista fija en el suelo.

No supo si estaba siendo abiertamente grosero o si le jugaba una broma; cualquiera fuera el caso, no le gustaba.

—Reflexionaba al respecto, su señoría, ¿no lo hace usted?

—La belleza no requiere un análisis, es una pérdida de tiempo que puede utilizarse en admirarla.

—No estoy del todo de acuerdo; creo que una cosa lleva a la otra; ¿acaso cuando ve algo hermoso no piensa en ello y se pregunta qué fue lo que le atrajo en primer lugar?

La mirada que le dirigió fue lo bastante profunda como para que le provocara bajar una vez más la vista, pero se contuvo de hacerlo.

—Ahora que lo menciona, tal vez tenga razón; he pensado mucho en ello últimamente.

Le pareció un comentario enigmático, se preguntaba si se refería tan solo a las preguntas, pero se abstuvo de indagar al respecto.

—Me alegra que coincidamos, entonces —Decidió que sería un buen momento para cambiar de tema—. Debe de sentirse muy orgulloso de poseer un lugar tan bello; no solo por las pinturas, claro. Rosenthal por sí misma parece una obra de arte.

—Nunca la habían catalogado así, pero ahora me parece un adjetivo muy apropiado, gracias; ¿le agrada Van Goyen?

—Sí, milord, es uno de mis favoritos —Agradeció que retomara el tono distendido—; sus paisajes son tan hermosos... es casi como si pudiera viajar por medio de su obra.

El conde le sonrió abiertamente, cediéndole el paso para que le precediera en el siguiente tramo de la galería.

—Esta es mi favorita.

Juliet suspiró, extasiada por el lienzo en la pared, que captaba lo que parecía un instante previo a una tormenta, con milenarias casas a la orilla del río y un molino de viento en lo alto de un promontorio, como un guardián en espera de las nubes grises que poblaban el cielo.

—Es hermosa, y sobrecogedora —comentó, al recuperar el habla.

—La calma antes de la tempestad.

—Eso fue lo que pensé —Por primera vez, le dirigió una sonrisa sincera.

El conde asintió con ademán satisfecho, como si tal gesto hubiera tenido una gran importancia para él.

—Señorita Braxton, hay un tema del que me gustaría hablarle, ¿se sentaría conmigo un momento? —Le señaló un sillón en el centro de la galería.

—Por supuesto —La impresionó profundamente el pedido, pero mantuvo la calma.

Una vez que estuvieron sentados, miró al conde con atención, esperando que empezara a hablar, pero este parecía tener algunos problemas para encontrar las palabras apropiadas, o simplemente no sabía por dónde empezar.

—Esto puede resultar un poco extraño, o tal vez no, dependerá de su nivel de honestidad.

—¿Cuestiona mi honestidad, milord? —Hubiera esperado cualquier cosa, menos tal inicio.

—No, desde luego que no, le ruego me perdone, elegí mal mis palabras — Su ira se aplacó al notar que se veía francamente arrepentido—. En realidad, lo que deseo es expresar mi agradecimiento, pero no puedo pensar en la

forma más apropiada de hacerlo, ya que se trata de una situación de lo más inusual.

Juliet frunció el ceño, mil imágenes pasando por su mente a la velocidad de un relámpago. Él solo podía referirse a una cosa, y la idea le aterró...

Se planteó el fingir que no le entendía y encontrar un modo de volver al salón, pero eso hubiera sido deshonesto, y después de su comentario, primero muerta antes de hacer tal cosa. De modo que echó mano de todo el valor y sinceridad que su padre le había inculcado y decidió hablar con la verdad.

—No creí que su señoría lo recordara.

Lo vio exhalar un suspiro de alivio, como si hubiera esperado una negativa.

—Lo hago; si he de serle sincero hay dos cosas de ese día que jamás podré olvidar; el dolor que sentí al caer del caballo, y su rostro.

Juliet boqueó como un pez fuera del agua, sin saber si sentirse halagada u ofendida; qué observación más sorprendente.

—Oh, ya veo —No se le ocurrió nada más que decir.

—No me malentienda, por favor, no la comparo con una caída —El conde rió, leyendo en su expresión lo que pasaba por su cabeza—. O tal vez sí, pero no en un sentido negativo; me refiero a que ambos acontecimientos resultaron profundamente impresionantes. No me caía del caballo desde que aprendí a montar siendo muy pequeño, y nunca había visto un rostro como el suyo en toda mi vida.

—Supongo que debería agradecerérselo —Aún no se reponía del desconcierto.

—Bueno, usted debe estar acostumbrada a que alaben su belleza, así que no creo que le sorprenda, solo señalo un hecho —Él pasó por alto su expresión confundida—. Lo que deseo señalar es que me resultaría imposible olvidar que usted me ayudó en un momento tan importante.

El conde hablaba con una seguridad y soltura que admiró y al mismo tiempo le incomodó profundamente. Contrario a lo que él parecía pensar, ella no se consideraba particularmente hermosa, no cuando se comparaba con las

miniaturas que conservaba de su madre, y su abuela siempre había recalcado el hecho de que el ser un rostro bonito era una ventaja más que una virtud, idea con la que no comulgaba.

—No necesita agradecer nada, milord, me alegra haber podido ser de utilidad y que se encuentre casi recuperado.

—Desde luego que debo agradecerle, esperaba hacerlo desde que supe de su existencia; es decir, no conocía su nombre, pero en cuanto oí acerca de dos jóvenes hospedados con los Sheffield, lo supe —Pareció recordar entonces algo muy importante—. Por supuesto que también debo darle las gracias a su primo, sé que fue él quien me trajo a casa.

¡Daniel! ¿Cómo pudo olvidarlo por un segundo? Juliet se sintió avergonzada de semejante descuido, lo que le permitió recuperar su elocuencia habitual.

—Sí, milord, fue Daniel quien se encargó de traerlo aquí, y de ver que fuera atendido lo antes posible; puede estar seguro de que su ayuda fue mucho mayor a la mía —Se adelantó un poco en el asiento, en tanto continuaba con un tono más bajo—. Debo hacerle una confesión, su señoría, y espero poder contar luego con su ayuda.

El conde enarcó ambas cejas, mostrando una profunda extrañeza por el cambio en su actitud, y le hizo un gesto, instándola a continuar.

—Mi primo y yo no contábamos con el permiso de mi abuela para cruzar los lindes de la propiedad de los Sheffield, pero a petición mía lo hicimos, deseaba ver más de la campiña —indicó—, y fue entonces cuando fuimos testigos de su accidente.

—Comprendo.

—La aparición del granjero fue una verdadera suerte, ya que nos preguntábamos qué era lo mejor a hacer. Fue entonces cuando Daniel se ofreció a acompañarle para asegurarse de que se encontraba bien, y decidimos que yo volviera a caballo, sin hablarle a mi abuela al respecto. Como comprenderá, a ella no le agradaría saber que desobedecimos sus órdenes. Sin embargo, su madre vio a Daniel aquel día, y por eso le aconsejé que permaneciera en casa de los Sheffield en tanto yo hablaba con ella y le

pedía que no dijera nada referente a este hecho.

Vio al conde asentir con gesto concentrado, tras escucharla con mucha atención.

—Ahora lo veo, gracias por su confianza al contármelo, y una vez más, por su ayuda —dijo al fin—. No se preocupe por mi madre, me encargaré de hablar con ella, y mantendremos su participación en secreto; tan solo mencionaré a su primo y le pediré que no haga ningún comentario frente a Lady Ashcroft, ¿está de acuerdo?

Juliet suspiró, aliviada.

—Desde luego que lo estoy, milord, es usted muy amable y comprensivo, aprecio su ayuda —Ahora sentía como si le hubieran quitado una pesada carga.

—No debe tomarlo como una ayuda, señorita Braxton, es lo mínimo que puedo hacer después de lo que usted arriesgó por mi causa —Le sonrió con amabilidad, y seguidamente se recostó en el asiento, examinándola—. Obviamente, su primo y usted son muy cercanos, ¿cierto? Siempre dispuestos a protegerse el uno al otro, o eso puedo suponer por lo que me cuenta.

—Sí, lo somos, milord —Juliet no dudó al contestar—; es más, lo considero como el hermano que nunca tuve, hemos pasado por muchas cosas juntos, y a veces, exceptuando a mi abuela y mi tío, creo que es la única familia que me queda.

No pretendió ser tan honesta, o revelar tanto de su vida, pero el conde le inspiraba mucha confianza, y las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiera detenerlas, y por la sonrisa que él mostraba, parecía muy consciente de ello.

—Ya veo, debe de considerarse muy afortunada, entonces; a mí también me hubiera gustado tener un hermano.

—¿De verdad?

—Claro, y mucho —Le llamó la atención su tono un poco nostálgico—, especialmente en mi niñez; la soledad no es una buena compañera para un niño.

—Lo sé.

Intercambiaron una mirada de entendimiento, y tras un momento, Juliet retiró la vista, turbada por una sensación que le resultó extraña.

—Me alegra haber podido hablar con usted, milord, agradezco su ayuda al ofrecerse a hablar con la condesa en mi lugar —Se levantó con premura, mirando a un lado y otro, menos al hombre que tenía al frente—. Y gracias también por mostrarme su maravillosa colección; pero creo que mi abuela debe de echarme en falta.

El conde asintió, levantándose también, aunque con mayor dificultad.

—Desde luego, deberíamos volver —Le cedió el paso, y tras andar un corto trecho, habló una vez más—. Espero que pueda visitarnos pronto nuevamente; tengo en mi estudio unas pinturas de Ingres que creo podrían gustarle.

—Es muy amable de su parte, milord, gracias, me gustaría verlas alguna vez.

—Entonces tenemos un trato.

Juliet le devolvió la sonrisa, sin responder, pero retrasando el paso para que él pudiera caminar a su lado usando el bastón sin necesidad de apresurarse.

Llegaron pronto al salón, donde tanto su abuela, como la condesa y los Sheffield continuaban con su animada charla, y se alejó del conde para ocupar su antiguo lugar y contestar a las preguntas que le hacían respecto a las pinturas.

Casi no volvió a intercambiar palabra con el conde hasta el final de su visita, tan solo se despidió en el momento preciso con una reverencia apresurada, y siguió a su abuela fuera de la casa, dando una larga mirada al edificio en tanto el carruaje se alejaba por la arboleda.

## CAPÍTULO 5

La condesa de Arlington miraba a su hijo con el ceño fruncido y un mohín fastidiado.

—No digo que no comprenda lo que me dices, Robert, desde luego que lo hago y estoy completamente de acuerdo, por supuesto —se apresuró a decir, para evitar ser interrumpida—; sin embargo, solo me gustaría saber qué fue exactamente lo que te dijo la señorita Braxton.

El conde suspiró, agotado desde ya por lo que sabía devendría en una discusión absurda. Su madre insistía en decir que había heredado la tozudez de padre, pero él estaba seguro de que fue ella en realidad quien le legó ese rasgo de su carácter.

—Bueno, madre, por favor, dime qué parte no te ha quedado del todo clara; estaré encantado de ayudarte.

—No tienes que ser sarcástico conmigo.

—A veces no me dejas otra alternativa, y lo sabes.

Su madre volvió a fruncir el ceño y le dirigió una mirada ofendida.

—Tan solo hice una pregunta inocente.

—¿Relacionada con una joven a la que ves con tanto interés? Dudo que haya mucho de inocencia en ello —Su hijo levantó un dedo para indicarle que aún no había terminado—; y ya te lo he dicho. El joven que me trajo a Rosenthal tras el accidente es su primo, Daniel, pero no contaba con autorización de su abuela para adentrarse en una zona tan alejada, así que, a fin de evitarle inconvenientes, tanto él como la señorita Braxton esperan que no digas nada al respecto. No hay nada más que contar.

La condesa enarcó una ceja con expresión suspicaz.

—No te creo.

—Me apena oírlo.

—Eres imposible.

—Eso también es algo muy triste de oír dicho por tu madre, pero no tengo más que añadir al respecto —El conde rió al escuchar el bufido irritado de su madre—; y ese es un sonido muy poco digno de una dama.

Las risas incrementaron al verla dejar la silla y retirarse de la habitación sin siquiera despedirse.

Eso no había sido tan terrible como esperaba, y si conocía a su madre, en un par de horas estaría tan tranquila como si nada hubiera pasado; no era una mujer rencorosa. Una virtud que con frecuencia envidiaba.

Con el despacho solo para sí, el conde pudo dedicar sus pensamientos a ideas más estimulantes que buscar formas para evadir las preguntas de su madre.

La tarde anterior, en cuanto despidieron a sus visitantes, y evitando los requerimientos de su madre acerca de su charla con la señorita Braxton, volvió a la galería, a observar la pintura de Van Goyen que le había mostrado hacía tan solo unas horas.

Se quedó de pie, observando esa imagen que, tal y como mencionara, le recordaba a la calma que antecede a las tormentas. Lo curioso era que a él le agradaban las tormentas imprevistas; las consideraba un fenómeno con el que la naturaleza dejaba en claro que era ella quien mandaba, que no importaba cuánto una persona intentara tener el control de todo, bastaba el resoplido de una diosa aburrida para destruir los acontecimientos que simples mortales creían tener completamente controlados.

Y era también una metáfora que tenía muy presente en la vida diaria. Aún cuando se consideraba un hombre metódico, dueño de sus emociones, y seguro de lo que deseaba, era consciente de que los planes más calculados podían verse alterados por sucesos que escapaban a su control.

Y por algún motivo que aún no tenía del todo claro, la mera existencia de Juliet Braxton era la prueba perfecta de ello.

Tras conseguir burlar la férrea vigilancia de su abuela, Juliet y Daniel se reunieron a la mañana siguiente de la visita a Rosenthal, y ella pudo contarle

acerca de su charla con el conde. No estaba segura del por qué, pero se ciñó a relatar tan solo lo relacionado con el asunto que le concernía; no dijo nada de sus intercambios de opinión, o esa promesa de visitar una vez más la propiedad para ver las obras de las que le había hablado. Por algún motivo, lo consideraba un asunto privado, algo que ni siquiera podía compartir con Daniel, a quien le tenía tanta confianza.

—¿Y fue tan fácil? ¿Tan solo accedió a hablar con su madre?

Se encontraban bajo la sombra de un gran árbol, a solo unos metros de los jardines de la propiedad, sentados en las raíces que sobresalían de la tierra.

—Sí, me dijo que lo haría, ya te lo he contado. Está muy agradecido, con ambos; especialmente contigo, claro, y prometió que en cuanto le fuera posible se encargaría de hacerlo.

—¡Vaya! Eso es muy... noble de su parte.

Juliet captó un tono extraño en la voz de su primo, uno que no le era del todo desconocido.

—¿Qué pasa? ¿No te alegra? Es lo que queríamos.

—Sí, claro, pero creí que hablarías con la condesa, no con él.

—Ya te lo he dicho, el momento se dio y... lo aproveché —Juliet se encogió de hombros, como restándole importancia—. Sea como fuere, podemos estar tranquilos, la condesa es muy amable, tal y como te conté, así que no tendremos ningún problema con la abuela.

—Sí, claro, eso es todo lo que importa.

Juliet se recostó sobre la raíz, con una mano tras su cabeza, procurando mirar a su primo a los ojos.

—¿Qué ocurre, Daniel? Nunca eres tan odioso conmigo.

—¿Insinúas que lo soy con los demás?

—La mayor parte del tiempo, sí —Su prima hizo un gesto de burla—, pero siempre he pensado que a mí me tienes en más alta estima.

El joven suspiró, sin quitar la vista del cielo, mientras arrancaba la hierba

que crecía a sus pies con los dedos.

—Lo siento, Juliet, es solo que recibí una carta de mi padre.

—Ya veo —Su prima lo miró sin poder evitar que la compasión se revelara en su expresión—. ¿Qué dice el tío Christopher? ¿Alguna mala noticia?

Conocía lo suficiente a su tío como para saber que si se ponía en contacto con su hijo, no podría haber nada bueno de por medio; era terrible, pero no por ello menos cierto.

—Quiere que lo acompañe en su próximo viaje a París.

—¿Por qué?

—No por que desee verme, por supuesto —Juliet lamentó el tono resentido de su primo—; al parecer piensa que es momento de que empiece a conocer un poco de los negocios que tiene por allí; no estoy seguro, y como imaginas, no me importa.

Juliet ahogó un suspiro y se permitió darle una palmadita amistosa a su primo en la mano libre.

—¿Y cuándo tienes que partir?

—No lo sé aún; según escribió, me lo hará saber en cuanto sea conveniente —Imitó el tono ronco y rimbombante de su padre, logrando que la joven esbozara una sonrisa—. Lamento haber sido grosero, es solo que él...

—Lo sé, no te preocupes —Juliet se puso de pie con un impulso y sacudió las briznas de hierba de su vestido a fin de evitar una reprimenda de su abuela—. Pero, si no hay una fecha concreta, no tienes por qué lamentarte; vamos a disfrutar de este tiempo, ¿qué dices? ¿Una carrera hasta la casa?

Daniel se levantó, cambiando el semblante agobiado por uno divertido y relajado.

—¿Y si la abuela nos ve?

—Entonces que sea hasta las caballerizas, no puedo imaginarla con la vista puesta allí.

—Buena idea, ¿quieres que empiece la cuenta? —Apenas terminaba de

hacer la pregunta, su prima corría ya en dirección a la propiedad, pero no pareció disgustado, sino que una sonrisa alegre se dibujó en sus labios—. Te ganaré, pequeña tramposa.

Y tras esa sentencia, empezó a correr hasta perderse de vista.

## CAPÍTULO 6

Cuatro días antes de que se cumpliera el mes pronosticado por el médico, Robert pudo apoyar el pie sin sentir el más mínimo dolor, y aún mejor, se le indicó que podría retomar sus cabalgatas sin ningún problema.

Desde luego que esta noticia alegró muchísimo a su madre, quizá aún más que a él mismo, y como desde su pequeño intercambio de palabras relacionado con la visita de Lady Ashcroft y su nieta no habían hablado más del tema, esta creyó que sería el mejor momento para hacerlo.

Tras pensarlo mucho, decidió que un buen momento para ello sería la hora del desayuno, el primero que compartirían sin que Robert se viera en la necesidad de usar el bastón.

—Querido, estuve pensando...

—¿En qué, madre?

—¿A qué te refieres?

—Dices que estabas pensando, y te pregunto en qué.

La condesa viuda empezó a pestañear, un poco confundida.

—Bueno, ya que lo preguntas —Se recuperó con rapidez—, me gustaría invitar nuevamente a algunos de nuestros vecinos; no a muchos, por supuesto, pero sí a los más cercanos a fin de socializar un poco. La visita de los Sheffield me recordó cuánto me agrada recibir invitados en casa.

Robert dejó su servilleta a un lado, sin dejar de mirar a su madre con falsa seriedad; había tardado mucho más de lo que esperaba.

—No lo sé, madre, ¿qué tienes planeado? ¿Un té, quizá?

—O una reunión al aire libre, sería agradable utilizar los jardines en esta temporada; me cuenta Simmons —Se refería al jardinero— que mis rosas acaban de florecer.

El conde fingió pensar en lo que su madre decía, removiendo el té con la

cucharilla, mientras ella lo miraba con gesto ansioso.

—Ahora que lo mencionas, también yo estuve pensando en algo similar.

—¿En serio? Qué curioso.

—Sí, extraordinario —Su hijo sonrió a medias, dejando los rodeos; era un poco cruel jugar así con su madre—. Se acerca tu cumpleaños y pensé que tal vez te agradecería que diéramos una fiesta en tu honor.

La condesa se vio tan sorprendida que una vez más Robert no pudo menos que sentirse avergonzado por la poca atención que le dedicaba, cuando ella no le mostraba más que un cariño incondicional. Suponía que el ser consciente de ello debía de ser una buena señal de que se encontraba en el camino correcto para corregir el rumbo.

—¿Lo dices en serio? ¡Oh, Robert, es maravilloso! No recuerdo cuándo fue la última vez que organicé una fiesta en Rosenthal —La condesa juntó las manos a la altura del pecho, con una inmensa sonrisa—. No estoy segura de por donde empezar...

—No conozco a una mejor anfitriona que tú, madre, será la fiesta del año y los vecinos rogarán por recibir una invitación.

—¡Pero si pienso invitar a todo el mundo! —La dama se calmó cuando vio la expresión horrorizada de su hijo—. Bueno, no a todo el mundo, claro, es solo una forma de hablar.

—Eso espero, aunque desde luego es tu decisión a quién invitas y a quién no, pero aun así, creo que todo el mundo sería demasiado, aún para Rosenthal —Abandonó su sonrisa al ver como su madre dejaba la servilleta con gesto enérgico y se levantaba como impulsada por un resorte—. ¿Qué sucede?

La condesa estaba ya por cruzar la puerta, pero volvió sobre sus pasos y le dio a su hijo un beso en la frente, un gesto no muy común en ella.

—Se me acaba de ocurrir que podría pedirle ayuda a la señora Richards para organizar la fiesta, mencionó hace unos días lo aburrida que pasa todo el día en casa; iré a hablar con ella ahora mismo —Sonrió—. Gracias por esta maravillosa sorpresa, querido.

—No hay nada que agradecer, madre, me alegra que te haga tan feliz.

La dama sonrió una última vez y salió del comedor con paso rápido, dejando a su hijo a solas, entre divertido e incrédulo por semejante muestra de emoción.

No esperaba que la noticia le alegrara tanto, y se sentía satisfecho de que así fuera; su madre merecía ser feliz.

Él, por su parte, estaba más interesado en otros pensamientos, quizá no tan alegres, pero no por ello menos importantes.

La idea de preguntarse si su madre invitaría a los Sheffield y Lady Ashcroft era ridícula, por supuesto que lo haría; lo que deseaba saber era si la dama asistiría, y de ser así, si sus nietos la acompañarían. O, más importante, su nieta, si era honesto consigo mismo.

Era consciente de que su curiosidad resultaba peligrosa; nada relacionado con una jovencita de su edad, una abuela obviamente ambiciosa y una madre desesperada por verlo casado podrían augurar nada bueno, y aun así, no podía evitar el deseo de verla una vez más.

Si bien apenas hablaron durante su visita a Rosenthal, bastaron unas cuantas frases para saber que no se trataba de una joven del tipo común; al contrario, la encontró muy interesante, lo suficiente como para esperar poder intercambiar otras impresiones con ella. Deseaba mostrarle los cuadros en su despacho y darle una vez más las gracias por su ayuda en el momento de su accidente. Aunque ella hubiera insistido tanto en que fue su primo quien tuvo mayor participación en la misma, recordaba perfectamente, a pesar de su delirio, que no fue así.

Fue ella quien se acercó primero, preocupada por su estado, quien se hincó a su lado sobre la hierba, y el rostro que lo acompañó desde que perdió el conocimiento hasta que lo recobró; aún en su cama en Rosenthal continuaba evocando esa cara a la que ni siquiera podía poner un nombre.

Rió al acordarse de la extraña pregunta que hizo para saber en qué estado se encontraba.

“¿Cuántos dedos ve?”

Fueron dos los que le mostró, claro, estaba seguro, pero no pudo responder apropiadamente porque estaba muy ocupado observando sus facciones y

oyendo el tono seguro y dulce de su voz, los mismos que había podido admirar a sus anchas durante su visita a Rosenthal.

Se movió inquieto en la silla, incómodo por la dirección que tomaban sus pensamientos. Había una gran diferencia entre encontrar interesante a una joven y estarle eternamente agradecido, a fantasear con su rostro y voz.

Si su madre notaba el efecto que Juliet Braxton ejercía sobre él, entonces sí que estaría perdido. Casi podía escucharla fantaseando acerca de velos y encajes; la sola idea le provocaba escalofríos.

No es que le disgustara la posibilidad de relacionarse en el futuro con una jovencita como ella; tenía claro que algún día se vería en la necesidad de casarse y podría considerarse afortunado si lograba encontrar a otra como ella, con su encanto y delicadeza; pero futuro era la palabra clave.

En el presente, no estaba interesado en perder su soltería, ni aunque se le presentara un batallón de jóvenes bellas y encantadoras; simplemente aquello estaba por completo fuera de discusión. Aún era joven y esperaba disfrutar de algunos años más de soledad antes de “sentar cabeza”, como su madre decía.

Mientras ello ocurría, su plan era aprovechar al máximo la libertad, y ninguna señorita Braxton pondría sus propósitos en peligro.

Si había algo que a Juliet le disgustaba más que verse en un país que no consideraba el propio, y tener que soportar a una abuela que creía tener el derecho de decidir cada aspecto de su vida, era el probarse un vestido tras otro.

Podría considerarse una queja absurda e infantil, pero quien no pasara por semejante tortura no tenía idea de lo difícil que resultaba.

No es que no le gustaran los vestidos, los encontraba hermosos y sabía lo afortunada que era al contar con tal variedad, pero hubiera preferido tener la libertad de escoger el que mejor le pareciera en lugar de desfilarse frente a Lady Ashcroft como un maniquí humano sin emociones, a fin de que fuera ella quien eligiera el que le pareciera más apropiado cuando sería Juliet quien debiera llevarlo.

Pero discutir con su abuela y pretender que comprendiera un concepto tan

lógico era simplemente ridículo, de modo que no tuvo más alternativa que cumplir con ese odioso ritual.

Lo único que le emocionaba era la idea de ver Rosenthal una vez más; y de ser posible, escabullirse para contemplar las pinturas que el conde Arlington prometiera mostrarle. La sola posibilidad de que pudiera hacerlo resultaba suficiente para controlar su mal humor y le daba un motivo para esperar la fecha del baile con entusiasmo.

Claro que este nunca podría rivalizar con la felicidad extrema que mostraba su abuela ante la perspectiva de mostrarla como a una muñeca ricamente ataviada ante la sociedad de Devon, pero no era algo que a Juliet le molestara, ya que lamentablemente se encontraba más que acostumbrada. Y la sociedad de Devon nunca podría ser tan desagradable como la de Londres.

—¡Azul!

La joven casi tropieza con el ruedo de su vestido y se da de bruces contra la pobre costurera al oír el grito de su abuela. Debía recordar no abstraerse en sus ensoñaciones cuando estaba en su presencia.

—¿Qué ocurre, abuela? ¿Qué es azul?

—El vestido, por supuesto —La dama mostró ese rictus inconforme que le era tan familiar—. No comprendo cómo puedes ser tan distraída, niña. Digo que el vestido debe ser azul.

—Me gusta este —Juliet miró su atuendo de un tono verde pálido sin mayor emoción.

—Pero es que el azul hace juego con tus ojos —Su abuela sacudió la cabeza con gesto decidido—. Este no me convence... podría ser blanco también, pero ya usaste uno de ese color en la última visita a Rosenthal.

Juliet suspiró, procurando mantener la calma.

—En ese caso, probemos con uno azul —Le sonrió a la costurera, que apenas se recuperaba del susto—. Prefiero los tonos pálidos, si es posible.

—Creo que tengo uno que podría gustarle, señorita —apenas se atrevió a susurrar—; se lo traeré en un momento.

Vio a la mujer salir con cuidado de la amplia habitación que ocupaba en casa de los Sheffield y ahogó un suspiro.

—Recuerdo la última vez que asistí a un baile en Rosenthal; fue una velada maravillosa —Su abuela retomó la palabra—. Debes verla de noche, Juliet, a la luz de los candelabros en el gran salón, te gustará mucho.

—Estoy segura de que así será, abuela.

—El conde ha sido tan amable al organizar este baile en honor a su madre, y ella al invitarnos, por supuesto —Lady Ashcroft ignoró el comentario de su nieta—. Espero que esta vez Daniel asista y se comporte como el caballero que es.

—No fue por su gusto que debió declinar esa invitación, abuela —Juliet no pudo reprimir una réplica a ese comentario que le pareció injusto—, y Daniel es perfectamente capaz de comportarse como corresponde, no debes preocuparte.

La dama se envaró en el asiento, prestando por primera vez su completa atención a lo que la joven decía.

—Sé que lo es, y justamente por ello es que me desconciertan sus maneras tan poco apropiadas; más le vale que reprima esos comentarios sarcásticos que tanto le gusta proferir —refutó de mal talante—. En cuanto a ti, espero que des una excelente impresión; no quiero verme en la necesidad de llamarte al orden, ya no eres una niña.

Juliet frunció el ceño ante esa observación.

—No comprendo a qué te refieres, abuela; dijiste que mi presencia en Rosenthal había sido muy bien recibida.

—Y así fue, por supuesto, pero no creas que no reparé en la falta de cortesía que mostraste con el conde.

—¿Falta de cortesía? No te entiendo, abuela, fui muy cortés con él, te lo aseguro; es más, recuerda que le acompañé a visitar la galería de pinturas.

—Oh, sí, te vi, y parecía que te llevaban al cadalso —La dama apretó los labios hasta que casi perdieron su color—. El pobre hombre debió de sentirse muy ofendido por tu actitud.

La joven sintió cómo la sangre le hervía en las venas; si el comentario referente a la actitud de Daniel le había parecido injusto, esto era absurdo. ¿Cómo podía su abuela decir algo así? Ella no tenía cómo saber la forma en que se había comportado cuando estuvo a solas con el conde, y en todo caso, estaba segura de que había dejado una impresión muy correcta en su visita a Rosenthal.

La idea de que insinuara que debió ser más amistosa, o tal y como hacían otras jóvenes de su entorno, casi insinuantes de una forma vergonzosa, le pareció repulsiva. No pensó jamás que su abuela llegara a tales extremos para satisfacer sus ambiciones.

—Insisto en que no entiendo a qué te refieres, abuela —Sabía bien que exponer su rechazo no le ayudaría en nada; su abuela jamás admitiría cuáles eran sus intenciones—. Tal vez te confundiste, ya que tengo la plena seguridad de que me comporté tal y como mis padres hubieran aprobado.

La anciana no tuvo tiempo de replicar a esa respuesta cargada de intención, y aunque hubiera sido así, no habría podido articular una respuesta satisfactoria. Fue una suerte que la costurera volviera en ese momento con otro par de vestidos en los brazos.

—Este azul es hermoso, señorita; con sus ojos y su figura, se verá como un ángel —La pobre mujer sonreía con nerviosismo, como si sintiera la tensión en el ambiente.

Juliet decidió no gastar más energías en discutir con su abuela, y tras dirigirle una mirada orgullosa, le prestó toda su atención a la costurera.

—Sí, es verdad, es hermoso —Le sonrió—. ¿Me ayudaría a probármelo?

Dejó a Lady Ashcroft a solas en la habitación en tanto ambas iban tras la mampara, sin dirigirle una sola palabra.

## CAPÍTULO 7

Al contemplar los jardines desde la ventana de su despacho, Robert Arlington pensaba en lo orgullosa que debía de sentirse su madre.

Aún no llegaba un solo invitado, y mientras ultimaban los detalles para el baile, lo que en su opinión solo conseguía provocar un caos que prefería evitar, Rosenthal se veía más impresionante que nunca.

Como una obra de arte, se dijo con una sonrisa, recordando la expresión de la joven Juliet Braxton.

Sería agradable verla una vez más, aunque tenía muy claros sus motivos, y el cuidado que debería tener para evitar que su madre sufriera una decepción, así como también perjudicar a la joven de cualquier forma. Si bien encontraba su charla muy interesante, y le complacía que tuvieran gustos en común, no deseaba que albergara falsas esperanzas.

Era un verdadero problema ser un soltero, si es que ello acarreaba tantos dolores de cabeza. Por suerte, otorgaba también muchas ventajas que compensaban cualquier mal rato que debiera pasar.

Unos suaves golpes en la puerta lo sacaron de su abstracción y sonrió al ver aparecer a su madre, toda radiante y sonriente.

—Querido, empezarán a llegar en cualquier momento; por favor, acompáñame.

—Por supuesto, será un honor llevar del brazo a la dama más bella del baile.

—Eso es muy amable de tu parte —La condesa colocó una mano en su brazo y le dio un golpecito cariñoso—, pero seré más feliz si compartes la fiesta con personas más apropiadas.

—¿Apropiadas exactamente en qué sentido?

En tanto cruzaban el amplio corredor hasta llegar al vestíbulo, la dama negó con la cabeza, dirigiendo a su hijo una astuta mirada.

—No lo sé, querido, estoy segura de que tú encontrarás el sentido preciso sin ayuda.

El conde la contempló con una ceja alzada, pero no tuvo tiempo para una réplica apropiada porque el sonido de los carruajes anunció la llegada de los primeros invitados y se apresuró a ocupar su lugar.

Cuando su madre dijo que pensaba invitar a todo el mundo, se aterró, pero luego se convenció de que no podía ser más que una exageración provocada por un momento de emoción. Ahora no estaba tan seguro de eso.

Los más conocidos miembros de la sociedad de Devon, y de Londres también, por supuesto, desfilaban frente a él, y ya había desistido de intentar contarlos, una vieja costumbre adquirida desde pequeño.

Tras saludar con una venia a la quinta, no, debía de ser la sexta dama de la noche que se acercaba a saludarlo con una pobre joven de semblante asustado a la que llevaba casi a rastras, se dijo que debió suponer que su madre se las arreglaría para invitar a tantas jóvenes casaderas como le fuera posible.

Nunca se había considerado como un hombre que pudiera espantar a una jovencita impresionable, pero bien pensado tal vez fuera demasiado notorio el desagrado que esa situación le causaba; el disimulo no era uno de sus fuertes, aunque sabía cumplir con su obligación de anfitrión, por lo que procuró mantenerse tan impasible como le era posible.

No se dio cuenta de ello, pero en cuanto vio la figura envarada de Lady Ashcroft cruzando la entrada, soltó un suspiro de alivio; empezaba a pensar que no llegarían. Tras ella iban los Sheffield, ella con un horrible sombrero que le recordó a un ave disecada, y él, tan orondo como siempre.

Pero no estaba interesado en ellos, no más de lo usual; es decir, prácticamente nada. Su mirada estaba clavada en un punto más alejado, y una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios al ver a Juliet Braxton caminar con paso tranquilo sin dejar de hablar con el joven que iba a su lado.

Ese debía de ser Daniel Ashcroft, por supuesto, su primo; casi había olvidado su existencia, lo que era vergonzoso, ya que también estaba en deuda con él. Tuvo apenas unos minutos antes de que el grupo llegara a su altura para poder examinarlo con discreción y no estaba seguro de qué

impresión le causó.

Era un joven atractivo, eso era innegable, y se movía con una despreocupación que encontró peculiar considerando su edad; sin embargo, por alguna razón que no deseó analizar, le extrañó la notoria diferencia en la forma en que miraba a su prima y a las personas que le rodeaban. Con la primera era abiertamente amable, mientras que a los otros les dispensaba una mirada entre aburrida y desdeñosa.

Su madre, a su derecha, empezó los saludos, dirigiéndole palabras de elogio a Lady Ashcroft, que le correspondió con igual deferencia mientras los Sheffield esperaban su turno; una vez que esto ocurrió, se vio frente a la anciana, que lo trató con la misma cortesía de la última vez que se vieron.

Solo cuando los Sheffield hubieron pasado al salón, se permitió dirigirle una mirada de soslayo a la joven Braxton, que conversaba animadamente con su madre, y se entretuvo apreciando el vestido que llevaba, tan azul como sus ojos, con una suerte de adorno en el pecho que no sabía cómo llamar, pero que la hacía aún más bella.

En cuanto la tuvo frente a sí, tomó su mano y besó el dorso con caballerosidad, sin poder reprimir el deseo de retenerla por más tiempo del apropiado, solo para ver su reacción; y esta fue tal y como esperaba. Alzó ambas cejas y tras parpadear con azoro, la retiró con delicadeza.

—Milord, es un placer visitar Rosenthal una vez más.

—Señorita Braxton, es Rosenthal la que se ve engalanada con su presencia, gracias por venir —Bajó un poco la voz para que solo ella lo escuchara—, y a mi despacho le encantará mostrarle las pinturas de las que le hablé.

Le agradó verla sonreír. Mucho.

—Bueno, no me gustaría defraudar a su despacho, milord.

—Excelente, porque se sentiría desolado de no poder deleitarse con su presencia.

—Gracias por el recibimiento —La joven hizo una venia y miró a su primo, quien tras hablar con Lady Arlington esperaba su turno para saludar al conde—. Si me disculpa, iré a reunirme con mi abuela.

El conde hizo una reverencia y la vio partir, volviendo su atención al joven que lo miraba con poca simpatía.

—Milord, gracias por la invitación.

Las palabras brotaron con un tono displicente que encontró muy molesto.

—Ashcroft, es un honor recibirlo en Rosenthal, lamento que no pudiera acompañar a su abuela y su prima en su anterior visita —Sabía que las otras personas esperando en la fila oían lo que decía, por lo que era necesario guardar las apariencias.

—Sí, lo lamenté mucho, pero ya que su señoría ha tenido la gentileza de invitarme una vez más, no me lo perdería por nada del mundo.

—Bien, sea bienvenido.

Tras una cabezada, el joven se encaminó al salón, sin volver la mirada.

—Es un joven agradable, ¿verdad, querido? Debes darle las gracias de forma apropiada luego; con discreción, claro —Su madre se las arregló para inclinarse un poco hacia él y susurrarle algunas palabras.

—Claro, madre, con mucha discreción.

No pretendió que su tono sonara tan duro, pero no pudo evitarlo; había algo en ese joven que le inspiraba un profundo rechazo, lo que era extraño porque a su madre pareció provocarle una muy buena impresión.

Decidió no pensar más en ese asunto, por ahora, y tras culminar con los saludos, se dirigió al salón, donde la orquesta empezaba a tocar y algunas parejas se encaminaban ya al área acondicionada para el baile; le causó gracia ver a los Sheffield dando vueltas sin el más mínimo sentido del ritmo, suponía que tantos años de matrimonio habrían igualado sus escasas habilidades.

No le extrañó ver a Lady Ashcroft junto a sus nietos, moviendo la cabeza de un lado a otro, con ese ademán tan imperioso que empezaba a reconocer sin problemas; obviamente les ordenaba hacer algo que a ellos no les inspiraba mayor alegría. Luego la vio dar media vuelta y dirigirse con paso firme hasta donde se encontraban las damas viudas, en una larga fila de sillas en la zona lateral del salón.

Observó con una mueca divertida como el joven Ashcroft se encaminaba con paso incómodo hasta un par de jovencitas que en cuanto lo vieron aparecer rompieron en risitas que encontró muy tontas aún desde su lugar de simple observador; casi sintió lástima por el muchacho, y aún más cuando lo vio bailar con una de ellas con el mismo entusiasmo que estaba seguro mostraría él de estar en su lugar.

Mientras esto ocurría, Juliet, desde el otro extremo del salón, contemplaba también el espectáculo de ver a su primo bailando de mala gana con una completa desconocida, y no pudo evitar una sonrisa compasiva. Pero no tenían alternativa, porque la abuela había dejado muy en claro que esperaba verlos socializar con los otros invitados.

Ahora mismo ella se sentía muy incómoda mientras intentaba burlar a un caballero que, tras saludarla con una efusividad que encontró desconcertante, ya que jamás lo había visto antes, insistía en invitarla a bailar, a lo que desde luego no podía negarse, por lo que tras suspirar con pesadez, y dibujando una sonrisa educada, aceptó.

Su fastidio se vio incrementado desde el primer compás, ya que Lord Graham, pues este era el título de su compañero de baile, la acercó demasiado para su gusto y para lo que dictaban las buenas costumbres, por lo que se vio forzada durante casi toda la pieza a alejarse tanto como le era posible. Y cuando esta finalizaba ya, no pudo evitar frenar el deseo vengativo de darle un buen pisotón que supo disfrazar como un descuido inocente. Por la forma en que el caballero la miró, no cabía duda de que había notado su verdadero propósito, pero no se mostró ofendido en absoluto, o al menos no lo demostró.

Juliet, por su parte, solo esperaba que se viera en la necesidad de cojear durante todo el tiempo que durara el baile, a fin de mantener seguras a sus potenciales parejas, y tras una reverencia se encaminó hacia donde su abuela la observaba con una mueca malhumorada, por lo que en el último momento decidió dar media vuelta y dirigirse en dirección contraria, casi chocando con un cuerpo que le pareció salía de la nada.

Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero una mano segura la sujetó del antebrazo, y al levantar la mirada para agradecer a su benefactor, se encontró con los ojos grises de su anfitrión.

—Señorita Braxton, ¿me concedería el honor de este baile? —Se inclinó un poco para susurrarle algunas palabras—. Prometo comportarme si usted jura no pisarme; acabo de recuperarme de un accidente y no deseo verme en la necesidad de recurrir nuevamente al bastón.

Juliet se ruborizó al pensar en que hubiera observado todo el espectáculo de su desafortunado baile con Lord Graham, pero la sonrisa divertida de su interlocutor le inspiró tranquilidad.

—Será un honor, milord, y desde luego que haré todo lo posible por mantener sus pies a salvo.

—Es muy gentil, mis pies y yo le quedamos eternamente agradecidos.

Juliet debió hacer un esfuerzo para contener la risa; no sabía por qué, pero esos juegos de palabras tan inocentes que intercambiaba con el conde le parecían a la vez un poco absurdos y extremadamente divertidos. No era muy común que se sintiera tan cómoda con desconocidos, y mucho menos que pudiera exhibir su sentido del humor habitual sin sentirse limitada por las instrucciones de su abuela.

Robert, en tanto la llevaba del brazo hasta el centro del salón, pensaba también en lo bien que se lo pasaba conversando con esa joven, y cuánto le agradaba verla sonreír honestamente, no solo por cumplir con las formalidades. Cuando reía, sus ojos se iluminaban y un rubor delicioso afloraba a sus mejillas, era una imagen adorable; muy diferente a esa expresión tensa que había visto en sus rasgos mientras bailaba con el idiota de Graham, a quien deberían enseñarle como tratar a una dama, por cierto.

Estuvo tentado de interrumpir el baile, pero eso hubiera desatado muchas habladurías y su madre jamás le perdonaría que arruinara su celebración, por lo que esperó con los puños a los lados el momento propicio para acercarse a ella y pedirle la próxima pieza.

Ahora, mientras danzaban por el salón, sin un solo pisotón, por cierto, disfrutó la sensación de la curva de su cintura bajo su mano, y la sonrisa confiada que le dirigía. No era de las mujeres que contaban los pasos o hacían tan difíciles llevarlas; se relajaba como si el bailar le fuera tan natural como el respirar, y eso le inspiró una curiosa serenidad.

—¿Milord?

—Lo siento, ¿qué decía? —Frunció un poco el ceño al verla reír—. ¿He dicho algo gracioso?

—No, milord, lo siento, es solo que usualmente soy yo quien se distrae y a quien mi abuela llama al orden.

Al comprender, le devolvió la sonrisa, y la hizo girar con un movimiento elegante.

—En ese caso, debo disculparme, claro; si quiere saberlo, estaba pensando en lo bien que baila.

—¿Solo en eso, o en la fortuna de que sus pies no corran peligro conmigo?

—Digamos que soy muy afortunado... en general.

Ella rió una vez más, comprendiendo la broma.

—Rosenthal se ve muy hermosa, milord, y su madre se ve feliz; fue muy amable de su parte el organizar esta fiesta para ella —El cambio de tema no lo tomó desprevenido, ya había reparado en la facilidad de esa joven para saltar de una charla a otra—. Nunca había asistido a un baile en el campo.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso posible?

—Pasamos casi todo el tiempo en Londres, y... bueno, desde luego que asistimos a algunos allí, pero no es lo mismo.

Robert se inclinó un poco para mirarla con más atención.

—No le gusta Londres.

—¿Es esa una pregunta o una afirmación?

—Un poco de ambas.

Juliet asintió tras dudar un momento, preguntándose qué tan inteligente sería confiar en él, pero ya que había dado varias muestras de honestidad, creyó que no pasaría nada por continuar siendo sincera.

—A decir verdad, milord, no, no es un lugar en el que me sienta muy cómoda; creo que es una hermosa ciudad, pero el vivir allí...

—...no es algo que la haga feliz.

—Eso es correcto —La joven miró tras su hombro, descubriendo a lo lejos a su abuela, que los observaba con atención, y su gesto satisfecho afectó su entusiasmo—, pero no hay mucho más que decir al respecto.

El conde notó su cambio, y giró con ella para ver lo que había llamado su atención, encontrando la razón de inmediato, la misma que ahora charlaba amistosamente con su madre.

—Si me permite un consejo indiscreto, señorita Braxton, no permita que le afecte tanto —La joven lo miró con expresión sorprendida, a lo que él respondió con una sonrisa amistosa—. Se lo digo por experiencia, no siempre nuestros familiares saben lo que es mejor para nosotros.

—Es fácil para usted decirlo, es hombre —Juliet no pudo reprimir que su respuesta sonara a una acusación—. Su madre no puede obligarle a hacer nada.

Tras pensar un momento en ello, Robert tuvo que aceptar la verdad de su afirmación. Tal vez su madre lo volviera loco a veces con sus deseos de verlo casado, pero sabía que la decisión era solo suya, además de que aún cuando pudiera hacerlo, ella jamás lo obligaría a un matrimonio solo por conveniencia; lo amaba demasiado para eso. El caso de la joven Braxton era muy diferente; no solo estaba bajo la custodia de su tío y abuela, lo que les concedía todo el poder para decidir por ella, sino que por lo que había logrado analizar de su relación, Lady Ashcroft, al menos, no era una persona muy amorosa.

—Tiene razón, no es nada justo, lo lamento.

Ella abrió tanto los ojos que estuvo a punto de reír, pero se contuvo para evitar ofenderla.

—Es la primera vez que un hombre lo admite ante mí.

—¿Y se lo ha preguntado a muchos?

—Bueno, solo a mi primo Daniel, y a uno de mis tíos —reconoció de mala gana—, pero aun así, no es algo que esperara oír.

—En ese caso, me alegra haber conseguido sorprenderla; en el buen

sentido, claro.

La música cesó entonces, y aún cuando le hubiera gustado continuar bailando con ella, sabía que eso solo desataría habladurías que no le harían ningún bien a su reputación, de modo que la acompañó hasta la mesa de bebidas, donde su primo permanecía de pie con expresión seria.

—Hola, Daniel, ¿te estás divirtiendo? —Juliet sonrió en cuanto llegaron a su lado.

—No podría ser de otra forma —El conde captó el sutil tono mordaz—. ¿Quieres limonada?

—Sí, claro, gracias.

—Le ofrecería un poco, milord, pero creo que necesitan hablar con usted —El joven Ashcroft hizo un gesto con una mano.

Robert miró sobre su hombro y reprimió un suspiro al ver a Lady Wilkfield, la misma que le hacía señas desde el otro lado del salón; su hija, una jovencita aburrida y tan vanidosa como su madre, le sonreía también.

—Por supuesto, si me disculpan —Inclinó la cabeza en dirección a los jóvenes antes de ir hacia allí.

Juliet lo vio partir con un aire de melancolía que Daniel notó de inmediato.

—Al parecer se llevan muy bien —comentó, entre un sorbo y otro de su bebida—; ten cuidado, la abuela podría saltar a conclusiones que no te van a convenir.

—¿De qué hablas?

—Por favor, Juliet, no eres nada tonta, a ella le encantaría verte casada con un conde, casi puedo oír sus aplausos —Arrastró las palabras con ese tono burlón que reservaba para las personas que le disgustaban—. Pero a él, en cambio, no creo que le entusiasme mucho la idea de que lo involucren contigo.

—Creo que eso es lo más desagradable que me has dicho jamás —No podía creer que Daniel se expresara de esa forma—, y solo para que lo sepas no estoy en absoluto interesada en ese hombre; además, no me importa lo que

la abuela pueda pensar.

Su primo debió comprender lo mucho que la había ofendido porque dejó su vaso sobre la mesa y se acercó a ella con expresión arrepentida.

—Juliet, por favor, perdóname, no pretendía insultarte, lo juro —se apresuró a explicar—. Cualquier hombre sería muy afortunado de que mostraras interés en él, por supuesto; me refería a que el conde Arlington es diferente, no puedes imaginar las cosas que he oído desde que llegué...

—¿A qué te refieres?

Daniel pareció avergonzado por su exabrupto, y miró a un lado para comprobar que nadie les oía.

—No tiene importancia.

—Primero me ofendes y luego pretendes ocultarme cosas —Juliet lanzó un resoplido que su abuela habría desaprobado.

—Está bien, supongo que no tiene nada de malo que te lo diga; después de todo, no es asunto nuestro y tampoco es un tema que esté prohibido para ti —Hizo el ademán de recibir su vaso para poder acercarse un poco más a ella—. Según dicen por aquí, todo el mundo en el condado sabe que este hombre se niega a casarse a pesar de las insistencias de la condesa; al parecer el matrimonio no le entusiasma, aunque como puedes ver, no es que le falten candidatas para escoger.

Juliet dirigió la vista de inmediato al lugar que Daniel señalaba, donde el conde se mantenía enfrascado en una conversación con esa dama que lo llamara con tanto entusiasmo, mientras una joven, que debía de ser su hija por el gran parecido, le sonreía con lo que aún desde esa distancia, le pareció una actitud sugerente.

—Ahora comprendes a lo que me refería —Daniel siguió su mirada—. No importan las artimañas de la abuela, ese hombre nunca se relacionaría con una joven como tú porque eso significaría ponerse en una situación a la que rehúye como a la plaga.

—Por supuesto, entiendo perfectamente lo que dices y es una suerte para mí —Lo miró con expresión altanera—. Espero que la abuela oiga lo mismo

que tú, así me libraré de situaciones ridículas, aunque supongo que el conde en persona se encargará de disipar cualquier esperanza que se haya permitido albergar.

—Exacto, tienes mucha suerte —Daniel le sonrió con una mueca de satisfacción—. Ahora, prima querida, ¿serías tan amable de perdonarme y bailar conmigo? Si permanezco inmóvil un momento más la abuela se encargará de presentarme a cuanta jovencita se cruce en su camino.

Juliet suspiró y asintió sin pensarlo mucho, le vendría bien bailar después de esa pequeña discusión; lo único que esperaba era que Daniel no tuviera muchas ganas de hablar, porque lo que ella deseaba era usar ese momento para pensar.

¿En qué? No estaba del todo segura; quizá en lo que acababa de oír referente al conde, que bien pensado, no era algo que debiera impresionarla. Era bien sabido que muchos aristócratas de su edad se negaban a contraer matrimonio porque preferían mantenerse solteros y gozar de las libertades que ese estado les ofrecía.

Y tal y como le mencionó a su primo, podía considerarse afortunada de que así fuera, ya que su abuela no tendría más alternativa que renunciar a sus obvias pretensiones de emparejarlos. Así ella podría respirar tranquila y preocuparse por lo que consideraba el verdadero propósito de su vida; regresar a casa.

Tan pronto como pudo deshacerse de Lady Wilkfield y su más que entusiasta hija, Robert bailó con dos damas a las que conocía desde hacía lo suficiente como para compartir un momento agradable, y tras ir en busca de su madre, la encontró charlando animadamente con Lady Ashcroft.

—Querido, ¿no es hermoso? —La condesa señaló al salón, las velas encendidas y las parejas bailando—. Lady Ashcroft me comentaba los buenos recuerdos que conserva de sus anteriores visitas a Rosenthal.

—Eso es correcto, y permítame decirle, milord, que su padre no lo habría hecho mejor.

Robert sabía que era un halago, y lo tomó como tal, pero no encontraba

agradable que lo compararan con su padre; de cualquier modo, no era algo que fuera a compartir con esa anciana.

—Es muy amable de su parte decirlo, milady —Se apresuró a cambiar de tema—. Espero que todos los invitados compartan su entusiasmo.

—Oh, pero no podría ser de otra forma, puede ver usted lo felices que se encuentran —La dama hizo un gesto enérgico—. Por ejemplo, allí están mis nietos; nunca los había visto tan contentos en un baile, debo decir, y la última vez asistimos al de la Duquesa de Devonshire.

Hizo esta última afirmación como si fuera la prueba máxima del éxito que señalaba, y tanto Robert como su madre encontraron muy difícil reprimir una sonrisa. El primero, aun así, prestó más atención al salón y observó a los nietos de Lady Ashcroft, que bailaban con gracia, mucha más de la que mostraba la mayoría de las parejas; sin embargo, no pudo dejar de advertir el aire ausente de la joven, con el ceño levemente fruncido, y apenas asintiendo a lo que fuera que su primo le decía.

—Le comentaba también a su madre lo mucho que me alegra poder pasar tiempo en el campo después del agitado vaivén de Londres; reconozco que es un cambio agradable.

—Imagino que sus nietos estarán de acuerdo con usted —Robert le prestó nuevamente atención.

—Ya lo creo, por supuesto, especialmente Juliet, ya que le ha tomado mucho gusto al campo, pero en algún momento tendremos que volver a Londres y no me gustaría que se decepcione; ya sabe como son los jóvenes, creen amar algo tanto que les aterra la idea de perderlo —La dama hizo un gesto desdeñoso.

—Lamento estar en desacuerdo con usted, milady, pero comparto esta característica con los jóvenes, como les llama; prefiero con mucho el campo a Londres.

—Eso he oído, milord —Lady Ashcroft lo miró con una ceja alzada—. Pero supongo que llegado el momento en que decida... asentarse, cambiará de opinión; después de todo, su esposa podría no compartir este gusto por el campo, o no todo el año, claro; no conozco a una sola dama que no caiga

rendida ante los encantos de una temporada en Londres.

Robert intercambió una mirada sorprendida con su madre por el atrevimiento de la dama al tratar un tema privado con tal desparpajo.

—Es una suerte que no deba preocuparme por ese asunto en un futuro cercano, ¿verdad?

Al menos con esa réplica consiguió que variara su expresión de autosuficiencia por una de fastidio, y definitivamente valió la pena el espanto de su madre.

—Robert, querido, mira, Lady Wilkfield —La condesa viuda se apresuró a buscar la que consideraba una salida a esa charla que se había tornado tan espinosa—. Y la bella Jane está con ella, ¿por qué no las saludamos?

—Acabo de pasar un momento con ellas, madre —No, no otra vez.

Pero su madre era una mujer muy testaruda, aunque se esforzara tanto en negarlo.

—Cuánto me alegra, pero yo no he podido acercarme aún, ¿por qué no me acompañas? —La dama lo tomó del brazo con un movimiento dulce, pero firme—. Lady Ashcroft, si nos disculpa...

La anciana asintió sin pizca de entusiasmo.

—Por supuesto, por supuesto, acabo de ver a Lord Graham, me gustaría preguntarle por su madre, es una buena amiga mía.

—Continuaremos con nuestra charla luego, entonces; permiso.

Para ser una delicada mujer que apenas si le llegaba al hombro, su madre podía mostrar una fuerza impresionante; eso explicaba que lograra llevarlo con tanta seguridad a través de todo el salón sin abandonar por un segundo su sonrisa encantadora.

—Sabes que eso fue realmente grosero, ¿verdad?

—¿Qué, madre? ¿El comentario de Lady Ashcroft? Oh, sí, ya lo creo, pero no me pareció correcto hacérselo ver, después de todo es una mujer mayor.

La condesa frunció solo un poco los labios, y Robert hubiera jurado que la

oyó chasquear la lengua.

—Muy gracioso.

—Por favor, madre, ¿qué podía responder a semejante insinuación? Esa mujer no tiene idea de lo que es el tacto.

—Bueno, nunca la ha tenido, eso puedo asegurártelo, pero aun así es una invitada, y no ha dicho nada que yo no haya pensado antes, a decir verdad.

Robert hizo un esfuerzo por conservar la calma; después de todo, su madre había batido ya un record de permanecer tanto tiempo sin mencionar el mismo tema.

—¡Mira, madre! Lady Wilkfield, ¿no deseabas saludarla? —Hizo una nueva reverencia a la dama que lo miraba con una sonrisa encantada, lo mismo que su hija—. Ahora, después de haberte acompañado, disculparán que me ausente, pero acabo de ver a un compañero de Eton.

—Pero... —La condesa le dirigió una mirada de advertencia...

...que él desde luego ignoró.

—Señoras.

Tras sonreír con toda ceremonia, dio media vuelta y caminó con una enorme sonrisa de satisfacción.

## CAPÍTULO 8

Juliet sabía que dejar el salón y acercarse a los jardines era algo que las jóvenes como ella tenían estrictamente prohibido en medio de un baile, pero no soportaba por más tiempo el pasar de una pareja a otra, y tras atisbar a Lord Graham, que se acercaba a ella con paso decidido, ya recuperado del pisotón, no encontró otra salvación.

Daniel bailaba con una jovencita que no podría tener más de quince años y que lo miraba con expresión arrobada; esperaba que su primo se controlara y fuera amable con ella. Su abuela, en cambio, tras dar unas cuentas vueltas por el salón, hablaba con otras damas de su edad y no parecía tener mucho interés en buscarla, así que esa era su oportunidad.

El ruido casi desapareció en cuanto cruzó las amplias puertas que la condujeron a los jardines y aspiró el aire frío con fruición; no había notado cuán desagradable era esa sensación de ahogo.

Ubicó una banca entre el follaje y se apresuró a ocuparla, cuidando de mirar hacia atrás para evitar ser divisada desde la casa. Una vez que se sentó, estiró ambas piernas y levantó la mirada al cielo, pensando en lo hermosa que se veía la noche allí afuera. Tal vez las luces de las velas iluminando el salón de Rosenthal fuera uno de los espectáculos más encantadores que había visto, pero jamás podría igualar a la naturaleza.

Allí podía pensar con toda tranquilidad, sin preocuparse por prestar atención a lo que su pareja decía o de si su abuela rondaba por allí, casi obligándola con la mirada a que se mezclara con los invitados, cuando lo único que ella deseaba era tener un momento de paz; solo unos minutos para pensar en sí misma y ordenar sus ideas.

Debía reconocer que la velada resultaba más agradable de lo que había esperado; si exceptuaba el continuo acoso de Lord Graham, claro. Pero a excepción de ello, encontraba a la mayoría de las personas muy atentas, y disfrutó realmente el bailar por primera vez en mucho tiempo.

Daniel le había pedido tres piezas, suponía que para evitar verse en la obligación de bailar con las jóvenes que su abuela le imponía, y aunque solo

había compartido un momento con el conde Arlington, también fue uno que recordaba con bastante agrado. Además, aún continuaba sorprendida por su confesión respecto a lo injusta que podía ser la situación de una mujer en esos tiempos.

Las palabras de Daniel respecto a él no habían variado en absoluto la imagen que se había forjado de su anfitrión; por el contrario, creía honestamente que hacía bien en declarar con claridad que no estaba interesado en el matrimonio; eso no solo debía de evitarle muchos problemas, si no que además le ahorra también unos cuantos a ella. Estaba segura de que su abuela, siempre tan interesada en informarse de la vida ajena, debía de saber ya la posición del conde al respecto y era un alivio; no deseaba oír más sugerencias de mal gusto.

Solo de pensar que él pudiera verla como a esa joven en el baile, que unida a su madre no hacía más que insinuar lo mucho que les alegraría una futura unión, sentía un vacío en el estómago; ella jamás se comportaría de esa forma.

Suspiró antes de cerrar los ojos y recostar la cabeza en el respaldo de la banca, aspirando luego el aire que olía a rosas recién florecidas, y así fue como la encontró una figura indiscreta que la buscaba desde su intempestiva salida.

Robert notó el momento preciso en que la joven Braxton dejó el salón, no porque estuviera muy pendiente de ella, claro, sino que esta no tuvo mejor idea que salir por una puerta que comunicaba a los amplios jardines, muy alejados del tocador para damas, por lo que despertó su curiosidad.

Tras sonreír abiertamente al ver que Lord Graham continuaba dando vueltas por el lugar, buscándola con la mirada, se cuidó de no llamar la atención al seguirla. Se mantuvo varios pasos tras ella, lo que no fue difícil, ya que conocía el camino de memoria y no tuvo problemas en retrasarse lo suficiente como para no asustarla. Por un momento pensó en simplemente dejarla a solas, ya que si había decidido buscar ese refugio, no podría desear otra cosa, pero luego se dijo que sería muy irresponsable de su parte dejar a una jovencita sin supervisión cuando se trataba además de una de sus invitadas.

De modo que la observó sentarse en la banca junto a los rosales favoritos

de su madre, sonriendo a su pesar al ver la poco ortodoxa forma que había elegido para relajarse; no muchas señoritas harían gala de semejante soltura.

Cuando cerró los ojos y se recostó con ese aire de abandono, no pudo reprimir el deseo de acercarse, procurando, eso sí, hacerlo con mucho cuidado para no asustarla, aunque dudaba que pudiera cumplir su propósito.

—Veo que no soy el único que necesitaba un poco de aire fresco...

Encontró encantadora la forma en que abrió los ojos y se irguió sobre el asiento, arreglando su falda y mirando de un lado a otro con expresión nerviosa.

—Milord, es usted —dijo al fin, una vez que recuperó el habla—. Lo siento tanto, no debería haberme escabullido de esta forma en su propiedad.

En cuanto hizo el ademán de levantarse, él se acercó un poco para mirarla desde su altura y sonreírle con ademán amistoso.

—No, por favor, no tiene que irse debido a mí, hará que me sienta culpable; lamento haberla interrumpido, fue muy descortés de mi parte —aseguró—. Le seré sincero; la he visto venir hacia aquí y decidí hacerle compañía.

Juliet lo miró sin salir aún de su desconcierto, un poco avergonzada por haber sido encontrada en semejante situación, preguntándose si no sería más apropiado disculparse y regresar al salón. Pero la expresión del conde era tan sincera que no pudo menos que creerle.

—El baile es hermoso, y lo estoy disfrutando muchísimo, es solo que necesitaba un poco de aire fresco... —Creyó que era importante dejar en claro que no encontraba aburrida la celebración.

Robert se sentó a su lado, guardando una prudente distancia, y rogando porque nadie los encontrara en semejante situación, o ella se vería en problemas.

—No tiene que darme explicaciones, señorita Braxton, la comprendo perfectamente; es mi casa, pero no estoy acostumbrado a recibir a tantas personas, de modo que creo nos encontramos en la misma situación.

—Ya veo —Juliet sonrió más tranquila y se relajó en el asiento, volviendo

su atención al cielo—. Hace mucho que no veía tantas estrellas.

Robert siguió la dirección de su mirada.

—Es verdad, son hermosas —asintió—. La astronomía nunca ha sido uno de mis fuertes, pero reconozco que son impresionantes.

—No hace falta conocer del todo algo para poder apreciarlo; apenas si puedo nombrar algunas, y solo a las más brillantes, pero eso no les quita el encanto, ¿no lo cree? —Juliet lo miró un momento con una sonrisa serena.

—Una vez más, señorita Braxton, estoy completamente de acuerdo con usted; a veces no hace falta ponerle un nombre a todo.

—Si todos fuéramos conscientes de ello, el mundo sería mucho mejor —suspiró.

—Es verdad.

Compartieron un momento en silencio, mirando el firmamento; tan solo el sonido de la orquesta en el salón se oía en la distancia, y aun así parecía provenir de un lugar más alejado.

Tras pensarlo por unos minutos, Robert frunció el ceño al recordar el motivo por el que fue allí en primer lugar, preguntándose si sus intenciones no serían malinterpretadas.

—Señorita Braxton, ¿recuerda que le hablé acerca de unos cuadros en mi despacho? ¿Desearía verlos? —No sabía por qué, pero era algo que deseaba compartir con ella.

Juliet bajó la mirada y pestañeó un par de veces, algo insegura; sin embargo, pronto varió su expresión por una complacida y le sonrió con gentileza.

—Me encantaría, milord, no he podido ver muchas pinturas de Ingres, pero me gusta su estilo —Miró hacia la casa, como si de pronto recordara algo muy importante—; pero, ¿cree que sería correcto? Es decir, mi abuela...

Él supo a lo que se refería, por supuesto; en verdad era una idea un poco peligrosa y muy irresponsable, especialmente de su parte. Pero aun así, su intención no iba más allá de compartir algo de lo que se sentía muy orgulloso

con una persona que le resultaba agradable y que sabría apreciarlo; los convencionalismos a veces le parecían absurdos.

—Creo que podremos encontrar una forma de burlar a su abuela, después de todo, no puede conocer mi casa mejor que yo —Se levantó con un movimiento resuelto y le extendió una mano—. ¿Qué dice? ¿Me acompaña?

Juliet solo lo pensó un minuto antes de responder; quería ver esas pinturas, y su abuela ya había tomado demasiadas decisiones por ella esa noche; le seducía la idea de desafiarla, aunque fuera sin que ella lo supiera.

—Será un placer, milord.

El camino entre los pasillos estaba iluminado por escasas velas a cada lado; pero iba tras el conde a solo unos pasos de distancia, por lo que no tuvo problemas para seguirlo sin tropezar.

—Acondicioné el despacho un poco lejos del salón para evitar el ruido, y en momentos como este, veo que no fue una mala decisión —iba comentando él tras dar un último giro a la derecha—. Aquí estamos.

Abrió la puerta y le cedió el paso con un ademán ceremonioso pensado para hacerla reír, lo que consiguió con creces.

La habitación era muy distinta a la que usaba el administrador en la casa de su abuela; esta era mucho más grande y confortable, casi como una pequeña biblioteca. Un gran escritorio dominaba la estancia, con uno más pequeño al lado, estantes con libros en cada pared y cómodos sillones de cuero en los rincones. Juliet sintió que podría pasarse todo el día allí, asomándose cada tanto a los amplios ventanales que en ese momento estaban cerrados.

Pero lo que más llamó su atención fueron las hileras de cuadros cuidadosamente colocados para que cada uno tuviera un lugar especial, y fue acercándose casi sin darse cuenta, admirando primero los marcos y fijando luego la mirada en el lienzo, un poco aturdida por la belleza de los retratos.

—*Madame D'Haussonville* —El conde se había colocado a su izquierda, sonriendo abiertamente, encantado por su admiración—. Es nuestra última adquisición.

—Es hermosa.

—Todas lo son.

—Se siente muy orgulloso de ellas —Juliet hizo el comentario sin despegar la vista de la pintura.

—¿Es esa una pregunta o una afirmación?

—Un poco de ambas.

Robert rió al recordar que él hizo un comentario similar respecto a lo poco que parecía agradaarle Londres, y le pareció que era un buen momento para retomar el tema.

—Su abuela nos comentaba a mi madre y a mí lo mucho que le gusta el campo.

Lamentó su indiscreción en cuanto vio la forma en que su expresión varió, y quiso darse un golpe allí mismo. ¿Cómo pudo ser tan idiota de recordarle algo así cuando era evidente que lo que deseaba era escapar de su abuela?

—Lo lamento, señorita Braxton, fue un comentario fuera de lugar, le ruego me perdone.

—No, no, está bien, tiene razón; me gusta el campo, es muy apacible —Su sonrisa tensa le hizo ver que el comentario le había afectado—; pero volveremos pronto a Londres, según nos dijo mi abuela esta mañana, así que espero poder disfrutar de mi estancia aquí tanto como me sea posible.

—Lady Ashcroft no dijo que volverían pronto —El conde frunció el ceño ante esa información.

—Bueno, parece que así será; el padre de Daniel, mi tío, desea que pasemos una temporada con él antes de que ambos viajen a París.

—Ya veo.

No supo qué decir a continuación, aún intentaba procesar lo que acababa de oír; no pensó que su visita fuera a ser tan corta. Por extraño que pareciera, y a pesar de haberla visto solo un par de veces, esperaba poder compartir algo más de tiempo con ella.

—¿Y esta es...?

Se adelantó hasta quedar a su lado, frente al cuadro que señalaba, y sacudió un poco la cabeza para recuperar la compostura.

—Es el retrato de *Pauline Eleanore de Galard* —indicó—. Llegó hace apenas seis meses.

—Me gusta su rostro; toda ella en verdad es hermosa, ¿no lo cree? Tiene una expresión tan reposada y serena, se ve en paz.

—No lo había pensado, pero sí, así es —Era la primera vez que observaba ese retrato y reparaba en ello, lo que en cierta medida lo avergonzó—. Es usted muy observadora.

—No lo crea, es algo que me parece muy obvio, tal vez se deba a que me recuerda a mi madre —Le alegró comprobar que parecía haber olvidado su desatinado comentario—. Tengo algunas miniaturas que mi padre mandó pintar de ella, ¿sabe? En todas aparece sonriente, y con esta misma expresión, era bellísima.

Su apasionada afirmación hizo que dejara de contemplar el cuadro para verla, y tras unos minutos en los que observó su rostro encendido y emocionado, se dijo que no era algo que le extrañara en absoluto.

—No lo dudo, su madre debió de ser una mujer muy hermosa, y obviamente, usted ha heredado esa belleza.

Esperaba verla ruborizada, como habría pasado con otras jóvenes, o que mostrara alguna sonrisa modesta, pero no que rompiera a reír, que fue lo que hizo.

—Lo siento mucho, milord, no me burlo de usted, lo juro —Se calmó un momento antes de continuar—. Es solo que su madre mencionó algo similar, y le aseguro que ambos están equivocados; tal vez yo sea bonita, pero no me igualo a ella en absoluto.

Robert alzó una ceja por esa aseveración dicha con tal seguridad, además de que jamás había escuchado que una mujer se reconociera como bonita, al menos no en público; usualmente mostraban una modestia rayana en el ridículo.

—Amaba mucho a su madre, ¿verdad?

—Sí, con todo mi corazón —suspiró con una sonrisa de añoranza—, y a mi padre también, por supuesto.

Juliet se sorprendió a sí misma por la tranquilidad que sintió al hacer esa afirmación; nunca mencionaba a sus padres en voz alta, y mucho menos cuánto los añoraba, tan solo los recordaba en fechas especiales que compartía con Daniel; a su abuela prefería no hablarle de ellos.

—Mi madre comentó que era muy pequeña cuando llegó a vivir a Inglaterra.

—Sí, tenía solo once años; mi padre acababa de fallecer.

—Lo siento mucho; por él, por su madre, y principalmente por usted.

Juliet apreció su tono sincero y le dirigió una mirada agradecida.

—Gracias, pero fui muy feliz mientras estuvieron a mi lado; soy muy afortunada de tener tan buenos recuerdos —Se acercó sonriente a la siguiente pintura de una dama recostada sobre un sillón y expresión pensativa—. ¿Extraña a su padre también?

Fue el turno de Robert de parpadear, pasmado por la intempestiva pregunta, y meditó un momento antes de contestar.

—Sí, cada día, aunque debo reconocer que cada vez se convierte en un recuerdo más difuso, lo que quizá sea mejor.

—Creí que había muerto hace poco tiempo.

—Serán cinco años en abril, en realidad —Tras llegar al último retrato, le hizo una seña para que ocupara uno de los sillones, lo que ella hizo de inmediato, interesada en su respuesta—. Tal vez deba explicarme.

—No tiene que hacerlo...

—No, por favor, hace mucho que no hablo de él, y creo que usted me entenderá —la interrumpió con un gesto amable—. Mi padre fue un gran hombre, el mejor que pueda imaginar; no importa cuánto viva, jamás lo igualaré, y créame cuando le digo que no lo intento, sería ridículo de mi parte.

—Comprendo.

—No estaba del todo convencido de si podría tomar su lugar cuando murió; él siempre se vio tan seguro, jamás dudaba antes de tomar una decisión, y estas siempre eran las correctas —Recordaba con añoranza cuántas veces lo escuchó dar una orden que juzgó extraña en su momento, pero que resultó la más inteligente—. Entonces, cuando asumí el condado, creí que lo arruinaría todo; por dos años me negué a hacer un solo cambio en la administración de la propiedad o a implementar cualquier mejora.

—Bueno, usted lo admiraba, era lógico que tuviera miedo.

—Sí, claro, pero exageré, y mucho —Sonrió con cierta amargura—. Me levantaba cada día pensando en qué haría él y procuraba imitarlo hasta el último detalle, lo que desde luego fue muy tonto de mi parte.

—¿Y qué pasó? Quiero decir... ¿cómo se dio cuenta de que no era lo mejor que podía hacer?

—Llovió —Rió ante su expresión confundida—. Tal vez no lo recuerde, supongo que estaba en Londres en aquella época, pero hace un par de años sufrimos la peor temporada de lluvias en cincuenta años. Obviamente, mi padre no había pasado por una situación similar, así que tuve que empezar a decidir por mí mismo y afrontar la crisis sin una guía, dejando que fueran mis instintos los que me señalaran el mejor camino.

—Ya veo —Juliet meditó lo que el conde decía—. A veces, necesitamos que la vida nos ponga en situaciones extraordinarias para poder demostrar nuestra valía.

—Exacto; por eso le decía que, si bien recuerdo a mi padre cada día, he aprendido que su legado no debe convertirse en una piedra atada a mi cuello; al contrario, lo respeto como el gran hombre que fue, y procuro hacer lo mejor posible, no en espera de igualarlo, como le decía, sino de honrar su memoria.

Le enorgulleció la sonrisa admirada de la joven, que lo veía con algo muy parecido al respeto. A él, que jamás le había interesado contar con la aprobación de nadie, a excepción de su madre, le costó comprender por qué su opinión le parecía tan importante.

—Bueno, como habrá notado, soy un poco corto de entendimiento; casi debimos sufrir una inundación para que comprendiera lo errado que estaba — Procuró quitarle importancia al asunto.

—No estoy de acuerdo, milord, y no debería intentar quitarse méritos; no todos habrían sabido actuar como lo hizo y debe estar muy orgulloso de usted mismo —Casi rió por el tono un poco mandón que le recordó al de una de sus institutrices—. Ojalá yo pudiera ser como mi padre, él también era un hombre maravilloso.

—O como su madre.

Juliet se encogió de hombros ante esa acotación.

—Desde luego que me gustaría parecerme a ella, pero lo veo poco probable.

—¿Y a qué viene tanta seguridad?

—Bueno, lo que ocurre es que casi no puedo recordarla, era muy pequeña cuando murió y solo sé lo que mi padre me contó de ella. Con él, en cambio, aprendí tantas cosas, me enseñó el amor a la familia, a la tierra, el valor en los tiempos difíciles... —suspiró—; sí, me gustaría mucho ser como él.

—Tal vez lo sea ya, pero no puede verlo.

—¿Usted cree? —Le inspiró ternura su expresión anhelante—. No lo sé, supongo que lo descubriré en algún momento de mi vida.

—En un momento extraordinario, quizá.

—Sí, puede que así sea —Compartieron una sonrisa cómplice y se quedaron en silencio.

Robert, que había permanecido de pie, ocupó el sillón junto al suyo, imitando sin darse cuenta la posición relajada que había adoptado. Le gustaba ese ambiente plácido y calmado que podía compartir con la joven. Veía su perfil y se preguntaba en qué estaría pensando, si aún le daba vueltas a la idea de parecerse a su padre, o se preocupaba por volver al salón.

—Nunca deseé venir a vivir a Inglaterra.

No esperaba que rompiera su mutismo con semejante comentario, el

mismo que casi consigue que pegue un brinco en el asiento, pero pudo controlarse a tiempo.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

Su sonrisa triste al girar ligeramente el rostro para mirarlo lo impactó; parecía dividida entre el deseo de callar y continuar hablando; por suerte se decidió por lo segundo.

—Usted ha sido muy amable al contarme todas esas cosas acerca de su padre, pero cada vez que me ha hecho alguna pregunta respecto a lo que siento por Londres, o el campo, lo he evadido; creo que no ha sido justo de mi parte, y lo lamento.

—No, señorita Braxton, he sido yo quien ha pecado de indiscreto una y otra vez; no tenía derecho a hacer esas preguntas.

Ella hizo un gesto, como diciéndole que su explicación no era necesaria, o tal vez era a sí misma a quien pretendía infundirse valor para continuar.

—Cuando mi padre murió, unos tíos lejanos se ofrecieron a encargarse de mi cuidado y educación, y aún cuando me sentía muy triste por tener que dejar mi casa, la idea me agradó porque son dos personas que siempre me mostraron mucho cariño; los Wilkinson fueron buenos amigos de mis padres —mencionó sin mostrar muchas emociones, casi como si recitara una lección—; sin embargo, cuando estaba a punto de mudarme con ellos, mi abuela llegó intempestivamente e insistió en que debía regresar a Inglaterra con ella. Como comprenderá, es mi familiar más cercano y no hubo manera de hacerle cambiar de opinión; según sé, cuando mi madre murió mostró la misma intención, pero mi padre se opuso.

—Ya veo, no lo sabía —Robert se encontró pronto inclinado en el asiento, escuchándola con atención.

—No, claro, no es algo de lo que ella acostumbre a hablar; prefiere decir que hizo una gran obra al recoger a una pobre huérfana al otro lado del mar y que por ello debo de estar inmensamente agradecida —Le sorprendió la amargura en su voz, aunque vio que hizo lo posible por recuperar la compostura—. Y lo estoy, claro, ha hecho mucho por mí, pero, si le soy sincera, milord, habría preferido quedarme en casa.

—En América.

—Es el único lugar al que considero mi verdadero hogar.

Robert asintió, no muy convencido por esa seguridad que aparentaba.

—¿Quiere decir que en todo este tiempo no le ha tomado cariño a Inglaterra?

—Bueno, sí, claro —La pregunta la tomó desprevenida—; es un hermoso país, y he conocido a algunas personas a las que les he tomado un profundo afecto, como a mi primo Daniel, por ejemplo.

—Pero eso no es suficiente, por lo que puedo entender.

—No, no lo es.

—Aún cuando ha pasado ya varios años aquí.

—Se lo he dicho, no es mi hogar.

—Me parece una posición un poco obcecada de su parte, ¿no lo ha pensado?

La joven frunció tanto el ceño que pensó que sus cejas se unirían en una sola línea.

—Lo siento, pero me temo que no lo he comprendido, ¿a qué se refiere con obcecada?

—No pude evitar notar que deliberadamente hace todo lo posible por mantener un férreo desprecio por este país y prefiere suponer que América es el único lugar en el que podría ser feliz —Robert hizo esa sentencia sin dejar de mirarla, esperando su reacción, y esta fue precisamente la que esperaba.

Juliet se envaró en el asiento y cruzó los brazos, como si pretendiera protegerse de una agresión.

—No desprecio Inglaterra —al fin respondió con los dientes apretados.

—En verdad, creo que sí lo hace.

—Oh, ¿en serio? ¿Y cómo llegó a tal conclusión? ¿Se ha basado acaso en lo bien que me conoce? Desde luego, hemos sostenido largas charlas

hablando al respecto —Para ser una jovencita tan correcta, podía usar el sarcasmo más afilado.

—No, es verdad que no nos conocemos hace mucho, pero por lo que me ha dicho...

—No creí que fuera la clase de persona que llega a conclusiones tan apresuradas sin un profundo conocimiento, milord; en verdad me sorprende.

La joven se levantó, ignorando que el conde hizo otro tanto; estaba más interesada en dirigirse a la puerta.

—Señorita Braxton, por favor, si la he ofendido...

—Desde luego que me ha ofendido, pero estoy segura de que eso ya lo sabe; uno no puede ir diciendo cosas como esas a desconocidos sin esperar que no se ofendan, y su señoría es lo suficientemente listo para suponerlo.

—Está bien, lo reconozco —Robert se paró con firmeza frente a la puerta, cerrándole el paso—. Sabía que mi comentario podría no ser bien recibido, pero creí que como hemos sido honestos el uno con el otro, tal y como usted misma señaló, debía decir lo que pienso.

—Entonces lo he juzgado mal, creí que era un hombre inteligente.

—¿Insinúa que soy un tonto?

—¡Usted acaba de llamarme obcecada! —Eso empezaba a volverse realmente ridículo, y que el conde hubiera empezado a sonreír no le ayudaba a sentirse mejor—. Milord, quiero salir, si es tan amable de cederme el paso...

—Por supuesto, lo haré —afirmó él con tranquilidad—, una vez que hayamos aclarado este malentendido.

Juliet aspiró para calmarse; qué situación más absurda. Encerrada en el despacho del anfitrión de la fiesta, mientras su abuela debía de buscarla con desesperación. ¡Su abuela! Si ella no le servía de defensa, nada lo haría.

—Milord, mi abuela debe de encontrarse muy preocupada por mi ausencia; le agradecería que me permita ir a reunirme con ella.

—Por favor, señorita Braxton, cualquiera que la oyera pensaría que la

estoy secuestrando.

Fue el turno de Juliet para exhibir una sonrisa algo petulante.

—Bueno, milord, considerando que deseo salir y usted no me lo permite, diría que esas personas llegarían a la conclusión correcta.

—Ahora pretende hacer que me sienta culpable.

—¿Lo estoy logrando?

Robert suspiró y se hizo a un lado, pero no abrió la puerta.

—Señorita Braxton, le aseguro que no he pretendido ofenderla; por favor, créame —Juliet no pudo menos que reconocer la sinceridad en su voz—. Tal vez fui demasiado atrevido al hacer tal afirmación a una joven como usted; por un momento olvidé con quién hablaba.

Si eso era una disculpa, no sonaba precisamente como una, o eso pensó Juliet al dar un par de pasos hacia atrás, alejándose inconscientemente de la salida.

—¿Una joven como yo? ¿A qué se refiere?

—Bueno, es evidente.

—No, le aseguro que no lo es.

El conde suspiró como si de pronto se sintiera muy cansado, y eso era precisamente lo que le ocurría; por extraño que pudiera sonar, esa joven lo agotaba, y si bien no pensaba que hubiera nada de malo en ello, porque después de todo eso indicaba que la encontraba intelectualmente interesante, preferiría usar ese tiempo en hablar de temas más agradables.

—Señorita Braxton, ¿le han dicho alguna vez que es usted más terca que una mula?

Juliet se quedó sin habla por varios segundos, impresionada por ese insulto tan directo. Hasta ahora, el conde había tenido algunas palabras no muy amables para ella, pero eso era demasiado.

—Esa pregunta es tan ofensiva que no voy a honrarla con una respuesta.

Para su sorpresa, el conde rió una vez más; bueno, técnicamente más que una risa podría decir que se trataban de francas carcajadas.

—¡Se lo han dicho! Lo sabía.

—¡Desde luego que no!

—¿Por qué me miente? No hay nada de malo en ser testarudo, puedo asegurarle que también yo lo soy, y mucho.

Juliet se cruzó de brazos, de nuevo, y elevó la barbilla tanto como le fue posible sin tener que fijar la vista en el techo.

—Tal vez me lo comentaran alguna vez —y se apresuró a añadir—, pero jamás con esas palabras, y le diré que prefiero la palabra “tenaz”.

—Tenaz.

—Sí, me parece más apropiada y se adapta mejor a mi personalidad —indicó—. No hay nada de malo en ser tenaz.

—Estoy de acuerdo, aunque no creo que haya mayor diferencia con el ser testarudo, pero podemos tener distintos puntos de vista, claro.

La joven aligeró la tensión en su cuerpo y dejó caer los brazos a ambos lados, suspirando.

—Es posible que haya exagerado un poco —reconoció—, aunque eso no significa que comparta su opinión; sigo pensando que se ha apresurado a emitir un juicio basado en suposiciones respecto a lo que pienso, o siento, cuando apenas me conoce.

—A veces no hace falta tratar a una persona por mucho tiempo para conocerla.

—¿En serio? —Juliet alzó una ceja—. Tal vez debería añadir la arrogancia a la lista de sus defectos.

—¿Qué le hace pensar que tengo una lista?

—Me niego a creer que la terquedad sea el único.

Robert rió una vez más, demasiado divertido como para continuar

tomándose todo ese asunto tan en serio. Además, no había bromeado al mencionar lo testaruda que le parecía esa joven; algo le decía que el insistir en el mismo punto solo conseguiría que ella se encerrara aún más en sí misma, y era lo último que deseaba. Tal vez después podría retomar el tema.

—Está bien, señorita Braxton, me rindo, usted gana —Hizo una venia sin dejar de sonreír—. Obviamente, no soy un contrincante lo bastante digno para usted.

Ella lo miró con desconfianza.

—No sabía que estábamos en medio de una competencia.

—Yo tampoco, ha sido toda una sorpresa; pero una muy buena, se lo aseguro —Se acercó a la puerta y la abrió con un gesto galante—. Ha sido un placer pasar estos momentos con usted, pero tiene razón, su abuela debe de encontrarse muy preocupada; ¿volvemos?

Juliet dudó un momento, confundida por el cambio en el ambiente. ¡Qué hombre más extraño! Primero le mostraba ese lugar que parecía tan personal, luego empezaba a hacer observaciones respecto a su vida, y de un momento a otro parecía tan relajado y bromista como si en lugar de sostener una discusión hubieran pasado los últimos minutos hablando del clima.

Le hubiera gustado preguntar, saber qué pasaba por su mente y a qué se debía ese cambio tan radical, pero tal vez no le agradara la respuesta, y algo de lo que dijo era completamente cierto; su abuela debía de encontrarse desesperada buscándola.

—Por supuesto, debemos volver.

—Por favor, sígame.

Tras dar una última mirada al despacho, dejó que la guiara fuera por el mismo camino que usaron para llegar hasta allí. Una vez que subieron las escalinatas que llevaban a la parte trasera de la casa, el conde le hizo un gesto para que se detuviera.

—Creo que será mejor si vuelve usted primero; yo puedo dar una vuelta y entrar por una puerta lateral —indicó.

Juliet casi se da una bofetada mental por semejante descuido; desde luego

que no podían volver al salón juntos, eso hubiera sido un escándalo.

—Claro, debí pensarlo antes —respondió al fin, girando antes de continuar—. Gracias por mostrarme los cuadros, milord, pasé un momento muy agradable.

—¿A pesar de lo que le dije?

—Sí, a pesar de eso —Le fue mucho más sencillo sonreír de lo que esperaba—. Después de todo, creo que yo también dije un par de cosas que no debí.

—Nunca se arrepienta de expresar sus opiniones, señorita Braxton, no cuando cree en ellas —El conde tomó su mano para depositar un beso en sus nudillos enguantados—, aunque esté equivocada.

Juliet no retiró su mano, fue él quien la dejó caer con una sonrisa antes de dar media vuelta y caminar con paso apresurado en la dirección contraria. Solo entonces ella reaccionó al último comentario, pero era ya muy tarde para dar una réplica apropiada; aun así no pudo resistir el hacerlo.

—No estoy equivocada —dijo entre dientes, antes de entrar al salón.

Esperaba que con un poco de suerte su abuela no hubiera notado su ausencia, pero en cuanto miró hacia el lugar en el que se encontraban las damas viudas, y sus ojos se encontraron, supo que estaba en grandes problemas.

## CAPÍTULO 9

—Nunca había estado tan avergonzada en toda mi vida, nunca; ¿acaso te he educado para que te comportes de esta forma? Debiste oír a Lady Wilkfield, el modo en que se pavoneaba, presumiendo que su *preciosa* Jane jamás desaparecería de esa forma. Fue una suerte que nadie más lo notara, aunque desde luego esa mujer se encargará de que toda la población de Devon se entere en un par de días. ¿Cómo has podido?

Juliet jamás había visto a su abuela tan disgustada, ni siquiera cuando intentó escapar de la casa familiar al poco tiempo de su llegada a Londres, y eso era mucho decir. Fue ridículo de su parte el soñar que nadie notaría su ausencia por tanto tiempo en la fiesta.

Cuando volvió al salón y fue al encuentro de su abuela, procurando conservar la calma pese al temor que le inspiraba, se ganó una mirada que le heló la sangre, pero Lady Ashcroft nunca hacía escenas en público, por lo que actuó como si nada hubiera pasado; al contrario, hizo como si su desaparición hubiera sido un acto incitado por ella, a fin de que su *pobre nieta*, como la llamó, pudiera tomar un poco de aire al sentirse indispuesta.

Desde luego que ella siguió su juego, y cuando Lady Arlington se acercó a preguntarle por su salud, le aseguró que el aire fresco del jardín había aliviado su malestar. La buena mujer tuvo la gentileza de no hacer comentarios respecto a lo extraño de su accionar.

Aún Daniel, de quien esperaba obtener un poco de apoyo, optó por callar, y con su mutismo solo consiguió que su abuela pudiera explayarse en sus críticas. Era tan injusto; ella siempre lo defendía, no importaba lo que hiciera, y ahora, que solo necesitaba una palabra de aliento, prefirió sumirse en un silencio que parecía casi tan condenatorio como las recriminaciones de su abuela.

Apenas logró mantener la compostura hasta que la velada terminó y se despidieron de sus anfitriones. Al hacer una venia al conde, habría jurado que él intentó decirle algo con la mirada, además de que pudo notar la preocupación en su rostro, pero optó por no hacer ningún comentario,

agradecer su hospitalidad y caminar hacia el carruaje con toda la dignidad que poseía; lo último que deseaba era parecer débil o asustada.

Y ahora estaba allí, en su dormitorio, oyendo a su abuela, que durante los últimos veinte minutos no había hecho más que expresar lo decepcionada que se encontraba por su conducta. Desde luego que se cuidó mucho de esperar a que los Sheffield se retiraran a sus aposentos para acudir a su habitación.

—¿En qué pensabas, chiquilla? —De pronto su expresión se hizo aún más amenazante—. ¿Con quién te reuniste? ¡Exijo que me lo digas ahora mismo! Porque si se trata de algo así...

Juliet retrocedió, aterrada por lo que las palabras de su abuela implicaban; ella no había salido a reunirse con nadie, no exactamente. El que fuera el conde quien se acercara a ella, quien le ofreció mostrarle sus pinturas, no la convertía en una víctima, pero tampoco la hacía culpable de nada. Por su bien, y el de Lord Arlington, ese sería un secreto que pensaba llevarse a la tumba; solo de pensar en la reacción de su abuela, temía por ambos.

—Abuela, te lo he dicho, solo salí a tomar un poco de aire fresco, no me sentía bien —Procuró mantener un tono calmado que no revelara lo asustada que se sentía—. Lamento haber perdido la noción del tiempo y que pasaras un momento desagradable por mi culpa, pero eso es todo.

Lady Ashcroft no varió su expresión desconfiada, pero relajó un poco el ceño, lo suficiente para que Juliet recuperara el aliento.

—Prometo no hacerlo nunca más, y si es necesario, ofreceré disculpas nuevamente a Lady Arlington.

—No harás tal cosa; eso sería como admitir que hiciste algo malo.

—Bueno, acabas de decir que así fue —A veces le resultaba tan complicado entenderla.

—Desde luego que sí, pero una dama no va por allí aceptándolo, ¿es que no te he enseñado nada? —La anciana arrugó la nariz con fastidio—. Voy a perdonarte por esta vez, Juliet, pero no permitiré una falta más como esta.

Juliet estuvo tentada a preguntar cuál sería su castigo si se atrevía a hacerlo, pero creyó que eso sería forzar demasiado a su suerte.

—Gracias, abuela, eso es muy... indulgente de tu parte.

Se ganó otra mirada airada por el tono burlón que no pudo evitar, pero su abuela debía de estar muy cansada porque no dijo más, y con un último gesto reprobador la dejó sola.

Tan pronto como oyó cerrarse la puerta de la habitación de su abuela, al otro lado del pasillo, la joven se dejó caer sobre la cama, agradecida de haber tenido el sentido común de pedirle a su doncella que la ayudara a quitarse el vestido tan pronto como llegaron del baile.

Y pensar que al llegar a Rosenthal creyó que esa velada podría resultar aburrida.

En una noche se había visto envuelta en más situaciones extrañas que en meses, si exceptuaba el ir en auxilio del conde cuando ocurrió lo de su accidente, pero aun así, las experiencias de esa velada superaban a esa situación con creces.

No solo se había visto en la necesidad de burlar a un hombre odioso como Lord Graham, sino que además había pasado un momento muy agradable con el conde Arlington. Sonrió un poco al pensar en los insultos nada velados que habían intercambiado y como a pesar de ello no dejaba de creer que no cambiaría ese periodo de tiempo por nada.

—Terca como una mula; sí, claro.

Su sonrisa se amplió al oírse a sí misma hablar como si el conde estuviera allí para continuar con su discusión.

Sí, había pasado un momento muy interesante con él, y quería pensar que ella no había sido una compañía del todo desagradable. Suponía que no, ya que habían reído juntos pese a sus diferencias.

Nunca hubiera podido imaginar que en su visita a Devon, tras las muchas dudas que tenía acerca de si podría encontrarse cómoda allí, encontraría a una persona tan interesante; porque después de pensarlo un poco, ese era un adjetivo que le parecía apropiado para el conde; era un hombre muy interesante, y después de haber tratado a todos esos petimetres en Londres, no podía negar que era como una bocanada de aire fresco.

Él era la clase de persona con la que se sentía cómoda, a la que con gusto llamaría “amigo”, aunque eso horrorizara a su abuela. Sí, le gustaría poder contar con su amistad, solo esperaba que él sintiera otro tanto.

Dios sabía lo difícil que resultaba para ella entablar una relación sincera con una persona, y a excepción de Daniel no creía tener un solo amigo, aunque su reciente traición, como llamaba al hecho de no salir en su defensa después de los acontecimientos de esa noche, hacían que empezara a replantearse qué tan leal era en realidad su primo.

Era una lástima que su estadía en Devon se viera acortada por la convocatoria de su tío Christopher, pero aún no había una fecha exacta para su partida, así que procuró no torturarse con esa idea.

Bailó, rió, burló a un lord atrevido y compartió un momento encantador con un conde simpático. Si a eso le sumaba el haber logrado evitar un castigo de su abuela, podía asegurar que esa pasaba a convertirse en una de las noches más divertidas de su vida.

Dos días después del baile, cuando la actividad en Rosenthal había vuelto ya a la normalidad, y su madre dejó de perseguirlo por los rincones para preguntar su opinión acerca de cada detalle de la celebración, Robert al fin pudo tomarse un momento para pensar en paz, y tenía muchas ideas rondándole.

La más importante, si le habría ocasionado un grave problema a Juliet Braxton, porque si consideraba su rostro nervioso y la mirada torva de su abuela al despedirse esa noche, aquello no auguraba nada bueno.

No podía evitar pensar que si la joven se había visto involucrada en alguna discusión con Lady Ashcroft sería su culpa, ya que fue él quien la siguió al jardín y quien la invitó a su despacho. No creía que ella le confesara a su abuela que había pasado todo ese tiempo a su lado, ya que eso solo le dificultaría más las cosas, pero cualquiera fuera el caso, la única perjudicada sería la señorita Braxton.

Le hubiera gustado tener alguna forma de ponerse al corriente de lo que habría pensado, pero no se le ocurría ninguna. Desde luego que estaba la servidumbre, ya que ellos se enteraban siempre de todo, y no le extrañaría

que la ayudante de la cocinera acabara siendo prima segunda del mayordomo de los Sheffield o algo así; el parentesco entre los empleados era algo muy común y en cierta medida, práctico, al menos para ellos, que podían intercambiar a gusto información acerca de sus patrones. Por lo general, no era algo agradable en lo que pensar, y Robert procuraba ignorarlo, pero en este caso le sería muy útil.

El problema era que de ninguna manera un conde podría acercarse a la ayudante de la cocinera para preguntarle si tenía alguna relación con el mayordomo de los Sheffield.

De modo que se encontraba en el mismo punto.

Odiaba permanecer en la ignorancia, no era algo que supiera manejar; cuando algo le inquietaba, solo preguntaba, un rasgo que en su opinión era una virtud; si todo el mundo hiciera lo mismo se evitarían muchos malentendidos.

Lamentablemente, debía reconocer que esta situación escapaba a su control porque no tenía una excusa apropiada para informarse acerca de lo que le interesaba. No podía simplemente aparecer en la puerta de los Sheffield para preguntar si por casualidad sus huéspedes habían sostenido una fuerte discusión una vez que regresaron del baile en Rosenthal; especialmente porque hacía años que no visitaba su propiedad, no desde que abandonaron sus frustrados intentos de emparejarlo con su hija.

Tal vez si era muy discreto y le preguntaba a Richards; Dios sabía que su mujer era una fuente inagotable de información, pero aunque su secretario era un hombre muy correcto, también amaba a su esposa de una forma nada racional, a su parecer, lo que le llevaba a contarle absolutamente todo, y entonces sí que medio Devon estaría informado de su interés por lo que pasaba en casa de los Sheffield, empezando por su madre, que tendría una excusa soñada para volverlo loco.

—Nombra al diablo... —No pudo contener la expresión que se le escapó al ver que era ella justamente quien se asomaba por la puerta del despacho.

—Buenas tardes, querido, ¿algún problema?

Robert se apresuró a ponerse de pie, haciéndole un gesto a su madre para

que ocupara el sillón frente al escritorio.

—No, ninguno, ¿por qué lo piensas?

—Creí haber escuchado que mencionabas al diablo; lógicamente, no puedo relacionarlo con nada bueno.

—Una observación muy inteligente, madre —Robert apenas pudo contener una sonrisa mientras volvía a ocupar su lugar—, pero no, no es el caso; todo está bien, no te preocupes.

—Oh, qué alivio —Lady Arlington sonrió—. Con toda la alegría del baile, temía que esta se viera empañada por algún problema.

—Te aseguro que no hay nada por lo que inquietarse, pensaba en voz alta.

—¿Pensabas en algo relacionado con el diablo?

Su madre alzó una ceja y Robert suspiró; la quería, pero qué complicado era el compartir la casa solo con una mujer tan curiosa y con buen oído.

—¿Decías algo referente al baile? Creo que el pobre Bates no ha dejado de atender la puerta para recibir flores y esquelas de agradecimiento.

—Querido, ¿estás cambiando deliberadamente de tema?

—Creo que es bastante evidente, sí.

Robert observó cómo su madre arrugaba un poco el ceño y sacudía la cabeza casi imperceptiblemente, signo indiscutible de que dudaba entre insistir o aceptar su decisión; gracias al cielo optó por lo segundo.

—Ahora que lo mencionas, sí, estoy muy feliz por lo bien que salió todo; creo que no recibía tantas flores desde mi debut —La condesa asumió una actitud más relajada—, y puedo asegurarte que fueron muchas entonces.

—No lo dudo, madre.

—Sí, todo resultó perfecto, y no puedo sentirme más satisfecha —Frunció los labios al recordar algo—. Lo único que lamento es que la pobre señorita Braxton debiera soportar a su abuela; esa mujer puede ser terrible.

Robert se irguió un poco más en el asiento, prestando mayor atención a lo

que su madre decía.

—¿En verdad? ¿Y qué pasó exactamente? No reparé en ningún incidente.

—Yo no lo llamaría incidente, fue un asunto sin importancia —Lady Arlington hizo un gesto desdeñoso con la mano—. La pobre joven solo salió a tomar un poco de aire fresco y su abuela fue muy dura con ella. Desde luego que no fue una conducta muy apropiada, pero estamos en el campo, y no se vio en ninguna situación comprometedor. Puedo asegurarte que de tener una hija, jamás me comportaría así con ella.

—Sigo sin recordar haber visto lo que mencionas, ¿acaso Lady Ashcroft fue muy ruda con su nieta? —Robert procuró que su voz fuera tan neutral como era posible, aunque aún a él le pareció un poco dura; esperaba que su madre no lo notara—. Porque de ser así debiste informarme al momento.

La condesa negó con seguridad, exhibiendo una expresión un poco sarcástica.

—No, querido, desde luego que no, esa mujer es demasiado respetuosa de las buenas costumbres para soñar siquiera con hacer un espectáculo en público; pero no dudo que en cuanto volvieron a casa de los Sheffield la pobre chica Braxton se llevó una buena reprimenda —Su madre suspiró, suavizando su tono—. Lo lamento mucho porque me parece una jovencita muy agradable... desafortunadamente no escogemos a nuestros familiares; espero que pronto encuentre a un buen hombre para formar su propia familia, no dudo de que no le faltarán pretendientes.

Robert miró a su madre con desconfianza; tratándose de ella, esa última afirmación podría significar cualquier cosa.

—Por favor, Robert, no tienes que mirarme así, te puedo jurar que no estoy insinuando nada.

—Sabes que es un pecado jurar en falso, ¿verdad?

—Desde luego que lo sé —La condesa se encogió de hombros—. Y aún cuando me encantaría verte interesado en una joven como ella, sabes perfectamente que reconozco cuándo debo dejar de presionar y, obviamente, no te sientes atraído por Juliet Braxton.

—¿En verdad? —Robert tuvo que apurarse a continuar para disimular su tono incrédulo—. Quiero decir que me sorprende tu comprensión.

—No veo por qué, jamás he insistido para que te comprometas con una joven que no encuentres agradable y no voy a empezar ahora.

—Supongo que debo estar muy agradecido por eso.

—Oh, sí, deberías, querido, puedo asegurártelo; no puedes imaginar lo que una madre inescrupulosa es capaz de hacer. Por ejemplo, Lady Wilkfield volverá loca a su hija si continúa insistiendo en que haga todo lo posible porque se acerque a ti, aunque si hemos de ser sinceros, a ella no parece disgustarle del todo la idea. Lo que me recuerda... no me has dicho qué te parece Jane, porque yo la encuentro encantadora.

Robert empezó a jugar con el abrecartas, pasando la mirada del filo a su madre, riendo al verla enarcar una ceja.

—Solo hago una observación.

—Por supuesto, no podría ser de otro modo —Tras dejar el objeto sin dejar de reír, le dirigió a la condesa una mirada curiosa—. Por cierto, madre, no te he preguntado aún qué te trajo aquí; es muy temprano para el té.

Lady Arlington pareció recordar entonces el motivo de su visita, porque se llevó una mano al pecho, con expresión culpable.

—Es verdad, qué descuido de mi parte. Hace un momento, mientras trabajaba en mi bordado, recordé que Lady Ashcroft y sus nietos se fueron del baile algo temprano, asumo que por el asunto del que ya hemos hablado, y me preguntaba si acaso tuviste tiempo para agradecerle a Daniel Ashcroft su ayuda.

Robert tardó un momento en comprender a qué se refería su madre y cuando lo hizo, casi se da un golpe en la frente. Desde luego que no habló con Daniel Ashcroft para agradecerle su ayuda, tal y como su madre le recordara al empezar el baile; estuvo muy ocupado pasando el tiempo con su prima y ocasionándole a esta un problema con su abuela.

Recordó lo poco que le agradó el muchacho cuando lo conoció, pero esa no era excusa para comportarse como un patán; tenía que hablar con él para

ofrecerle disculpas por ese olvido imperdonable.

Y, ahora que lo pensaba, no sería correcto que lo hiciera llamar a Rosenthal.

Si bien era consciente de que tendría que cuidar que su abuela no se enterara de la ayuda prestada, lo apropiado era que fuera él quien se acercara a Ashcroft, ¿verdad? Después de todo, era un caballero.

—Robert, ¿por qué estás sonriendo? No he dicho nada gracioso.

El conde sacudió la cabeza para despejarla y prestar atención a su madre.

—No es nada importante, madre, solo me has recordado que tengo una deuda pendiente con este joven —explicó—. Me encargaré de hablar con él muy pronto.

Su madre lo miró con escepticismo, como si sospechara que le ocultaba algo, pero no insistió, ni siquiera cuando la sonrisa de su hijo se pronunció aún más.

## CAPÍTULO 10

La pintura no era uno de los fuertes de Juliet; a decir verdad, se le daba muy mal, y por ello decía con frecuencia que ese debía de ser el motivo por el que estimaba tanto el trabajo de los verdaderos maestros en ese arte. Después de todo, era muy consciente de su propia incompetencia y hubiera resultado ridículo de su parte no respetar a quienes sí podían plasmar en un lienzo todas esas cosas hermosas que ella solo podía apreciar.

Debido a esto, prefería, lógicamente, admirar el trabajo de los grandes artistas, y le huía como al demonio a la obligación que le imponía su abuela de sentarse frente a un lienzo, ya que, según ella, era esta una actividad propia de una joven de su edad y alcurnia. El que sus chapuceros intentos fueran luego lanzados al desván le resultaba un detalle completamente intrascendente.

Aun así, pese a su obvia terquedad por obtener lo que deseaba, Lady Ashcroft decidió en su momento que exigir a su nieta continuar con esos intentos resultaba después de todo una pérdida de tiempo, considerando que podría emplear este en mejorar su ejecución en el piano, algo para lo que obviamente sí disponía de talento.

Por esto, desde hacía unos meses, Juliet había dejado las lecciones de pintura, para gran alivio suyo y de su profesor, un hombre con más gentileza que paciencia. Entonces lo tomó como un gran triunfo, aún cuando sabía que la generosidad de su abuela no tenía nada que ver con su decisión. Pero no dejaba de ser un hecho afortunado, y como realmente disfrutaba de tocar el piano, no encontraba una razón por la cual quejarse.

Sin embargo, esa mañana, por tercera consecutiva, le pidió prestados a su anfitriona uno de los caballetes de su hija, lienzos y algunas pinturas, a fin de ubicarse en el salón de pintura para intentar copiar al menos alguna de las muchas flores que las sirvientas se encargaban de colocar cada día en amplios y delicados floreros.

La razón de esta actitud, que aún a su abuela extrañaba, era muy sencilla. La pintura es labor de una persona, y podía realizarla con absoluta

tranquilidad sin necesidad de contar con un compañero, y en su caso, el que deseaba evitar tenía nombre y apellido, además de unirla a él un parentesco.

Daniel.

Si bien Juliet esperaba que su primo mostrara cierto arrepentimiento tras su modo de proceder en el baile, negándose a apoyarla pese a la injusticia de su abuela, pronto comprendió que estaba muy equivocada.

Al levantarse a la mañana siguiente, aliviada porque Lady Ashcroft no hubiera sido tan dura como esperaba, bajó a desayunar y se encontró con que su primo había salido a pasear en uno de los caballos de sus anfitriones sin esperarla, tal y como hacían cada día desde su llegada; esa fue la primera clarinada de alerta.

En el transcurso del día, tras su regreso, pudo comprobar que no estaba en absoluto equivocada; aún cuando era ella la ofendida, Daniel había decidido reclamar para sí el papel de víctima, y lo peor era que al no poder hablar con él, no entendía cuál había sido su error.

Cansada de intentar entablar una conversación después de que se le respondiera solo con monosílabos, Juliet decidió que no tenía sentido imitar esa actitud infantil, pero que tampoco debía verse en la obligación de tolerar semejante comportamiento, por lo que decidió recurrir a su vieja, y a veces maltratada amiga, la pintura, para no aburrirse en las largas mañanas y tardes que debería pasar allí, ya que su abuela no le permitía salir sola; un motivo más por el que guardar resentimiento a su primo.

Apenas eran las diez de la mañana, y miraba a su bosquejo con lástima; qué forma tan triste de pasar el día, y aún peor, de arruinar un buen lienzo.

Como si esto no fuera suficiente para deprimirla, los Sheffield pensaron que resultaría agradable acompañarla mientras pintaba, por lo que además contaba con un público indeseado. Su abuela también estaba allí, lo mismo que Daniel, ya que hubiera resultado inadecuado que se negaran a acompañar a sus anfitriones, especialmente cuando era ella el centro de atención.

Lady Ashcroft lucía casi angustiada, lo que no era de extrañar en esa ocasión; debía de avergonzarla pensar en el momento en que debiera mostrar su *gran obra*. Daniel, en cambio, parecía completamente indiferente, lo que

acrecentó sus deseos de arrojarle un pincel a la cabeza; de no ser por él no estaría en esa situación tan incómoda.

Observó el dibujo con mayor atención, pensando que si lo dejaba así y obviaba las pinturas tal vez no terminaría en completo ridículo, cuando el suave toque de la puerta y la llegada del mayordomo la hicieron suspirar de alivio. Si se trataba de una visita, podría encontrar una excusa para huir.

—Su señoría, el Conde Arlington.

Juliet se levantó tan deprisa que casi tropieza con el caballete, y si su abuela no hubiera estado tan asombrada seguro que le habría dirigido una mirada reprobadora.

Aun así, su extrañeza no era nada comparada con la que exhibieron los Sheffield por un par de minutos, en los que se vieron completamente desconcertados. Por lo que había escuchado de Mary, su doncella, la historia de sus esfuerzos por comprometer al conde con su hija Charlotte fue por un tiempo la comidilla de la región, y aún más cuando se supo que el caballero en cuestión no mostró mucho tacto para dejar en claro lo poco que le entusiasmaba la idea.

Según sabía, desde entonces las relaciones entre ambas familias se habían roto, al menos implícitamente, por lo que la visita del conde resultaba de lo más inusual. Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en ello porque este ingresó al salón con una sonrisa cordial, y tras hacer una reverencia se dirigió a los dueños de la casa.

—Señora Sheffield, permítame presentarle mis disculpas por esta visita inesperada.

—Oh, no, milord, por favor, es un honor para nosotros recibirlo —Había que reconocer lo rápido que la dama se repuso de la impresión—; ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo tuvimos entre nosotros...

—Demasiado, en verdad, lamento mi inexcusable descuido, pero el señor Sheffield comprenderá lo difícil que resulta con frecuencia llevar una propiedad y una vida social activa —Le sonrió al hombre tras estrecharle la mano, dirigiéndose luego a Lady Ashcroft—. Milady, es un honor verla nuevamente.

—Y una sorpresa también, milord; una muy grata, por supuesto.

—Gracias —El conde le sonrió con cortesía, mirando luego a los jóvenes—. Señorita Braxton, señor Ashcroft.

Juliet hizo una reverencia y Daniel apenas inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Por favor, milord, siéntese con nosotros —La señora Sheffield hizo un gesto hacia Juliet—; le hacemos compañía a la señorita Braxton mientras pinta.

El conde levantó las cejas y se acercó con paso descuidado a observar el lienzo oculto por el caballete, reprimiendo apenas una sonrisa al ver el boceto y procurando no mirar a la autora, que parecía estar a punto de echar a correr.

—Ya veo —comentó con tono sereno—; a mi madre le encantaría, las rosas son sus flores favoritas.

—Son jazmines —lo corrigió ella entre dientes y sin mirarlo.

—Ah, claro —El conde volvió sobre sus pasos, y tras aceptar la invitación de la señora Sheffield ocupó una de las sillas junto a la ventana—. Lamento haber interrumpido este momento privado, no pretendo quedarme mucho tiempo.

Ignoró las quejas de los Sheffield, que insistían en lo mucho que apreciaban su visita, y empezó a hacer algunas preguntas de cortesía respecto a su salud, el estado de la propiedad, y dándoles los parabienes por el casamiento de su hija, lo que como pudo observar Juliet, no les hizo mucha gracia, pero supieron reponerse de inmediato.

—Como les decía hace un momento, el motivo de mi visita es muy sencillo —explicó tras un momento, y después de rechazar unos pastelillos que la doncella le ofreció—. Recordará, señor Sheffield, lo mucho que me gusta la pesca.

El aludido pareció un poco confundido por esta afirmación, pero asintió con energía.

—Así es, milord, desde luego que lo recuerdo.

—Verá, he decidido aprovechar la buena temporada de truchas para organizar un pequeño paseo, y pensé que tanto usted como el señor Ashcroft podrían participar.

La invitación generó el entusiasmo del señor Sheffield, que pareció olvidar muy pronto su anterior incomodidad, por lo que Juliet pudo deducir al verlo sonreír. Daniel, en cambio, frunció el ceño al saberse incluido.

—Milord, me temo que no podré aceptar, la pesca no es un deporte en el que me desenvuelva muy bien.

El conde lo miró con visos de frialdad, sin creerse del todo ese argumento y dispuesto a no aceptar su excusa.

—No se preocupe, no somos profesionales; es más, el señor Sheffield es testigo de que soy yo usualmente quien hace el peor papel, ¿verdad? — Intercambió una sonrisa con el anfitrión—. Desde luego, mi madre me ha pedido les haga saber a las damas que apreciaría mucho su compañía para un té en el jardín.

Tanto la señora Sheffield como Lady Ashcroft mostraron su agrado por la invitación, y tras una mirada de su abuela, a Juliet no le quedó más opción que hacer otro tanto.

Le alegraba la perspectiva de regresar a Rosenthal, pero por alguna razón, el saber que pasaría todo el tiempo en compañía de las mismas mujeres a las que debía ver cada día, con la excepción de la condesa, no le entusiasmaba del todo.

En verdad la idea de acompañar a los caballeros a pescar le resultaba mucho más atractiva, y no pudo evitar pensar en que sería una ocasión excelente para hablarle al conde acerca de unos libros que encontró en la biblioteca relacionados con la pintura de Van Goyen. Pero sería imposible que se diera esta oportunidad, así que suspiró y procuró parecer tan animada como su abuela, una tarea nada sencilla.

El conde se marchó al poco tiempo, recordándoles la invitación e insistiendo en que esperaba poder contar con su presencia. Tras su despedida, Juliet tuvo la excusa perfecta para argumentar una mañana más agitada de lo que esperaba, de modo que pudo escabullirse a su habitación tras dejar los

implementos de pintura a buen recaudo, asegurándole a sus anfitriones que pronto podrían ver el resultado.

Una vez a solas, se sentó en la cama con las rodillas dobladas, en una posición no muy apropiada para una señorita, pero que a ella le agradaba adoptar cada vez que necesitaba pensar en algo que consideraba importante.

Por una parte, la próxima visita a Rosenthal, que se había fijado para dentro de una semana, era un tema al cual podría dedicarle horas y siempre llegaría a la misma conclusión; le emocionaba tanto como inquietaba, y después de pensar un poco en ello con más calma, no podía encontrar una explicación razonable a esa preocupación.

Además, y quizá fuera lo más importante, deseaba pensar acerca de cuánto le había afectado la presencia del conde y esa actitud indiferente que mostró para con ella. Desde luego que no esperaba le hablara con la misma familiaridad que durante el tiempo que compartieron en su despacho, eso hubiera sido escandaloso considerando que no se encontraban a solas, pero aun así encontraba extraño su comportamiento. Parecía resuelto a actuar como si tan solo fuera una jovencita más de aquellas con las que se veía obligado a socializar.

Entendía que tal vez se debiera a la necesidad de evitar colocarla en una situación difícil, pero se preguntaba también si esa camaradería que sintió en su momento no habría sido tan solo fruto de su imaginación.

Le agradó pasar tiempo a su lado, hasta había fantaseado con la idea de contarle como un amigo, pero ahora que lo meditaba con mayor tranquilidad, empezaba a creer que no tenía por qué ser correspondida. Tal vez el conde solo estaba aburrido y no tenía a nadie más con quién compartir su gusto por la pintura, o encontró divertido pasar un rato con una persona como ella, tan distinta a las mujeres experimentadas a las que debía de estar acostumbrado.

Fue muy arrogante de su parte suponer que podría encontrarla tan interesante como ella a él. Quizá Daniel estaba en lo cierto y el conde hubiera comprendido que acercarse a ella era tan peligroso que no valía la pena; no por compartir una charla sin importar qué tan entretenida resultara.

Intentó analizar sus emociones, y aún cuando podía decir que no se encontraba del todo sorprendida por ese descubrimiento, debía reconocer que

le provocaba una gran decepción. La posibilidad de que este sentimiento estuviera acompañado por la tristeza fue desterrada de inmediato.

## CAPÍTULO 11

En tanto Robert se encargaba de organizar todos los preparativos el día señalado para la pesca, o de dar las órdenes para ello, su madre lo miraba con expresión astuta, sin dejar de andar un par de pasos tras él, atenta a cada uno de sus movimientos.

—Madre...

—¿Sí, querido?

—No recuerdo que la pesca te emocione especialmente, pero si insistes, puedo hacer que te preparen un equipo, ¿qué tal se te da manejar una caña de pescar?

—Me temo que muy mal; eso presumo, claro, porque nunca he tocado una.

—Entonces, ¿tendrías la amabilidad de explicarme qué haces en el lago mientras inspecciono el volumen de peces?

La condesa viuda miró alrededor, fijando la vista en la gran extensión de agua frente a ella, y en los amplios jardines que debió atravesar casi trotando para seguir el ritmo de su hijo.

—Oh, te refieres a eso —Sonrió con candidez—; no pude evitar notar que venías hacia aquí y me pareció que podría acompañarte, el día está precioso.

—Desde luego que no podías evitar notar que venía hacia aquí, me has seguido toda la mañana.

—¡Por supuesto que no! —Su madre era muy buena fingiéndose ofendida, pero él era mejor descubriéndola.

—Madre, sabes que podríamos pasar horas y horas aquí y en algún momento vas a delatarte, ¿por qué no nos ahorramos ese tiempo?

Lady Arlington jugueteó con su sombrilla, en apariencia impasible, pero tras un momento suspiró como quien acepta su rendición.

—Está bien, tú ganas —concedió a regañadientes—; solo quiero saber qué

está pasando.

—Me parece que es bastante obvio, intento preparar un recorrido para pescar —le recordó de mala gana—, y tú, si no me equivoco, deberías hacer algo similar; después de todo, creí que esperabas visitas para beber el té en el jardín, ¿o esperas que la señora Sheffield y Lady Ashcroft nos acompañen aquí? Porque me resulta imposible imaginar a cualquiera de ellas lidiando para atrapar una trucha.

—Ahora que lo mencionas, no, no puedo imaginarlas siquiera en semejante posición —Su madre usó una mano como visera para atisbar el horizonte—, aunque me pregunto cómo crees que lo haría la señorita Braxton, ¿piensas que le iría algo mejor?

Allí estaba.

—No gruñas, Robert, no se oye nada bien.

—No he hecho tal cosa —El conde aspiró con fuerza, decidido a no dejar que la curiosidad de su madre le afectara, o no más de lo usual—. Preguntaría el motivo de tu mención a la señorita Braxton, pero supongo que no tiene sentido, puedo hacerme una perfecta idea de cuál es.

—Me alegra oírlo, ya que como acabas de mencionar, nuestras visitas no tardarán en llegar y no hay tiempo que perder en discusiones —Su madre parecía encantada de haber llegado al meollo del asunto—. Por favor, Robert, cuéntamelo, prometo no hacer un solo comentario al respecto, pero necesito saberlo. ¿Acaso has pensado...?

—No, madre, no he pensado en lo que insinúas, lamento decepcionarte —Robert lanzó a lo lejos el junco con el que agitaba el agua—. Reconozco que tengo un motivo ulterior para invitar a estas personas, pero es uno muy sencillo y que ya conoces; necesitaba una excusa para poder hablar con Daniel Ashcroft y darle las gracias. Además, pensé que sería agradable para ti compartir un momento con las visitas, eso es todo.

Su madre pareció ligeramente decepcionada, pero se recuperó con rapidez.

—Ya veo, desde luego que esa es una excusa tan buena como cualquier otra —Habló más para sí misma, pero él la escuchó.

—Exacto, a eso me refiero, es una excusa para hablar con Ashcroft y agradecer su ayuda, eso es todo.

—Bueno, querido, yo no me refería precisamente a eso, pero si prefieres pensarlo, está bien —Le sonrió con un deje lacónico—. Ya veremos qué pasa.

—¿Qué pasa con qué, exactamente?

—Con todo, hijo, y tal vez con nada —Acomodó mejor la sombrilla sobre su cabeza y enderezó los hombros—. Ahora, si me disculpas, seguiré tus consejos, debo pedirle a la señora Banks que se encargue de preparar todo para el té en el jardín; con un poco de suerte podremos ver el lago desde allí.

—Bien, aunque pienso que nos dispersaremos, pero no debe de tomar mucho tiempo, será algo muy casual, solo el señor Sheffield, Ashcroft, Richards, y yo; tal vez luego podamos unirnos a ustedes con una bebida.

—¿El señor Richards? —Su madre frunció el ceño—. No sabía que él también estaba invitado.

—Sí, claro, iremos en parejas, él va a completar el cuarteto, y ya que la señora Richards estará también presente en el té, me pareció correcto incluirlo.

—Desde luego, pero creí que aún se encontraba en Yorkshire.

—Llegó ayer por la noche.

—Ya veo, muy bien entonces, me alegra que lo incluyeras, hubiera sido un desaire terrible de otra forma —La condesa se vio más tranquila—. Te dejo, querido, tengo mucho de qué ocuparme, los invitados no tardarán en llegar.

—Me acercaré a la casa cuando sea la hora, no te preocupes.

Robert vio marchar a su madre con paso apurado, reprimiendo el impulso de decirle que no tendría tanta prisa si hubiera usado el tiempo de mejor forma que interrogándolo.

No es que lo hubiera sorprendido con su razonamiento, era completamente comprensible que pensara en esa invitación como una estratagema de su parte para ver nuevamente a Juliet Braxton, y tal vez tuviera algo de razón, pero

jamás lo reconocería, no ante ella.

Hasta hacía unos cuantos días, había declarado que en su opinión él no estaba interesado en esa joven, ahora debía pensar que se equivocó y volvía a la carga; la mente de su madre era fácil de leer, el problema era mantenerla a raya para que no lo metiera en problemas, y aún peor, a la señorita Braxton.

¿Acaso era tan difícil para ella el creer que pudiera encontrar interesante a una joven sin albergar ideas románticas? Podía responderse a sí mismo sin mayores problemas; para su madre eso sería poco menos que inconcebible, y para casi toda la sociedad británica, también.

Si era sincero consigo mismo, no podría asegurar que fuera solo el intelecto de Juliet Braxton lo que llamaba su atención; en verdad, hubiera sido hipócrita de su parte declarar eso. La encontraba hermosa, pero eso no era extraño, porque lo era, y quien lo negara sería un necio. El verdadero problema, al menos en su caso, era que no estaba seguro de qué despertaba exactamente esa joven en él.

¿Admiración? Sí, y mucha, no solo por su aspecto, sino que había descubierto, a pesar del poco tiempo que llevaban conociéndose, que se trataba de una persona muy particular. Tenía ideas propias, aunque no coincidieran en todo, y mostraba una sensibilidad que encontraba encantadora.

Sentía mucha curiosidad por conocer un poco más de ella, de las cosas que le emocionaban y las esperanzas que albergaba, que suponía no serían pocas por lo poco que lograba adivinar.

También, y se sentía un poco culpable por eso, la encontraba lo bastante atractiva como para haber dedicado un par de pensamientos a la idea de cómo sería besarla. En verdad la imagen no era tan terrible, después de todo; él no era más que un hombre y ella una joven muy deseable, era un instinto natural, pero aun así ella no parecía pertenecer a esa categoría de jovencitas dispuestas a usar sus encantos para cautivar a un hombre. Cada vez que lo había mirado, lo había hecho con una honestidad y una dulzura rayana al respeto que lo atraía tanto como amedrentaba.

No estaba acostumbrado a tratar a jóvenes como ella y no sabía qué hacer exactamente. Conocía perfectamente lo que ordenaban las buenas costumbres

y lo que la sociedad esperaba de su comportamiento; pero por algún motivo, nada parecía establecido cuando compartía el mismo espacio con Juliet Braxton.

Tendría que mantenerse muy alerta para no cometer ninguna indiscreción, y aclarar su mente respecto al torbellino que esa joven estaba ocasionando; o, para estar a tono con lo que pensara de ella tan solo conocerla, la tormenta que podría desencadenarse en cualquier momento, aún sin desearlo.

Lady Arlington era una anfitriona extraordinaria, de esas personas que conseguían instaurar un ambiente pacífico y maravilloso a su alrededor con su sola presencia y un par de gestos amables.

Juliet no se sentía tan solo impresionada por la belleza de Rosenthal y de los jardines que al fin podía recorrer a la luz del día, sino también por la gentileza que la condesa mostraba para con ella.

Desde su llegada, al recibirlos junto al conde, la había tratado con una deferencia que encontraba injustificada, pero no por ello dejaba de ser extremadamente agradable. Mientras la veía desde el otro lado de la mesa en donde disfrutaban del té y los pastelillos preparados para ellas, pensó en que su madre debió de ser igual en su corta vida, derrochando encanto y finas maneras. Esta idea la alegró, tanto como sumió en una profunda melancolía que, por suerte, nadie notó.

Y hubiera sido muy difícil que alguien pudiera hacerlo, porque entre la señora Sheffield y la recién conocida señora Richards, resultaba extremadamente complicado que alguien pudiera reparar en cualquier cosa que no fuera la ingente cantidad de información que ambas intercambiaban y que su abuela, al menos, atendía con el mayor interés.

La condesa se limitaba a escucharlas con cierta indulgencia, como si estuviera acostumbrada a ser testigo de semejante entretenimiento y tan solo intervenía cuando alguien preguntaba su opinión, siendo, según notó Juliet, muy cauta al responder.

En cambio, prestaba mayor atención a la zona del lago, pese a que les resultaba imposible observar desde allí las faenas de la pesca. Al parecer, el conde había decidido que harían un recorrido alejado para, como él mismo

mencionó, hacer la competición más interesante.

Lo que le recordó la ansiedad que sintió al saber que había escogido a Daniel como su compañero de pesca, mientras el señor Sheffield tendría al secretario de Rosenthal, el señor Richards, como su pareja en la competencia.

No entendía por qué el conde optó por su primo como compañero, considerando que él ya había dejado en claro lo poco que le entusiasmaba formar parte del equipo, además de su obvia animadversión hacia su anfitrión.

Juliet suponía que el conde buscaba una excusa para hablar con Daniel y agradecer su ayuda cuando sufrió la caída del caballo, porque a pesar de que ella y su primo no habían hablado desde hacía unos días, estaba segura de que el conde aún no había expresado su agradecimiento. Encontraba entonces su decisión muy natural y digna de él, pero no dejaba de preocuparle la actitud que Daniel pudiera adoptar.

Dios sabía que su primo no era la persona con más tacto en el mundo, y cuando alguien le desagradaba, como estaba segura ocurría con el conde, no cuidaba en absoluto sus modales. Solo esperaba que pudiera controlarse y no sumiera a su familia en el ridículo; además de que por lo poco que conocía del conde, no le parecía la clase de persona que recibía una ofensa sin responder de acuerdo a las circunstancias.

No era difícil adivinar que pese a su exterior calmado y agradable, Lord Arlington tenía un temperamento lo bastante fuerte como para plantarle cara a la situación más desagradable. Esperaba que eso no fuera necesario, porque por disgustada que se encontrara con Daniel, no deseaba verlo involucrado en ningún hecho que pudiera perjudicarlo.

Su abuela parecía por completo ajena a lo que Juliet pensaba, escuchando con atención la cháchara de las señoras Sheffield y Richards, cuyo intercambio de chismes no parecía tener fin, por lo que dedicó toda su atención a la condesa, que según notó, la miraba cada tanto con mal disimulado interés.

—Robert mencionó esta mañana que si lo deseaba, prepararía un equipo de pesca para mí, ya que encontró desesperante mi curiosidad —le confió en voz baja y con un guiño travieso—. Le diré que la idea no me hizo ninguna

gracia, pero ahora que lo pienso, debe de ser divertido, ¿no lo cree? Excepto por esas botas que parecen tan incómodas, y los anzuelos, claro.

Juliet rió ante la cara de espanto de la condesa, que apenas pudo reprimir un estremecimiento al pensar en la carnada que su hijo y visitantes debían de utilizar.

—No dudo de que sería toda una experiencia, milady, aunque confieso que no estoy segura de qué tan buen papel podría hacer.

—Muy honesto de su parte, señorita Braxton, estamos completamente de acuerdo, entonces. Somos, al parecer, de esas mujeres que ansían nuevas aventuras pero que al encontrarnos frente a ellas, dudamos.

—Bueno, milady, yo solo me refería a la pesca —Juliet sonrió—; creo que hay otras aventuras que estaría encantada de experimentar.

—Qué interesante, señorita Braxton, ¿y qué aventuras serían esas? —La condesa se acercó aún más en actitud confidente—. Aunque no quiero pecar de indiscreta, claro.

Juliet sonrió al ver la expresión arrepentida de Lady Arlington, como si hubiera reparado en su exceso de confianza.

—Nada particularmente interesante, milady; en verdad, creo que algunos las juzgarían muy aburridas —comentó en el mismo tono discreto, cuidando que sus palabras no llegaran hasta su abuela—. Me gustaría subir a un barco y viajar.

La condesa pestañeó con interés, dejando su anterior arrepentimiento de lado.

—Ya veo, pero no creo que sea en absoluto una aventura aburrida, señorita Braxton; es más, le puedo asegurar que la encuentro fascinante. A mi esposo le encantaba viajar, y tras nuestro enlace visitamos varias ciudades de Europa; es más, antes del nacimiento de Robert pensamos enrumbar a Egipto, pero obviamente fue imposible. Y luego, cuando mi hijo creció, y retomamos la idea, bueno, ya no hubo tiempo para ello.

Juliet estudió la expresión triste de la condesa, adivinando que la muerte de su esposo aún le afectaba mucho, y que lo echaba de menos. Pudo ver en ella

la misma mirada melancólica que adoptaba su padre cada vez que hablaba de su madre; esto hizo que sintiera aún mayor simpatía hacia esa mujer de ojos alegres.

—Lamento la muerte de su esposo, sé que fue un gran hombre.

—Oh, sí, fue maravilloso, me alegra que haya oído hablar de él, ¿sabía que fue un gran amante de esta tierra? Amaba Rosenthal con toda su alma.

—Sí, el conde lo mencionó, dijo lo orgulloso que se encontraba de continuar con su legado.

La condesa no pudo esconder un gesto de sorpresa por esa afirmación, y Juliet comprendió de inmediato que había hablado de más.

—Lo comentó mientras bailábamos en el salón la noche de la celebración de su cumpleaños —intentó explicarse con rapidez.

—Por supuesto, ya veo —La condesa no mencionó que su hijo evitaba hablar de su padre, no porque no lo amara, sino por su natural discreción respecto a sus emociones—. Había olvidado que ustedes bailaron entonces.

La joven respiró tranquila al observar que la condesa no mostraba más ese gesto suspicaz.

—Sí, así fue, es un buen compañero de baile —Creyó que ese sería un comentario apropiado y carente de segundas interpretaciones.

—Sí, lo es, mucho mejor bailarín que pescador, se lo aseguro —Lady Arlington miró hacia el lago entrecerrando los ojos para evitar el brillo solar—. Espero que su primo sea un poco más hábil o nos les irá muy bien.

Juliet asintió, siguiendo su mirada y pensando en que lo último que le preocupaba en lo que a esos dos se refería era el resultado de la pesca.

—Me cuesta creer que su padre no le enseñara cómo colocar un anzuelo correctamente, Ashcroft.

—Mi padre no considera que la pesca sea un deporte muy útil.

—Tal vez cambiaría de opinión si se encuentra algún día en una isla

desierta y los peces fueran su única esperanza para subsistir.

El muchacho se encogió de hombros, como si tanto la idea de la utilidad de la pesca o el que su padre alguna vez naufragara, lo tuvieran sin cuidado, y Robert tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir un comentario aún más sarcástico.

Dios era testigo de que había pasado la última hora implorando paciencia para no lanzar a ese joven al lago y abandonarlo a su suerte; la posibilidad de que no supiera nadar ni siquiera había pasado por su mente.

No le sorprendió comprobar que su primera impresión acerca de lo poco que Daniel Ashcroft le simpatizaba era del todo justificada. En pocas ocasiones había tratado con una persona que parecía completamente dispuesta a ser tan desagradable, y le costaba comprender que una joven encantadora como la señorita Braxton lo tuviera en tan alta estima.

Era en gran medida por consideración a ella que hacía un esfuerzo supremo para intentar entablar siquiera una conversación civilizada con ese joven, pero él no se lo ponía nada fácil.

Ahora, en medio de unos juncos, donde pensaba que resultaría más factible pescar algo pese a la obvia incompetencia de su compañero, creyó que sería el momento perfecto para hacer lo que llevaba tanto tiempo aplazando.

—Ashcroft, supongo que se pregunta el por qué lo escogí como mi compañero.

—En verdad no he pensado en ello, milord; después de todo, no es que tuviera a muchas personas para escoger.

Robert miró al lago, preguntándose qué tan profundo sería en esa parte, pero antes de ceder a sus impulsos, intentó tranquilizarse.

—El señor Sheffield es un buen pescador, y el señor Richards no se queda atrás.

—Entonces hubiera sido más inteligente de parte de su señoría elegir a uno de ellos, ¿no lo cree?

Hasta allí llegaba su paciencia.

—Ashcroft, quise venir con usted para agradecerle la ayuda que me prestó hace unas semanas —Mejor acabar con eso de una buena vez—. Sé que se arriesgó a sufrir la ira de su abuela y que además protegió la reputación de su prima al mantenerla al margen, por lo que deseo darle las gracias y ofrecerle una disculpa por haber dejado pasar tanto tiempo.

Lo vio asentir como si no hubiera dicho nada que no esperara, y empezaba a cansarse de esperar una respuesta, cuando el muchacho al fin habló.

—No tiene nada que agradecer, milord, era lo más correcto a hacer, estuviera de acuerdo mi abuela o no, aunque agradezco su discreción al respecto. En cuanto a Juliet, no tiene por qué preocuparse por lo referente a su reputación, es mi deber velar por todo lo relacionado con ella.

Era la primera vez desde que lo conocía, que le escuchaba usar un tono adulto y responsable, aunque sin dejar de lado esa frialdad que parecía reservar especialmente para él.

—En ese caso, me alegra no haber retrasado por más tiempo esta conversación, Ashcroft, y reafirmo que me encuentro en deuda tanto con usted como con la señorita Braxton.

—No está en deuda, milord, se lo aseguro —El joven lanzó la caña de pescar con muy poca pericia, y volvió a mirarlo con atención—. Puede olvidar ese incidente, tanto Juliet como yo nos encontramos satisfechos por haber sido de utilidad, pero no hace falta que se hable más al respecto.

Robert notó cierta advertencia velada en esa afirmación tan apasionada, y dirigió sus pensamientos a una posibilidad que no había contemplado hasta ese momento, una que no le agradó en absoluto, y sintió el irrefrenable deseo de explorar un poco, solo para confirmar sus sospechas.

—Mala suerte, Ashcroft, pero no se preocupe, le pasa a todos los novatos, y en Rosenthal tenemos peces muy listos —Sonrió al ver como el muchacho recuperaba el sedal sin la carnada—. De cualquier modo, es una pelea perdida, Sheffield y Richards ganarán sin ningún problema.

—¿Se rinde siempre con tanta facilidad, milord?

Robert no se ofendió, porque era justamente lo que esperaba oír. Se había puesto en el blanco de tiro para sufrir los embates de la afilada lengua del

muchacho, pero solo porque sabía que ese sería el pie para poder hurgar en sus pensamientos.

—No, desde luego que no, pero sé reconocer cuando mi objetivo escapa a mi alcance —comentó, sin quitar la vista de sus facciones—. Estará de acuerdo en que no siempre podemos obtener lo que deseamos.

El joven Ashcroft volvió a lanzar la caña con un movimiento más seguro, sin dejar de prestar atención a sus palabras.

—Eso depende, milord.

—¿De qué?

—De qué tanto estemos dispuestos a luchar por ello.

Robert sintió que habían dejado en cierta medida las burlas y que el muchacho le respondía con honestidad y muy consciente de lo que él insinuaba.

—¿Y qué pasa si no depende solo de uno? Si, tal vez, nuestros deseos están supeditados a lo que otra persona anhele y esta no ambiciona lo mismo... ¿Qué hacer entonces?

Daniel miró sobre su hombro antes de responder.

—Entonces, milord, luchamos con más fuerza; después de todo, a veces la voluntad de uno puede bastar para conseguir el bien de muchos, ¿no lo cree?

—No si debemos forzar a nuestros semejantes a aceptar algo con lo que no están de acuerdo —Robert no reparó en ello en ese momento, pero su tono de voz se había endurecido lo suficiente como para que el joven Ashcroft lo notara—. Nada conseguido contra la voluntad de una persona vale la pena.

—Esa es una observación muy subjetiva, milord, considere que quizá la otra persona no sabe lo que realmente desea y necesita que alguien le ayude a descubrirlo —Volvió su atención al lago, sin variar su entonación desapasionada—. De ser ese el caso, entonces sí valdrá la pena.

El conde flexionó los puños, casi inconscientemente, y estuvo a punto de hacer otro comentario, cuando vio al joven tensar los hombros e inclinarse ligeramente hacia delante.

—Creo que ha picado algo, milord, ¿quién sabe? Tal vez no seamos después de todo los perdedores —Robert casi pudo vislumbrar su sonrisa burlona—. Como le decía, todo se trata de qué tanto esté dispuesto a luchar.

Robert pensó dejarlo solo, que se las arreglara con ese pez sin su apoyo, pero el impulso natural de ayudar, y la necesidad de no permitir que notara cuánto le habían afectado sus palabras, lo impulsó a acercarse con la red lista para recibir al pez, que no era tan grande como los esfuerzos del joven por atraparlo le habían hecho pensar.

Tras dejarlo en la canasta, tomó su propia caña, y se internó un poco más entre los juncos, sin importarle parecer grosero; tenía un par de cosas en las que pensar.

## CAPÍTULO 12

Los peores augurios de Juliet se cumplieron en cuanto los caballeros se les unieron al caer la tarde, ya que, si bien los señores Sheffield y Richards sonreían ampliamente por su buena jornada, ella estaba más interesada en las expresiones de Daniel y el conde, y tanto uno como otro mostraban un notorio fastidio.

Conocía lo suficiente a Daniel como para saber que algo le disgustaba, y mucho, aunque era muy bueno para fingir. Sin embargo, lo que más le extrañó fue que en cuanto regresó, y lo mismo que los otros caballeros, se hubo aseado por invitación de la condesa, ocupó un lugar a su lado y la trató con la misma amabilidad que no mostraba desde la noche del baile en esa misma casa. Le contó entusiasmado acerca del pez que había logrado atrapar, y no pareció en absoluto afectado por haber perdido la apuesta ante la otra pareja. Semejante cambio la desconcertó, pero juzgó que no era el momento ni el lugar para preguntarle qué había ocurrido, por lo que le prestó oídos y pronto, una vez que sintió regresar la camaradería que los unía, pudo compartir su alegría, aunque supiera que en el fondo había algo que no estaba dispuesto a mostrar. Con un poco de suerte, le hablaría al respecto en cuanto estuvieran de vuelta en casa de los Sheffield.

El conde, en cambio, era un tema completamente diferente, ya que, cada vez que le dirigía una mirada, este la ignoraba y miraba hacia otro lado, como si no deseara siquiera entablar una conversación con ella, y esta acción la preocupaba al no comprender qué podría haber ocurrido en esa excursión que estuviera relacionado con ella.

Si Daniel había sido grosero, lo que no le extrañaría en absoluto, ¿por qué tratarla a ella con esa indiferencia? Claro que no olvidaba la conclusión a la que llegó acerca de la poca importancia que podría tener para él, pero de allí a no dirigirle la palabra había un abismo.

Cuando la condesa sugirió que pasaran al salón ya que el aire frío podría afectarles, aceptó con alivio; tal vez y con un poco de suerte podría sentarse junto a su anfitriona y conversar con ella, eso la ayudaría a dejar de pensar en cosas que escapaban a su comprensión. Y tan pronto como fuera posible, le

diría a su abuela que no se encontraba del todo bien, así tendrían que regresar a casa de los Sheffield, y no le importaba cuánto la disgustara esto.

Se sirvió otra taza de té, la tercera o cuarta, no estaba segura; cuando se encontraba nerviosa, sentía una sed inexplicable. Los pastelillos ni siquiera los miró, su apetito había desaparecido.

Pasó la siguiente media hora consultando el reloj sobre la chimenea, ansiosa por encontrar el momento preciso para hacerle un gesto a su abuela y poder retirarse, pero esta continuaba enfrascada en una charla sin fin con la señora Richards; la señora Sheffield permanecía al lado de su marido, admirando unas miniaturas expuestas sobre una pequeña mesita.

Lady Arlington había acaparado la atención de Daniel, que por primera vez en mucho tiempo parecía cómodo en compañía de alguien que no fuera ella misma. No le extrañaba, ya que la condesa irradiaba una calidez que ni siquiera su primo podría resistir.

Cuando el conde se disculpó para ir a atender unos asuntos con el señor Richards, apenas le prestó atención, estaba muy disgustada por su actitud. Primero Daniel, que la ignoró los últimos días sin una sola explicación, y ahora él; los hombres eran más extraños de lo que pensaba.

Unos minutos después sintió la necesidad de ir al tocador; desde luego que beber tantas tazas de té no podrían provocar otra reacción. Se acercó a la doncella que estaba a punto de abandonar el salón tras dejar otro azafate con bocadillos y le preguntó con discreción por el servicio.

Se encaminó en la dirección señalada y tras refrescarse un poco, decidió regresar, pero al observar con más atención el pasillo por el que andaba, una serie de recuerdos la asaltaron. Si no estaba equivocada, fue por allí que el conde la guió hasta su despacho para mostrarle las pinturas de las que tanto le hablara.

Sabía que era una mala idea, pero aun así no pudo resistir el impulso de seguir el camino según lo recordaba. Un giro a la derecha, luego a la izquierda, y allí estaba a un par de pasos, la puerta más grande.

Miró de un lado a otro, por si alguien se acercaba, pero estaba completamente a solas, así que avanzó un poco más y pegó el oído a la

puerta. Si su abuela pudiera verla, le daría un ataque de histeria, pero no le importó cuando comprobó que no se oían voces dentro, así que con mucho cuidado giró la manija y entró rápidamente, pegándose contra la puerta y mirando el lugar que le resultaba familiar. Sonrió al pensar en la travesura que acababa de realizar, mientras se acercaba a admirar una vez más las pinturas que colgaban de las paredes.

Una vez que se hubo detenido frente a cada una, dirigió su atención a las estanterías, donde decenas de libros parecían llamarla. Pasó una mano sobre los que se encontraban a su alcance y comprobó con agrado que muchos de ellos parecían ser leídos con frecuencia. No entendía esa costumbre aristocrática de acumular volúmenes solo para dar la impresión de que al poseer centenares de ellos parecerían más inteligentes de lo que eran en realidad.

Se encaminó al escritorio y tomó una pequeña escultura que representaba a un caballo, un trabajo tan exquisito que no pudo reprimir el impulso de pasar una mano por los flancos, casi como si acariciara a uno real.

Así la encontró el conde cuando abrió la puerta con brusquedad, extrañado por el sonido de pasos que había escuchado según se acercaba.

Ambos se miraron con asombro, impresionados por verse en aquel lugar; tanta fue la sorpresa de Juliet, que dejó caer la escultura y de no haber sido por la alfombra, estaba segura de que se hubiera roto en mil pedazos. Apenas pudo componerse, se agachó para recogerla con manos trémulas, intentando por todos los medios posibles huir a la mirada del conde, que permanecía impassible de pie frente a la puerta.

Juliet esperaba que dijera algo, que le recriminara su presencia allí y la echara, pero no fue así, sino que continuó con ese silencio obstinado que ella tendría que romper si deseaba reparar de alguna forma su falta.

Tomó aire y se levantó, sin soltar la escultura, apretándola contra su pecho, como una protección, retrocediendo un par de pasos hasta que sintió sus piernas chocar contra el escritorio.

—Milord, lo siento tanto, no tenía derecho... iba por el pasillo y quise ver una vez más las pinturas, no pensé... —Esa debía de ser la disculpa más patética que el conde habría escuchado en toda su vida.

Jamás se había sentido tan avergonzada, y la actitud de ese hombre no estaba ayudando en absoluto. Después de todo, era un caballero, ¿no debería aceptar sus explicaciones? ¿Por qué le obligaba a pasar por semejante humillación?

—Milord, ha sido una falta imperdonable, comprenderé que desee me marche ahora mismo; sé que no tengo derecho a pedirle nada, pero agradecería eternamente que no le dijera a mi abuela o a su madre acerca de mi terrible comportamiento —Sujetó con más fuerza la figura, incómoda por recibir tan solo un silencio como respuesta, perdiendo por completo el sentido común—. ¡Diga algo, por favor! Me he disculpado de todas las formas posibles, y usted ni siquiera se digna a darme una respuesta; sé que mi conducta ha sido espantosa, pero esperaba que pudiera comprenderme.

El conde dio un par de pasos hacia ella, sin variar su expresión, con lo que solo consiguió que Juliet se sintiera aún más nerviosa.

—No necesita disculparse, señorita Braxton, solo sintió curiosidad, eso no es un crimen —Tomó la escultura de entre sus manos, y la sostuvo en lo alto—. Esto perteneció a mi padre, y confieso que si lo hubiera roto, entonces sí que me habría costado perdonarla.

Juliet asintió, sin dejar de mirarlo; hubiera deseado agachar la mirada, pero por algún motivo no podía, aún cuando él extendió un brazo casi rozando su cintura para dejar la figura en su lugar.

—No ha ocurrido nada, señorita Braxton, vuelva con su abuela, debe de estar preocupada por usted.

Ella estuvo a punto de seguir su consejo, pero allí, de pie, mirándolo fijamente, le resultó muy difícil moverse, y antes de que pudiera evitarlo, las palabras brotaron de sus labios.

—¿Por qué está disgustado conmigo?

—No lo estoy, acabo de decírselo, no tiene ninguna importancia.

—No me refiero a esto, no a mi intrusión aquí —Ella se mordisqueó el labio con nerviosismo antes de continuar—, sino a este día; desde que regresó de la excursión se ha comportado de forma muy extraña conmigo y no comprendo el motivo. Yo creí...

—¿Sí, señorita Braxton? ¿Qué fue lo que creyó?

—Creí que era mi amigo —Esa afirmación fue dicha en voz tan baja que el conde debió agacharse un poco para oírla.

Juliet no supo qué debía esperar, si una sonrisa condescendiente o una expresión ofendida; sin embargo, jamás pudo imaginar que recibiría de parte del conde una risa burlona que parecía dirigida a sí mismo.

—Qué interesante, algo similar cruzó por mi mente al conocerla.

—¿En verdad? —Su aseveración la embargó de una alegría inexplicable; no estuvo equivocada entonces, ella también le agradaba—. Entonces, ¿por qué...?

El conde se aproximó aún más, no dejando espacio para que ella pudiera retroceder. No la tocaba, pero lo sentía tan cerca que de haber podido moverse hubiera buscado un camino por el cual escapar.

Cuando lo vio levantar una mano, no supo qué pensar, y menos aún al observar que la dirigía a su rostro. Exhaló el aliento contenido al sentir sus dedos sobre su frente, y luego tocando sus párpados; era como si deseara delinear cada parte de sus facciones, y lo hacía con una lentitud enloquecedora, deslizando ahora el dorso de la mano sobre sus pómulos, hasta bajar a sus labios, recorriéndolos con suavidad y algo que, de no hallarse tan confundida, habría identificado como reverencia.

No lograba comprender ese hormigueo en la piel que él tocaba, el miedo y la emoción que la atacaban a partes iguales. Tanto quería huir como quedarse allí, deseando conocer el motivo de sus actos.

Cuando él deslizó la mano por su cuello, tomándola por la nuca, sintió sus piernas temblar de anticipación, aunque no sabía qué era exactamente lo que esperaba. Solo supo que de pronto tenía los labios del conde sobre los suyos, y aunque sabía que estaba mal y que debía apartarlo y salir corriendo, no pudo hacerlo, solo quedarse allí de pie, temblando, sin darse cuenta del momento en que colocó las manos sobre sus hombros para evitar caer.

Y en el momento en que pensó que si no tomaba un poco de aire moriría asfixiada por lo que sentía en el pecho, él aprovechó para invadir su boca con la lengua; sin abandonar esa delicadeza que había mostrado hasta entonces,

pero con una seguridad que la perturbó lo suficiente como para que por un segundo entrara en razón, y se aferró a ese segundo como un náufrago a un trozo de madera en medio del mar.

Lo empujó lejos de ella sin pizca de sutileza y tras verlo con una mezcla de confusión y espanto, salió corriendo del despacho.

Mientras oía sus pasos alejarse, el conde dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, anonadado. Quien lo hubiera visto sin saber lo que acababa de pasar, hubiera pensado que un rayo acababa de golpearlo sin previo aviso, y no habría estado equivocado.

## CAPÍTULO 13

Lady Ashcroft no pudo creer en su buena fortuna cuando su nieta mencionó unos días después que deseaba regresar a Londres lo antes posible, ya que la temporada estaba por comenzar y deseaba hacerse de unos cuantos vestidos más, los necesarios para causar una buena impresión en su debut.

Aunque la desconcertó el cambio repentino, este coincidió con una carta de su hijo recordándole que los necesitaba de vuelta en la ciudad, de modo que las cosas no podrían haber resultado mejor. Y si bien lamentó tener que dejar Devon cuando se encontraba tan a gusto, tras el desagradable comentario del conde Arlington respecto a sus nulas intenciones de establecerse, no veía cómo la presencia de Juliet allí podría ser de utilidad para la familia.

En Londres, en cambio, todo sería distinto; casi podía imaginar a la corte de pretendientes que desfilarían por la mansión Ashcroft en cuanto su nieta hiciera su estreno formal en sociedad. Entonces sí que debería hilar muy fino para escoger al candidato apropiado; no pretendía aceptar nada menos que un conde o un lord en una buena posición. Durante el baile en Rosenthal, Lord Graham había insinuado con extrema sutileza lo interesante que encontraba a Juliet; él definitivamente sería un aspirante a considerar.

El que su nieta pareciera más distraída de lo usual y con un aire melancólico que no habría sabido cómo explicar de haber pensado en ello, le tenía sin cuidado. Al fin, después de tantos años de esfuerzo, empezaba a ver los frutos de la férrea disciplina que tanto había trabajado para establecer, y no deseaba que nada perturbara ese momento de triunfo.

Tanto Juliet como Daniel la observaban en sus idas y venidas, organizando el viaje con renovadas energías, como quien se prepara para una batalla de la que espera salir vencedora.

Desde el día de la reunión en Rosenthal, el compañerismo entre los primos daba la impresión de haber vuelto a la normalidad; los paseos a caballo de cada mañana se habían reanudado, y pasaban largos períodos de tiempo charlando acerca de diversos temas.

Sin embargo, un observador atento habría notado ciertos cambios en su

relación. Si por un lado Juliet mostraba una reserva poco común en su trato, Daniel parecía más obsequioso de lo común, como si intentara reparar de alguna forma los desplantes a los que la había sometido, aunque no hizo el intento de explicarse, y ella no preguntó nada.

Una invisible pared se había levantado entre ellos y ninguno daba muestras de ser ajeno a ella, pero tampoco intentaban derribarla.

La noche anterior a su marcha, Daniel se las arregló para burlar a su abuela y escurrirse en la habitación de Juliet mientras esta se encargaba de revisar que sus baúles hubieran sido correctamente empacados.

Aún no se había cambiado para acostarse, pero aun así recibió la irrupción con muy poco agrado, y estuvo tentada a negarle el paso. Pero después de pensarlo un momento decidió que Daniel podría ofenderse por ello, y aceptó a regañadientes, cuidando que nadie lo viera entrar.

—¿Todo listo? ¿Estás tan emocionada como quieres aparentar?

Ese era uno de los motivos por los que a veces se disgustaba con él, y sabía que no era su culpa, pero no podía evitarlo. Daniel la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que ese entusiasmo que mostraba ante su abuela no era más que un engaño.

—Desde luego que no, pero es lo que la abuela desea, ¿cierto?

—Sí, pero no acostumbras a esforzarte pretendiendo algo que no es verdad solo por darle un gusto —Su primo levantó un guante con descuido.

—Tal vez me he cansado de luchar contra ella —Le arrebató la prenda sin disimular su fastidio—; es más sencillo hacer lo que quiere; al menos así me deja en paz.

Daniel exhibió una mueca burlona y se apoyó sobre uno de los postes de la cama con los brazos cruzados.

—¿Aunque intente obligarte a que te cases apenas empiece la temporada? No puedo imaginarte de pie en el altar sonriendo solo por evitar una discusión.

—Ese es un comentario absurdo, Daniel, y si has venido a importunar, preferiría que te marches, por favor; tengo mucho de qué ocuparme.

—¿Qué pasa contigo? Estás muy susceptible últimamente, casi no pareces tú misma.

Juliet suspiró al tiempo que dejaba caer un vestido sobre una silla.

—No sé a qué te refieres.

—Yo creo que sí, pero si deseas continuar negándolo, no hay nada que pueda hacer.

—Insisto en que no te comprendo —Su prima dejó lo que hacía y lo miró con las manos en las caderas y el ceño fruncido—, y me encuentro muy cansada como para intentarlo. Ahora, por favor, déjame sola; le pediré a Mary que se encargue de revisar todo esto por la mañana, ahora quiero dormir, me duele la cabeza.

Daniel dejó su postura indolente y se acercó a su prima, tomando una de sus manos con ansiedad.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, no tienes que sufrir sola.

—No sé de qué hablas, qué comentario más absurdo, no estoy sufriendo — Ella rehuyó su mirada.

—Sí, lo haces, y lo que más odio es saber que no vale la pena —Daniel apretó su mano con lo que pareció ira contenida—. Él no merece uno solo de tus pensamientos, considérate afortunada por haber entrado en razón antes de que hicieras algo de lo que hubieras podido arrepentirte.

Juliet liberó su mano con un movimiento brusco.

—No sé a qué te refieres —dijo con mal tono—, e insisto en que deseo estar a solas.

Daniel alzó la barbilla, mirándola con una mezcla de amargura y furia.

—Antes de llegar a esta maldita casa no me habrías hablado así, pero supongo que muchas cosas han cambiado, ¿cierto?

—No maldigas en mi presencia.

—¿Por qué no? Solo eres mi prima, puedo decir lo que quiera frente a ti,

¿no es esa una de las ventajas?

Ella frunció el ceño ante ese comentario que sonó casi a una acusación.

—No sé qué ocurre contigo, Daniel, pero en este momento no puedo... es más, no quiero intentar comprenderte —Se acercó a la puerta y la abrió con un movimiento seguro—. Hablaremos luego, cuando ambos estemos más serenos, no quiero decir nada que pueda herirte.

Su primo asintió sin relajar su postura, y se encaminó a la puerta, deteniéndose un momento bajo el marco para mirarla con una mueca burlona.

—Es curioso que lo menciones, Juliet, porque no has dejado de herirme desde hace mucho tiempo.

Y con esas palabras que ella no alcanzó a comprender, dejó la habitación.

Robert Arlington no era considerado un hombre de carácter inestable; por el contrario, quienes lo conocían bien, como su madre y unos cuantos amigos cercanos, estarían de acuerdo en afirmar que era una de las personas más consistentes en lo que a sus ideas y emociones se refería.

Sin embargo, ni siquiera Lady Arlington se sentía lo bastante segura acerca de qué era lo que pasaba por la mente de su hijo en los últimos días, y a pesar de estar acostumbrada a hablarle con extrema franqueza, debía reconocer que en la situación actual, tal vez Robert no fuera tan tolerante a sus intromisiones.

Esa mañana la saludó con extrema cortesía cuando se reunieron en el comedor, como siempre, pero seguía notando esa expresión sombría y preocupada que no alcanzaba a descifrar del todo. Tenía sus sospechas, por supuesto, pero no las expondría abiertamente, no en ese momento que intuía tan delicado.

Sin embargo, poseía información valiosa que sospechaba Robert no conocía, y le gustara o no, debía mencionarlo, al menos de forma discreta; quedaría en sus manos el proceder según lo que sus sentimientos le aconsejaran.

—¿Han terminado ya las reparaciones en las cabañas de los arrendatarios,

querido? —Tras beber un sorbo de té creyó que sería un buen momento para empezar—. Ayer sostuve una charla con la señora Morris y me dijo que su nuera espera la llegada de su primer hijo para el próximo mes y está un poco preocupada por los efectos de las lluvias.

Robert tardó un poco en contestar, pero cuando ella pensó que tendría que repetir su pregunta, él asintió.

—Según el señor Richards, está todo listo, no tiene por qué preocuparse; en cualquier caso tengo pensado hacer una inspección esta tarde.

—Oh, eso será perfecto, es muy amable de tu parte estar tan pendiente.

Unos minutos más de incómodo silencio.

—¿Sabes, querido? Creo que me has acostumbrado a mal.

—¿A qué te refieres? —Al fin obtuvo su completa atención.

—Bueno, estas últimas semanas hemos recibido a tantos visitantes que me resultará difícil volver a la rutina.

—No veo por qué debería ser así, sabes que puedes invitar a quien desees —Su hijo dejó su servilleta en la mesa y la miró con curiosidad—. Rosenthal es también tu casa, madre, no lo olvides.

La condesa sonrió y le palmeó una mano con dulzura.

—Gracias, querido, sé que lo piensas y te lo agradezco mucho; pero en verdad me refería a que no tendré a quiénes invitar aunque lo desee.

—No puedo creer que pienses eso, madre, estoy seguro de que todo Devon mataría por una invitación a Rosenthal.

—Quizá, pero me refería a cuánto he disfrutado el retomar nuestra amistad con los Sheffield, y tener también a Lady Ashcroft con nosotros, claro.

Ante esa alusión, obtuvo la reacción que esperaba; Robert frunció los labios y volvió su atención a la comida.

—Pensé que Lady Ashcroft no es una persona por la que sientes especial simpatía —dijo después de unos minutos.

—Y no lo es, cierto, pero debo reconocer que siempre es interesante tener un rostro nuevo por aquí, y sus nietos son muy agradables; congenié especialmente con la joven Juliet, es una chiquilla encantadora, esperaba poder mostrarle los alrededores de Rosenthal, y lamento que no sea posible.

Esta vez no debió esperar demasiado por una respuesta.

—¿Por qué lo dices? Puedes invitarla cuando lo consideres conveniente.

—Me temo que no podrá ser —La condesa intuía el daño que sus palabras le causarían, pero no había forma de decirlo con mayor delicadeza—. Esta mañana recibí una carta de Lady Ashcroft en la que agradecía nuestras atenciones, y me hacía saber que le será imposible atender a la invitación que le hice llegar para el próximo jueves. Ella y sus nietos partieron a Londres ayer por la tarde.

Observó con atención el efecto que esa información tenía en su hijo, pero, salvo por el ligero temblor en la mano que sostenía el tenedor y la forma en que bajó la vista, no dio mayores muestras de lo que sentía. En momentos como ese, extrañaba aún más a su esposo, él sabría qué decir y estaba segura de que Robert lo escucharía; un hijo nunca sería lo bastante mayor como para no necesitar a su padre.

—Ya veo —Fue todo lo que dijo.

—Al parecer, Lord Ashcroft requiere de su presencia en la ciudad y, según recuerdo, Lady Ashcroft mencionó que su nieta hará su debut esta temporada que, como sabes, empezará muy pronto.

—Desde luego, es natural.

La condesa hubiera querido levantarse de la silla y sacudirlo; nunca como entonces le había desesperado tanto su terquedad y esa terrible costumbre de encerrarse en sus pensamientos.

—Tratándose de Lady Ashcroft, no dudo que hará todo lo que esté en su poder para asegurar a la joven Braxton un buen matrimonio en los próximos meses, y considerando sus muchas virtudes, no creo que necesite hacer un gran esfuerzo.

Al escuchar los cubiertos chocar con estrépito contra el plato y ver a su

hijo levantarse con un movimiento brusco, supo que se había sobrepasado, aunque estaba segura de que había hecho lo correcto al hablar con claridad.

—En ese caso, esperemos que ambas cuenten con la mejor de las suertes —indicó—; ahora, si me disculpas, iré a hacer ese recorrido para comprobar las reparaciones de las cabañas.

—Pensé que lo harías por la tarde...

—¿Qué? Sí, lo había pensado, pero creo que aprovecharé unas horas que tengo libres en la mañana; que tengas un buen día.

La condesa habría querido decir algo, cualquier cosa, pero aunque se le hubiera ocurrido algo, él no habría alcanzado a oírla; había abandonado la habitación con rapidez y sin dirigirle una sola mirada.

En cuanto se quedó sola, suspiró y dejó caer también su servilleta con desgana, preguntándose por qué las cosas resultaban tan complicadas para su hijo, cuando el amor entre ella y su esposo se había desarrollado de forma más sencilla.

No pudo menos que llegar a la conclusión de que cada uno debe recorrer su propio camino y que las dificultades se presentan en los momentos menos pensados para cada persona. Solo cabía esperar que Robert fuera lo bastante listo para actuar por una vez en su vida con el corazón, y recordar que en los asuntos concernientes a este, la practicidad era más un defecto que una virtud.

## CAPÍTULO 14

Cualquier debutante con dos dedos de frente reconocería que, si era posible verse en una situación aún más incómoda que el desfilarse como un producto apetecible frente a decenas de potenciales maridos, peor era tener que ver a los mismos al día siguiente una vez más.

O eso pensaba Juliet, que no siendo una persona presuntuosa, podía decir sin pizca de modestia que contaba la sensatez como una de sus más grandes virtudes.

El despertar y encontrarse en el recibidor con unos cuantos arreglos florales era agradable, aún ella podía reconocerlo, especialmente porque solo llevaban unas tarjetas que bien podía ignorar y disfrutar de las flores sin culpa; los caballeros que las enviaban no podrían ser tan engreídos como para suponer que serían los únicos en enviarlas, aunque cuanto más tiempo pasaba en Londres, empezaba a creer que sí lo eran. De cualquier forma, no dejaba de ser una joven que se emocionaba al encontrarse con tantos detalles dispuestos para ella.

No obstante, sí que consideraba absurda la costumbre de verse en la obligación de recibir en casa a grupos de caballeros con los que apenas había cruzado una palabra la noche anterior. Y aún peor, su abuela, por supuesto, debía estar presente mientras se veía en el horrible predicamento de oír los halagos más rebuscados provenientes de hombres que no le inspiraban ninguna emoción que no fuera lástima o fastidio.

Quien inventara semejante costumbre debía de tener serios problemas de autoestima.

Ahora, con un tal Lord Aldrich a su izquierda, y el muy melindroso señor Blumer a su derecha, Juliet pensaba que podría echarse a reír presa de un ataque de histeria en cualquier momento; lo único que la contenía era la mirada estricta de su abuela, que frente a ellos, parecía asistir a un espectáculo.

Ella, por el contrario, se sentía en la situación más absurda de su vida.

No sabía qué esperaba conseguir su abuela con ese desfile de visitantes que debía acoger con su mejor sonrisa, cuando lo que hubiera deseado era salir corriendo.

Cierto que la mayoría de ellos eran inofensivos, y por lo general le inspiraban mucha lástima, ya que los encontraba tan aburridos que debía hacer un gran esfuerzo para no bostezar en medio de cada uno de sus predecibles halagos. Pero debía soportar también a algún que otro arrogante que, por la forma en que se comportaba, parecía pensar que debía de sentirse afortunada por ser la dueña de su atención.

Los únicos momentos de diversión dentro de esa tortura los protagonizaba Daniel, que pese a continuar con un carácter más taciturno de lo usual desde su última y extraña conversación, acudía con frecuencia en su auxilio.

Juliet sabía que cuando él entraba al salón, y ocupaba alguno de los asientos disponibles tras saludar a las visitas, se las arreglaba para hacer los comentarios más precisos a fin de arrancarle una sonrisa. Ya había conseguido espantar a un par de señores que no soportaron sus burlas veladas.

Si uno solo de sus pretendientes tenía la infausta idea de recitar a Shakespeare para impresionarla, su primo no tenía problemas en pedir a voz en cuello que recitara un soneto completo, e ignoraba impunemente las advertencias de su abuela. Esto era algo que Juliet apreciaba profundamente, porque aunque ella no se atreviera a decir nada frente a las visitas, en cuanto estas partían, Daniel debía soportar largos momentos de reproches, pero aun así lo volvía a hacer a la primera oportunidad.

Sin embargo, aún Daniel, con su temperamento atrevido y provocador, debía abstenerse de participar en la reunión cuando algún caballero de rango superior llegaba de visita. En una ocasión, había tenido que soportar por ¡dos horas! a un tal Marqués de Norrington que no hacía más que vanagloriarse de los actos heroicos de sus antepasados y cuánto habían contribuido estos a la gloria de la nación.

Juliet sabía que si su abuela hubiera permitido que Daniel los acompañara, este no habría tenido problemas en preguntarle acerca de si no tenía algún logro propio por el cual sentirse orgulloso. De cualquier forma, según consiguió enterarse por su doncella, ese hombre se hallaba en la ruina, por lo

que no dudaba de que encontrara mucho más fascinante su cuenta bancaria que sus ojos, por mucho que los alabara durante su visita.

Aun así, preferiría mil veces escuchar durante horas las aburridas historias acerca de todos los miembros de la familia Norrington que habían muerto en defensa de Inglaterra, antes que pasar un solo minuto más de lo necesario con Lord Graham.

No estaba segura de cómo lo había logrado, pero ese hombre había conseguido convertirse en el favorito de su abuela, asistiendo a la casa con regularidad y, cuando se encontraban en algún baile, debía separar al menos una pieza para él, se lo pidiera o no, por indicación de Lady Ashcroft.

Cuando dejó Devon, su único motivo de alivio fue el pensar que no tendría que verlo más, ya que con su desagradable encuentro durante el cumpleaños de Lady Arlington, creyó que había tenido suficiente de su narcisismo y malas maneras; sin embargo, el muy descarado prácticamente les había seguido a Londres, y ahora, sin importar a donde fuera, no hallaba modo de evitar su presencia.

Había algo en él que le inspiraba una profunda aversión. Tal vez fuera la forma en que la miraba, el significado oculto que lograba intuir en sus halagos, o el saberlo tan seguro de que sus tentativas darían frutos a la larga.

Hasta ese momento, sus pretendientes eran estúpidos o insignificantes, y estaba segura de que su abuela compartía su opinión sin importar cuánto intentara ocultarlo. Lord Graham, en cambio, era diferente, y a Juliet eso le inspiraba terror.

Si bien era consciente de que la mayor aspiración de su abuela para esa temporada era el acordar un matrimonio que considerara conveniente, ella aún conservaba la esperanza de que no lograra encontrar a nadie que le pareciera lo bastante bueno. Al menos en ese tema debía de serle de utilidad su ambición desmedida.

Pero ahora, con Lord Graham dando vueltas como un buitre, contando obviamente con la venia de Lady Ashcroft, ya no se sentía en absoluto a salvo. Es más, encontraba aterradora la idea de que en cualquier momento se decidiera a solicitar el permiso de su tío Christopher para empezar un cortejo formal.

Si eso ocurría, entonces ella no tendría más alternativa que huir, tal vez no a América, como deseaba, pero si su abuela soñaba siquiera que lograría llevarla al altar contra su voluntad, la subestimaba demasiado. Una cosa era que estuviera dispuesta a hacer innumerables concesiones en bien de la paz común, pero eso... eso estaba completamente fuera de discusión.

En cuanto tuvo esa idea del todo clara en su mente, pudo respirar un poco más tranquila y hacer un esfuerzo para prestarle atención a ese par de caballeros que no dejaban de decir lo mismo que tantos otros. Aún su abuela parecía aburrida, y la vio pestañear con rapidez para disipar el sueño que debía de sentir, lo que le produjo cierta satisfacción; no era justo que tan solo ella muriera de aburrimiento.

Por fortuna, ambos se retiraron pronto, y pudo al fin encontrar una excusa para retirarse a su habitación y echar el seguro a la puerta; necesitaba un momento a solas para pensar con tranquilidad.

La aparición de Lord Graham en Londres había traído a su memoria recuerdos que en su momento hizo todo lo posible para enterrar, pero ahora no tenía como escapar de ellos, y en verdad no estaba segura de querer hacerlo

El ver a ese caballero le recordó los días pasados en Devon, la tranquilidad del campo, la fiesta de Lady Arlington, Rosenthal, y sobre todo, le recordó a él.

Él.

Curioso como una simple palabra podía encerrar tantas emociones.

Desde la última vez que vio al conde Arlington se decidió a hacer lo posible por no pensar en él, por convencerse de que lo ocurrido en su despacho no fue más que una ilusión, un sueño extraño que no tenía ninguna relación con la realidad.

Resultaba curioso, sin embargo, cómo era posible entonces que tan solo con cerrar los ojos, pudiera rememorar cada instante compartido, las charlas que le parecían tan cortas y lejanas, así como también esa última vez en que se encontraron a solas, ese beso que tanto la asustó como fascinó.

Y tal vez fuera esto último lo que la llevó a escapar en ese momento, a

hacer todo lo posible por enterrar en su memoria lo ocurrido y ceder a los deseos de su abuela para regresar a Londres. Tenía que alejarse de él, era demasiado peligroso, un hombre como él que inspiraba todo ese torbellino de emociones no podría traer nada bueno a su vida.

¿Cómo podría enfocar todas sus energías en huir de su abuela y regresar a casa si se comportaba de esa forma? ¿En qué momento se convirtió en una muchachita estúpida que suspiraba en las esquinas por un hombre? Si alguien se enteraba de lo que había pasado, estaría perdida.

Y aún sabiendo esto, aún siendo consciente de que el conde no pudo verla como nada más que una distracción, como un espécimen curioso con el que jugar, no había forma de que se quitara de la cabeza todo lo que sintió al ser besada.

No era tan inocente como para no saber acerca de besos y manos entrelazadas; muchas veces Mary le había hablado a escondidas de los paseos con su prometido, con el que esperaba casarse tan pronto como ambos reunieran el dinero para poder comprarse una pequeña granja. Entonces escuchaba encantada esas historias de suspiros compartidos y románticos paseos a escondidas, burlándose un poco a su pesar por algo que encontraba exagerado.

Desde luego que creía en el amor, lo vio en sus padres, pero aun así le costaba creer que este pudiera hacer que las personas se comportaran de forma tan irracional. No se atrevería a decir que lo que el conde le inspiraba fuera esto, amor, pero sí era lo bastante honesta para reconocer que no le era en absoluto indiferente, y que empezaba a acercarse peligrosamente a ese estado de ceguera que relacionaba con lo que podría ser su desgracia.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía ajena al control total de sus emociones, y era una sensación aterradora. El depender de otra persona para ser feliz, para cumplir sus sueños, era un pensamiento espantoso. Desde que llegara a Londres, arrebatada de su hogar, había luchado por permanecer fuerte pese a su pena, y con la certeza de que llegado el momento podría actuar de acuerdo a sus deseos.

Pero ahora se veía a sí misma como una chiquilla frágil y confundida; por una parte a merced de una abuela implacable que estaba dispuesta a arrojarla al abismo de un matrimonio obligado solo por conveniencia; mientras que

por otra, todos sus sentidos estaban puestos en lo que podría estar pensando un hombre en una ciudad muy lejana, aún cuando sabía que ella nada significaba para él.

Jamás se había sentido tan perdida y vulnerable, y aún peor, por horrible que pareciera, su destino se presentaba ante ella cada vez más sombrío. Si la felicidad existía, y hasta ese momento siempre había pensado que así era, empezaba a creer que no podría estar hecha para ella.

Londres era una ciudad imponente, ruidosa y caótica; al menos esa era la primera impresión que podría experimentar una persona cuando dejaba la tranquilidad del campo para internarse en sus calles atestadas por carruajes y personas andando de un lugar a otro.

Por suerte, el ser un conde, y uno bastante bien considerado en la sociedad, aunque pasara mucho tiempo aislado, tenía sus ventajas. Bastaba con llevar la frente en alto, lo que no era difícil cuando tenías una estatura superior al promedio, y mostrar la seguridad que una posición predominante otorgaba.

Cuando Robert observó las grandes casas ubicadas a la largo de las avenidas más aristocráticas, decidió que dejaría para después el arribo a la suya y le pidió al cochero que se dirigiera al club de caballeros que acostumbraba visitar cuando llegaba a Londres.

Era interesante comprobar lo poco que había cambiado la ciudad en los meses que llevaba ausente; salvo por el ajetreo usual que se observaba cuando la temporada social estaba en todo su apogeo, no veía un mayor cambio.

En cuanto al club, a pesar de no ser del tipo sociable, debía reconocer que encontraba muy agradable el poder compartir un espacio con grupos de hombres como él, que en su mayoría buscaban unos momentos de paz y tranquilidad. Además, y esto jamás se lo confesaría a su madre, ya que ella lo mencionaba con frecuencia y él lo negaba a rajatabla, era el lugar perfecto para enterarse de los últimos acontecimientos ocurridos en la ciudad.

Jamás había estado en un tocador de damas, pero dudaba de que en este se divulgara tanta información como allí, y eso era precisamente lo que él iba a buscar.

Contó con mucha suerte, ya que nada más llegar, y tras saludar a unos cuantos conocidos que hicieron notar su asombro por su presencia, encontró en una mesa alejada al que podría considerar uno de sus pocos amigos, Charles Egremont.

Este era el segundo hijo del Barón Egremont, del condado de Surrey, y tenía un carácter lo bastante relajado y divertido como para resultarle simpático a todo aquel con quien tratase. Robert pensaba con frecuencia que la falta de responsabilidades era una de las razones por las que podía comportarse con esa desfachatez que no dejaba de resultar graciosa.

—¡Arlington! ¿Me engañan mis ojos o realmente eres tú?

—Egremont —Ocupó la silla que este le señaló y estiró las piernas con satisfacción—. No recordaba lo agotador que puede ser el viaje a Londres. Y sí, por supuesto que soy yo.

Charles sonrió con una mueca burlona y un poco escéptica, haciéndole un gesto al camarero para que le acercara una copa.

—Bueno, esto merece un brindis, yo invito.

—No esperaba menos.

Tras apurar un sorbo de coñac, Robert echó un vistazo alrededor, esperando que su amigo tomara la palabra, y tal y como pensaba, no tardó mucho en hacerlo.

—¿Y bien? ¿No vas a contarme a qué debemos el honor de tu visita?

—¿Por qué vendría a Londres con lo poco que me gusta la ciudad, Charles? Negocios, debo encargarme de algunos asuntos.

—¿Y no podían esperar a que pasara la temporada social? Hombre, sé que eres un poco temerario, pero propenso al suicidio, no.

Robert rió sin poder evitarlo; esa era una de las cosas que más le gustaban de Charles, nunca se guardaba lo que pensaba.

—Viviré, no te angusties por mi causa, creo no tendré problemas en pasar desapercibido.

—Sí, claro, y algún día yo seré barón —Su amigo lo miró sin dejar de reír

—. Déjame ver, un conde rico y soltero en plena temporada de caza; sí, claro, no tendrás ninguna dificultad para evitar ser detectado.

—Supongo que deben de haber partidos mucho más apetitosos en el horizonte.

—¡Y los hay! Pero ellas siempre querrán más.

—¿Ellas?

—Las debutantes —Charles chasqueó la lengua como si fuera todo muy obvio—, y sus madres, y sus hermanas casadas, las abuelas...

—Creo que he captado tu punto.

—Bien, porque si no lo hicieras pensaría que te has caído de un caballo y quedaste un poco tonto.

Para sorpresa de su amigo, Robert no pudo reprimir una carcajada. Si él supiera que en verdad se había caído de un caballo...respecto a lo de quedar un poco tonto, no era algo que tampoco pudiera descartar con seguridad.

—Mis facultades están intactas, puedes apostar por ello —Retomó la charla y la llevó hacia el tema que le interesaba—. ¿Qué dice la gran ciudad? ¿Algún acontecimiento especial?

Charles movió una mano en señal de indiferencia, apurando su copa.

—Nada que pueda sorprenderte, lo mismo de todos los años. Muchas fiestas, señoritas casaderas y madres ambiciosas, además de los incautos dispuestos al matadero, claro.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, tu padre tiene mucha suerte de haber engendrado primero a tu hermano, porque con tu postura frente al matrimonio, su título se habría perdido, lo que sería una lástima, porque es uno de los más antiguos de Inglaterra.

Su amigo se encogió de hombros, signo inequívoco de que estaba completamente de acuerdo, algo que Robert también admiraba; jamás había mostrado envidia por lo que no podría poseer.

—Tal vez tengas razón, mi padre es un hombre afortunado en ese sentido; mi hermano le ha dado ya dos nietos y no me extrañaría que para el próximo

año reciba un tercero —Sonrió con un aire orgulloso—. Pero dejando a mi familia y su descendencia de lado, me extraña tu comentario, ya que hasta donde sé, tú y yo compartimos la misma opinión frente al yugo del matrimonio. ¿O acaso ha ocurrido algo que te haya llevado a cambiar de idea?

Robert se apresuró a tomar un sorbo de su bebida, mirando a su amigo por el borde de la copa.

—Sabes que algún día tendré que casarme —Fue lo único que respondió.

—Desde luego, pero podrías hacerlo a los cincuenta o sesenta años, como decías cuando íbamos a Eton, ¿has pensado en adelantar un poco el acontecimiento?

—No he dicho tal cosa —Sonrió con un aire misterioso que consiguió hacer enarcar las cejas de su amigo—, pero no comprendo el motivo de tu duda; después de todo, solo he preguntado si acaso ha ocurrido algo interesante en mi ausencia.

—Ya, supongo que no importa cuánto me esfuerce, no lograré hacerte hablar más al respecto...

—Por eso me agradas, Charles, me conoces muy bien.

Robert sonrió ante el bufido de su amigo y lo miró con intención.

—De acuerdo, está bien, no haré más preguntas acerca de ese tema... por ahora —Se inclinó un poco hacia adelante en la silla con expresión curiosa—. ¿Y qué es exactamente lo que quieres saber?

—Nada en particular.

—En verdad te encuentro muy extraño, Robert, pero está bien; asumiré que tu insólita curiosidad no tiene un fin oculto —Suspiró con falso dramatismo—. Veamos; noticias, noticias, ¿qué podría contarte? Como te decía, hay un baile cada noche en las mansiones más conocidas de la ciudad, aunque confieso que procuro asistir a los menos posibles; Lord Worcester murió, lo que no es una verdadera lástima, era un hombre terrible, su viuda debe de encontrarse feliz; el Barón Astley se comprometió con la hija del conde de Hereford, lo que en mi opinión fue un gran acierto, es una joven bastante

agradable, y... no puedo pensar en nada más, o ningún detalle medianamente interesante que se me haya olvidado.

—Y estos bailes que se ofrecen, ¿nada resaltante qué contar al respecto? Recuerdo que hace dos años mi prima Rebecca se casó con el Duque de Richmond después de hacer su debut en sociedad y fue un hecho muy comentado.

Charles se rascó la barbilla, frunciendo un poco el entrecejo al intentar recordar.

—Oh, sí, ahora que lo mencionas, sí, lo recuerdo. Una joven encantadora tu prima, si me permites decirlo, fue la belleza de ese año; Richmond tuvo mucha suerte, aunque tratándose de un duque, desde que se inició el cortejo fue fácil deducir que saldría vencedor —Se rió entre dientes—. Siempre he encontrado graciosa esa costumbre de pelear entre caballeros por la atención de una dama, bueno, no una pelea, porque después de todo un duelo es interesante; me refiero a ese desfilar frente a la casa de la pobre chica que no debe de dar abasto con tantas atenciones.

—Te burlas solo porque nunca has conocido a una joven que inspire algo similar en ti.

Su amigo fijó la vista en el techo, apoyando los codos sobre la mesa.

—No estés tan seguro, mi amigo, hablas como si no tuviera sentimientos; desde luego que he visto a jovencitas encantadoras que han acelerado mi corazón, aunque ninguna que me arrastre a la locura —Rió con ganas, recuperando pronto el semblante risueño—. Pero, como sabes muy bien, no tengo nada que ofrecer; no soy un buen partido, no heredaré un título y la renta que recibo de mi padre no es lo suficientemente considerable como para tentar a madres ambiciosas.

Robert inclinó un poco la cabeza, mirándolo con atención y absteniéndose de hacer algún comentario que pudiera parecer compasivo; sabía que Charles no lo apreciaría. En su lugar, procuró imitar su tono despreocupado.

—¿Y este año? ¿Alguna joven ha acelerado tu corazón? —Usó la misma expresión dramática sin dejar de sonreír.

—Algunas, sí, lo reconozco —Pidió otra copa con un gesto antes de

continuar—; dos, para ser exacto.

Robert levantó las cejas con un ademán que invitaba a la confidencia.

—¿Solo dos?

—Digamos que son dos extraordinarias por las que ningún caballero podría sentir indiferencia, y, como sabes bien, Robert, puedo tener muchos defectos, pero ante todo, soy un caballero.

El conde sacudió la cabeza ante esa presunción y lo instó a continuar.

—¿Y se puede conocer el nombre de las damas que han provocado semejante prodigio?

—No veo por qué no, después de todo, bastará con que vayas a un solo baile para que las conozcas, o al menos sus nombres; una de ellas es Jane Wilkfield —Charles mostró un brillo travieso en los ojos—. Por tu reacción veo que no se trata de una desconocida.

—Ella y su madre asistieron al festejo del cumpleaños de mi madre, el mismo que tú evitaste, por cierto.

—Y me encargué de expresarle a tu madre mis más sentidas disculpas; ella sabe que de haber sido posible habría llegado aunque fuera a pie, pero me temo que el tiempo no fue suficiente para ello —Robert sabía bien que Charles hablaba con sinceridad; siempre mostraba un particular afecto por su madre que él apreciaba—. Pero de vuelta al tema que nos interesa, ¿qué opinas de la joven Wilkfield? Es muy bella.

Robert hizo un esfuerzo para recordar el rostro de la hija de Lady Wilkfield y tuvo que convenir en que Charles estaba en lo cierto, era muy hermosa, pero no había nada más en ella que llamara su atención; le resultó vacía y un poco arrogante, como su madre.

—Lo es, ciertamente, una joven muy agradable —No se explayó en sus apreciaciones, no deseaba decir nada incorrecto acerca de una dama—. ¿Y cuál es el nombre de la otra?

La amplia sonrisa que se dibujó en los labios de su amigo le hizo presagiar lo que ya imaginaba, y aun así, no pudo evitar sentir un profundo disgusto.

—Ah, la bella del año que ha conseguido la atención de medio Londres; la mía incluida, por supuesto —Charles continuó con su tono bromista, ajeno a los pensamientos de su compañero—. Su nombre es Juliet Braxton, y ni siquiera es inglesa en verdad, ¿puedes creerlo? Nació en América, su madre fue hija de Lady Ashcroft y está bajo su tutela; desde luego que tan solo por ello me inspira una profunda simpatía.

—Ya veo.

—No, no, tendrías que verla realmente para comprenderlo; es preciosa, Robert, tanto como puedas imaginarlo, y aun así no sería suficiente. Y puedo asegurarte, ya que he bailado con ella un par de veces, que no es como la mayoría de las jóvenes que conocemos; su charla es interesante y al parecer tiene una cultura superior al promedio; como si esto fuera poco, se habla de una gran fortuna que su padre le legó.

—Toda una joya.

Charles ignoró el tono lúgubre de su amigo, le encantaba poder explayarse en sus ideas, especialmente cuando un tema le apasionaba, y esta joven le inspiraba una profunda curiosidad.

—En verdad lo es, puedes imaginar las hordas que van tras ella; se dice que un par de caballeros fueron a hablar con su tío, Lord Ashcroft —El hombre se inclinó un poco para no ser escuchado por oídos indiscretos—, y según sé, este los rechazó sin asomo de duda; no lo culpo, de estar en su lugar también procuraría conseguir algo mejor para mi pupila que un barón empobrecido y un lord que podría ser su abuelo.

—Por supuesto.

—Dicen que el Marqués de Norrington va tras ella, y aunque no es un secreto que está en serias dificultades financieras, un marquesado podría conseguir que los Ashcroft obvien ese pequeño detalle; después de todo, por lo que se cuenta, ella tiene suficiente dinero como para que eso no sea un problema. Apuesto mi renta de este mes a que Norrington está más interesado en su cuenta bancaria que en su belleza, ese idiota solo se emociona cuando habla de los miembros de su familia que murieron en alguna batalla.

—Sí, claro, lo recuerdo —El conde hizo un esfuerzo por mantener una

expresión neutral, aunque esa información lo había perturbado profundamente—. Así que Norrington podría hacerse con la bella del año.

Charles movió un dedo de lado a lado y se inclinó aún más hacia adelante, corriendo serio peligro de darse de bruces contra la mesa, pero no pareció notarlo.

—Cuentan también por allí que tiene un adversario recién llegado que podría arruinar sus planes —susurró—. Ambos lo conocemos, lamentablemente; ¿recuerdas a Graham?

—¿Lord Richard Graham? —Esa información escapaba a todo lo que había esperado.

—El mismo —Charles hizo una mueca, asumiendo que el asombro de su amigo era por el profundo disgusto que le causaba ese hombre—. Lo sé, es un altanero insoportable, y compadezco a la pobre mujer con la que se case. Puestos a ello, considerando lo agradable que es la señorita Braxton, me veo en la penosa necesidad de esperar que escoja a Norrington.

Robert se recostó en la silla, aún con semblante sorprendido; le costaba creer que Graham hubiera ido hasta Londres con el fin de conquistar a Juliet Braxton; nunca pensó que sus intenciones fueran tan serias. Aún recordaba lo mucho que le molestó el desagradable acoso al que la sometió durante el baile en Rosenthal. Lo más preocupante era que no importaba cuán insoportable fuera, a ojos de una mujer ambiciosa como Lady Ashcroft, resultaba un excelente partido.

Esa noticia trastocaba todos sus planes.

—Bueno, Robert, sé que Graham te gusta tanto como a mí, pero no es necesario exagerar —Charles le observaba con cierta preocupación—; después de todo, los matrimonios por conveniencia son parte de nuestra sociedad, y, quién sabe, tal vez resulte un buen marido; no sería el primer hombre que se reforma gracias a una mujer, y la señorita Braxton parece lo bastante valiosa como para conseguirlo.

El conde asintió sin prestar mucha atención a lo que su amigo decía; su mente vagaba muy lejos de allí y pronto tomó una decisión que no pensó verse en la necesidad de adoptar tan pronto, pero con las noticias recibidas,

no podía obrar de otro modo; debía darse prisa.

—Charles, ¿qué piensas hacer esta noche?

## CAPÍTULO 15

El baile en la mansión del Duque de Ormond era uno de los acontecimientos más esperados por la buena sociedad, salvo por algún que otro miembro que se veía obligado a asistir impulsado más por la obligación que por el entusiasmo.

Este era el caso de Juliet, por supuesto, ya que cada una de esas veladas se le antojaba más aburrida que la anterior, pero de ninguna manera habría podido evitarla, no con su abuela recordándole lo importante que era desde hacía dos semanas. Por fortuna, Daniel las acompañaba, y aún cuando parecía aún más aburrido que ella, hacía lo posible por comportarse a la altura de las circunstancias.

Si era justa, además, debía reconocer que no era tan malo como esperaba; logró reunirse al llegar con Lauren Mowbray, una joven encantadora con la que había entablado amistad al encontrarse una y otra vez en los eventos a los que ambas eran invitadas. Lauren era hija del Barón Mowbray, un hombre bonachón y simpático que trataba a su hija con un cariño rayano a la adoración; con frecuencia Juliet había observado esas muestras de afecto con ligera envidia, pero pronto desterraba ese sentimiento porque le alegraba comprobar que una joven tan generosa como Lauren recibía el amor que merecía.

En más de una ocasión habían logrado escurrirse de los salones de baile para conversar en los corredores, atentas a oídos indiscretos, y era usual que compartieran más de una carcajada cuando hablaban de los caballeros que las invitaban a bailar, o de las aspiraciones de sus familias para que contrajeran nupcias lo antes posible.

Lauren no tenía los mismos reparos que Juliet respecto al matrimonio, es más, reconocía abiertamente que su mayor sueño era encontrar a un buen hombre y tener muchos hijos con él, tal y como habían logrado hacer sus dos hermanas mayores. Ella, según le había dicho más de una vez, encontraba muy extraño su anhelo de dejar un país que encontraba maravilloso para viajar a otro al que, si bien pertenecía por nacimiento, no podía ser mejor que aquel en el que se encontraba. Sin embargo, respetaba su decisión y le

mostraba mucha más consideración que la mayor parte de sus familiares directos.

De forma que pasaban mucho tiempo juntas y hasta se visitaban con frecuencia, para alegría de ambas, especialmente de Lauren, ya que en casa de los Ashcroft podía encontrar a Daniel, y no era un misterio para nadie que la observara, lo atractivo que encontraba a su primo.

Lamentablemente, este no parecía nada entusiasmado por este hecho, pero en consideración a la amistad que unía a la joven con su prima, procuraba ser más amable de lo que hubiera sido en otras circunstancias.

Tan pronto como se encontraron en la velada de los Ormond, hicieron lo posible por alejarse un poco de los grupos formados por las otras debutantes, que al lado de sus madres conversaban con algunos caballeros que se acercaban de acuerdo a lo que Juliet consideraba sus intereses; una postura bastante cínica, según le había dicho Lauren.

Aun así, no tuvieron problemas para encontrar un rincón a la sombra de unas enormes palmeras que la duquesa había ubicado estratégicamente por el salón. Lady Ashcroft estaba demasiado interesada observando a las otras personas como para prestarle toda su atención a su nieta, y la madre de Lauren era mucho más permisiva que otras damas de su rango.

—¿Viste a Jane Wilkfield? Su vestido es tan hermoso.

Ese era otro rasgo de la personalidad de Lauren que Juliet encontraba encantador; ver siempre lo positivo en las personas y nunca dejarse llevar por las impresiones. Ella, en cambio, no soportaba a Jane Wilkfield sin importar con cuántos hermosos vestidos contara. Era una muchacha arrogante, que trataba a quienes consideraba inferiores con frialdad, y más de una vez había fijado como blanco de sus comentarios ácidos a la misma Juliet, burlándose solapadamente de su nacionalidad.

—El tuyo lo es mucho más.

Lauren sonrió ante el halago y miró embelesada su propio traje de un tono rosa pálido que contrastaba con su cabello rubio.

—Creo que no hace falta que diga lo mismo del tuyo, aunque sabes bien que no importa qué lleves puesto, siempre te verás magnífica —comentó con

sinceridad, admirando el vestido blanco con ribetes azules que su amiga vestía.

—Eso es muy gentil de tu parte, especialmente porque estoy cansada de usar tanto blanco —Juliet sacudió la cabeza, sonriendo a su pesar—, pero mi abuela piensa que es un color que me sienta bien y que debo aprovecharlo.

—Debo estar de acuerdo con ella en esta ocasión.

Juliet se encogió de hombros, sin darle mucha importancia al tema; ya bastante hablaba al respecto con su abuela cada día.

—Creo que Daniel se encuentra cerca de la mesa de bebidas, así evita tener que invitar a bailar a las jóvenes que mi abuela le indica —Juliet siguió la mirada de su amiga, que viajaba de un lado a otro del salón, y sonrió ante su sonrojo—. No te preocupes, estoy segura de que te pedirá una pieza antes de que termine la velada.

—¡Juliet!

—Oh, por favor, ¿acaso no pensabas en él? —Le dirigió una mirada traviesa—, porque yo sé que es así.

—Prefiero no hablar al respecto.

La actitud de su amiga, que miraba justamente en la dirección que ella le había señalado, buscando a su primo, le causó aún más gracia, aunque se contuvo de hacer más comentarios, pues lo último que deseaba era incomodarla; pero se hizo la promesa de que se encargaría de que Daniel la invitara a bailar al menos una vez.

—¿Y bien? ¿Qué has pensado? —La pregunta de Lauren la tomó desprevenida.

—¿Respecto a qué?

—Me refiero a la pregunta que te hice hace un par de noches, en casa de los Cumberland, ¿cómo puedes haberlo olvidado? —La joven se volvió hacia ella con atención—. Quería saber si has pensado en la propuesta del Marqués de Norrington.

—Él no ha hecho ninguna propuesta —se apresuró a decir Juliet, asustada

con la idea—; lo sabría, estoy segura de que mi abuela me lo diría de inmediato.

Lauren levantó una mano en ademán tranquilizador, inquieta por la palidez en el rostro de su amiga.

—Lo siento tanto, Juliet, qué comentario más indiscreto de mi parte, perdóname —Se vio francamente contrariada—; es solo que no pude contener la curiosidad, se habla tanto al respecto...

—¡Pues no me gusta que se hable de mí a mis espaldas! —Se arrepintió por su tono furioso al ver el impacto que sus palabras tuvieron en la joven—. Soy yo quien se disculpa ahora, Lauren, lo lamento, no has dicho nada malo. Es solo que estoy tan cansada de oír murmurar a mi alrededor, casi puedo imaginar a personas apostando con quién me casaré.

Su amiga la miró con lástima, ya que no le extrañaría que tuviera razón; era una práctica ruin pero muy común entre algunas personas de la sociedad, aunque lo hicieran en las sombras.

—No debes pensar en eso, es algo de muy mal gusto —La joven intentó calmarla con una sonrisa animada—. Y después de todo, tal vez no debas preocuparte por eso aún, muchas jóvenes toman parte de varias temporadas antes de casarse, y es sabido que el Marqués de Norrington es un poco lento.

—Excepto cuando habla de las muertes en su familia y lo que significaron para Inglaterra.

A Juliet le costó no hacer esa acotación y tanto ella como Lauren empezaron a reír a carcajadas, ganándose unas cuantas miradas reprobadoras de las personas que pasaban por allí.

—Si te soy sincera, no es él quien me preocupa —Al fin la risa de Juliet se aplacó lo suficiente para volver a hablar con calma—. Es otro el que me inquieta...

—¿Te refieres a Lord Graham?

Juliet asintió sin responder, nada sorprendida por la agudeza de su amiga; ya había hablado con ella al respecto en más de una ocasión.

—No lo sé, Juliet, parece un hombre muy atractivo, aunque reconozco que

hay algo oscuro en él que no deja de preocuparme.

—No me gusta —La joven miró al piso antes de responder, en voz baja— Norrington es estúpido, pero él... creo que él es una mala persona, Lauren, casi me inspira miedo.

Su amiga asintió en señal de comprensión y le dio un golpecito amistoso en el antebrazo, sin abandonar del todo su sonrisa.

—No te adelantes a los acontecimientos, Juliet, nunca se sabe lo que va a pasar —le dijo con voz animosa—. Tal vez el destino te tenga preparada una sorpresa.

—Me pregunto qué tipo de sorpresa sería esa, porque el destino no es usualmente muy generoso en lo que a mí se refiere —La joven suspiró.

—Espera y lo sabrás, no te des por vencida.

Juliet apreció el esfuerzo de su amiga por animarla y le devolvió una sonrisa vacilante.

—Quizá tengas razón —No dijo más porque observó a su abuela acercándose.

—Aquí estás, llevo horas buscándote —Nadie exageraba con tanto desparpajo como su abuela—. Señorita Mowbray.

—Lady Ashcroft —La joven hizo una reverencia y mantuvo la vista baja; esa dama la intimidaba.

—Juliet, querida, acabo de sostener una charla con Lord Graham y mencionó que esperaba pedirte le reserves una pieza, pero que no lograba encontrarte, asegúrate de anotarlo —Ignoró la mueca fastidiada de su nieta—. Ahora, señoritas, creo que deberían acercarse a las otras debutantes, no desean perderse toda la diversión, ¿verdad?

Ambas jóvenes intercambiaron una mirada resignada y siguieron a la dama, evitando a las parejas que bailaban y procurando sonreír con modestia a las muestras de saludo, el modo más efectivo de pasar inadvertidas. Aunque, como mencionaba Lauren con frecuencia, a ella le resultaba mucho más sencillo que a Juliet, ya que esta despertaba mucha curiosidad.

Juliet pensaba en lo desagradable que sería bailar con Lord Graham, especialmente si se trataba de un vals, ya que su abuela le había dado su permiso para ello, y tener que soportar sus manos acercándola más de lo correcto, sin mencionar los halagos que le parecían inapropiados. No importaba cuánto lo pisara, no parecía importarle en absoluto; se preguntaba qué ocurriría si simplemente lo dejaba en medio de la pista. Seguro que a su abuela le daría un ataque y a ella la desterrarían de la sociedad; ninguna de las dos posibilidades le parecía tan terrible.

—Es una lástima que el Marqués de Norrington no pudiera asistir, sé que le encantaría pasar un momento contigo, Juliet —Su abuela continuaba hablando, abriéndose paso con su imponente presencia—. Oí que su señoría fue requerido en su propiedad de Yorkshire, pero lo tendremos de vuelta muy pronto.

Juliet pensó con cinismo que tal vez su propiedad había terminado de derrumbarse, y que, si ese fuera el caso estaría encantada de hacerle un préstamo, siempre y cuando ello no conllevara ningún tipo de compromiso de su parte.

—Señorita Mowbray, ¿no es su madre la que le llama desde allí? —Señaló el otro extremo del salón con el abanico.

—Sí, milady —Lauren hizo una rápida reverencia y le sonrió a Juliet con gentileza—. Si me disculpan, debo reunirme con ella.

Juliet la vio partir con pesar, hubiera preferido poder seguir compartiendo algunos momentos más con ella, pero ese era un pensamiento muy egoísta. Lauren sí que disfrutaba el pasar tiempo en los bailes y ser requerida para tantas piezas como fuera posible, además de que su madre la apoyaba en todas sus decisiones, por lo que no se vería en la necesidad de aceptar la compañía de quien no le agradara.

—Bien, ¿has anotado a todos los caballeros que te pidieron un baile? —Lady Ashcroft no esperó su respuesta—. Asegúrate de reservar uno para Lord Graham.

—Sí, abuela.

—Y procura no mostrar ese rostro tan aburrido, vas a espantar a todos los

que se te acerquen.

—¿Puedes prometerlo?

—¿Qué has dicho? —Su abuela la miró con el ceño fruncido, le resultó difícil escuchar lo que su nieta susurró.

—Decía que espero no sea así.

La dama se detuvo de improviso y le dirigió una de sus miradas más amenazadoras, ignorando que obstruía el paso.

—Juliet, estás advertida, deseo que te comportes a la altura de las circunstancias, ¿lo has entendido? No estoy dispuesta a tolerar tus malas maneras, y mucho menos los desplantes de Daniel; ustedes son mis nietos y no permitiré que enloden el nombre de la familia.

Su nieta la miró con expresión desafiante, pero serena.

—De mi parte, puedes estar segura de que no tendrás ninguna queja —aseguró—. Y no dudo de que otro tanto ocurra con Daniel.

Su abuela tan solo asintió de mala gana, sin cambiar su semblante desconfiado.

—Ya veremos —Fue todo lo que dijo.

Durante la siguiente hora, Juliet debió bailar con una serie de caballeros, a cual más aburrido, pero se consideró afortunada de haber logrado burlar hasta entonces a Lord Graham. Sin embargo, cantó victoria demasiado pronto, porque cuando regresaba a su lugar, tras bailar con un barón más interesante que la mayoría, fue abordada por el objeto de sus pensamientos, que no eran en absoluto agradables, por cierto.

—Señorita Braxton, aún más encantadora de lo acostumbrado, si cabe —Juliet debió contener una mueca al sentir como besaba el dorso de su mano; el calor de sus labios traspasó los guantes.

—Milord —Hizo una rápida reverencia y retiró su mano con más rudeza de la necesaria.

—Espero que su abuela le hiciera llegar mi mensaje, me temo que no pude solicitarle un baile en cuanto llegó, ha resultado usted una dama muy

escurridiza.

Juliet forzó una sonrisa educada, sin responder, pero su abuela estaba ya a su lado para hacerlo por ella.

—Desde luego que Juliet bailará con usted, milord, lo espera con ansias.

—¿En verdad? —Lord Graham le dirigió a la joven una mirada escéptica.

—Claro, milord —respondió con los labios apretados—, será un honor.

—Cuán afortunado me siento.

Juliet odiaba el tono burlón con el que se dirigía a ella, como si fuera muy consciente de lo poco que le agradaba, y más que ofenderlo, lo encontrara divertido.

—En ese caso, ¿será tan amable de bailar conmigo el próximo vals?

—Desde luego, milord —Juliet apretó un poco los puños sin permitir que su expresión delatara lo poco que le entusiasmaba esa propuesta—; pero creo que deberemos esperar al siguiente, este ya ha empezado.

—Por supuesto.

La joven dirigió la vista a cualquier punto alejado, como hacía siempre que estaba ante ese hombre en presencia de su abuela, porque de encontrarse a solas no sería tan sumisa; en más de una ocasión le había hablado con más cortedad de la que podría considerarse correcta, pero este había actuado como si ella tan solo le contara una broma. Su actitud condescendiente la ponía de muy mal humor, y estaba segura de que si actuaba de esa forma en presencia de su abuela, no podría contener su lengua.

Alzó las cejas al ver que Lauren bailaba con Daniel y no pudo contener una sonrisa al ver la expresión arrobada de su amiga, ignorando premeditadamente la mueca que le dirigió su primo al notar su mirada. Si Daniel no fuera tan problemático le resultaría mucho más sencillo ser feliz, y en su opinión, Lauren podría ayudarle a mejorar su carácter.

El baile estaba por terminar, y temblaba con una mezcla de ira y frustración al pensar en que pronto debería encaminarse a la pista del brazo de Lord Graham.

Apenas escuchaba la charla que este sostenía con su abuela, estaba más interesada en lo que ocurría al otro lado del salón, donde continuaban llegando los invitados, lo que no era de extrañar porque nadie querría perderse la recepción del Duque de Ormond.

Distinguió a algunos conocidos, la mayor parte de ellos eran la clase de personas a las que prefería evitar, pero vio a uno o dos que le eran agradables.

Le alegró ver al señor Egremont, que acababa de hacer su ingreso con una de sus honestas sonrisas, que parecía estar dirigida a todas y cada una de las personas que ocupaban el salón; le parecía uno de los hombres más simpáticos que había tenido la fortuna de conocer y se divertía mucho cuando bailaba con él. Nunca hacía comentarios de mal gusto y la trataba con una gentileza que ella apreciaba.

Estuvo a punto de levantar una mano para saludarlo, gesto que su abuela hubiera censurado con espanto, cuando observó a la figura que entraba tras él.

De haber sido físicamente posible, habría jurado que dejó de respirar por todo un minuto, tal fue la impresión que experimentó, y debió enterrar las manos en el faldón del vestido para conservar la calma, aunque no creía que esto fuera de mucha ayuda, aún sentía que si daba un solo paso iba a desmayarse.

No podía pensar con claridad, su cabeza daba vueltas y sentía una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar. Miedo y alegría, ansiedad e inquietud; eran demasiadas, y le asombraba que un solo hombre pudiera provocar todas con su sola presencia.

La idea de dar media vuelta y salir corriendo pasó por su mente, pero la desechó tan pronto como el Conde Arlington empezó a caminar en su dirección.

Robert no asistía a un baile formal desde hacía un par de años, y en un primer momento se sintió un poco intimidado por la cantidad de personas que iban de un lado a otro y lo saludaban con sinceras expresiones de sorpresa. Sabía que su presencia iba a provocar algunas habladurías, pero hubiera preferido que no lo hicieran tan obvio; después de todo, era un conde y

siempre lo invitaban a esas veladas, el motivo por el que las evitara era solo asunto suyo.

En cuanto asumió el condado, tras la muerte de su padre, decidió que se mantendría tan alejado de la vida social londinense como le fuera posible. En su juventud, le parecía fascinante, pero pronto aprendió que el vivir en medio de tantas apariencias le resultaba agobiante, por lo que prefirió destinar todas sus energías a Rosenthal, e ir a la ciudad solo cuando le fuera estrictamente necesario.

—Casi puedo escuchar lo que debe de estar pasando por las mentes de las madres —La voz de Charles, que iba unos pasos delante, lo hizo volver al presente—. Un conde que llega de la nada a un lugar atestado de debutantes; debe de haber decidido sentar cabeza y busca a una jovencita apropiada para procrear un heredero.

Robert sonrió de lado, sin ocurrírsele como refutar esa sentencia; lo mismo había pensado en cuanto llegó.

—Me temo que se llevarán una desilusión.

—Ya veremos, ya veremos —Su amigo le dirigió una mirada recelosa—; porque no puedes pensar realmente que he creído tu repentina curiosidad por la vida social en esta temporada.

—Como te digo siempre, Charles, eres libre de pensar lo que desees.

—Y puedes estar seguro de que eso haré —Él asintió con gesto seguro y miró de un lado a otro, susurrando según avanzaban—. La Duquesa de Ormond sí que sabe hacer una fiesta, mira todo esto. ¿Ves a las madres allí con sus hijas? Deberían de dejarlas solas, los pobres pretendientes se aterran con tanta atención, aunque si observas con cuidado, a algunos no parece molestarles tanto. La baronesa Segrave es increíble, ¿ves la forma en que arrastra a sus hijas de un caballero a otro? Y las pobres son muy agradables.

—Considerando que no asistes a muchos de estos bailes, estás muy bien enterado.

—Soy un hombre observador, Arlington, pensé que lo sabías.

—Por supuesto, y nada curioso.

Su amigo no replicó a eso, interesado en saludar con ademanes entusiastas a todo aquel que se cruzaba en su camino. Era una suerte ir en su compañía, porque así él podía mostrar su seriedad habitual sin quedar del todo mal; Charles era lo bastante amistoso por ambos.

—Mira, allí están Jane Wilkfield y su madre, y creo... sí, acaban de verte y vienen hacia aquí —le advirtió su amigo—; recuerda que puedes huir, pero no esconderte.

—Por favor, solo camina, intento fingir que no las he visto, y en verdad no lo he hecho.

—Una excusa muy poco caballerosa.

A Robert le importaba poco qué tan caballeroso podría parecer en ese momento; al otro extremo del salón, casi perdida entre todo ese gentío, estaba ella. El motivo por el que había llegado hasta allí, y no iba a perder un solo minuto de su tiempo conversando con una madre ambiciosa y su aburrida hija cuando lo único que deseaba era acercarse lo suficiente para hablarle.

Apenas fue consciente de la presencia de Lady Arlington, que se veía tal y como siempre, pero sí que prestó mucha atención a Graham, ese estúpido arrogante que no despegaba la vista de la joven aún cuando intercambiaba palabras con la anciana.

Y Juliet.

Ella lo vio y por lo que pudo adivinar en su mirada, no estaba del todo seguro de si le emocionaba su presencia o se encontraba molesta por la misma. Como fuera, estaba allí y eso era lo único importante.

Dejó que Charles continuara con sus saludos, y sin dudar un segundo, se encaminó hacia ese grupo, prestando apenas atención a las reverencias que contestaba con una parca inclinación de cabeza.

Una vez que llegó a unos pasos de donde ellos se encontraban, respiró profundo y adoptó la expresión flemática que le era tan útil para desenvolverse en situaciones complicadas. No por nada había pasado años acostumbrándose a tratar con todo tipo de personas, y para evitar decirle tanto a Lady Ashcroft como a Graham lo que pensaba de ellos, iba a necesitar toda esa experiencia acumulada.

—Lady Ashcroft, qué placer inesperado —Besó la mano de la sorprendida dama, y sin darle tiempo de reaccionar se dirigió a su nieta—. Señorita Braxton, es un gusto verla nuevamente.

Ambas hicieron una reverencia y la anciana se recuperó con rapidez, mostrando una sonrisa encantada.

—Graham.

—Arlington.

El parco saludo intercambiado por ambos hombres no pasó inadvertido a las damas, pero, ya que en su visita a Rosenthal fueron testigos de lo poco que parecían simpatizar, no les resultó del todo extraño.

—Milord, qué sorpresa, creí que no era adepto a este tipo de reuniones — Lady Ashcroft retomó la palabra una vez que recuperó su acostumbrado aplomo—, y tampoco a visitar Londres, según recuerdo.

—Tiene usted razón, milady, pero debo venir con frecuencia para atender algunos asuntos y un buen amigo me convenció de acompañarle —mintió con descaro, señalando a Charles, que estaba a unos metros de allí—. Conoce tal vez al señor Egremont.

—Por supuesto.

—Y desde luego, no podía rechazar la invitación que la Duquesa de Ormond tan gentilmente nos hizo llegar; es una lástima que mi madre no pudiera acompañarme en este viaje.

—Es verdad, no dudo de que a Lady Arlington le encantaría estar aquí.

—Tal vez pueda convencerla de que se reúna pronto conmigo en la casa familiar —comentó Robert con sencillez.

Lady Ashcroft alzó ambas cejas con interés.

—¿Entonces planea permanecer algún tiempo en la ciudad?

—Aún no estoy seguro, pero es muy posible —Robert sonrió, en apariencia muy amable.

—Qué noticia tan interesante, nos encantará contar con su presencia en

esta temporada.

El conde agradeció el comentario con una ligera reverencia, y observó cómo las parejas se separaban al concluir el último acorde.

—Señorita Braxton, creo que me prometió esta pieza.

Robert debió observar con falsa indiferencia como Graham extendía un brazo con elegancia hacia la joven, y como esta, apenas disimulando su desagrado, colocaba una mano con mucha delicadeza. Antes de que se alejaran, sin embargo, giró ligeramente para ubicarse en su camino.

—Espero que tenga la amabilidad de reservarme el próximo vals, señorita Braxton —dijo.

Solo entonces ella lo miró directamente, y lo hizo con una calidez que le resultó casi palpable; le extrañó que tanto Graham como Lady Ashcroft fueran inmunes a ella.

—Desde luego, milord, será un honor.

Aunque hubiera deseado permanecer de pie, observándola, juzgó más inteligente prestarle toda su atención a Lady Ashcroft. Por una parte, así no se desatarían habladurías respecto al interés que ella le inspiraba, y por otra, si veía a Graham comportándose de alguna forma que considerara impropia, querría golpearlo.

—Y dígame, ¿cómo está su hijo? Hace mucho que no veo a Lord Ashcroft; espero que pueda hacerle llegar mis saludos.

En tanto la anciana se explayaba en la inteligencia de su único hijo, exagerada, claro, Robert fingió prestarle todo su interés, pero la verdad era que gran parte de sus sentidos estaban puestos en el tiempo que podría demorar esa melodía en terminar.

Cuando ello ocurriera, podría cumplir el fin para el que había llegado hasta allí.

Juliet no necesitó fingir tropiezos en esa ocasión durante su baile con Lord Graham; estaba tan distraída que no hacía más que perder el compás y pisarle

sin misericordia. Debió disculparse por primera vez con absoluta sinceridad; de ninguna manera fue su intención destrozar sus pies, y él debió notar que no se trataba de un hecho forzado, lo que contrario a la lógica, pareció disgustarle profundamente. No hizo bromas de mal gusto al respecto, al contrario, mostró una frialdad que hasta entonces ella no había experimentado, y guardó silencio durante todo el tiempo que duró el baile.

Esto, desde luego, no molestó a Juliet en absoluto; por el contrario, fue un verdadero alivio, ya que no tendría que fingir un interés que no sentía. Además, así podía dejar a su mente vagar por caminos mucho más importantes.

Por más que pensaba en ello, no lograba encontrar una explicación razonable a la presencia del conde Arlington en el baile, y aún más, a su acercamiento cuando lo más lógico hubiera sido que se mantuviera alejado de ella, ¿o no?

Después de todo, según su línea de pensamientos, él debía de encontrarse profundamente arrepentido por lo ocurrido la última vez que se vieron. Ella no podía mirarlo de frente sin recordarlo y estaba segura de que si su rostro no se ponía tan rojo como la grana sería un milagro. Comprendía que en su caso, tratándose de un caballero, no le diera la misma importancia, pero aunque fuera así, si no hubiera significado nada para él, tal y como lo había pensando muchas veces, ¿por qué acercarse y pedirle un baile? ¿Qué deseaba de ella? No lograba comprenderlo y esto la sumía en la desesperación, porque odiaba no encontrar respuestas razonables a sus inquietudes.

¿Cómo se sentiría cuando bailara con él? ¿De qué hablarían?

Oh, no, pobre Lord Graham; se sintió francamente avergonzada al pisarlo una vez más y encontrarse con su mirada furiosa; jamás lo había visto así, y si antes le inspiraba algo de temor, ahora estaba segura de que ese hombre era mucho más peligroso de lo que parecía.

Suspiró aliviada cuando los músicos dejaron de tocar, y tras hacer una rápida reverencia, se alejó de su pareja obviando la costumbre de que este la acompañara de vuelta a su lugar. No deseaba compartir más tiempo con él y su mirada amenazante; se sentía ya muy nerviosa como para tener que preocuparse además por él. Podría asegurar que su abuela la observaba y que tendría que soportar un buen regaño por su actitud, pero le parecía un bajo

precio a pagar por librarse de su presencia.

Lord Arlington, en cambio, parecía encantado por su llegada y habría jurado que distinguió una mueca burlona, no estaba segura de si esta era dirigida a ella o a Lord Graham; seguro que le divirtió ver al otro caballero en una situación tan bochornosa; era obvio lo poco que le agradaba.

—Señorita Braxton, un espectáculo delicioso, por lo que pude ver —Si quería espantar a su abuela, no pudo escoger mejor comentario—. Si no está cansada, podría obsequiarme con el baile que prometió.

Juliet miró a su abuela, que a su vez la miraba con una expresión indescifrable, pero ella pudo adivinar al menos dos cosas que debían de pasar por su mente. Estaba muy disgustada por su proceder con Lord Graham y no le perdonaría que se comportara de forma similar con el conde Arlington.

Bueno, no podía prometer nada, pero si bien ambos habían bailado muy poco, jamás lo había pisado y esperaba que esa no fuera la excepción.

—Lady Ashcroft, si nos disculpa.

Cuando tomó su mano para colocarla sobre su brazo sintió un escalofrío recorrer su espalda, pero procuró que él no lo advirtiera, no deseaba parecer débil o que adivinara cuánto le afectaba.

Sus manos sudaban, pero en cuanto llegaron a la zona de baile, se había calmado lo suficiente como para evitar hacer el ridículo; ella no era una jovencita tonta e impresionable, sino fuerte y muy segura de sí misma, y no importaba lo que ese conde le inspirara, iba a mantener su dignidad intacta.

Ninguno dijo una sola palabra hasta que hubieron ocupado un lugar libre, y al empezar el vals, Juliet empezó a pensar que sería así hasta el final, lo que significó para ella tanto un alivio como una decepción.

Tal vez él no supiera qué decir, quizá se encontraba tan incómodo como ella...

—He oído que se ha convertido en la sensación de esta temporada; según dicen, es posible que para el final del año esté ante una muy afortunada marquesa.

...o tal vez se dominaba para no decir tonterías, pero obviamente no tenía

mucho éxito.

—Las personas hablan sin conocimiento de causa, milord.

—¿En verdad lo cree? Porque según mi experiencia, toda historia tiene una base de verdad.

—No puedo saber qué clase de historias está acostumbrado a oír, milord— le habló con su tono más frío—, pero no creo que los chismes difundidos por personas ociosas se encuentren entre ellas.

Para su sorpresa, él rió y la acercó un poco más de lo que podría considerarse conveniente.

—Extrañaba tu honestidad.

Juliet casi tropieza con sus propios pies al oírlo. ¿La estaba tuteando? ¿En medio del salón de la Duquesa de Ormond?

—Encuentro un poco extraño continuar llamándote señorita Braxton, no después de ciertos momentos que hemos compartido —Él descifró de inmediato el motivo de su asombro.

—¿*Momentos*?

—Tal vez una palabra más apropiada sería *hechos*.

—A mi abuela no le gustaría oírlo hablar así —No se le ocurrió otra cosa que decir, aún estaba muy sorprendida—. Y no creo estar tampoco de acuerdo.

Robert sonrió sin dejar de llevarla al ritmo de la melodía, evitando que continuara dando tumbos con tan poca elegancia.

—¿Y por qué sería eso?

—Porque... no es correcto.

—¿Correcto para quién?

Juliet suspiró, mirándolo directamente a los ojos por primera vez desde que empezaron a bailar.

—Para usted, para mí, para todos.

—No estoy de acuerdo —Giró sin esfuerzo, sonriendo con suficiencia—. Me gusta tu nombre, así que no encuentro nada de malo en llamarte por él; quiero pensar que no te disgusta que lo haga, al contrario, me agradaría que me llamaras por el mío; y en cuanto a los demás, no me importa su opinión, ¿a ti sí?

Ella no supo qué responder, no cuando todo lo que decía le pareció tan lógico; si era honesta consigo misma, no le disgustaba que la llamara por su nombre, aunque en verdad no lo hubiera hecho aún; la idea de usar su nombre de pila le resultaba curiosa, y en cuanto a lo que pensarán los demás, desde luego que, salvo excepciones, su opinión le importaba tan poco como a él.

—Por supuesto, comprendo que preferirías que no lo hiciera en público, ¿es eso lo que te preocupa?

Juliet habría deseado explicarle que en verdad le preocupaba más la forma en que actuaba, como si la última vez que se vieran él no la hubiera besado, decirle que desde entonces no dejaba de pensar en ello y que le dolía su indiferencia a un asunto que le afectaba tanto. Sin embargo, no tuvo el valor para expresarlo, no allí, frente a tantas personas que parecían de pronto muy pendientes de su accionar.

—En parte —Supo que debía contestar algo.

—Comprendo; en ese caso respetaré tu decisión —Se alejó en cuanto los músicos dejaron de tocar—. ¿Volvemos? Creo que tu abuela no permitiría un segundo vals.

Juliet asintió, sin atinar a responder; creía que si empezaba a hablar no dejaría de hacer preguntas y no estaban en el lugar más apropiado para ello.

—¿Puedo visitarte mañana por la tarde?

—¿Visitarme? —Si él no la hubiera llevado del brazo, habría caído.

—Hoy haces más preguntas que de costumbre, lo que encuentro encantador, por cierto —Le sonrió a Lady Ashcroft, que los veía acercarse con ojos de halcón, aunque no podía escucharlos—. Sí, visitarte, he oído que es una práctica bastante común.

—¿Se está burlando de mí?

—Oh, he allí la ira, la extrañaba también —Ahora susurraba, cuidando que sus palabras no llegaran a los oídos de la anciana cuando estaban ya casi a su altura.

—Te estás burlando de mí —No pretendió usar esa familiaridad, lo hizo llevada por la irritación que le inspiró su actitud.

—¿Ves qué sencillo resulta? Me harás muy feliz cuando te oiga llamarme por mi nombre, ¿lo harás, Juliet?

No tuvo tiempo de contestar, no con su abuela casi inclinándose descaradamente para oírles, a solo unos pasos de distancia; y aunque hubiera podido hacerlo, después de oír su nombre salir de sus labios, estaba demasiado aturdida como para saber qué decir.

—Lady Ashcroft, aquí la tiene, sana y salva —Oírlo bromear con su abuela solo aumentaba su estupor—. Le decía a la señorita Braxton que me gustaría pasar a visitarla mañana por la tarde, ¿cuento con su permiso?

La anciana supo disimular su sorpresa bastante bien, aunque no engañó a su nieta, y mucho menos al conde. Aun así, se repuso de inmediato y Juliet tuvo la absurda idea de que, si fuera por ella, se pondría a bailar en cualquier momento, tal era su emoción.

—Será un honor recibirlo en nuestro hogar, milord, lo esperaremos con ansias.

—Es usted muy gentil, milady, las veré mañana entonces —Hizo una reverencia cortés—. Señorita Braxton, ha sido un placer; ahora, si me disculpan, debo presentar mis saludos a unos amigos de mi padre.

—Claro, no debe hacerlos esperar; lo veremos mañana entonces —Lady Ashcroft miró a su nieta con intención, como ordenándole que mostrara el mismo entusiasmo, pero esta guardó un taimado silencio.

El conde ignoró esta falta de atención y tras un último gesto, las dejó a solas.

—¡Lo sabía! Lo supe desde el momento en que pisamos Rosenthal; no podías serle tan indiferente como quiso hacernos creer —Lady Ashcroft empezó a hablar tan rápido que su nieta apenas podía seguir su hilo de ideas

—. Esto cambia muchas cosas, ¿lo ves? Claro que el Marqués de Norrington sigue siendo la mejor opción, pero no tenemos solo a Lord Graham en la lid; el conde Arlington será un contrincante maravilloso. Te dije...

Juliet ignoró la perorata de su abuela, asqueada en gran medida por la forma en que parecía divertirse tramando intrigas en lo que a su futuro se refería. ¿Y así declaraba al mundo lo mucho que le importaba su felicidad? Con frecuencia pensaba que solo la quería a su lado para exhibirla como un trofeo, una extensión de esa vida que ella no podría tener nunca más.

La dejó hablar, y estaba tan entusiasmada que no reparó en la indiferencia de su nieta, que seguía con la vista cada paso de Lord Arlington, frunciendo cada vez más el entrecejo, deseosa de tener un momento a solas para poder pensar en todo lo ocurrido.

—Abuela, siento un poco de sed; Lauren está frente a la mesa de las bebidas, voy a reunirme con ella.

Lady Ashcroft hizo un gesto de asentimiento, sin abandonar su expresión satisfecha, y así Juliet pudo alejarse de ella sin mayores explicaciones.

Cuando llegó al lado de su amiga, esta debió de ver algo en su rostro, porque de inmediato le extendió una bebida y esperó que tomara al menos un sorbo antes de hacer alguna pregunta.

—¿Qué ha pasado, Juliet? Parece que te hubiera golpeado un relámpago.

—No estoy segura, Lauren, pero es posible que así haya sido.

Y por más que lo deseó, no pudo explicarse mejor, porque ni siquiera ella estaba segura de qué era lo que acababa de pasar.

## CAPÍTULO 16

—¿Y qué flores le llevarás? ¿Claveles rojos para expresar que se ha ganado tu corazón? ¿Crisantemos que hablen de la honestidad de tus intenciones? Si me lo permites, te recomendaría las violetas, nada como una promesa de fidelidad para conquistar a una mujer.

Robert sonreía abiertamente ante la cháchara de Charles, que tan pronto se enteró de sus pretensiones de visitar a Juliet Braxton esa tarde, decidió que entre sus responsabilidades como buen amigo estaba el aconsejarlo de la mejor forma posible para asegurar el éxito de sus fines. El que él no supiera del todo bien cuáles eran estos, parecía tenerlo sin cuidado, se divertía demasiado con la idea de ver a su amigo en plan de pretendiente, cuando hasta hacía unos meses, tal imagen se le hubiera antojado ridícula.

En ese momento, mientras él hablaba con tanta efusión acerca de la mejor forma de comportarse para asegurar su triunfo, tal y como le llamaba, Robert estaba más interesado en saber lo que podría estar pasando por la mente de Juliet después de su encuentro la noche anterior.

—Había pensado en lirios y jacintos —Contestó a su pregunta porque sabía que, de no hacerlo, iba a mencionar todas las flores que conocía y su significado, y estos eran muchos.

—¿“Admiro tu pureza de corazón, pero quiero jugar contigo”? —Charles alzó ambas cejas con una mezcla de burla y extrañeza—. Un mensaje algo contradictorio, si me permites decirlo.

—Aunque no te lo permitiera, lo dirías igual.

—Muy cierto.

Robert rió y se limitó a hacer un gesto despreocupado.

—Ella lo entenderá.

—¿Y te expresas con esa seguridad basado en...?

—Es solo una suposición.

—Claro —Su amigo suspiró—. ¿Sabes, Robert? Me gusta el misterio, pero estás llevando esto demasiado lejos.

—Gracias por compartir tu opinión.

Fue el turno de Charles para suspirar, al tiempo que tomaba el último sorbo de su bebida y se levantaba del asiento.

—Creo que te dejaré a solas con tus pensamientos, sé cuando mi presencia no es necesaria —comentó, encaminándose a la puerta.

—Estoy agradecido por tu ayuda, Charles, no pretendía ofenderte —Robert se puso también de pie, preocupado—, es solo que, tal y como dices, necesito pensar en algunas cosas.

—Haría falta mucho más para ofenderme, mi amigo, descuida —El hombre retomó su expresión risueña y hasta se permitió un guiño divertido—. Solo asegúrate de contarme el final de esta aventura tan interesante.

Robert le sonrió de vuelta.

—Lo haré.

—Bien; nos veremos luego.

Tan pronto como su amigo se marchó, Robert volvió a sentarse y puso ambas manos tras la cabeza, apoyando todo su peso en el respaldo del sillón.

¿Qué estaba haciendo? ¿Cuáles eran esos fines acerca de los que Charles bromeaba? ¿Acaso él lo sabía? No, no estaba seguro, y aun así no habría cambiado uno solo de sus movimientos desde que tomó la decisión de arribar a Londres.

Por primera vez en su vida, no había esperado a tener una explicación razonable para sus actos; simplemente había hecho lo que en su momento consideró lo mejor, lo que debía hacer.

Cuando su madre le informó de la repentina partida de Lady Ashcroft y sus nietos, intentó convencerse de que no le importaba, de que tal vez fuera lo mejor. La aparición de Juliet Braxton había trastocado su vida en tan solo unas semanas, y él odiaba esa sensación. Desde su primer encuentro, esa joven había conseguido que se replanteara todas sus creencias, su futuro, y

eso era suficiente para que agradeciera su ausencia.

Pero los sentimientos no entienden de razones, o eso diría su madre de haber sabido lo que pasaba por su mente, ya que por más que lo intentó, no pudo dejar de pensar en ella.

En la primera vez que la vio, confundiéndola con un ángel, su visita a Rosenthal, las charlas que compartieron, esa tarde en la biblioteca, cuando olvidó que era un caballero y la besó. Le bastaba con recordar la suavidad de su piel, el temor en sus ojos cuando siguió el impulso de acercarse a ella y besarla, para sentir que todas esas emociones empezaban a embargarlo una vez más.

Nunca, en toda su vida había sido tan irreflexivo; jamás había pasado horas que debería dedicar a los asuntos de su propiedad, rememorando una palabra, o el aroma del cabello de una mujer.

En poco tiempo se vio invadido por mil emociones que lo desbordaron; admiración por su fortaleza pese a lo difícil que había sido su vida; respeto por su seguridad y decisión de volver al que consideraba su hogar; celos absurdos e irracionales cuando comprendió lo que ella inspiraba en su primo, y una mezcla de deseo y afán de protección que no encontró en absoluto contradictorias.

Esa joven había aparecido de la nada como un viento delicado que de pronto cobró una fuerza abrumadora, recordándole su teoría de que no importaba cuánto creyera tener el control de todo lo que ocurría a su alrededor, es imposible frenar a la naturaleza.

Tal y como predijo apenas conocerla, Juliet Braxton se había convertido en su tormenta.

Lady Ashcroft podía ser desesperante, egoísta, y con frecuencia simple y sencillamente odiosa; pero no tenía un solo cabello de tonta.

Si bien en las últimas ocasiones en que su nieta recibió visitas, no puso ninguna objeción a que estas compartieran el tiempo y lugar, sabía que con el conde Arlington tendría que moverse con mucho cuidado; no era la clase de hombre que se sintiera cómodo compartiendo la atención de una joven con

otros pretendientes. Algo similar ocurría con Lord Graham, con la diferencia de que este trataba a sus congéneres con tal condescendencia que podía librarse de ellos en contados minutos.

El Marqués de Norrington... bueno, no era un hombre que inspirara mucho respeto, y ella encontraba divertido verlo en apuros cuando se hacía algún comentario referente a su monotemática charla.

No conocía lo suficiente a Arlington como para saber cuál sería su comportamiento, y tampoco tenía del todo claras sus intenciones. Obviamente, encontraba a Juliet atractiva, pero no era un hecho sorprendente; lo que necesitaba saber era hasta donde estaba dispuesto a llegar, ya que, después de todo, y pese a su inicial entusiasmo, no olvidaba el comentario que hizo respecto a sus nulos deseos de contraer matrimonio a corto plazo.

Tendría que hilar muy fino en lo que a ese hombre se refería.

De modo que decidió, sin consultarle a su nieta, por supuesto, que recibirían al conde sin necesidad de más espectadores; con los tres sería suficiente, y de ninguna manera permitiría que Daniel estuviera presente.

Juliet, ajena a las maquinaciones de su abuela, o ignorándolas, ya que tenía cosas más importantes en las que pensar, prefirió pasar las horas previas a la visita del conde en el jardín, con un libro que su tío Christopher tuvo a bien prestarle, pese a las muecas de su madre. Por suerte, a él no parecía importarle del todo la opinión de esta.

Aun así, no había adelantado más de tres o cuatro páginas en la última media hora, y si le hicieran alguna pregunta referente al argumento, no habría sabido qué contestar; su concentración parecía haber salido de paseo y ella no tenía la más mínima idea de cómo recuperarla.

No le sorprendió que Daniel se uniera a ella tan pronto como logró alejarse de su padre; ese era un asunto que le preocupaba, pero en el que no podía involucrarse por mucho que lo deseara.

La relación de su primo y el tío Christopher era muy extraña, y nunca había intentado profundizar en ella por el respeto que ambos le inspiraban. El actual Lord Ashcroft era un hombre de natural agradable, y si no brillante, no podría considerársele tonto, además de que siempre había mostrado un

aprecio considerable por Juliet; en alguna ocasión mencionó que era por lo mucho que le recordaba a su difunta hermana.

Pero con Daniel las cosas eran muy diferentes, y tal vez se debiera justamente a lo opuestos que podían ser padre e hijo.

Mientras que su tío era sencillo y bonachón, siempre dispuesto a hacer lo que se consideraba socialmente correcto, Daniel prefería la libertad de decir lo que pensaba, se encerraba en sí mismo de forma alarmante y no tenía reparos en demostrar la poca paciencia que los convencionalismos le inspiraban.

Tal vez fuera por ello que resultaba tan difícil lograr un acercamiento entre ellos; eran como el agua y el aceite, y cada vez que Juliet procuraba encontrar un tema en común a fin de unirlos, Daniel hacía algún comentario que su padre juzgaba ofensivo, lo que derivaba en eternas discusiones. Por esto, era común que durante las comidas compartidas, los envolviera un porfiado silencio que ella encontraba opresor.

Si en algún momento consideró la posibilidad de que ambos lograran un acercamiento, ahora se le hacía imposible. Daniel parecía encontrar natural la tensión que se palpaba entre él y su padre, y cuando en alguna ocasión Juliet quiso hablar con él al respecto, dejó muy en claro que no tenía ningún interés en cambiar las cosas.

Mientras le observaba con la mirada fija en el horizonte, sentado a unos cuantos metros, con expresión pensativa, se dijo que ella daría lo que fuera por tener a su padre a su lado y que sería capaz de hacer todas las concesiones necesarias para compartir un poco de tiempo en armonía. Aun así, jamás lo habría juzgado por su conducta, tan solo no lo entendía.

—¿Ves algo interesante en mi rostro?

Esa pregunta imprevista la sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo dices?

—No has dejado de mirarme desde que llegué —respondió, mirándola a su vez con atención—; supongo que estarás pensando en cómo me fue con mi padre.

—Me conoces bien.

—Es una de las pocas ventajas de las que puedo ufanarme en lo que a ti se refiere.

Juliet sonrió sin ganas, en verdad fue más bien una mueca triste lo que exhibió; en las últimas semanas, su relación con Daniel parecía estar alejándose cada vez más de la calma de su niñez, y en más de una ocasión lo había descubierto contemplándola con algo que se le antojó anhelo, quizá dolor. Una idea rondaba por su mente, pero le pareció tan absurda que prefería descartarla; sin embargo, en momentos como ese, la misma afloraba a su mente y la preocupaba.

—¿Qué ha pasado con tío Christopher? ¿Ha vuelto a mencionar el viaje a París? —Lo mejor era hablar del tema sin evasivas.

—Entre otras cosas —Su primo asintió de mala gana—, aunque al parecer no partiremos hasta dentro de unas semanas.

—Esas son buenas noticias.

—¿Lo crees así? No lo sé, tal vez me hubiera venido bien alejarme un tiempo; no sé cuánto tiempo más podré soportar esta situación.

Juliet frunció el ceño, sorprendida por ese comentario tan extraño.

—¿Qué situación?

Su primo hizo un gesto que pareció abarcar toda la habitación.

—Me refiero a todo. Esta ciudad, la abuela, mi padre...tú —Hizo una mueca—. Siempre dices que soy muy complicado, pero creo que es la vida quien se obstina en hacer todo tan difícil para mí.

—¿Por qué dices eso? Daniel, me gusta Londres tanto como a ti, y sé que la abuela a veces puede volvernos locos, pero no puedes pensar en verdad que tu padre y yo somos un problema para ti. Él te quiere, no importa cuánto te guste pensar lo contrario, y yo, bueno, sabes todo lo que significas en mi vida.

—Oh, sí, sé exactamente lo que significo para ti —Se estiró aún más en la silla, sin dejar de mirarla—, y no sabes cuánto lo odio.

Juliet pensó que tenía dos opciones; ignorarlo tal y como venía haciendo desde hacía un tiempo, o enfrentar de una vez por todas ese asunto que empezaba a inquietarla seriamente. Tras pensarlo unos minutos, optó por lo segundo; tenía muchos defectos, pero la cobardía no estaba entre ellos.

De forma que suspiró y dejó el libro a un lado, poniéndose de pie para acercarse a unos pasos de su primo.

—Daniel, ¿qué está pasando?

Su pregunta tan directa debió desconcertarlo, porque por un momento no atinó a responder, y se quedó mirándola sin dejar de pestañear.

—¿Podrías ser más específica? Pasan muchas cosas en el mundo, Juliet, deberías saberlo —En cuanto se recuperó de la sorpresa, adoptó nuevamente su tono burlón.

—No, nada de rodeos esta vez —Ella se cruzó de brazos, sin cambiar su expresión decidida—. Quiero saber qué ocurre entre nosotros; a qué se deben estos comentarios de las últimas semanas.

—No sé de qué hablas...

—Así que eres tú ahora quien no me entiende; es curioso, porque me he sentido precisamente así con mucha frecuencia, y todo gracias a ti —Le hizo un gesto cuando vio que se disponía a rebatir su comentario—. Desde que volvimos de Devon; no, desde nuestra estancia allí, no has hecho más que insinuaciones de mal gusto, y tu comportamiento para conmigo ha sido odioso. Te quiero, Daniel, eres la única persona a la que realmente considero de mi familia en este lugar, y lo sabes, pero no puedo tolerar que me hagas blanco de tu mal carácter.

Su primo empezó a sacudir la cabeza, mirándola como si acabara de hacer la declaración más absurda que hubiera oído jamás.

—¿Cómo es posible que seas tan estúpida?

Juliet dejó su actitud belicosa y echó la cabeza hacia atrás con la misma expresión que habría puesto al recibir una bofetada.

—¿Qué has dicho?

Fue el turno de Daniel para ponerse de pie y encararla, sin mostrar el más mínimo remordimiento por las lágrimas que empezaban a asomar en los ojos de su prima.

—¿Tu familia? ¿Sabes lo harto que estoy de oír una y otra vez la suerte que tienes de contar con un primo que te entiende tan bien? ¿La frustración que siento al tener que espantar a tus necios pretendientes y que me veas como a un hermanito que viene en tu ayuda? —La tomó de los brazos con ira, sin hacerle daño, pero demostrando una impotencia que se traslucía también en su rostro—. ¿Qué me importan la abuela, mi padre y sus absurdos? Tú eres el único motivo por el que sigo aquí, y no puedes, o peor aún, no quieres verlo.

Juliet sintió como algo dentro de sí se rompía; el confirmar sus sospechas solo consiguió que se sintiera aún más miserable. Y ver a su primo así, sufriendo pese a lo mucho que procuraba ocultarlo, era demasiado para ella.

—Oh, Daniel, lo siento tanto.

Él la soltó como si de pronto se hubiera quemado.

—¿No sientas lástima por mí! ¡No lo soporto!

—Por favor, Daniel, escucha, estás equivocado —Fue ella quien volvió a acercarse, intentando sonar racional—. Nuestra vida no ha sido fácil, lo sé, de pronto nos tuvimos solo el uno al otro, pero eso no significa...

Le costaba tanto poner en palabras algo que se le hacía tan insensato.

—¿Ni siquiera puedes nombrarlo! ¿Tan repulsivo te parece?

—¿No, no se trata de eso, lo juro! Es solo que yo no puedo... —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la manga—. Daniel, eres una persona maravillosa, y si dejaras de intentar ocultarte del mundo todos podrían verlo.

—¿No me interesa el mundo! Solo me importas tú.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, y Juliet no supo cómo responder a esa declaración; todos los argumentos que afloraron a su mente se le antojaron vacíos, sin vida. Daniel no podría entenderla, no ahora.

—Nunca esperé que esto pasara.

Daniel respiraba aún agitado, y con los puños fuertemente cerrados a los lados, pero asintió.

—Lo sé, yo tampoco, pero no quiero cambiarlo.

Si una de las criadas no hubiera llegado, tosiendo con discreción para hacerse notar, Juliet se habría acercado una vez más a su primo, desconsolada al no saber como confortarlo.

—Señorita Juliet, el conde Arlington le espera en el salón; Lady Ashcroft le hace compañía en tanto usted llega.

La joven abrió los ojos al máximo al recordar esa visita, la misma cuya espera apenas le dejó conciliar el sueño la noche anterior. No se sentía lo bastante serena para afrontarla, no con tantas ideas dando vueltas en su cabeza, pero no podía negarse a ir, su abuela nunca se lo perdonaría, y aún cuando su corazón sufría por Daniel, deseaba ver al conde una vez más.

—Gracias, Kate, iré en un momento.

La criada hizo una reverencia y se alejó con paso rápido, como intuyendo que su presencia era del todo indeseada.

—No digas nada más ahora, Juliet, por favor, haz eso por mí —Daniel se adelantó a su prima, que apenas había abierto la boca—. Ve a ver a Arlington, no creo que le guste esperar.

—Tenemos que hablar de esto, Daniel, no puedo simplemente olvidarlo.

Daniel hizo un gesto de desconcierto, como si tal idea no hubiera pasado por su mente.

—No espero que lo hagas —dijo, mirándola con fijeza—. En cierta medida me alegra que lo sepas, esto hará las cosas más sencillas.

—¿Qué cosas?

Su primo sacudió una mano y negó con la cabeza en tanto ocupaba nuevamente su silla.

—Ve con Arlington, la abuela te matará si le haces esperar más; hablaremos cuando sea el momento correcto.

Juliet cerró los ojos para recuperar la calma, aspirando profundamente. Ahora entendía por qué al resto del mundo le resultaba tan difícil tratar con Daniel cuando adoptaba esa actitud indolente.

—Como lo prefieras.

Y sin decir más, se encaminó al salón, lista para otro encuentro que podría ser tan terrible como el que acababa de pasar, o aún peor.

A Robert Arlington, la idea de compartir un espacio por indeterminada cantidad de tiempo con una mujer como Lady Ashcroft, simple y llanamente le provocaba urticaria. Sin embargo, sabía lo suficiente acerca de las visitas a debutantes como para estar preparado y soportar esos momentos con todo el estoicismo del que disponía; era una suerte que fuera británico.

No era del todo común que una joven se hiciera esperar por tanto tiempo, como ocurría con Juliet, y había captado ya un intercambio de palabras, o mejor dicho, un breve monólogo de Lady Ashcroft dirigido a una pobre criada que le pareció amenazante. Era de suponer que estaba relacionado con la tardanza de su nieta.

Por un instante, temió que ella se negara a verlo, pero desechó ese pensamiento por considerarlo ridículo. No era tan presumido como para suponer que lo veían como el hombre más codiciado, pero si Juliet compartía espacios de tiempo con personajes tan aburridos como el Marqués de Norrington, o tan odiosos como Graham, no había nada de engreído en asumir que él no podía ser tan mal visto.

Además, estaba seguro de que no había confundido la emoción que vio en ella la noche anterior, por mucho que se esforzara en disimularla, y si esta era la mitad de intensa que la suya, no encontraba ningún motivo por el que deseara evitarlo.

Cuando pensaba que se vería en la necesidad de pedir su segunda taza de té para así poder evadir el entablar conversación con Lady Ashcroft, tal y como venía haciendo, Juliet hizo su aparición, y aún cuando en un primer momento admiró su belleza, tal y como le pasaba desde la primera vez que la vio, bastó una segunda mirada para darse cuenta de que algo iba mal.

Aún cuando sonreía, no era difícil adivinar que había llorado, era obvio por el sonrojo en sus mejillas y sus ojos levemente inflamados, como si hubiera pasado un pañuelo con más fuerza de la necesaria para borrar todo rastro de lágrimas.

A él este descubrimiento le inspiró dos cosas; primero, curiosidad por saber qué habría pasado, y segundo, aún más fuerte, el deseo de estrangular a quien fuera que la hubiera llevado a ese estado.

—Ah, querida, empezábamos a preocuparnos —La anciana, sin notar la apariencia de su nieta, o ignorándola premeditadamente, la recibió con una tensa sonrisa—. Lord Arlington lleva ya mucho tiempo esperando.

—No, en verdad acabo de llegar hace solo un momento —A Robert no le importó contradecir a Lady Ashcroft aunque esta empezara a boquear como un pez—. Un gusto saludarla, señorita Braxton.

Juliet le dirigió una sonrisa agradecida y tomó las flores que le extendió, al tiempo que hacía una reverencia.

—El gusto es mío, milord —Admiró el ramo con tranquilidad—. Son muy hermosas, gracias; los lirios son mis flores favoritas, y también me gustan mucho los jacintos.

—No lo sabía, me alegra haber acertado.

Ella dejó las flores en manos de la criada, que se apresuró a acercarse para ponerlas en un jarrón, y ocupó el asiento frente a él, dándole la espalda a su abuela, un gesto que no pasó desapercibido para ninguno.

—Espero que haya pasado una agradable mañana; al parecer disfrutaremos de una temporada muy soleada.

Robert se sentía un poco tonto hablando del clima y de cómo podría haber sido su mañana cuando era obvio que algo la perturbaba, y mucho, pero no había forma de abordar el tema con Lady Ashcroft vigilando como un buitre.

—Sí, eso creo —Ella respondió sin variar su expresión—; y mi mañana fue muy... interesante, gracias.

—Ya veo; supongo que estará algo agotada por el baile de anoche.

—He descansado lo suficiente, milord, gracias por su interés.

Si hubiera dispuesto de una varita mágica o algo similar, Robert no habría dudado en usarla para librarse de Lady Ashcroft. Él no estaba allí para alabar la belleza de Juliet o enfrascarse en charlas aburridas, deseaba hablar con ella, escucharla, y sabía que esto resultaría imposible mientras su abuela continuara en la misma habitación; tenía que hacer algo.

—Lady Ashcroft, supongo que le hizo llegar mis saludos a Lord Ashcroft.

—Desde luego, milord, y le alegró mucho recibir noticias tuyas; como sabe él fue buen amigo de su padre y mencionó que le agradecería mucho poder conversar con usted.

—Sería un honor, por supuesto —Robert le sonrió con todo el encanto del que disponía—. ¿No se encuentra en casa? Me gustaría saludarlo en persona.

La anciana pestañeó, un poco confundida por esa petición; ¿no debería estar acaso más interesado en pasar el tiempo con Juliet?

—Me temo que no, milord; se encuentra en su club, creo.

—Qué lástima, pero no importa, ya tendremos otra oportunidad —Sonrió una vez más—. Y dígame, Lady Ashcroft, ¿está disfrutando la temporada?

—¿Se refiere a mí?

—Desde luego.

—Sí, claro que la disfruto, no podría ser de otra forma, pero ya no soy una joven, y es sabido que la temporada es para ellas —Tosió para atraer la atención de su nieta, que continuaba en silencio—, ¿no es verdad, Juliet? Estás disfrutando mucho la temporada, ¿cierto?

Ella apenas se giró para verla y le dirigió una sonrisa cortés.

—Sí, abuela, es una experiencia muy agradable —Y no dijo más.

Robert aprovechó ese momento para continuar con su estrategia.

—Mi madre me pidió que le hiciera llegar sus saludos, Lady Ashcroft, lamento no haberlo hecho antes.

—No se preocupe, milord, y estoy muy agradecida por la gentileza de Lady Arlington; los momentos pasados en Rosenthal fueron deliciosos.

—Oh, sí, ya lo creo —Robert se inclinó un poco hacia adelante, dedicándole toda su atención—. Según sé, usted visitó la propiedad hace unos años, espero que estos sean también muy buenos recuerdos.

—Por supuesto que lo son —La dama empezaba a sentirse seriamente incómoda, sin comprender el motivo del repentino interés del conde en ella—. Juliet también quedó encantada con su hogar, ¿verdad, Juliet?

—Sí, abuela, un lugar maravilloso.

La anciana estuvo a punto de golpear el suelo con sus tacones, ¿qué estaba pasando allí? Esa debía de ser una visita para halagar a su nieta, ¿por qué no estaba el conde recitando sonetos o alabando lo bien que se veía? Su labor era justamente asegurarse de que se comportara con propiedad, no responder a sus preguntas ridículas. Y Juliet, desde una esquina del salón, actuaba como si todo la tuviera sin cuidado. ¿Podría haberse equivocado y no se sentían interesados el uno en el otro? ¿Acaso el conde había decidido jugarle una broma? No lo creía capaz de comportarse con tal insolencia.

—Tal vez conoció a mi abuelo, de quien llevo el nombre; mi padre sentía por él un profundo respeto —Robert continuaba con su parloteo sin reparar en la expresión disgustada de su anfitriona—. Me temo que no lo recuerdo muy bien.

—Es un lástima —Lady Ashcroft hablaba con los labios fruncidos.

—Tal vez pueda contarme lo que recuerda de él...

La dama se levantó con un movimiento enérgico propio de alguien con veinte años menos, provocando que su nieta diera un brinco, mientras que Robert se esforzaba para mantener su expresión inocente.

—Acabo de recordar que debo atender un asunto impostergable.

Robert se puso de pie con presteza.

—Comprendo, en ese caso debería retirarme...

—No hace falta, confío en que su señoría se comportará como el caballero

que es; no tardaré mucho tiempo —Se encaminó a la puerta en tanto les dirigía una mirada adusta—. Desde luego que la puerta permanecerá abierta.

—No podría ser de otra forma.

Mientras el sonido de sus tacones no se oyó lo bastante alejado como para sentirse tranquilo, Robert se mantuvo en pie; pero pronto se acercó al sillón en el que Juliet permanecía sentada y ocupó el lugar a su lado.

—Una maniobra impresionante, ¿le han dicho alguna vez que es terriblemente manipulador?

Él sonrió ante su tono burlón.

—Solo mi madre, y porque es la única en darse cuenta; intento ser discreto —Le habló como si le contara un secreto—. Te aseguro que es la mejor forma de lograrlo.

Juliet sacudió la cabeza, mostrando una sonrisa sincera ante su expresión traviesa; obviamente no solo había conseguido lo que deseaba, sino que se divirtió mucho en el proceso.

—Ya lo veo; me temo que jamás podría estar a su nivel.

—Son años de práctica, no te sientas mal —Robert movió una mano como quitándole importancia—; pero debo decir que seguiste el juego muy bien, apenas te vi reír.

—Es lo mínimo que podía hacer, no deseaba arruinar sus esfuerzos.

—Muy considerado de tu parte.

Tras intercambiar una sonrisa divertida, Robert se puso serio de pronto, y antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, tomó un mechón de su cabello y jugueteó con él entre los dedos.

—Ahora que podemos hablar con tranquilidad, recuerda que prometiste tutearme.

—No lo hice.

—¿No? Juraría que así fue.

Juliet movió la cabeza lo suficiente para liberar su cabello y lo miró con una ceja alzada.

—No soy tan fácil de manejar como mi abuela.

—Una virtud que aprecio muchísimo —Pero no insistió; en cambio, la miró con mayor atención—. Ahora, Juliet, dime quién te hizo llorar.

Por enésima vez desde que estaba en presencia de ese hombre, Juliet se quedó sin habla.

## CAPÍTULO 17

De no tratarse de él, habría pensado que oyó mal, pero empezaba a acostumbrarse a sus bruscos cambios de tema y a la forma tan directa en que decía lo que pensaba.

—¿Qué?

—Has llorado, y quiero saber cuál fue el motivo.

—No lo he hecho —Suspiró ante su expresión escéptica—, pero aunque hubiera sido así, no es algo de su incumbencia.

—Robert.

—¿Perdón?

—No es algo de tu incumbencia, Robert; podrías intentar decirlo así y me harías inmensamente feliz, aunque no por ello dejaré de insistir en saber qué ha pasado.

Juliet se cruzó de brazos, tan exasperada como entretenida. Creyó que no podría sonreír en un buen tiempo después de su discusión con Daniel, y allí estaba, conteniendo una risa por culpa de ese hombre.

—Le aseguro que no tiene importancia.

—Si te hace llorar, la tiene toda para mí.

—Eso es muy gentil, milord, pero insisto en que se trata de un asunto privado.

Fue Robert esta vez quien alzó una ceja, cruzándose también de brazos y con expresión obstinada.

—¿Qué te hizo tu primo?

Ella sintió como su sonrisa variaba a una mueca sorprendida, y, sin saber por qué, dirigió la vista al piso antes de responder.

—No sé cómo ha llegado a semejante conclusión.

—Oh, bueno, ha sido muy sencillo, me temo que no puedo presumir de mis extraordinarias dotes de deducción —Robert levantó su rostro con un movimiento delicado y la obligó a mirarlo—. No ha sido tu abuela porque ella estuvo aquí conmigo y parecía muy perturbada por tu tardanza; tu tío no está en casa, y no te puedo imaginar discutiendo con una de las criadas.

—¡Nunca discuto con ellas! La mayoría son muy amables, ¿por qué haría algo así? —La joven habló sin detenerse a pensar.

Robert asintió, con una sonrisa serena, y reposó la mano sobre su mejilla.

—¿Y bien? ¿Qué hizo?

Juliet no necesitó preguntar a quién se refería; desde luego que hablaba de Daniel, pero se resistía a contarle lo ocurrido, ¿cómo podría?

—Puedes confiar en mí.

Ella supo que era verdad, y la calidez de su mano en su rostro le infundía una paz que hacía mucho no sentía. Le costaba recordar cuándo fue la última vez que se sintió tan segura de algo.

—Si se tratara solo de mí, te lo diría, pero no puedo —No reparó en el momento en que empezó a tutearlo y él no hizo ningún comentario—; es solo que se trata de un asunto muy doloroso y no sé qué hacer.

Robert, con un movimiento inesperado, retiró su mano y se puso de pie, provocándole un sobresalto y una sensación de pérdida que en ese momento no logró identificar. Solo supo que por algún motivo, él la miraba ahora desde su altura, con las cejas fruncidas, entre molesto y preocupado.

—Te lo dijo.

—¿Qué me dijo?

—Lo que siente por ti.

Juliet recibió esa respuesta como un jarro de agua fría, ¿cómo podía saberlo él? Sintió sus mejillas enrojecer y empezó a jugar con su pañuelo, sin saber si sentirse ofendida por su franqueza o aliviada por contar con alguien a quien hablarle de ese tema.

—¿Cómo lo sabes? —No intentó negarlo.

—Es bastante obvio, en realidad; me extraña que tu abuela no lo haya notado siendo una mujer tan observadora, o tal vez lo sepa y prefiera ignorarlo, no la culpo —Lo vio meter las manos en sus bolsillos y suspirar, como si deseara decir algo y no se atreviera.

—¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si... —Se aclaró la garganta, ella nunca lo había visto tan alterado—. Bueno, me gustaría saber si es correspondido.

Ante esa interrogación, Juliet sintió como toda su timidez se evaporaba y era reemplazada por una ira que la habría sorprendido de no encontrarse tan alterada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Quiero a Daniel como a un hermano!

Robert pareció aliviado ante esa declaración, aunque continuó de pie, sin dejar de mirarla como si no deseara perderse una sola de sus reacciones.

—Pero no lo son, y aún cuando el matrimonio entre primos hermanos ya no es bien visto en la sociedad, hay excepciones...

—¡No me importa lo que piense la gente! Si le correspondiera, no tendría nada de qué avergonzarme, pero no es así —le aseguró sin dudar—. Además, no creo que él realmente sienta lo que dice, está confundido, no lo conoces; ha pasado por mucho y piensa que esa locura tiene algo de sentido.

Él abandonó su gesto adusto y sonrió con cierta aflicción.

—Juliet, amarte nunca podría considerarse una locura.

La joven abrió mucho los ojos, una vez más, sin palabras; ese hombre la hacía sentir como una verdadera tonta, ¿cuándo había encontrado tan difícil decir lo que pensaba?

—No pongas esa cara, no he dicho algo tan terrible.

—No, claro que no, es lo más hermoso que me han dicho jamás.

Robert se rió y volvió a ocupar el lugar a su lado.

—Me considero afortunado de ser yo quien te lo dijera, entonces.

—Yo también —Juliet sacudió la cabeza, sonrojada por el comentario que no pudo evitar—. Quiero decir que sé que eres sincero, no es solo un halago vacío.

—Hacerte falsos halagos no tendría perdón, ¿has recibido muchos?

Ella lo pensó un momento, agradecida por el cambio de tema que empezaba a turbarla.

—Algunos, creo —Sonrió ante su expresión suspicaz—. De acuerdo, varios de ellos, y he debido contenerme para no decir nada; después de todo, solo expresan lo que creen que quiero oír.

—¿Y no es así?

—Desde luego que no, ¿por qué querría que me mintieran? Odio los engaños.

—Una posición muy sensata de tu parte.

Guardaron silencio durante un momento, tan solo con el tic tac del reloj como único sonido, atentos al regreso de Lady Ashcroft.

—¿Y qué le has dicho?

Juliet supo a qué se refería.

—Que no puedo corresponderle, que es imposible —Por algún motivo, le resultaba muy sencillo hablar de ese tema con él—. Sé que lo entenderá, solo necesita tiempo.

—Yo no estaría tan seguro, creo que debes de tener cuidado.

—¿De Daniel? —No pudo evitar una sonrisa—. Él nunca haría nada que me lastimara.

—El amor siempre es peligroso, Juliet, no puedes saber cómo reaccionará un hombre desengañado, no importa qué tan bien lo conozcas.

Sus palabras la pusieron un poco nerviosa, hasta ese momento no había pensado en que los sentimientos de Daniel podrían acarrear más que esa incomodidad que se había instalado entre ambos.

—No quiero pensar en eso ahora.

—Está bien, pero prométeme que recurrirás a mí si necesitas ayuda.

—Lo haré —Ella contestó sin necesidad de pensarlo—. Gracias.

Juliet lo miró con discreción por el rabillo del ojo, estudiando su postura relajada y la forma en que miraba al frente, con el ceño ligeramente fruncido. Antes de que pudiera disimular, él se giró y la sorprendió mirándolo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

Ella no contestó, pensando que se burlaba, y volvió su atención al pañuelo sobre su falda. Había una pregunta que deseaba hacer con desesperación, pero no estaba segura de cómo reaccionaría él. Sin embargo, se dijo que no tendría un mejor momento que ese, y tras aspirar con fuerza, lo dijo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué me besaste? —Ya lo había dicho.

Recibió un silencio como respuesta, y cuando pensó que debería decir algo para disipar la tensión, él se acomodó mejor en el sillón para mirarla a los ojos.

—¿Quieres la verdad?

—Acabo de decir que no me gustan las mentiras.

—Cierto, buen punto —Torció un poco el gesto—. En ese caso, debo decir que no lo sé.

—¿Perdón? —Hubiera esperado cualquier cosa menos esa declaración—. ¿No lo sabes?

El conde asintió sin abandonar su semblante pensativo.

—Creo que no me he expresado bien —Pudo ver que intentaba ordenar sus pensamientos—. Lo correcto es decir que no lo sabía entonces.

—¿Y ahora sí?

—No podría asegurarlo —La miró con las cejas alzadas cuando escuchó su bufido—. No eres una joven con mucha paciencia, ¿verdad?

—Lo siento —Se arrepintió de inmediato por su exabrupto—; por favor, continúa.

—Me temo que no puedo ser muy claro al respecto, pero quiero asegurarte que no acostumbro a acorralar jovencitas en mi despacho.

—¿Y besarlas?

—Aún menos.

Juliet suspiró y miró al frente, fijando la vista en la ventana, desde la que podía verse el pequeño jardín en el que le gustaba sentarse a beber el té.

—¿Y qué es lo que puedes asegurar?

Se ganó una sonrisa torcida de parte de Robert, que siguió su mirada.

—Eres como un perro tras un hueso...

—Ese es un halago que no había oído jamás.

La risa que compartieron relajó el ambiente entre ellos, lo suficiente para que Juliet se sintiera lo bastante en confianza como para insistir.

—No creas que pretendo oír lisonjas de tu parte, es solo que me gustaría saber por qué estás haciendo todo esto —intentó explicarse—. Me besaste, lo que desde luego estuvo muy mal, y fue suficiente como para confundirme. Pero no contento con eso, vienes aquí, a Londres, e intentas convencer a mi abuela y a media ciudad de que estás interesado en mí.

—¿Quién dice que hago tal cosa?

Juliet rodó los ojos, un gesto muy poco femenino, pero él ya la había oído bufar, así que no importaba del todo, y señaló el salón.

—Me invitaste a bailar anoche y vienes esta tarde a visitarme, ¿qué crees que piensa todo el mundo?

—No me importa lo que piensen ellos, sino lo que piensas tú —Robert

ladeó un poco la cabeza sin dejar de mirar por la ventana—. Por cierto, ¿qué piensas?

—No voy a responder en tanto tú no lo hagas primero.

—¿Cuál era la pregunta? —Sonrió ante el nuevo bufido—. Está bien, ya lo recuerdo; quieres saber cuáles son mis intenciones.

—Dicho así, parece una pregunta propia de mi abuela, quien por cierto está tardando demasiado.

Robert hizo un gesto alarmado, como si algo lo hubiera asustado de pronto.

—Por favor, ni lo digas, me extrañaría si no apareciera de un momento a otro; debe de estar rogando por encontrarnos en una situación comprometedor.

—¿Realmente la crees capaz de algo así?

—¿Tú no?

Juliet se encogió de hombros con semblante resignado.

—Sí, pero es mi abuela y tú no perteneces a la familia, es mi deber defenderla.

—Muestras más nobleza de la que ella merece.

La joven frunció un poco el ceño, sin responder a eso; probablemente tuviera razón, pero la lealtad familiar le impedía reconocerlo.

—¿Debo pensar que intentas distraerme?

Robert tardó solo un momento en comprender su velada acusación.

—Oh, sí, mis intenciones, claro —Dejó de mirar hacia la ventana y apoyó un codo sobre el sillón, descansando el mentón sobre una mano, con ademán indolente—. Bueno, Juliet, lo único que puedo asegurar es que no tengo idea de qué voy a hacer contigo.

—¿Perdón? —Esa parecía ser la expresión que usaba con mayor frecuencia cuando estaba a su lado—¿Qué quieres decir con eso?

—He intentado sacarte de mi mente desde el primer momento en que te vi,

y he fracasado estrepitosamente; jamás debí besarte y aun así lo hice, sin pensar en las consecuencias; y como si eso fuera poco, cuando supe que abandonaste Devon, en lugar de sentirme aliviado, como esperaba, me vi en la desesperada necesidad de venir aquí en tu búsqueda.

Juliet pudo preguntar muchas cosas, pero lo primero que sintió fue una terrible pena al saber que él había deseado su partida.

—Si me querías lejos, ¿qué haces aquí?

—Es que a eso me refiero; no te quería lejos.

—Pero acabas de decir...

—A lo que me refiero es a que pensé que lo deseaba, pero luego comprendí que no; o tal vez lo supe todo el tiempo, pero pretendía engañarme, ¿lo entiendes?

—Muy poco.

—¡Dios, qué honesta eres!

—En muchos lugares eso es considerado una virtud.

Robert sonrió, más relajado, y extendió la mano para acariciar su mejilla con ternura; esa debía de ser la tercera vez que la tocaba desde que estaban a solas; si su abuela se enteraba, le daría algo, pero no hizo nada para alejarlo.

—Y tú eres una joven muy virtuosa —Rió ante su tono burlón—. De acuerdo, te he dicho ya todo lo que puedo, es tu turno.

—No diría que te has explicado muy bien...

—Lo sé, pero prometo hacerlo en cuanto lo tenga más claro, ¿basta eso por ahora?

Juliet fingió pensarlo, y tras un momento asintió, no muy convencida.

—De acuerdo.

—Gracias. Ahora, ¿qué piensas tú?

—Esa pregunta es un poco vaga, aunque supongo que te refieres al hecho de este supuesto cortejo.

Robert alzó las cejas ante esa expresión.

—¿Supuesto cortejo?

—Bueno, debo llamarle de alguna forma, y ya que reconoces no saber lo que pretendes, me parece la expresión más correcta.

Fue él quien soltó esta vez un bufido resignado.

—Está bien, por ahora —aceptó—. ¿Y bien? ¿Qué opinas de este supuesto cortejo, como le llamas?

—No lo sé.

—¿Esta es alguna clase de venganza por mi poca claridad? Porque no te imaginé tan rencorosa, señorita Braxton.

Ella se apresuró a hacer un gesto negativo, para hacerle ver que estaba equivocado.

—No, claro que no, jamás haría algo así, te lo aseguro —se apresuró a explicar—. Es solo que creo que estamos en la misma posición; sentimos muchas cosas, pero no podemos darles un nombre, y si te soy sincera, una parte de mí preferiría no experimentar todas estas emociones.

—¿Por qué no? —Él pareció ligeramente ofendido.

—Porque siempre pensé que sabía lo que deseaba, y ahora no estoy tan segura —Luego añadió en voz baja—, y no es una sensación muy agradable.

—Uno no puede saber siempre lo que le tiene deparado el futuro, Juliet.

—Lo sé, pero no deja de asustarme.

Intercambiaron una larga mirada de comprensión, como si ambos fueran conscientes de que esa charla, y las confesiones que compartieron aún cuando ninguno estuviera del todo seguro de sus sentimientos, hubieran creado un lazo que los unía de una forma que no pensaron fuera posible.

Robert no había retirado la mano de su rostro y estuvo a punto de inclinarse hacia ella, dejando toda su prudencia de lado, cuando se oyeron unas briosas pisadas acercándose, y se levantó con presteza, acomodándose en el sillón sobre el que Lady Arlington lo había dejado.

Cuando ella entró, sonrió ante la imagen que se le presentó.

Juliet, con las manos sobre la falda, atendía con expresión absorta al conde, quien desde su asiento recitaba unas líneas de Shakespeare que hacía mucho no escuchaba.

Sí, fue una gran idea dejarlos a solas para que pudieran sentirse en confianza; tal vez con un poco de suerte las cosas se desarrollaran con más rapidez de la que esperaba.

En los días que siguieron, el conde Arlington fue visto dos veces más en la puerta de la residencia de Lord Ashcroft, y aún cuando las lenguas indiscretas hubieran deseado poder confirmar un cortejo oficial, esto era imposible y muy poco serio, ya que no era el único que visitaba a la joven Juliet Braxton.

El Marqués de Norrington parecía ser también un visitante habitual, aunque nadie lo tomaba muy en serio desde la aparición del conde; después de todo, si lo que la ambiciosa Lady Ashcroft deseaba era un buen título para su nieta, el conde era una opción perfecta, y aún mejor, no tendría que verse en la necesidad de salvar su patrimonio porque era bien sabido que no se encontraba en la misma situación que la del arruinado marqués.

Lord Graham, en cambio, sí que se presentaba como un contendor implacable, ya que la sorpresiva inclusión del conde como un posible adversario, parecía haber reavivado sus deseos de hacerse con la victoria. Se comentaba entre susurros que, considerando su natural competitivo, no tendría nada de extraño que viera más estimulante la posibilidad de vencer al conde Arlington que hacerse con la mano de la joven Braxton; no era un secreto lo poco que esos dos caballeros simpatizaban.

Mientras los chismes se hacían cada vez más apetitosos para la desocupada sociedad, tanto el conde como la señorita Braxton guardaban el más profundo decoro. Si se encontraban en algún baile, a lo sumo compartían una pieza, y nunca se había visto que dieran un paseo por el salón; como si esto fuera poco, era común ver a Lord Arlington bailando con varias de las jóvenes que asistían a la celebración de turno, del mismo modo que hacía ella con los caballeros que se lo solicitaban.

De forma que no había cómo asegurar absolutamente nada, y la reputación

de ambos permanecía intachable.

Sin embargo, un evento sorpresivo levantó una polvareda de habladurías acerca de qué tan serias eran las intenciones del conde Arlington.

Una tarde particularmente aburrida, un carruaje con el escudo de la casa Arlington se detuvo en la entrada de la mansión, y más de una ceja se alzó al ver descender de él nada más y nada menos que a la condesa viuda, la misma que no visitaba la ciudad desde la muerte del viejo conde, acaecida hacía ya varios años.

Un acto que en otras circunstancias habría pasado casi desapercibido, en las actuales, fue tomado como la señal definitiva de que el conde contaba con la venia de su madre para formalizar sus intenciones y, según empezaron a suponer algunos, esta presencia aseguraba la posibilidad de contar con un enlace antes de que terminara la temporada.

Lo que estas mentes curiosas no podían imaginar, era que la llegada de Lady Elizabeth Arlington fue toda una sorpresa para su hijo, que por medio de cartas le había rogado que se mantuviera al margen en lo que a ese asunto se refería. Por supuesto que estas fueron enviadas en respuesta a las muchas que él recibió en cuanto su madre se enteró de sus movimientos.

Cuando dejó Devon, obvió hablar con ella acerca de su destino y de cuánto tiempo estaría ausente, ya que no acostumbraba a darle explicaciones de sus viajes. Pero bastó que llegaran unas cuantas noticias respecto a su presencia en bailes y las continuas visitas a la casa Ashcroft, para que esta pusiera manos a la obra.

Desde luego que tenía las mejores intenciones, Robert no lo dudó en ningún momento, pero hubiera preferido que permaneciera en Devon por un tiempo más, el suficiente para que él pudiera decidir qué iba a hacer.

Aun así, la recibió con el inmenso cariño que le inspiraba y el respeto que merecía; en su opinión, su madre nunca dejaría de ser una presencia chispeante que hacía honor a su apellido.

El conseguir lidiar con su tenaz obsesión por involucrarse en su vida, bueno, esa era otra historia. En verdad, de no haber sido porque logró hacerse de un compinche inesperado, se las habría arreglado muy bien en su intento

de mantenerla a raya.

Al día siguiente a la llegada de su madre, tras regresar del club, frustrado por no haber logrado encontrar allí a Charles, ya que deseaba hacerle un par de consultas respecto a Graham y sus pretensiones para con Juliet, se dirigió al salón que acostumbraban a utilizar durante sus estancias en la casa, el más pequeño y acogedor de todos.

Debió sorprenderle lo que encontró allí, pero no fue así; muy por el contrario, se dijo que había sido todo un milagro que lograra permanecer a salvo por tanto tiempo.

Charles, con una copa en una mano y exhibiendo una de sus francas sonrisas, conversaba animadamente con su madre, que le dirigía una mirada maternal, de esas que generalmente solo reservaba para él.

—¡Querido! Qué alegría tenerte con nosotros, el pobre Charles lleva un tiempo esperándote.

—Buenas tardes, madre —saludó con una leve inclinación de cabeza, y se dirigió a su amigo—. Pobre Charles.

—Querido Robert.

La dama asistió divertida al intercambio de palabras, esbozando una sonrisa encantada. La amistad entre su hijo y el joven Egremont se remontaba a muchos años atrás, desde su época de estudiantes, y el pequeño jovencito de impecables modales, pero carácter travieso, siempre le pareció el compañero perfecto para su, a veces, demasiado formal Robert.

—Acabo de dejar el club, esperaba encontrarte allí.

Charles observó a su amigo ocupar el asiento frente a la ventana.

—Y estuve allí, pero solo hasta mediodía —le explicó—. Como comprenderás, no podía dejar pasar más tiempo sin visitar a tu adorable madre.

—Ni yo te lo habría perdonado —Lady Arlington sonrió antes de hacer sonar una campanilla—¿Nos acompañas con un té, querido?

Robert miró a uno y a otro y sonrió de lado.

—Sospecho que voy a necesitar algo un poco más fuerte.

—Como gustes.

Su madre esperó a que la doncella llegara con la bandeja y dejó que Robert se sirviera una bebida y volviera a su lugar antes de retomar la conversación.

—Y dínos, Robert, ¿en qué has ocupado tu valioso tiempo, además de ir en mi búsqueda, claro?

—Lo usual, asistí a un par de reuniones, una de ellas con el abogado que se encarga de los asuntos de la familia; nada muy interesante. Oh, sí, y concerté una cita con el constructor de cierta maquinaria que recomendó Richards.

La condesa bebió un sorbo de su té y guardó silencio, apenas asintiendo en dirección a Charles, que escuchaba a su amigo sin perder una palabra de lo que decía.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso creo; me atrevería a decir que mi mañana ha sido bastante productiva —respondió un poco mordaz—. Me pregunto si podrías decir lo mismo.

—¡Robert, no seas grosero!

Charles levantó ambas manos en ademán de llamar a la paz, como si la pulla de su amigo no lo hubiera afectado en absoluto.

—No se preocupe, Lady Arlington, este es un juego común para nosotros. Yo me burlo por lo responsable que es, y él me recuerda que no hago nada por lo cual deba sentirme orgulloso.

—Veo que ambos lo llevan muy bien... —La dama los miró con suspicacia.

—Por supuesto, madre, ¿qué clase de amistad sería si no nos molestáramos un poco?

—Muy cierto, milady, la brutal honestidad con frecuencia es claro indicio de una amistad sincera.

—Ya veo, pero no esperen que comprenda del todo; la racionalidad de los

hombres siempre ha sido un misterio para mí.

—Pero jamás será tan insondable como la mente femenina, se lo puedo asegurar.

—Ni que lo digas.

Lady Arlington sonrió ante el apasionado apoyo de su hijo a la sentencia de Charles; se iban acercando al tema que ella tanto deseaba tratar.

—Querido, ¿piensas visitar a la señorita Braxton esta tarde?

Robert casi se ahoga con su bebida ante la pregunta de su madre; ¿había dejado su tacto en Devon? La discreción no era su fuerte, pero esto...

—Sí, Robert, ¿lo harás?

Y el apoyo entusiasta de Charles no lo puso de mejor humor.

—Ya lo imaginaba —reconoció con un suspiro resignado.

—¿Qué imaginabas, querido?

—Esto —Los señaló con un dedo acusador—. Supuse que se las arreglarían para encontrar la manera de volverme loco.

Charles elevó ambas cejas, sin disimular su diversión.

—No sé de qué hablas, pero creo que estás siendo un poco exagerado.

—Si no sabes de qué hablo, ¿por qué me tildas entonces de exagerado?

—Porque siempre lo eres.

La condesa tuvo que ahogar el sonido de su risa con la servilleta, pero este no pasó inadvertido a su hijo, que la miró con obvio malestar.

—Madre, ¿ese fue el motivo de tu imprevista visita?

—Sería incorrecto de mi parte fingir que no entiendo a qué te refieres, ¿verdad?

—Sí, mucho —rezongó ante el suspiro dramático de la condesa.

—Oh, está bien, pero no deberías de asombrarte, ¿cómo iba a dejarte solo

en un momento tan importante de tu vida?

Ante la expresión confundida de su amigo, Charles se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Creo que tu madre se refiere a la posible unión con la señorita Braxton  
—Se repantigó un poco en el sillón tras ganarse una mirada furiosa de Robert  
—. Considera que he dicho *posible*.

El conde bufó, mirando a uno y a otro con disgusto en tanto golpeaba el suelo con la punta del zapato.

—Entonces reconocen que se han unido para molestarme.

—No, Robert, por favor, jamás haríamos tal cosa, tan solo deseamos tu felicidad —Su madre se llevó una mano al pecho, con expresión ofendida—. Es justo decir que Charles no deseaba hacer comentarios respecto a lo que ha ocurrido en las últimas semanas, pero me he visto en la necesidad de insistir.

—Asumo que no te resultó muy difícil convencerlo...

—Y asumes muy bien, querido amigo —El aludido no dio muestras de sentirse agraviado—. Sin embargo, sabes bien que sería incapaz de incurrir en alguna indiscreción, ni siquiera a petición de tu madre; y lo digo con todo respeto, Lady Arlington.

—Lo sé, Charles, y aprecio tu integridad.

Robert se llevó una mano a la cabeza con ademán exasperado; sabía que la visita de su madre iba a darle problemas, pero no creyó que Charles sería un aliado tan entusiasta.

—¿Son conscientes ambos de lo impropio de esta situación?

—¿Impropio? ¿Cómo puede considerarse así el que una madre se preocupe por su único hijo?

—Lo es si la madre en cuestión se une al mejor amigo de su hijo para acorralar a este e intentar obligarlo a hacer algo contra su voluntad.

La condesa frunció un poco el ceño e intercambió una mirada desconcertada con Charles.

—No te comprendo, Robert, creí que deseabas casarte con la señorita Braxton.

—Tal vez estés equivocada, o tal vez no —Robert se levantó y miró a ambos con mal disimulado disgusto—. Esta es una decisión muy personal, madre, y preferiría poder tomarla en privado, si no te molesta.

Charles debió contener las ganas de hacer un comentario respecto a esa declaración, porque su amigo apenas hizo una corta reverencia en señal de despedida y dejó el salón.

Tras un momento de silencio, tanto la condesa como el caballero se atrevieron a decir algo.

—Oh, Dios, no tiene ni idea de lo que quiere hacer.

La condesa suspiró ante el tono apesadumbrado de Charles y le dirigió una sonrisa alentadora.

—Yo no estaría tan segura, ¿sabes? Mi hijo puede ser un poco lento con algunas cosas, pero llegado el momento, tomará la decisión correcta.

—Así lo espero.

Y tras esas poco auspiciosas palabras, el joven Egremont empezó a hablarle a la condesa acerca de los últimos acontecimientos sucedidos en la ciudad a fin de distraerla.

## CAPÍTULO 18

Aún cuando Juliet y su tío Christopher tenían una buena relación y hablaban con frecuencia, estas charlas se limitaban a breves espacios de tiempo durante las comidas que compartían o algún momento especial en el que se vieran en la necesidad de acudir a alguna reunión juntos, lo que no era muy usual. Si bien su tío era su tutor legal, para todos los efectos, era su abuela quien hacía y deshacía en su vida; él generalmente se mantenía al margen.

Por este motivo, a la joven le extrañó tanto el llamado a su despacho que recibió esa mañana. No es que fuera la primera vez que visitaba el lugar, pero casi siempre lo hacía cuando su tío no se encontraba en la ciudad, así podía hacerse de cuantos libros de su biblioteca deseara y luego devolverlos antes de su regreso.

Desde la noche anterior, sentía una extraña angustia en el pecho que no le permitió dormir con tranquilidad, por lo que debió recurrir a un poco de leche tibia que Mary le alcanzó al notar su inquietud; se preguntaba si estaría relacionada con esta inesperada llamada.

Según se acercaba a la maciza puerta de roble, sintió como sus rodillas temblaban, pero antes de tocar, aspiró con fuerza y procuró mantenerse tan tranquila como le fuera posible, o al menos aparentarlo.

El semblante solemne de su tío y su parca invitación a sentarse no la ayudaron a aplacar sus nervios, pero hizo un esfuerzo por mantener sus manos sobre la falda, escondiendo así su estremecimiento.

—Juliet, asumo que imaginas por qué te he llamado.

—No tío, lo siento, no lo sé.

Su sincera respuesta pareció consternarlo un poco, lo suficiente para que Juliet lograra estudiar mejor su rostro e intentar adivinar el motivo de su nerviosismo.

—Bueno, eso cambia un poco las cosas, creí que una joven despierta como tú... —Se aclaró la garganta tras un momento de silencio—. En fin, no tiene

importancia si lo sabías o no. Ayer por la tarde el Marqués de Norrington se acercó a mí en el club, mencionó que pretendía pedirte matrimonio muy pronto y solicitó mi permiso para ello, por supuesto.

De haberle dicho que acababa de decidir mandarla a África, no se habría sorprendido más, lo que bien pensado era ridículo. Considerando que eran varios los caballeros que la visitaban y se disputaban su atención, ¿realmente creyó que ninguno haría una propuesta de matrimonio?

—Lo usual es que el pretendiente haga primero la propuesta a la dama, y luego se acerque al tutor, pero sabes que Norrington es un hombre muy formal —Su tío continuó hablando, ya más tranquilo tras hacer el anuncio que le parecía muy importante—. No tengo que decirte, Juliet, lo afortunada que eres al recibir este ofrecimiento de un caballero con el linaje del marqués; cierto que tiene algunos problemas financieros, no voy a engañarte, pero con tu fortuna no habrá ningún problema para que puedas mantener el ritmo de vida al que estás acostumbrada.

Juliet guardó silencio, sin despegar la vista de su tío y estrujando la falda de su vestido para conservar la calma. Cuando el silencio se hizo aún más pesado, Lord Arlington se aclaró nuevamente la garganta.

—No comprendo tu mutismo, ¿acaso no te emociona la idea de convertirte en marquesa? Sería el éxito de la temporada...

Su sobrina levantó aún más el mentón y le respondió con voz fría.

—Si el marqués me propone matrimonio, voy a rechazarlo.

Lord Ashcroft abrió mucho los ojos ante esta declaración que sonó casi a una amenaza velada, hurgó en su bolsillo para sacar su pañuelo y secó su frente con discreción.

—Juliet, por favor, no seas infantil, ¿por qué harías tal cosa?

—No me gusta, no lo respeto, y lo amo tanto como él a mí, es decir, nada; sabes que solo quiere el dinero de mi padre —La joven no dudó al responder y su tío debió admirar el temple con el que expresaba lo que sentía, sin asomo de temor—. No estoy dispuesta a casarme con un hombre como él, y nada de lo que digan tú o mi abuela me hará cambiar de opinión. Te hago saber mi decisión para que no te sorprenda la ausencia del marqués en cuanto se

decida a hablar conmigo; le dejaré en claro que tú y yo estamos de acuerdo y que perderá su tiempo insistiendo.

Lord Ashcroft frunció el ceño ante esta manifestación que le pareció soberbia, casi una falta de respeto hacia su autoridad.

—Creo, Juliet, que olvidas mi obligación de conseguir para ti a un hombre correcto, así como también tus responsabilidades, entre las cuales se encuentra el obedecerme sin chistar.

—Y tú olvidas, tío, que aún más importante que el conseguir para mí un hombre correcto, como dices, está el asegurarte de que sea feliz; y si me obligas a casarme con el marqués de Norrington me estarás condenando a una vida de desdicha. Me niego a creer que seas capaz de semejante infamia.

El caballero pasó una vez más el pañuelo por su rostro, absolutamente consternado por ese arranque de sinceridad. Apreciaba a su sobrina, le recordaba tanto a su hermana que hubiera sido imposible que no fuera así, pero no estaba acostumbrado a verse involucrado en esa clase de discusiones. Ese era el motivo por el que prefería que fuera su madre quien se encargara de todo lo relacionado con la educación y el desarrollo de Juliet. Él, como cabeza de familia, tenía asuntos más importantes de los cuales ocuparse, y considerando, además, los malos ratos que debía pasar gracias a su único hijo, creía que era una decisión más que justa.

Sin embargo, en lo que al matrimonio de su sobrina se refería, era él quien tenía la obligación y responsabilidad de velar por lo mejor para ella. No era tan inocente como para dejar de suponer que la mayoría de los hombres que se le acercaran, lo harían interesados en gran medida por su dinero, y aún cuando despreciaba esta actitud, en el caso de Norrington, un marquesado a cambio de una fortuna le parecía un buen negocio.

—Juliet, escúchame, estoy de acuerdo en que Norrington no es precisamente el hombre más agradable o aquel con el que una jovencita sueña con casarse, pero esperaba una mayor comprensión de tu parte. Sabes que debes contraer matrimonio algún día...

—En verdad no, no tengo que hacerlo —Su sobrina apoyó las manos sobre el tablero del escritorio y lo miró con fijeza, casi como implorándole compasión—. Tío, por favor, estoy muy agradecida por todo lo que han

hecho por mí, pero sabes que en cuanto cumpla veintiún años podré disponer del dinero de mi padre; entonces dejaré de ser una carga para ustedes y podré regresar a casa.

Lord Ashcroft mostró en ese momento parte del carácter que usualmente reservaba para los negocios y que pocas veces ponía de manifiesto con sus familiares.

—¡De ninguna manera! ¿Acaso crees que permitiría semejante locura? No vas a deshonar la memoria de tus padres comportándote de esta forma, no mientras yo viva.

—Pero...

—Me aseguraré de que te cases con un hombre honorable, te veré salir de esta casa como una novia y formando tu propia familia; solo entonces habré cumplido con mi compromiso, y hasta que ello ocurra, recuerda que estás bajo mi tutela y me debes respeto.

—Nunca te he faltado tío, pero no puedo casarme con el Marqués de Norrington, por favor.

—¡Pues que sea Graham, entonces! Dios sabe que te lo propondrá en cualquier momento; o Arlington, mi madre dice que parece agradarte, y me consta que es un hombre decente —Juliet pudo ver como su tío hacía lo posible por calmarse—. No quiero ser duro contigo, jamás he pretendido convertirme en una figura tiránica, querida, lo sabes, pero en este tema no habrá una discusión.

Juliet bajó las manos y volvió a apretarlas sobre sus faldas, esta vez con tanta rabia que creyó rompería la tela del vestido si continuaba frunciéndola con ese ímpetu.

—No quiero hacerte miserable, Juliet, te lo aseguro, pero hay cosas que no puedes comprender aún, eres muy joven, y no sabes cuánto necesita una mujer a un buen hombre a su lado —Su tío dio una cabezada en dirección al retrato de su difunta esposa, colgado sobre la chimenea—. Nosotros fuimos felices, tú también lo serás.

—Tú la amabas, y ella a ti.

Lord Ashcroft asintió de mala gana antes de responder.

—Fuimos un caso poco común, querida, pero eso no quiere decir que no puedas tener la misma suerte.

—Yo no amo a Norrington —le espetó con resentimiento mal disimulado.

Su tío suspiró y se encogió de hombros.

—¿Quién lo haría? El hombre es un idiota —Su tío rió entre dientes y se inclinó un poco en su asiento para hablarle con cierta complicidad—. Escúchame bien, Juliet, no serás la única chica que rechace su primera propuesta de matrimonio.

El rostro de su sobrina se iluminó al comprender lo que insinuaba.

—¿Entonces tengo tu permiso para rechazarlo?

—Solo diré que hay más peces en el agua, y Norrington no es tan buen partido como algunos creen; si al menos fuera un duque... —Levantó un dedo de pronto, recuperando su expresión intimidante—. Pero dejemos algo claro, de aquí al final de la temporada tendrás que haber elegido a alguien y ese hombre deberá ser aprobado por mí; no permitiré que me tomes por tonto o recurras a ruegos para librarte, ¿está claro?

Juliet hubiera deseado discutir, pero no habría tenido ningún sentido. Su tío era un buen hombre, y tenía razón en decir que ella no podía contradecir sus órdenes, sin importar cuánto lo intentara. En cierta medida, era afortunada de que a él le importara su felicidad; si la decisión hubiera estado en manos de su abuela, la habría obligado a casarse con el primero que se lo pidiera.

La consideración que mostraba su tío le daba tiempo para pensar en alguna forma de librarse de esa locura, porque ella tenía claro que no iba a consentir casarse con nadie contra su voluntad.

—Comprendo, tío, se hará como dices —Procuró sonar tan sumisa y agradecida como le era posible—. Precio tu comprensión.

Lord Ashcroft tomó esa afirmación como el fin de la disputa y suspiró aliviado; bastante tenía con sus encuentros con Daniel como para discutir también con su sobrina.

—Muy bien, Juliet, me alegra que hayamos logrado dejar algunas cosas en claro.

—Por supuesto —Su sobrina esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Puedo retirarme ahora?

—Sí, sí, claro, disfruta tu día.

Juliet hizo una reverencia antes de salir del despacho, y una vez que cerró la puerta, caminó con paso apresurado hasta su habitación, sin dejar de mirar al frente y con ambas manos a los costados formando puños.

Tan pronto como cerró su puerta, se dejó caer sobre la cama, dio un fuerte golpe al dosel que oscilaba frente a sus ojos, y rompió a llorar.

Los momentos pasados con su madre y Charles habían dejado al conde Arlington de muy mal humor.

Unos días después de ese ligero intercambio de palabras, continuaba evitando a su amigo, y su madre mostraba el suficiente tacto como para no hacer más preguntas indiscretas, pero no por ello se sentía mejor.

Ya era bastante malo el no estar seguro de cuáles eran sus sentimientos e intenciones en lo que a Juliet se refería como para tener además que verse en la necesidad de soportar el acoso de su madre y de su mejor amigo; simplemente, no era justo, no cuando necesitaba tener todos sus sentidos puestos en lo que era más importante para él.

Qué iba a hacer con Juliet.

Dicho así podría no sonar muy bien, quizá hasta pareciera una expresión desapasionada y egoísta, pero nada más lejos de la verdad. Todo lo que Juliet le inspiraba estaba relacionado con la pasión y la seguridad de que tan solo deseaba verla feliz. La posibilidad de que pudiera disfrutar de esta felicidad sin él lo sumía en un profundo pesar, y aun así, no encontraba el valor para reconocer en palabras lo que su corazón parecía tener ya tan claro.

No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo pensamientos tan extraños; se atrevería a asegurar que jamás una mujer le había inspirado todas esas emociones y ahora comprendía mejor a Juliet, porque la idea le

provocaba pánico.

Tal vez la mayoría de hombres soñaran con el amor verdadero y una vida junto a la persona que amaban, pero él nunca fue así. No albergaba deseos románticos, ni le desesperaba la idea de casarse, lo tenía todo cuidadosamente organizado, casi cronometrado, y de pronto, de la noche a la mañana, su futuro, escrupulosamente planeado, se veía tan diferente.

Lo más curioso era que la idea no le disgustaba del todo; le asustaba, algo que solo se reconocería a sí mismo, pero no había nada en la posibilidad de compartir su vida junto a Juliet Braxton que pudiera inspirarle otro sentimiento que no fuera alegría.

Y aun así no estaba decidido a dar ese paso del que no habría retorno; por miedo a apresurarse y aún peor, a no ser correspondido.

Porque, a fin de cuentas, ¿qué importaba lo que él sintiera si tal y como Juliet dijo, ella aún no lograba definir sus emociones? No olvidaba que, según le dijo en sus primeros encuentros, su mayor anhelo era regresar a América y liberarse del yugo de su abuela. ¿Y qué pasaría con él entonces? ¿Estaría dispuesta a abandonar sus sueños por una promesa? No lo sabía y no estaba seguro de desear averiguarlo.

De pronto, a solo un par de calles de la residencia Ashcroft, decidió que no visitaría ese día a Juliet, necesitaba pensar un poco más en muchas cosas y le pidió al cochero que diera media vuelta y lo llevara a su club. Con un poco de suerte, no se encontraría con Charles allí.

Apenas traspasó el umbral del salón donde acostumbraba a acudir, percibió algo extraño en el ambiente, como si de pronto la mayoría de voces hubieran callado y muchas de las miradas se dirigieran a él; una sensación nada agradable considerando que detestaba ser el centro de atención.

Cierto que bastó una fría mirada alrededor para que esos imprudentes retiraran la vista, pero aun así no dejó de preguntarse qué podría haber ocurrido para que su presencia despertara tanto interés.

Llevaba muy poco tiempo sentado cuando una visión desagradable se reveló ante sus ojos; Graham caminaba en su dirección, y aunque hubiera deseado ponerse de pie e irse, esa habría sido una afrenta terrible e impropia

de un caballero.

—Arlington.

—Graham.

Esperaba que pasara a su lado y siguiera su camino, pero por primera vez en los muchos años que lo conocía, pareció interesado en él hasta el punto que ocupó la silla disponible en su mesa sin recibir una invitación; un gesto descortés, pero propio de un hombre tan desagradable. Hubiera podido decirse, claro, pero no deseaba propiciar un enfrentamiento en un lugar público.

—Se preguntará por qué de pronto su presencia causa tanto interés.

—No, en verdad no —mintió con descaro, sin molestarse en frases corteses—. Es más, creo que es usted quien acapara todas las miradas.

Graham miró con indolencia sobre su hombro y asintió con una mueca burlona.

—Este será el chisme de la semana, posiblemente; usted y yo en la misma mesa, en el preciso momento en que despertamos tanta... ¿cómo se diría? ¿Curiosidad?

—¿Lo hacemos? No lo sabía.

—Por favor, Arlington, déjese de juegos, es mucho más listo que eso.

Robert alzó ambas cejas ante el inesperado cumplido, aunque Graham se las arregló para que en realidad sonara como un insulto.

—Me temo que no lo entiendo, Lord Graham, tendrá que ser un poco más claro —Su voz cortante debió hacerle comprender que no admitía que usara ese tono con él.

—Veo que no se ha enterado.

—¿De qué debería enterarme?

—El tonto de Norrington le propuso matrimonio a la señorita Braxton y fue rechazado.

Robert sintió como los ojos de Graham parecían querer traspasar la barrera de su mente y saber qué era lo que sentía ante esa noticia. Pero no le dio ese placer, ya que procuró mantener una expresión imperturbable; jamás le dejaría comprobar cuánto le afectó la información.

—Lo lamento por el marqués, espero que lo tome con deportividad.

—Él quizá lo haga, pero no creo que su patrimonio soporte semejante desaire —Graham rió abiertamente, en tanto golpeaba la mesa con la punta de los dedos—. Es sabido que el dinero de la joven Braxton era su última oportunidad.

—No considero correcto hablar de terceros en su ausencia, milord, preferiría mantenerme al margen de este suceso.

Lord Graham abandonó su sonrisa y lo miró con una mueca sarcástica.

—¿Al margen, dice? Lo siento, milord, pero no creo que eso sea posible; después de todo, considere que ambos somos directos involucrados en este hecho.

—¿A qué se refiere?

—Es obvio, Arlington, y lo sabe todo Londres —Hizo oscilar un dedo en el aire, como abarcando la habitación repleta de curiosos—. Con Norrington fuera, quedamos usted y yo como competidores.

Fue el turno de Robert para exhibir una sonrisa mordaz; ya comprendía de qué se trataba todo eso, y le pareció inadmisibles que Graham tuviera el descaro de acercarse a él para tratar ese tema.

—Ya veo.

—¿No dirá nada más?

—No es una conversación que debemos sostener, Lord Graham; es impropia y de mal gusto considerando que una dama se encuentra involucrada.

Graham no se dio por aludido al recibir tal amonestación velada; por el contrario, continuó el golpeteo sobre la mesa, sin variar su expresión calculadora.

—¿Acaso he ofendido de alguna forma la intachable reputación de la señorita Braxton? No lo creo, Arlington, y agradecería que no lo insinuara.

Robert comprendió que Graham intentaba provocarlo, pero tampoco iba a concederle esa satisfacción, no a un gusano arrogante como ese.

—Solo digo, milord, que este no es un tema que deban tratar dos caballeros; el hablar del Marqués de Norrington y mencionar siquiera a la señorita Braxton podría llevar a habladurías, y ninguno de nosotros desea tal cosa, ¿cierto?

—Desde luego que no, Arlington, pero es muy tarde ya para preocuparse por eso; considere que toda la buena sociedad desea saber cuál será el desenlace de esta historia.

—No sé nada de ninguna historia, y lo que la buena sociedad espere, milord, me tiene sin cuidado.

—Sí, claro, lo había olvidado —Graham se recostó en el asiento, cesando al fin con ese sonido de sus dedos contra la madera que empezaba a resultar tan fastidioso—. Usted prefiere el campo y su apacible ambiente; le aburre la vida en sociedad. Sin embargo, ahora está aquí, y sabe bien que debe ceñirse a ciertas reglas.

Robert sintió como su temperamento empezaba a salirse de control y apretó un puño con fuerza bajo la mesa.

—Creo que le había pedido ya que se expresara con claridad, Lord Graham, no dispongo de tiempo para adivinanzas.

—Bien; seamos claros entonces —Se adelantó un poco, mirándolo con fijeza—. Planeo proponerle matrimonio a la señorita Braxton muy pronto.

—¿Debo felicitarlo por eso ahora, o es mejor esperar a que sea aceptado? —Robert elevó una ceja, con cierta burla, indiferente a si ese gesto molestaba a su interlocutor—. Y en todo caso, ¿no es lo más usual que la primera persona en conocer tal decisión sea la dama?

Por primera vez desde el inicio de su conversación, pudo ver un atisbo de furia cruzar el semblante de Graham, pero este se apresuró a enmascararlo.

—Usted acaba de decir que no tiene tiempo para adivinanzas —le recordó,

con los labios fruncidos—. ¿Planea hacerle una propuesta también a la señorita Braxton?

—Contrario a usted, milord, prefiero mantener mis asuntos como lo que son, privados —Robert levantó la mano empuñada y la colocó sobre la mesa, en señal de franco malestar—. No responderé a esa pregunta ni a nada relacionado con mi vida o la señorita Braxton. Ahora, si me disculpa...

Robert hizo ademán de ponerse de pie, pero Lord Graham se adelantó y acercó su rostro con una expresión fiera que habría asustado a alguien con menos carácter.

—Esto no es un juego para mí, Arlington, me propongo convertir a la señorita Braxton en mi esposa, y no toleraré interferencias.

—Amenaza al hombre equivocado, milord.

—¿Acaso insinúa que no será un obstáculo?

Robert se levantó del todo y lo miró desde su altura, con una mezcla de desprecio e ira.

—Lo que pretendo decir, milord, es que no soy un hombre fácil de intimidar, y que no acostumbro rendirle explicaciones de mis actos a nadie —Hizo apenas una inclinación de cabeza que no pareció en absoluto cortés—. Y me permito advertirle que no toleraré otra falta de respeto de su parte. Buenas tardes.

Aún cuando su brusca partida provocó aún más comentarios, Robert los ignoró y no miró atrás hasta que estuvo en el asiento de su carruaje; solo entonces le ordenó al cochero que lo llevara directamente al lugar que debía visitar con urgencia.

Juliet jamás imaginó la incomodidad que sentiría al rechazar al Marqués de Norrington, aún cuando lo esperaba, y contó con tiempo suficiente para pensar en cuáles serían las palabras más amables para negarse a su propuesta.

Nada la preparó para su insistencia y las promesas de amor que le sonaron tan falsas, pero que no por ello le inspiraron menos lástima. Sabía cuáles eran las motivaciones del marqués para proponerle matrimonio, y en cierta medida

las comprendía; tal vez si su patrimonio hubiera estado en completo peligro, ella también habría estado dispuesta a cualquier cosa con tal de salvarlo.

Sin embargo, era su felicidad la que debía proteger y fue por ello por lo que se mantuvo firme en su decisión, y debía decir a favor del marqués que una vez comprendió su fracaso, mostró una dignidad propia de su rango. Le deseó lo mejor y prometió no volver a importunarla.

Desde luego que cuando su abuela se enteró puso el grito en el cielo; nunca la había visto tan furiosa, por un momento creyó que realmente se atrevería a golpearla, pero la rápida intervención de su tío la salvó de ese momento tan terrible. Le hizo saber a su madre que estaba de acuerdo con la decisión de Juliet y que en su opinión, considerando sus virtudes, podría encontrar un mejor partido que un marqués arruinado.

Dudaba de que este fuera un gran consuelo para su abuela, pero ella sabía que no podría ir contra su hijo, de modo que debió guardar silencio, aunque por dentro estuviera furiosa. No ofendió más a Juliet ni la amenazó de ninguna forma, pero ella podía sentir su mirada acusadora desde entonces, siguiéndola a donde fuera.

Si a esta situación tan incómoda le sumaba el malestar que le inspiraba la tensión que se mantenía entre ella y Daniel, no era de extrañar que prefiriera permanecer en su habitación, excepto cuando se veía en la obligación de asistir a un baile, justamente en compañía de las dos personas que habría dado cualquier cosa por evitar.

El alivio que le produjo poder librarse del asedio del marqués se disipó pronto, cuando comprendió que esta no era más que una pequeña victoria en una guerra que muy posiblemente perdiera de la peor manera.

Lord Graham continuaba visitando la casa, con mayor entusiasmo desde que se hizo público el rechazo a Norrington, y parecía encantado con la posibilidad de convertirse en el pretendiente con mayores posibilidades. Su abuela lo veía con muy buenos ojos, así que no era nada extraño que se ufanara de su privilegiada posición, e incluso su tío, un hombre mucho más sensato, declaró en una cena familiar que aceptaría encantado una propuesta de su parte.

Estas últimas palabras las dijo mirándola directamente, como recordándole

la conversación que sostuvieran recientemente. Le dejaba en claro que con permitir el rechazo a Norrington le había otorgado un tiempo prudencial para pensar con tranquilidad, pero que no toleraría un nuevo desplante. No era un secreto que la sociedad vería mal a una joven que rechazaba a cada uno de sus pretendientes.

En los momentos de calma, a solas en su habitación, Juliet se permitía dejar de lamentarse, de idear locos planes para huir, y pensaba en Robert.

No podría asegurar en qué momento dejó de ser “el conde” para ella, tal vez cuando tocó su rostro aquella vez en su última visita, o tal vez antes, solo que no se permitió pensarlo entonces; era como un sentimiento que creció muy dentro de ella casi sin darse cuenta, una seguridad nacida de la razón o la locura, no lo sabía. Desde hacía mucho tiempo le costaba relacionar la sensatez con lo que ese hombre le inspiraba.

Si al menos pudiera verlo, hablar con él, pero era imposible; no había tenido noticias suyas en los últimos días. No lo vio en los últimos bailes a los que asistió y no visitó más la casa. Aún cuando su abuela sostenía sin asomo de duda que él continuaba interesado en su nieta, ella no sabía qué pensar.

¿Cuál sería la causa de su inesperado desinterés? ¿Acaso su última charla lo había espantado? Tal vez esa honestidad irreflexiva que Lady Arlington tanto le criticaba había terminado por hacerle pensar que no valía la pena el esfuerzo de buscarla.

¿Y no era eso acaso lo que deseaba? Era un hombre menos para contar; tal vez si conseguía librarse de Lord Graham podría permanecer a salvo por esa temporada y contaría con más tiempo para convencer a su tío de que la ayudara a regresar a casa.

Pero la verdad era que estaba lejos de sentirse aliviada por esto; por el contrario, lo echaba en falta, y hubiera deseado tenerlo a su lado una vez más para sostener una de esas charlas tan divertidas que le permitían ser ella misma; extrañaba sus risas, esos comentarios que su abuela habría juzgado impropios, pero que a ella le causaban tanta gracia.

Deseaba oír una vez más su nombre en sus labios, esa insistencia de que lo llamara por el suyo, algo que no se había atrevido a hacer aún.

Si cerraba los ojos, podía sentir sus manos en su rostro y, si iba aún más atrás, recordaba aquella tarde en Devon, ese beso que, según pensaba más en él, le parecía menos aterrador y más emocionante.

¿Esa sería su vida de ahora en adelante? ¿Viviría aferrada a recuerdos que tanto anhelaba como deseaba espantar? Si consiguiera la venia de su tío para volver a América, ¿tan solo abordaría el barco sin mirar atrás? Hasta hacía unos meses estaba segura de que sería así, ahora las cosas ya no le parecían tan simples.

El suave golpeteo en la puerta anunció la presencia de Mary, solo ella golpeaba con esa delicadeza. Con frecuencia pensaba que ella sabía perfectamente lo que pasaba en su interior y que sentía una profunda compasión por su pena, la misma que solo podía demostrar teniendo pequeños gestos como ese.

—Adelante.

Tal y como lo pensó, era ella, que tan pronto cerró la puerta tras de sí, se acercó suavemente a la cama en la que su ama descansaba, y le sonrió con dulzura.

—Tal vez la señorita desee cambiarse.

Juliet suspiró y echó una mirada desganada hacia su vestido arrugado, pero limpio.

—No creo que sea necesario, Mary, y en todo caso, aún falta mucho para la hora del té.

—Oh, no, no me refería al té, señorita —La doncella le dirigió una sonrisa cálida, casi cómplice—. Creí que desearía cambiarse para recibir a las visitas.

La joven pestañeó, confundida, no recordaba que esperaran visitas; su abuela se lo habría dicho una y otra vez para asegurarse precisamente de que no lo olvidara.

—¿Qué visitas?

—El conde Arlington acaba de llegar y, según dijo Lady Ashcroft, desea pasar un momento con usted —Su sonrisa se hizo aún más amplia y se agachó un poco para susurrar—. Creo haber escuchado que solicitaba

permiso para dar un paseo por el parque.

Juliet se incorporó tan rápido una vez que comprendió lo que Mary decía, que de no haber sido por sus buenos reflejos se habría enredado con los doseles.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Empezó a dar vueltas, mirando de un lado a otro, de su vestido a los libros desperdigados en la cama—. ¡Necesito otro vestido!

—Es una suerte que tenga varios para escoger, señorita —Mary se dirigía ya al amplio armario—. En un momento estará lista.

—Claro que lo estaré —Juliet aspiró para calmarse, se estaba comportando como una chiquilla inconsciente—. Me gustaría ese verde, por favor.

La criada asintió, y tras retirar el traje lo tendió sobre la cama, esperando que su ama se volviera para ayudarla a vestirse, pero esta no atinaba a hacer nada. De pronto, la sorprendió al tomarle una mano y mirarla con ilusión.

—Si es verdad lo que escuchaste, si su señoría quiere que demos un paseo por el parque, ¿nos acompañarías, por favor?

Mary sonrió una vez más, sin dejar de asentir con entusiasmo, y se permitió darle un apretón cariñoso.

—Desde luego, señorita, si milady está de acuerdo, será un honor.

Juliet le sonrió de vuelta y se apresuró a cambiarse.

## CAPÍTULO 19

Esa vieja costumbre de tener que aceptar la presencia de una carabina para acompañar a una joven en un inocente paseo por el parque debió de ser idea de una mente muy perversa.

¿Qué podría hacerle a Juliet en medio de un parque, por todos los santos? Lo único que deseaba era hablar y resultaba muy difícil hacerlo con libertad cuando debían cuidar cada palabra que decían, aunque en su caso, no estaba del todo seguro acerca de lo que quería manifestar.

Y se atrevería a apostar que otro tanto ocurría con Juliet.

Porque desde que se reunió con él en el salón de la residencia Ashcroft, apenas había abierto la boca, y cuando solicitó permiso a su abuela para salir con ella a dar un paseo, como mucho asintió con expresión ausente. Solo puso mucho empeño en solicitar que fuera su doncella quien les hiciera compañía, una joven bastante simpática a la que parecía tenerle especial cariño, pero eso no evitaba que se sintiera incómodo de compartir ese momento con ella, por muy agradable que pudiera ser.

—Estás muy callado.

Era la primera vez que ella tomaba la iniciativa en una conversación, y que lo tuteaba sin necesidad de que él insistiera.

—Tú no eres precisamente la imagen de la locuacidad.

—Cierto.

Le asombró que reconociera con tanta sinceridad su mutismo, ojalá fuera tan sencillo para él.

—¿Es de confianza? —Juliet alzó una ceja, sin comprender, y él debió hacer un gesto hacia atrás con toda la discreción de la que disponía—. Nuestra guardiana.

Juliet sonrió ampliamente, y eso de alguna forma fue suficiente para que él se sintiera más tranquilo, como si de pronto lo inundara una sensación de paz

que le hacía mucha falta.

—Mary es la persona en quien más puedo confiar en casa, no te preocupes.

—¿Es sobornable?

—Acabo de decir que es de confianza —Ella giró un poco la cabeza para mirarlo con más atención—. ¿Por qué querrías sobornarla?

—Son datos que un caballero debe conocer.

—Permíteme dudarle, porque no le encuentro sentido.

Fue su turno de sonreír, y lo hizo con sinceridad por primera vez desde hacía varios días; exactamente desde su última visita a la casa Ashcroft.

—Haces bien, hay cosas que una dama como tú no debe conocer, y mucho menos encontrarles algún sentido.

—Creo que esta vez no voy a profundizar en eso.

—Y yo lo agradezco de todo corazón.

Ese intercambio de bromas, que se había convertido en una costumbre para ellos desde que se conocieron, les ayudó a romper el hielo, dándoles un momento de alivio para poder hablar de temas intrascendentes por algunos minutos.

Sin embargo, pasados estos, otra vez el silencio se instaló entre ellos, y volvieron a lanzarse miradas incómodas, sin que ninguno atinara a decir nada.

—Supe de la propuesta del Marqués de Norrington —No tenía mucho sentido darle más vueltas al asunto—. ¿Es verdad?

—¿Quién te lo dijo?

—No tiene importancia —No deseaba hablar de su encuentro con Graham, no con ella—. ¿Y bien?

Juliet se ajustó un poco el sombrero antes de responder, sin mirarlo.

—Sí, es verdad.

—Lo imaginaba —Esperaba una réplica, pero al ver que esta no llegaba, continuó—. ¿Tu familia aprobó tu decisión? Me refiero a tu rechazo a su propuesta.

—Solo mi abuela se opuso, pero mi tío me apoyó —le respondió—, aunque dejó en claro que sería solo por esta vez.

Se volvió a mirarla nada más escuchar esa última frase y sintió una opresión en el pecho al observar que caminaba con la vista gacha y una expresión de tristeza que hubiera dado cualquier cosa por borrar.

—Lo siento.

—Lo sé, gracias.

—No, no entiendes, no lo digo solo porque sea una frase adecuada, realmente lo siento —Le pareció importante que ella lo supiera.

Juliet suspiró y lo miró de reojo, con el asomo de una sonrisa en los labios.

—Y cuando he dicho que lo sé, no fue solo una respuesta adecuada; estoy convencida de que es así, y lo agradezco.

—¿Y cómo es que puedes estar tan segura?

Ella inclinó un poco la cabeza hacia un lado, como él había notado que hacía siempre al pensar en algo, un rasgo que encontraba muy seductor por la forma en que mostraba la línea de su cuello.

—Es curioso, pero eso es algo que verdaderamente no sé.

Robert sonrió entonces, divertido por esa respuesta tan extraña.

—Creo que te comprendo.

—Entonces me conoces mejor que yo misma.

—Es probable que así sea.

—Qué comentario más presuntuoso —Robert comprobó con agrado que levantaba un poco el mentón al hablar y que parecía más animada—. ¿Qué pensarías si dijera que te conozco mejor que tú mismo?

Robert pensó en ello un momento, y la miró con fijeza al contestar.

—Tratándose de ti, no me molestaría.

Adoró la forma en que el rubor acudió a sus mejillas, y cómo miró sobre su hombro para comprobar que la doncella seguía tras ellos.

—Si Mary te oyera...

—Parece una joven agradable, no creo que se horrorizara.

—Agradece que no es mi abuela.

—Oh, lo hago, de todo corazón.

Rieron juntos tras ese intercambio de palabras, y aunque no dijeron nada más por unos minutos, el silencio fue mucho más cómodo. El que la buena de Mary se mantuviera varios metros más atrás de lo que en realidad debería, les ayudó mucho a sentirse en confianza.

—Robert...

Él tropezó con una piedra salida no sabía de donde, aunque no tuvo problemas para recuperar el equilibrio, en tanto Juliet lo miraba con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente, muchas gracias —Se acomodó el chaleco, ligeramente avergonzado—. Ha sido culpa tuya.

—¿Cómo has dicho?

—Me has llamado por mi nombre, es la primera vez que lo haces y casi me provocas un accidente.

—No puedes hablar en serio.

—Oh, sí, muy en serio.

Juliet rompió a reír sin importarle las miradas que atrajo, ni mucho menos las cejas alzadas de algunas personas que paseaban en carruajes por el parque y que los miraban con muy poca discreción desde que aparecieron.

—Te aseguro que esa no fue mi intención.

—No lo dudo, pero ya puedes ver el resultado —Robert dejó de fingir indignación y rió con ella—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por llamarme por mi nombre, pensé que nunca lo harías.

—No hay nada que agradecer; en verdad creo que es un bonito nombre —Alejó el sombrero de su rostro para verlo mejor—. ¿Qué es tan gracioso?

—A ningún hombre le gusta que se refieran a su nombre como “bonito” —Robert continuó riendo, estaban dando todo un espectáculo—, pero agradezco el cumplido, solo porque proviene de ti, por supuesto.

—Qué gentil de tu parte —El comentario sarcástico de Juliet solo consiguió que riera aún más—. Si te has divertido lo suficiente a mi costa, ¿crees que podré terminar de decir lo que empecé hace unos minutos?

Él hizo un esfuerzo para asumir su expresión más serena y la miró con atención.

—Ofrezco mis disculpas, no pretendía burlarme de ti —Esperaba que ella le creyera, porque era totalmente honesto—. Por favor, continúa.

—Disculpas aceptadas —Juliet elevó un poco la nariz, lo que casi provocó que Robert empezara a reír una vez más, pero se contuvo a tiempo—. ¡Dios! Esto es muy complicado...

—¿Lo que vas a decirme o cómo decirlo?

—Ambas cosas, por supuesto —Empezó a jugar con sus manos y a girar la cabeza cada tanto para comprobar la distancia a la que se encontraba Mary—. En verdad no lo había pensado hasta hace un momento, y creo que podría ser una buena idea; algunos pensarían que es una locura, pero soy una persona práctica y en situaciones como esta...

—Lamento interrumpir, pero me gustaría saber si estás hablando conmigo.

Ella alzó los ojos al cielo y luego lo miró con el ceño fruncido.

—Desde luego que hablo contigo.

—Bien, solo necesitaba comprobarlo.

—Robert, ¿dirías que somos amigos? —Juliet dijo al fin lo que deseaba saber.

El conde la miró, sorprendido por la pregunta, que le pareció increíble. ¿Si eran amigos? No se le ocurrió una respuesta apropiada. Juliet le inspiraba muchas cosas, quizá la camaradería propia de la amistad entre ellas, por supuesto, pero tenía claro que el efecto que ella producía en él no se limitaba a esa clase de afecto.

—Supongo que sí.

—No parece muy convencido... —Le dolió la expresión casi decepcionada en su rostro.

—No, por favor, no me malentiendas, desde luego que te considero una amiga, pero creo haberte dicho que no es solo eso lo que me inspiras.

Ella volvió a sonrojarse y desvió la vista hacia la hilera de árboles que se distinguían en la lejanía.

—Lo sé, claro, pero me temo que no tengo mucho tiempo para que te decidas respecto a lo que sientes por mí, que a fin de cuentas podría no ser nada.

Robert pudo sorprenderse por tal comentario, pero lo que más le preocupó fue su mirada ansiosa, por más que intentaba esconderla.

—Juliet, ¿qué está pasando?

—Necesito pedirte un favor, pero no sé si podrás ayudarme.

Él empezó a preocuparse de verdad; parecía que en cualquier momento ella empezaría a llorar, y no creía poder soportarlo.

—Puedes pedirme lo que sea, y no importa cómo, encontraré una forma de ayudarte, lo prometo.

Esa declaración tan segura pareció infundirle nuevos ánimos, porque la vio suspirar más tranquila, y tras ladear la cabeza una vez más y mirar a la doncella a lo lejos, se acercó tan solo un poco para hablarle en susurros.

—Robert, ¿te casarías conmigo?

¡Dios santo, ella quería matarlo!

O eso pensó Robert en tanto tropezaba con un pequeño seto que no vio en su camino y caía sobre la hierba.

—¡Robert!

Juliet no pretendía asustarlo de ese modo con su petición; esperaba que expresara consternación, que se negara de inmediato, pero no que terminara cayendo de forma tan aparatosa.

Ignorando a Mary y a quienes les observaban, se apresuró a agacharse a su lado y lo ayudó a incorporarse. Pero él se libró de su mano y se puso de pie con un movimiento tan brusco que le provocó dar un par de pasos hacia atrás, por su propia seguridad; así de indignado se veía.

—¿Estás bien? —Era la segunda vez que se lo preguntaba en poco menos de media hora.

—¿Bien? —Bajó un poco el tono al notar que casi gritó esa palabra—. No mucho, ya que lo mencionas.

—¿Te golpeaste muy fuerte? —No parecía estar lastimado, pero quizá no pudiera notarlo a simple vista—. Creo que debí esperar a detenernos para hacerte esa pregunta.

—Una idea extraordinaria, lástima que no la aplicaras.

—Oh, Robert, por favor, no estés molesto conmigo, lo siento mucho.

Él debió de ver lo mucho que le afectaba su actitud, porque dejó de mirarla de esa forma y empezó a buscar un lugar en donde pudieran sentarse.

—¿Te importaría que nos acerquemos a esa banca? Está a la vista de todo el mundo, tu virtud estará a salvo, pero que tu criada se quede a unos cuantos metros, por favor, y si no quiere, dile que estoy dispuesto a sobornarla.

Juliet estuvo a punto de protestar por la brusquedad de sus palabras, pero se abstuvo de hacer comentarios. Debía de ser justa con él y reconocer que, después de lo que le había dicho, no podría reaccionar de otra forma.

Lo siguió hasta la banca, e hizo un gesto discreto a Mary para que se mantuviera alejada; sabía que ella le haría caso, al menos por el profundo cariño que le tenía.

—Ahora, por favor, repite lo que has dicho.

—Pensé que me habías escuchado y por eso tropezaste... —Se mordió un labio al ver la mirada rabiosa que le dirigió—. Lo siento, ya comprendo. Yo... pregunté si estabas dispuesto a casarte conmigo.

Robert exhaló con fuerza y habría jurado que decía una plegaria en voz muy baja.

—Bien, en ese caso mi oído se encuentra en perfectas condiciones —Al fin se dirigió a ella—. Juliet, voy a necesitar que seas un poco más clara.

—Desde luego, comprendo —Allí iba, no podría ser tan difícil—. Como sabes, el Marqués de Norrington me propuso matrimonio y lo rechacé; mi tío me apoyó, pero solo por esta vez, y me ha dicho que deberé aceptar la próxima propuesta que reciba, considerando que esta sea de Lord Graham o...tuya.

Dejó que el conde asimilara esta información antes de continuar, pero, como él no dio mayores muestras de decir algo, supuso que debía retomar la palabra.

—No sé si lo sabes, pero mucha gente cree que tú y Lord Graham están interesados en mí y que ambos piensan proponerme matrimonio —Dicho así, sonaba un poco presuntuoso, por lo que se apresuró a continuar—. Desde luego que ellos no saben cuánto odiarías la idea de casarte conmigo, pero es muy posible que Lord Graham sí considere pedir mi mano, una idea que no me entusiasma...

—Espera un momento, ¿de dónde has sacado semejante idea?

Su interrupción y la forma en que la miró le provocaron un ligero sobresalto, ¿qué había dicho ahora?

—Lo ha insinuado muchas veces, no solo a mí, también a mi tío, y aún peor, a mi abuela; sé que se le considera un buen partido, pero no puedo lograr que me agrade.

—No estoy hablando de Graham, me refiero a mí, ¿por qué supones que odiaría la idea de casarme contigo?

—Lo dijiste.

—No, no lo hice.

Juliet frunció un poco el ceño, confundida por esa pasión para negar algo que le parecía tan evidente.

—Tal vez no usaras esas palabras, pero no es un secreto que no deseas casarte con ninguna mujer, y es lógico suponer que yo entro en esa categoría.

Robert se quedó con la boca abierta por varios segundos, lo que ella consideró como una implícita aceptación a su teoría.

—Como decía, no creo poder soportar casarme con Lord Graham, y no pienso hacerlo; antes, lo he pensado, me fugaría —Ignoró la expresión horrorizada de Robert y continuó antes de que la interrumpiera—; sin embargo, preferiría no hacerlo, no aún. No tengo más familia en este país, ni dinero propio hasta que cumpla los veintiún años, así que no sabría qué hacer, de modo que pensé en la posibilidad de que tú y yo podríamos casarnos. Desde luego, no pretendo imponerme como una carga, podría ayudar; quiero decir que mi dote es bastante cuantiosa, según sé, y si gustas puedes disponer de ella como mejor te parezca; aunque apreciaría que dejaras el dinero que me corresponda en el banco para cuando pueda volver a casa, y...

—¡Juliet!

Robert la miraba con tal furia que se alejó un poco, casi hasta el final de la banca, un poco asustada por su reacción.

—Por favor, no digas una sola palabra más.

—Pero...

—Hablo en serio, Juliet, guarda silencio un momento; necesito calmarme o voy a decir algo de lo que luego podría arrepentirme, ¿entiendes? —Esperó a verla asentir—. Bien, dame unos minutos.

Fueron exactamente siete minutos los que Robert permaneció en absoluto silencio, y ella debió hacer otro tanto, pensando que tal vez no había sido una

buena idea hacerle semejante propuesta. En verdad no era algo a lo que le dedicara mucho tiempo de meditación; mientras se preparaba para salir, y en tanto empezaban su paseo, la idea empezó a madurar en su mente y le pareció extraordinariamente lógica.

Robert le agradaba, y mucho; lo justo era decir que despertaba sentimientos en ella que ningún otro hombre había siquiera inspirado por asomo, y, según le confesó él, algo similar pasaba en su caso. De forma que no le pareció tan descabellada la idea de casarse con él; lo consideraba ya un amigo, se divertían mucho juntos, y estaba segura de que llegado el momento, él la ayudaría a regresar a casa. Era perfecto.

Jamás pensó que lo tomaría como una afrenta terrible, porque eso parecía expresar su rostro en ese momento.

—De acuerdo.

Esas palabras, dichas de pronto, le produjeron un alivio tremendo y se acercó un poco a él, cuidando de dejar una distancia prudencial, claro.

—Me tranquiliza que ya no te sientas ofendido, Robert, no fue mi intención...

No pudo continuar porque, de pronto, él tomó su mano ¡en público! y se la llevó a los labios, con una sonrisa que no podía augurar nada bueno.

—Oh, te equivocas, estoy muy ofendido —le dijo, ignorando a Mary, que se acercaba con paso rápido—. Sin embargo, acepto tu proposición, Juliet, me casaré contigo.

## CAPÍTULO 20

Apenas un día después de este extraño acontecimiento, Robert se dirigió con paso seguro a la residencia Ashcroft y solicitó una audiencia con el tío de Juliet, la misma que fue concedida de inmediato.

Él pensó, con mucho cinismo, que Lord Ashcroft debía de conocer perfectamente el motivo de su visita y que estaría desesperado por entablar esa conversación y dar el asunto por concluido.

—Milord, es un gusto tenerlo por aquí, por favor, siéntese.

Lord Ashcroft era toda amabilidad y sonrisas, pero Robert no se sentía tan animado, no como para corresponder a su cordialidad. De cualquier modo, se comportó según lo establecido y le informó que había recibido una respuesta positiva de parte de Juliet a su propuesta de matrimonio. Una mentira que consideró más que conveniente, ya que, si alguien se enteraba de que las cosas se habían dado a la inversa, aquello sería motivo para un gran escándalo.

Desde luego que Lord Ashcroft expresó su satisfacción por esa noticia y le deseó lo mejor, asegurándole que no podría encontrar a una joven con mayores virtudes.

—Creo que esto merece un brindis, milord, tengo un coñac que reservo para ocasiones especiales.

Robert aceptó la copa con agrado y debió contenerse para no beberla de un solo trago.

—Supongo que deseará hablar acerca de las condiciones de la dote...

—Sí, por supuesto, es un tema que me interesa particularmente —Lord Ashcroft alzó ambas cejas ante su declaración—. Sé que Juliet dispone de una considerable fortuna y deseo pedirle un favor.

—Usted dirá.

—No aceptaré ninguna dote —Sonrió un poco ante la expresión pasmada

del tío de Juliet—. Prefiero que el dinero sea depositado en un fondo de inversión, a nombre de su sobrina, por supuesto; podremos hacer los arreglos para que este sea controlado por el tribunal. Si ella lo desea, podrá tener acceso a él, yo no podré tocarlo bajo ninguna circunstancia.

Lord Ashcroft sacó su pañuelo y lo pasó por su amplia papada, sin poder disimular su desconcierto.

—Bueno, esta es una situación muy poco usual.

—No realmente, he oído de muchos acuerdos de este tipo, si bien se acostumbra mantenerlos en reserva, lo mismo que haremos en este caso, por supuesto.

—Sí, claro, desde luego.

—Preferiría también que Juliet no sepa nada al respecto aún, quiero ser yo quien se lo diga en el momento oportuno; es más, agradecería profundamente que esto quedara por ahora tan solo entre nosotros.

Lord Ashcroft asintió, ya más sereno y dejando de lado la extrañeza por esta curiosa petición. Juliet no podría haber escogido mejor; este Arlington era un hombre de honor y, obviamente, no tenía mayor interés por el capital de su sobrina, solo le quedaba suponer que la amaba profundamente, o eso deseaba pensar.

—Aún no he tenido la oportunidad de hablar con mi madre acerca del compromiso, así que desearía que lo mantuviéramos como un asunto estrictamente familiar por unos días; luego podremos anunciarlo y celebrar una pequeña reunión.

—Por supuesto.

—Además, deseo evitar un compromiso largo; preferiría que no fuera de más de unas cuantas semanas. No he podido hablar aún con Juliet al respecto, pero confío en que compartiré mi deseo.

Lord Ashcroft exhibió una mueca ligeramente burlona.

—No dudo que Juliet estará de acuerdo, no es una joven muy interesada en las celebraciones fastuosas; mi madre, por el contrario, se sentirá desolada — La idea no parecía disgustarle en absoluto.

—Estoy seguro de que Lady Ashcroft sabrá comprender nuestro deseo; después de todo, lo más importante para ella es la felicidad de Juliet.

No escondió su tono irónico, y sin duda Lord Ashcroft lo captó, pero no hizo mayores comentarios al respecto, tan solo se levantó, dando por terminada la entrevista, y le extendió la mano.

—Milord, es un honor darle la bienvenida a nuestra familia; Juliet es muy afortunada.

Robert estrechó su mano y sonrió a medias.

—Su sobrina es una joven extraordinaria en todo sentido, milord, y puedo asegurarle que soy yo el afortunado.

Esta declaración pareció terminar de satisfacer a Lord Ashcroft, que sonrió ampliamente y lo acompañó hasta la salida.

No tenía intenciones de hablar ese día con Juliet, aún necesitaba aclarar algunas ideas y compartir la noticia con su madre, así que se dirigió a la salida, escoltado por el mayordomo.

Antes de traspasar la entrada, se topó con Daniel Ashcroft, que le observó desde lo alto de las amplias escaleras con una mirada desafiante. Robert asintió en señal de saludo, gesto que no fue correspondido, pero lo ignoró; empezaba a hartarse de la actitud de ese muchacho malcriado, aunque no olvidaba que podría ser más peligroso de lo que aparentaba.

Dejó para después esas preocupaciones, ya que tenía asuntos más importantes que atender en ese momento, y una vez fuera, le ordenó a su cochero que lo llevara lo antes posible a casa. Con lo rápido que corrían los chismes en esa ciudad, sería un milagro que pudiera contarle a su madre lo ocurrido antes de que se enterara por alguien más, y eso nunca se lo perdonaría.

No quiso pensar en Juliet y en lo que le había llevado a tomar esa decisión tan apresurada, solo sabía que cuando ella le propuso matrimonio, por absurda que sonara la frase, tuvo un momento de revelación.

Tal vez Juliet fuera su tormenta, pero él se consideraba un buen marinero, lo bastante hábil para sortearla y salir bien librado del peligro; aún las más

furiosas tempestades debían amainar en algún momento, y sería su labor estar atento para no dejarla ir cuando el viento dejara de soplar.

—Lo que me cuentas debe de ser lo más extraño que he oído jamás.

Juliet miraba a Lauren desde un rincón de su habitación, con un cojín apretado contra el pecho. No le extrañaba que su amiga pareciera tan horrorizada, suponía que de estar en su lugar actuaría igual; después de todo, acababa de contarle los pormenores de su propuesta matrimonial a Robert.

Aún hasta ese momento ella misma no conseguía salir de su propio estupor; le costaba creer que se hubiera atrevido a tanto. ¿Pedirle matrimonio a un caballero? ¿A Robert? Y bajo esos términos, además, que a él parecieron sentarle tan mal. Deseaba hablar con él, decirle que de ninguna forma pretendió ofenderlo y que, si lo deseaba, podían dar marcha atrás, pero no había podido verlo desde esa tarde en que la llevó de vuelta a casa y solo se había enterado de su visita el día anterior para hablar con su tío. Le dolía pensar en los motivos por los cuales no había solicitado hablar con ella.

Si algo positivo había resultado de su acción, fue que en cuanto su abuela se enteró de que, tal y como Robert le había dicho que debería de contarse, él le había propuesto matrimonio y ella aceptó, no hacía más que mostrar su alegría, y la trataba con un afecto que jamás le había demostrado.

Daniel, en cambio, recibió la noticia con semblante inmutable y ni siquiera la había felicitado, por más que su abuela insistiera en ello. Tan solo sentía su mirada fija en ella cada vez que compartían una habitación, y considerando lo bien que la conocía, no sería de extrañar que supiera en verdad cuales fueron las circunstancias en que se acordó ese compromiso, lo que le provocaba un profundo temor.

—Hay algunas habladurías, ¿sabes? Algo respecto a verlos paseando por el parque y que te trajera a casa del brazo...

Juliet volvió su atención a Lauren, que continuaba mirándola con sus grandes ojos verdes abiertos de par en par.

—No me extraña, el parque estaba muy concurrido ese día.

—Pero nadie se atreve a decir nada, no lo harán en tanto la familia no lo

anuncie formalmente, ¿sabes cuándo lo harán?

—Según mi tío, Robert quiere esperar unos días para hablar con su madre, y estoy de acuerdo —No le dijo lo mucho que le incomodó que no discutiera ese asunto con ella—. Supongo que mi abuela deseará que la noticia se conozca lo antes posible.

Lauren suspiró, al parecer muy emocionada; para su romántica amiga, la extraña forma en que se había dado ese compromiso palidecía al lado de todo lo que podría significar para Juliet.

—Es todo tan extraño, pero no deja de resultar perfecto, ¿no lo crees? No tendrás que soportar más a Lord Graham, serás una condesa, y por lo que he oído de ti y otras personas, Lord Arlington es un hombre muy agradable.

Juliet no le había hablado acerca de sus ideas respecto a que no se tratara de un matrimonio convencional, ni que lo veía en verdad como un medio para independizarse de su familia y recurrir al afecto que Robert sentía por ella para que la ayudara a volver a su casa. Lauren era muy noble, pero no lo comprendería.

—Sí, lo es, es un hombre encantador.

Lauren dio un salto, y despejó parte del dosel de la cama en la que estaba sentada para acercarse a ella y mirarla mejor. Su abuela le había dado permiso para que subiera a su habitación, aún cuando antes lo había prohibido; el compromiso parecía estar otorgándole muchas ventajas en lo que a ella se refería, pensó con cinismo.

—Juliet, ¿tú le quieres?

Ella frunció un poco los labios ante la pregunta que esperaba desde hacía horas; Lauren era muy predecible en ese sentido, y sabía que en algún momento iba a hacer referencia a sus sentimientos.

—Desde luego que le quiero, acabo de decirlo, es un hombre maravilloso —Respondió lo que estaba segura que deseaba escuchar.

Pero su amiga no pareció satisfecha con eso y casi peleó con las enaguas de su vestido para conseguir bajar de la cama y sentarse en una silla, a su lado.

—Creo que no hice la pregunta correcta, porque también quiero a mi gato, pero no me casaría con él.

—Lauren, qué dices —No esperaba ese comentario, y a su pesar, le arrancó una sonrisa.

—Lo que quiero saber es si le amas, ya sabes, como se supone que debes amar al hombre con el que vas a casarte —Le dio un ligero codazo—. Así como mi padre ama a mi madre, y como me has contado se amaban los tuyos, esa clase de amor.

Juliet bajó la vista a su regazo, un poco turbada por la pregunta, ¿qué podía contestar a eso? Nadie esperaba que amara al hombre con el que iba a casarse, al menos no en su familia, pero Lauren no veía las cosas de la misma forma, y a decir verdad, ella tampoco.

Pensó en todo lo que Robert le inspiraba y pudo sentir cómo sus mejillas se sonrojaban, no podía hablarle de eso a Lauren...

—Bueno, me gusta —Suponía que con eso se quedaría tranquila.

—¿Te ha besado?

—¡Lauren! —Definitivamente no iba a contestar a eso.

Pero su rostro debió delatarla, porque su amiga se cubrió las mejillas con ambas manos y empezó a dar brincos nada propios de una señorita sobre la silla.

—¡Te ha besado! ¡Oh, Dios! ¿Cómo? ¿Dónde? No pudo ser en el parque porque de haberlo hecho ya lo sabría todo Londres —Lauren frunció el ceño, un poco confundida—. ¿Fue en alguna de las visitas que te hizo? ¿Y tu abuela no se dio cuenta?

—Lauren, por favor, no voy a hablar de eso.

Su amiga hizo un mohín disgustado, pero pronto volvió al ataque; no imaginaba que fuera precisamente ella quien le obligara a hablar de esas cosas.

—Está bien, no tienes que decirme en qué circunstancias ocurrió —Juliet suspiró aliviada—, pero sí puedes decirme qué sentiste.

Juliet apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón y cerró los ojos, indecisa entre contestar a la pregunta de Lauren o decirle que prefería no hablar de ese tema. En parte era cierto que no se sentía muy cómoda poniendo en palabras lo que Robert le inspiraba, pero no tenía a ninguna otra persona en la que confiara lo suficiente como para hablar de eso; aún con Mary sentía algunas reservas, pero Lauren era distinta, ella siempre se veía tan entusiasmada y parecía encontrar tan importante su felicidad...

—No esperaba que me besara. Fue muy extraño porque no pude pensar en nada mientras lo hacía, y parte de mí deseaba que se detuviera mientras esperaba también seguir experimentando lo que sentía —Habló sin abrir los ojos, un poco abochornada por su confesión—. Luego, a solas, pude pensar en eso, y aunque quisiera, Lauren, no podría explicar lo que me inspiró, es tan complicado. Solo sé que de alguna forma me hizo feliz.

Se tomó un momento antes de abrir los ojos, y casi los cierra nuevamente, impactada al ver a su amiga con lágrimas en los ojos y ambas manos sobre el corazón.

—¡Oh, Juliet, eso es amor!

¿Lo sería? ¿Y cómo podría saberlo ella? Lauren conocía aún menos del amor que la misma Juliet, así que no entendía como es que lo aseguraba con ese énfasis.

—Una vez me atreví a preguntarle a mi madre cómo fue que se enamoró de papá, y ella me contó algunas cosas —Le habló en susurros, aunque nadie podría escucharlas allí—. No creas que dijo mucho, y no voy a darte detalles, así como jamás le hablaré a nadie de lo que me has contado, pero recuerdo que me dijo que no podría explicarme lo que él le hacía sentir, solo asegurar que a su lado era verdaderamente feliz, y que esperaba que alguna vez yo pudiera sentir lo mismo. Entonces, eso es amor, ¿cierto? Compartir tu vida con esa persona que te hace realmente feliz.

Juliet no supo qué responder y se quedó en silencio, pensando en las palabras de Lauren y en cuánta razón podría tener.

Porque, si estaba en lo cierto y empezaba a amar a Robert, todo resultaría aún más complicado.

A Robert le costaba manejar sus emociones cuando se encontraba irritado, pero, si además debía convivir con su madre, que no dejaba de expresar su alegría cada vez que le hablaba acerca de su compromiso con Juliet, empezaba a pensar si no sería buena idea encargar a su valet que preparara una maleta y pedir asilo en casa de Charles.

Lamentablemente, conocía bien a su amigo, y era muy posible que se encontrara en un estado similar al de su madre, así que no habría mayor diferencia.

Por más que pensaba en ello, no encontraba dentro de sí ni un atisbo de arrepentimiento en su decisión de aceptar la propuesta de Juliet; por el contrario, se sentía extrañamente en paz. Ciertamente que las cosas no se dieron de la manera más regular, pero nada relacionado con esa joven podría considerarse normal, según lo que la sociedad consideraba así, claro.

Entonces, si bien no se arrepentía de haber aceptado implicarse en esa locura, sería una hipocresía no reconocer que eran los fines de Juliet los que le ofendían profundamente. El que le propusiera casarse con ella con el único propósito de contar con su protección para luego poder prácticamente abandonarlo, era insultante.

Y aun así, él había aceptado de buena gana participar en esa charada que no podría resultar en nada bueno, para ninguno de los dos.

No podría asegurar que amaba a Juliet, aunque considerando el riesgo que estaba dispuesto a correr, era muy probable que ese fuera el caso. No era hombre de actuar por impulsos, generalmente sopesaba sus opciones y tomaba una decisión, pero desde que Juliet apareció en su vida, se desconocía por completo. El seguirla a Londres, esa pantomima del cortejo, el compromiso... nada de ello parecía cosa suya, y aun así, una vez más, no se arrepentía de nada.

Si eso no era amor, no tenía idea de cómo podría llamársele.

¿Pero cómo decirle tal cosa a una joven impetuosa que solo lo veía como un medio para concretar sus fines? Lo que Juliet esperaba era a un amigo que fuera en su rescate y la ayudara a concretar esa ridícula idea de dejar Inglaterra y volver a América. Era demasiado terca para entender que iba tras unos recuerdos que no constituirían ninguna felicidad para ella.

La obvia atracción que sentía el uno por el otro parecía no contar dentro de sus planes.

La única forma de conseguir que comprendiera lo que verdaderamente importaba en la vida, era mostrárselo, y aunque estaba seguro de que no sería fácil, y que posiblemente fracasara, iba a intentarlo con todas sus fuerzas. Tal vez se hiciera de su amor, o de su eterno desprecio, pero nunca se perdonaría si daba un paso en falso por un momento de duda.

Sería una lucha muy difícil y peligrosa, pero la cobardía no se encontraba entre sus defectos.

Había pasado ya una semana desde la última vez que viera a Robert, y Juliet empezaba a perder la escasa paciencia que poseía. ¿Qué clase de juego era ese? En algún momento tendrían que hablar, ¿o acaso esperaba a estar frente al altar para verla de nuevo? A veces ese hombre podía ser tan extraño...

Llevaba toda la mañana bordando, ¡bordando! Ella odiaba bordar, y se le daba terriblemente mal, pero si usaba toda su concentración para evitar darse un buen pinchazo con la aguja y conseguir un dibujo presentable, no podría pensar en Robert tanto como quisiera.

La idea de buscarlo había pasado por su cabeza, pero la desechó de inmediato por considerarla imposible. Ella no podía ir a la casa Arlington y tocar la puerta preguntando por el conde, era ridículo. Aunque, si Robert continuaba con esa actitud, tal vez se atreviera a enviar a Mary con un mensaje; necesitaba hablar con él.

—Debes de estar desesperada.

Oh, no, no ahora.

Apenas levantó la vista para comprobar que era Daniel quien, apoyado en el dintel de la puerta, la miraba con una mueca burlona.

—Odias bordar.

Continuó con su labor en silencio, haciendo lo posible por mantener la calma. Ceder a las provocaciones de su primo podría ser peligroso.

—¿Será acaso la ausencia de tu prometido lo que te atormenta? No sé por qué me resulta difícil de creer.

—Piensa lo que quieras.

Claro, ella no podría mantener la boca cerrada ni aunque la amenazaran de muerte, no cuando era Daniel quien la molestaba. ¿Cómo habían llegado a esa situación? Hasta hacía unos meses él era la persona en quien más confiaba en el mundo, y ahora parecía disfrutar atacándola.

—Siempre lo hago.

—Entonces tus comentarios son innecesarios.

No levantó la vista de su bordado, aunque frunció un poco el ceño al escuchar sus pasos acercándose y su peso caer sobre el sillón frente al que ella estaba sentada.

—Tal vez ha entrado en razón y decidió dar marcha atrás; es una suerte que el compromiso no haya sido anunciado aún, te evitará una humillación.

—Daniel, por favor, basta ya —Juliet dejó su labor a un lado y lo miró—. ¿Por qué eres tan cruel conmigo? No te he hecho nada; solo déjame en paz.

—¿Cruel? Jamás sería cruel contigo, ¿cómo puedes decir eso?

Le sorprendió su desconcierto, porque parecía sincero, y eso la confundió aún más. No estaba de humor para lidiar con Daniel y su extraña manera de expresarse.

—Te burlas de mi compromiso, y esperas que Robert me abandone, acabas de decirlo; eso, primo, es cruel.

—¿Soy un desalmado por tener esperanza?

—¿Qué clase de esperanza puede estar basada en el sufrimiento de otros?

Desde que comprendió lo que Daniel le había insinuado en su última charla, no pretendía ya ignorar lo que según él le inspiraba, aunque no dejara de incomodarla. Pero no estaba acostumbrada a andarse con rodeos cuando hablaba con él y no iba a empezar ahora. Tal vez si era sincera, dejaría esa absurda idea y se daría cuenta de que estaba totalmente equivocado.

—La de muchos, Juliet; tantos que te asombrarías —respondió, tras pensarlo un momento—. Pero te aseguro que no te deseo mal, solo quiero que seas feliz, y puedes serlo conmigo. Sé por qué estás haciendo esto y estás equivocada.

—Eres tú quien está errado si crees conocerme tan bien para suponer el motivo de mis actos.

—¡Te conozco mejor que nadie! —Levantó la voz sin preocuparse por quién le oyera, lo que asustó a su prima—. Crees que Arlington va a salvarte de casarte con alguien peor, y que de alguna forma podrás escapar. ¿Eres tan ilusa para pensar que él te dejará? Una vez que te tenga no permitirá que te alejes y todo habrá sido para nada.

Juliet sintió algo extraño en el pecho, una mezcla de impaciencia y repulsión por la forma en que Daniel hablaba, no solo tratándola como si fuera una tonta, sino desmereciendo a Robert, lo que le inspiró una rabia que no alcanzó a identificar en ese momento, pero que hizo que le temblaran las manos.

—No sabes nada de lo que siento, Daniel, no seas tan presuntuoso siquiera para creer que tienes una idea de ello —Levantó el mentón y lo miró con tanta ira que su primo se sorprendió—. Voy a ser feliz, muy feliz, y Robert se asegurará de eso, porque seré feliz a su lado; ahora, por última vez, déjame en paz.

Ella también había levantado la voz según hablaba, pero no lo notó hasta que calló y el silencio se hizo tan pesado que casi podía sentirse. En ese momento, cuando estaba a punto de levantarse e irse, intuyendo que Daniel no abandonaría la discusión con tanta facilidad, una de las criadas golpeó suavemente la puerta del salón que su primo había dejado entornada.

—Su señoría, el Conde Arlington.

Al ver entrar a Robert, no pudo evitar emocionarse, pero en cuanto se encontró con sus ojos, comprendió que él no estaba precisamente contento. Pasaba la mirada de ella a Daniel, con el ceño fruncido.

—Juliet —La miró solo un momento con fijeza antes de dirigirse a su primo—. Ashcroft.

Ella se levantó e hizo una ligera reverencia, no estaba segura de si era necesario ahora que estaban comprometidos, pero lo vio tan imponente allí parado que le pareció lo más correcto. Daniel, en cambio, se puso de pie con tranquilidad y apenas agachó la cabeza en señal de saludo.

—Milord, me temo que mi abuela no se encuentra en casa.

Robert escuchó sin mucho interés el comentario de Daniel, y avanzó unos cuantos pasos más hasta ponerse a su altura.

—Lamento oírlo, esperaba poder saludarla, pero es a Juliet a quien vine a visitar.

—Eso no será posible, ya que no hay otra dama que le sirva de compañía.

—No será necesario, ya que estamos comprometidos, y debe saber, Ashcroft, que las parejas comprometidas pueden pasar unos momentos a solas.

—El compromiso no ha sido anunciado formalmente...

—Lo será mañana —El tono de Robert fue cortante.

Tanto Juliet, que había vuelto a su asiento, como la criada, que permanecía de pie a un lado de la puerta, miraban a uno y a otro con similar expresión de desconcierto.

—No dudo de que su abuela y su padre estarán de acuerdo en que tengo todo el derecho de compartir algo de tiempo con mi prometida, así que le agradecería nos dejara a solas.

Juliet pudo ver cómo Daniel se dividía entre continuar argumentando contra esa posibilidad, y dejar el salón. Para su fortuna, ya que hubiera odiado ver un enfrentamiento entre ellos, optó por lo segundo, y sin despedirse los dejó tan solo con la compañía de la criada, que seguía de pie sin saber qué hacer.

—Dotty, por favor, trae un poco de té y unas pastas.

Ella hizo una pequeña reverencia, sonriendo a Juliet como si acabara de salvarla de una situación terrible, y exhaló un suspiro aliviado antes de salir.

Ahora era su turno de guardar silencio porque no sabía qué decir; según

imaginaba, Robert debía de continuar disgustado con ella, y el encontrar a Daniel allí aumentó sin duda su mal humor.

—¿Quieres sentarte? —No podía quedarse de pie por siempre.

Él asintió, e ignorando el sillón en el que Daniel había estado sentado, optó por ocupar un lugar a su lado, tras tomar suavemente su bordado y dejarlo en una mesilla lateral.

—No sabía que bordaras.

—Se me da tan bien como pintar.

Al menos logró arrancarle una sonrisa; en esas circunstancias, podría considerarse un gran triunfo.

—Es una suerte que no necesites vivir de tu talento.

—Eso es un poco ofensivo, pero lamentablemente cierto —Juliet suspiró y dejó de hablar al ver a la criada volver con una bandeja.

Mientras dejaba el servicio en la mesa frente a ellos, les dirigía miradas nerviosas, y Juliet se preguntó lo que habría dicho en las cocinas. Imaginaba que en unas cuantas horas la ciudad estaría enterada de que el conde Arlington había ido a visitar a su prometida, y que casi había exigido pasar tiempo con ella a solas.

Esperaba que su abuela se tomara esas noticias con el mismo buen humor que todo lo relacionado con su próximo matrimonio.

Cuando se quedaron nuevamente a solas, se encargó de servir el té; ya sabía cómo lo tomaba él, así que no debió preguntar, y aunque rechazó las pastas, dio un sorbo a su bebida.

—¿Es cierto lo que dijiste?

—¿A qué te refieres?

—Le dijiste a Daniel que el compromiso será anunciado mañana; no lo sabía.

No pretendía que su tono fuera de reproche, pero no pudo evitarlo, ya que se sentía excluida y odiaba que fuera precisamente él, alguien a quien en

cierta medida considerara un igual, quien la tratara de ese modo.

Él debió notar su tono, porque relajó un poco el ceño y la miró con menos dureza.

—Lamento no haberlo discutido contigo; en verdad esperaba hacerlo, no lo había decidido aún, pero él... —Juliet supo que se refería a Daniel—. Si no estás de acuerdo, podemos fijar otra fecha.

—No es necesario, me parece bien, gracias por consultarlo conmigo, lo aprecio mucho.

—Bueno, eres la novia, creo que tienes una o dos cosas que decir acerca de tu matrimonio.

Juliet esbozó una pequeña sonrisa y tomó su taza para dejar de jugar con sus manos.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Está aún más feliz de lo que imaginé, lo que no es poco, te lo aseguro. Le agradas mucho y no cesa de decir que tomé la mejor decisión de mi vida al ofrecerte matrimonio.

Ella se sonrojó ante esa declaración, no por los halagos, aunque le alegraba que Lady Arlington la aceptara con tanto entusiasmo, sino porque ambos sabían que todo lo relacionado con la propuesta era una gran mentira.

—Acerca de eso... —En algún momento tendrían que hablar al respecto—. Robert, yo... necesito saber qué piensas de todo esto. Sé que te sorprendió mucho mi idea, pero no hemos tenido la oportunidad de hablar con tranquilidad.

—Bueno, he aceptado, ¿verdad? Obviamente, estoy de acuerdo.

Juliet dejó la taza sobre la bandeja y se volvió un poco para mirarlo con mayor atención.

—Pero no sé qué es exactamente lo que piensas acerca de lo que dije, si te parece una locura o no, ni siquiera comprendo cómo es que has convenido en casarte conmigo cuando sé bien que no deseabas hacerlo.

—Juliet, si no deseara casarme contigo, ¿no habría sido lo más lógico que

simplemente rechazara tu propuesta?

—Sí, claro, pero tal vez lo haces obligado en nombre de nuestra amistad; sé que fue poco honorable recurrir a ella para convencerte, pero no pude pensar en nadie más.

—Supongo que debería sentirme honrado por eso.

—No pretendo ofenderte, lo juro, eres el único amigo que tengo, es la verdad —Dudó un segundo antes de extender una mano y ponerla sobre su brazo—. No sé por qué, ni de qué forma ocurrió, pero confío en ti más que en nadie. No dudé un segundo que accederías a ayudarme, pero siento que estoy abusando de tu generosidad y no es justo.

Robert la sorprendió al apretar su mano y dirigirle una cálida sonrisa.

—¿Y quién dice que es solo la generosidad la que me ha impulsado a aceptar tu proposición? Tal vez tengo motivos ocultos.

La idea la perturbó menos de lo que hubiera podido imaginar; no le resultaba tan extraño oír esa clase de comentarios de boca de Robert, en parte porque sabía que bromeaba, y también porque estaba segura de que él jamás la lastimaría.

—¿Motivos ocultos? Me gustaría conocerlos.

—Si los menciono, dejarán de estar ocultos y eso sería terrible para mis propósitos; debes permitir que un hombre guarde sus secretos, especialmente si se trata de tu futuro esposo.

Semejante comentario le causó tanta gracia que no pudo contener una carcajada, con lo que se ganó una mirada ofendida.

—Lo siento tanto, es que suena tan extraño —se excusó de inmediato—. Pero debes decirme la verdad, Robert; ¿por qué has aceptado?

—¿A pesar de que obviamente me estás utilizando para librarte de tu familia y luego abandonarme?

Le dolió que lo dijera de esa forma, especialmente porque no parecía culparla, su expresión amable no había variado.

—Sí, a pesar de eso —No pretendió negarlo—. Eres un hombre conocido

por su aversión al matrimonio, pero has aceptado casarte conmigo en estos términos.

Robert suspiró y retiró con delicadeza la mano que reposaba en su brazo; de pronto, Juliet se sintió un poco vacía, como si ese gesto significara que deseaba alejarla de él.

—No negaré que me siento un poco ofendido por tu petición, o mejor dicho, por la forma en que la hiciste, pero creo que aunque estés equivocada algo bueno podría resultar de esto.

—¿Equivocada?

—¿Recuerdas lo que te dije al poco tiempo de conocernos? ¿En el cumpleaños de mi madre? Te molestaste mucho conmigo, pero sigo pensando que esta obsesión tuya por volver a América, creyendo que serás feliz allí, es fruto de tu terquedad —Le hizo un gesto cuando la vio abrir la boca para refutar eso—. Sé que crees tener razón, y te respeto, pero no puedes esperar que vea las cosas distinto solo porque así lo deseas. No pretenderé hacerte entrar en razón y obligarte a pensar igual que yo, pero creo que si te das la oportunidad de ser feliz aquí, conmigo, podrías serlo.

Juliet pestañeó, sorprendida por su sinceridad, recordando las palabras de Lauren respecto a que podría estar enamorada de Robert y, como acababa de afirmarle a Daniel, con toda seguridad que sería feliz a su lado. Pero su casa, no podía abandonar su sueño de volver a casa.

—Sé que no lo entiendes, y no espero que lo hagas ahora, pero... ¿podrías al menos darme la oportunidad? ¿Dárnosla a ambos? Tienes razón en que la idea de casarme nunca me había entusiasmado, pero ahora que te conozco, no veo las cosas de la misma manera. Si yo puedo cambiar, ¿por qué no podrías hacerlo tú?

—Robert, no puedes casarte conmigo esperando que cambie de opinión, porque puedo asegurarte que no lo haré —No sabía por qué hablaba con tal seguridad, pero sentía que necesitaba decírselo.

Él se encogió de hombros, como si la idea en sí no le perturbara mucho, como si no acabara de decirle que deseaba ser feliz a su lado.

—Ya lo veremos.

—Robert...

—Preferiría no discutir más al respecto, por favor, o lo que he dicho hará que cambies de opinión y desistas de casarte conmigo.

Juliet no tuvo que pensarlo, desde luego que iba a casarse con él, aunque en ese instante le pareció una locura aún más grande de lo que supuso en un primer momento.

—No, me casaré contigo, pero...

Él se puso de pie antes de que pudiera continuar, y, para su sorpresa, empujó un poco la mesilla en la que reposaba el servicio de té.

—Robert, ¿qué estás haciendo?

—Necesito un poco de espacio —Siguió alejando el mueble sin mirarla, y cuando lo tuvo a suficiente distancia, asintió satisfecho—. Sí, me parece que es suficiente.

—¿Suficiente para qué? —Cuando lo vio arrodillarse frente a ella, casi pega un brinco, pero comprendió sus intenciones al verlo sacar una cajita de su chaqueta—. Oh, lo había olvidado.

—Tienes mucha suerte de que yo no lo hiciera —Le sonrió—. ¿Qué sería de una novia sin un anillo? No quiero parecer un prometido irresponsable.

—Tú nunca serías irresponsable.

Musitó esa última frase, que fue casi un pensamiento, mientras lo veía abrir la caja de terciopelo, y se le escapó una exclamación al ver el contenido. Ya que ni siquiera había pensado en el anillo de compromiso que él debía darle según la tradición, hubiera resultado muy tonto de su parte suponer que sería tal y como el que veía, pero en verdad, lo era, si es que eso tenía algún sentido.

—Las joyas fueron parte de una tiara de mi bisabuela, creí que podría gustarte —Le quitó el guante con mucha delicadeza, lo dejó a un lado y deslizó el anillo en su dedo—. Me gusta como se ve en ti, combina con tus ojos, pero si deseas cambiarlo...

Juliet contempló el hermoso anillo con un discreto diamante y dos zafiros

del mismo corte a los lados, y sonrió a Robert, que la veía con cierto nerviosismo.

¿Nervioso ese hombre? La sola idea le parecía absurda, pero allí estaba.

—No, no quiero cambiarlo —dijo con voz queda—, es perfecto.

Y cuando Robert le sonrió de vuelta, sintió que no solo se estaba refiriendo al anillo.

## CAPÍTULO 21

Las siguientes semanas transcurrieron con relativa calma, lo que tanto Robert como Juliet agradecieron profundamente.

Tan pronto como se anunció el compromiso, las visitas del primero se hicieron más frecuentes; podían pasar tiempo a solas, pasear por los jardines, y con la venia de su abuela, prescindir de la carabina y hasta tomarse de las manos sin preocuparse por la opinión de los demás, aunque no era un espectáculo que dieran con frecuencia. En verdad, como mucho se les veía andar del brazo, y, lo que más apreciaban quienes veían la escena, compartir muchas risas.

Se había dado ya una cena en la Casa Arlington, organizada por la madre de Robert para celebrar oficialmente el compromiso y poder tratar un poco mejor a Juliet. Ciertamente era que con la presencia de Lady Ashcroft esto no resultó tan sencillo como ella hubiera deseado, pero aun así, le bastó ver la forma en que Robert la veía y ella a él, para sentirse más que satisfecha por la decisión de su hijo.

Y aún cuando notaba por momentos cierta tensión entre ellos, que, a diferencia de Lady Ashcroft, no achacó a la proximidad de la boda, no hizo preguntas al respecto, ni siquiera se atrevió a hablarle del tema a Robert cuando se encontraron a solas. Confiaba lo suficiente en su hijo para saber que jamás tomaría una decisión tan importante sin estar plenamente seguro.

Lo que sucediera entre él y Juliet, no dudaba de que lo resolvieran juntos; en su opinión, cuando había amor de por medio, nada era imposible, y apostaría todas sus posesiones a que ese era el sentimiento que unía a ese par, aunque ninguno de ellos lo hubiera mencionado una sola vez.

Convencida de que al menos por esta vez no podría involucrarse en los sentimientos de su hijo, y deseosa de respetar su privacidad, volcó toda su energía en ayudar a Juliet con la preparación de su ajuar. Ciertamente que esta no era del todo su responsabilidad, pero ya que la pobre solo contaba con Lady Ashcroft como único pariente femenino, y que la veía ya como a una hija, se dedicó a esa labor con mucho entusiasmo.

Tanto que tan solo unos días después de haber empezado a encargarse las prendas que podría necesitar, y de visitar a unas cuantas de sus modistas favoritas, Juliet estaba al borde del colapso.

Desde luego que agradecía la amabilidad de Lady Arlington, y debía reconocer que era mucho más divertido ir de compras con ella que con su abuela, a quien habían logrado evitar con unas cuantas mentirijillas blancas, como las llamaba su futura suegra. Sin embargo, el escoger prenda tras prenda, sin contar las innumerables pruebas del vestido de bodas, la agotaban tanto que hubiera preferido pasar todo ese tiempo en casa, a ser posible acompañada por Robert; su charla siempre le ayudaba a sentirse mejor.

Además, el ver a Lady Arlington tan feliz la hacía sentir un poco culpable.

La buena mujer no dejaba de parlotear acerca de lo mucho que había esperado por ese momento y cuánto deseaba verlos a ella y a su hijo ya instalados en la casa de la familia, además de los nietos con los que soñaba...

Cuando Lady Arlington tocaba esos temas, Juliet siempre se las ingeniaba para decir cualquier cosa que no tuviera ninguna relación con ellos y así lograr distraerla, lo que no era nada fácil. ¿Cómo decirle a esa mujer tan generosa y maternal que no pensaba permanecer mucho tiempo al lado de Robert? Y mucho menos tener hijos propios, aunque no había hablado de ese asunto con él, no se atrevía, era demasiado embarazoso; una joven como ella no debía hablar de esas cosas, ni siquiera con el hombre con el que se iba a casar.

¿Y cómo iba a tener hijos de cualquier modo si no pensaba consumir su matrimonio? De lo poco que sabía, estaba segura de que ese era un requisito indispensable para procrear. Un tema más del que no podía siquiera imaginarse hablando con Robert.

A veces pensaba que lo mejor que podría hacer era dar marcha atrás en su decisión, ofrecerle a Robert la oportunidad de romper el compromiso y huir al rincón más alejado de Londres para que su familia no pudiera encontrarla.

Así le evitaría una tremenda vergüenza a un hombre que no la merecía y mucho sufrimiento a sí misma, porque no importaba cuán decidida estuviera a no enamorarse y a fingir que sus sentimientos no eran más que un afecto profundo; desde que su compromiso se hizo oficial y pasaba más tiempo a

solas junto a Robert, se convencía de que corría un serio riesgo, y eso le inspiraba un profundo temor.

¿Cómo podría dejarlo si llegaba a amarlo? A veces fantaseaba con la idea de que ambos pudieran viajar a América y ser felices allí, tal y como lo fueron sus padres, pero sabía que era imposible. Robert no solo había dejado muy en claro lo que pensaba de su obstinación por dejar Inglaterra, sino que además tenía demasiadas obligaciones en el país como para soñar siquiera en que lo abandonaría todo por ella.

No encontraba una salida a todo ese enredo creado por ella misma, y tampoco estaba del todo segura de qué era lo que deseaba.

Su abuela achacaba su obvio nerviosismo a los preparativos para la boda y a la premura con la que tanto ella como Robert habían decidido que esta se realizara. La idea de un compromiso muy prolongado, como se estilaba, no les parecía trascendental, y la opinión de los demás tampoco les importaba mucho, así que considerando lo mal que lo pasaba Juliet en casa por sus generalmente malas relaciones con su abuela y la hostilidad de Daniel, les pareció una decisión muy lógica el esperar apenas unas semanas.

De modo que cuando no compartía su escaso tiempo libre con Robert, iba de tienda en tienda con Lady Arlington, recibía a modistas en casa, pensaba en todo lo que podría salir mal en su matrimonio, y apenas le quedaban unas horas para dormir, lo que en parte era un alivio.

Gracias a ese ritmo desenfrenado podía rechazar la mayoría de las invitaciones que llegaban para bailes y veladas musicales sin verse en la necesidad de entablar eternas discusiones con su abuela. Incluso las anfitrionas más estrictas comprendían también que una joven tan ocupada en los preparativos de su boda no tendría tiempo para asistir a esos encuentros.

Sin embargo, un baile extremadamente importante, organizado por los Duques de Gloucester tendría lugar pronto, y no asistir habría sido considerado un terrible desaire, por lo que se resignó a encargarle a Mary que dispusiera un atuendo apropiado para ir.

La noche del baile, al llegar a la impresionante mansión, que nunca antes había visitado, debió reconocer que era un lugar exquisito; solo lamentaba no poder compartir la velada con Robert, ya que según le hizo saber esa mañana,

no podría asistir por unas reuniones que había pactado con anterioridad.

Se sentía extrañamente sola, a pesar de estar acompañada por su abuela y Daniel, y de la presencia de Lauren, que se acercó a saludarla tan pronto como llegó.

No era ajena a las miradas que atraía, y a algunos susurros que escuchó a su paso. Desde el anuncio de su compromiso, era consciente de que muchos la consideraban afortunada por haber conseguido “cazar” a un conde tan pronto. Al menos, tenían la amabilidad de mencionar que no era tan extraño, ya que, después de todo, era una joven muy bonita y el dinero que poseía era también un aliciente para cualquier hombre.

Todo ello, desde luego, le resultaba insultante, pero aunque hubiera deseado decirles un par de cosas, se contenía para evitar exponerse a un escándalo.

La horrible Lady Wilkfield se acercó a la primera oportunidad para felicitarla personalmente sin cuidarse de hacer algún comentario de mal gusto, seguida por su detestable hija, que parecía querer estrangularla con la vista; no era un secreto que esa familia deseaba emparentar con el conde Arlington desde hacía mucho tiempo.

Juliet debió apretar los puños enguantados para reprimirse de hacer un comentario hiriente y se deshizo de ellas tan pronto como le fue posible, gracias a la ayuda de Lauren, que no se separó de ella ni un instante, y que miró a ambas mujeres con abierta hostilidad.

—“Deberías de contar tu secreto, querida, nadie entiende cómo lograste atraparlo tan pronto” —En cuanto se alejaron un poco, Juliet empezó a imitar el tono ofensivo de Lady Wilkfield—. Hablan de Robert como si fuera un ciervo al que hubiera acorralado con una escopeta.

Lauren no pudo contener una sonrisa al ver a su amiga tan disgustada, y se permitió darle un golpecito discreto en el brazo.

—Ignóralas, solo sienten envidia; Lady Wilkfield ha luchado por años para que Jane conquiste al conde, y al aparecer tú, todos sus sueños se desvanecieron. Además, debes de saber que muchas personas piensan que es su señoría el afortunado al haber conseguido conquistarte.

—Qué alivio.

Su amiga ignoró el sarcasmo y se encogió de hombros.

—Si tu prometido estuviera aquí, se cuidarían mucho de hacer esa clase de comentarios, pero ya sabes como son algunas de estas personas.

—Son todos unos hipócritas impertinentes.

—Lamento no estar de acuerdo contigo, no es justo que consideres a todos de la misma forma —Lauren la riñó con una mueca cariñosa.

Juliet asintió de mala gana, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Tienes razón, también hay buenas personas aquí, aunque sean muy pocas.

—Eso es algo que no voy a discutir.

Compartieron una sonrisa entendida y se dirigieron a la mesa de las bebidas.

No por estar comprometida, Juliet era menos solicitada para bailar, y pese a que no se encontraba del mejor humor al llegar, pasado un tiempo, y gracias a que compartió algunas piezas con caballeros muy agradables, pudo dejar de pensar en lo que la incomodaba.

Lauren también parecía estar divirtiéndose mucho, aunque se veía un poco triste por la forma abiertamente grosera en que Daniel la ignoraba; un motivo más para que Juliet estuviera furiosa con él.

Todo iba muy bien hasta que, tras volver a su lugar, Lord Graham se acercó hasta ella.

Desde el anuncio de su compromiso, no lo había vuelto a ver, y se felicitaba por ello, pero sabía que en algún momento debería cruzar palabra con él, aunque supuso que, considerando su mal carácter y que se sentiría rechazado, optaría por evitarla. Obviamente, se equivocó.

—Señorita Braxton, qué extraordinario placer, hace mucho tiempo que no podemos contar con su encantadora presencia en estas veladas.

Juliet se forzó a hacer una reverencia y a soportar el beso que depositó en

su mano enguantada.

—Buenas noches, milord —saludó con educación y parquedad—. Me temo que no he contado con mucho tiempo libre para ello.

—Por supuesto, por supuesto —Le dirigió una sonrisa burlona—; puedo imaginar lo emocionada que se encuentra por su próximo matrimonio, por el que, según creo, aún no la he felicitado.

—No hace falta, milord...

—No, por favor, permítame desearle lo mejor —la interrumpió sin abandonar esa mueca sarcástica que tanto le desagradaba—; una dama como usted no merece menos. Arlington es un hombre muy afortunado.

—Es muy amable de su parte, milord —Juliet buscaba con la mirada alguna vía de escape, pero no se le ocurría nada.

—¿Y en dónde se encuentra tan dichoso caballero? Me rehúso a creer que la haya dejado sola.

—Ro... su señoría tiene algunos asuntos que atender y me temo que no podrá acompañarnos esta noche.

La sonrisa de Lord Graham se hizo aún más amplia y se acercó a ella.

—Una lástima, aunque debemos agradecer su infortunio, porque eso nos permite poder gozar de su encantadora presencia —indicó—. Puedo asegurarle que de estar en su lugar, no la abandonaría un solo instante.

Juliet encontraba sus insinuaciones ofensivas y de mal gusto, pero no sabía cómo salir de esa situación sin ocasionar un escándalo.

—¿Tendrá la amabilidad de bailar la próxima pieza conmigo? He extrañado terriblemente a una compañera tan hábil.

Ella no supo si se burlaba de su obvio desagrado, o si deseaba tan solo molestarla, pero si de algo estaba segura era de que no estaba dispuesta de ninguna manera a bailar con él. Por suerte, eso no fue necesario, ya que antes de que pudiera encontrar una forma educada de rechazarlo, una voz amable aunque segura vino en su ayuda.

—Señorita Braxton, cuánto lamento haberla hecho esperar, no tengo

perdón —Charles Egremont, con una sonrisa encantadora, se dirigía a ellos con paso seguro—. Lord Graham, qué sorpresa.

—Egremont.

—Qué gentil de su parte acompañar a la señorita Braxton en tanto llegaba, me temo que quitarse de encima a familiares conversadores es un arte que aún no he aprendido a dominar —Les hablaba a ambos con una ligereza que Juliet encontró impresionante—. Si nos disculpa ahora, la señorita me había prometido esta pieza, ¿cierto?

Juliet fingió revisar su libreta, que tenía varias piezas vacías y frunció el ceño, como si rebuscara algún dato en particular.

—Oh, sí, claro —Se dirigió a Lord Graham con una falsa sonrisa apenada—. Me temo, milord, que mi libreta está ya copada; desde luego que le reservaré un baile para la próxima velada en la que nos encontremos.

Lord Graham dejó su sonrisa burlona y le dirigió una mirada que juzgó casi amenazante, pero aun así hizo una reverencia perfecta y se encogió de hombros.

—Es muy amable de su parte.

—Si nos permite...

Charles tomó a Juliet con suavidad del brazo, y tras dar una ligera cabezada en señal de despedida, la guió hasta la pista.

Solo cuando estuvieron allí, Juliet se atrevió a hablar.

—Gracias por eso, le quedo eternamente agradecida.

Charles sonrió con más entusiasmo aún y elevó ambas cejas con expresión socarrona.

—No tiene nada que agradecer, ha sido un placer. Además, Robert me despellejaría vivo si supiera que la encontré en semejante posición y no fui en su ayuda.

—No estoy segura de que sea buena idea mencionárselo...

—Comprendo su preocupación, señorita Braxton, pero también correría el

riesgo de morir despellejado si me atreviera a ocultarle a Robert que Graham continúa molestandola —Le sonrió con amabilidad, a fin de tranquilizarla—. No tiene por qué angustiarse, se lo aseguro, su prometido es un caballero y no va a hacer nada impropio; pero así estará un poco más alerta.

Juliet asintió de mala gana, convencida de que no importara lo que dijera, el señor Egremont no cambiaría de opinión. Era un hombre extremadamente agradable, le resultó amable desde la primera vez que lo vio, y el que fuera tan buen amigo de Robert solo hacía que le simpatizara aún más. Sin embargo, debía recordar que su lealtad era para con su prometido, y en gran medida, lo respetaba por eso.

—Comprendo.

Charles le sonrió una vez más sin perder el ritmo, y permaneció un minuto en silencio.

—Imagino que debe de estar muy entusiasmada por su próxima boda —comentó al fin—. No la he felicitado como es debido, pero permítame decirle que deseo lo mejor para ambos.

—Gracias, señor Egremont, es muy gentil de su parte.

—Se lo digo de todo corazón, puedo asegurárselo. En esta sociedad es poco común encontrar a personas tan decentes como usted y Robert; el saber que ambos compartirán un futuro, juntos, que estoy seguro será muy feliz, me parece casi obra del destino.

Juliet sintió una pequeña opresión en el pecho, y el absurdo impulso de llorar, por lo que debió pestañear con furia para retener las lágrimas.

—Creo... —Se aclaró la garganta para poder hablar con seguridad—... es la felicitación más sincera y gentil que he recibido, muchas gracias.

Charles asintió en señal de comprensión y no dijo más hasta que terminó la pieza.

—Si me permite un consejo, señorita Braxton, creo que sería buena idea permanecer cerca de su abuela durante lo que resta de la velada, o tal vez volver a casa algo más temprano —le comentó con discreción en tanto la guiaba hacia donde se encontraban las damas mayores—; no será la primera

novia agotada por los preparativos de su boda, los anfitriones sabrán disculparla.

—Es un extraordinario consejo que seguiré, señor Egremont.

—Sabía que Robert solo se enamoraría de una chica lista —Le sonrió de lado y hubiera jurado que le guiñó un ojo—. Mi buen amigo tiene mucha suerte.

Juliet escondió una sonrisa divertida; era un descarado simpático.

—Gracias por la pieza, señorita Braxton, ha sido un placer —Besó su mano con cortesía y le sonrió por última vez—. La veré el día de su boda.

—Será un honor contar con su presencia, señor Egremont.

Lo vio alejarse con una expresión mezcla de tranquilidad y extrañeza. Apenas ahora reparaba en el comentario que hizo respecto a que Robert solo se enamoraría de una chica lista. ¿Acaso asumía que su amigo la amaba porque habían decidido casarse, o sabía algo que ella no?

Sacudió la cabeza para no pensar demasiado en ello o no podría dormir esa noche; ya bastante tenía con sus propias dudas.

Se encaminó hacia donde estaba su abuela, dispuesta a seguir el consejo del señor Egremont, aunque era seguro que a Lady Ashcroft no le haría ninguna gracia retirarse tan temprano, pero ya encontraría la manera de convencerla; tal vez recurriera a alguna repentina jaqueca. Dudaba de que Daniel deseara quedarse, pero, si fuera así, su abuela no le obligaría a abandonar el baile.

De haber estado menos concentrada en sus propias ideas, habría encontrado muy extraño ver a este último conversando animadamente con Lord Graham en un rincón del salón.

## CAPÍTULO 22

Con frecuencia, muchos pensaban que los novios no tenían demasiadas preocupaciones antes de su boda, ya que eran sus prometidas quienes se encargaban de la mayor parte de los arreglos, ayudadas por sus respectivas madres y futuras suegras.

Sin embargo, esta era una suposición apresurada y un poco injusta, ya que no todos los hombres se preparaban para dar un paso tan importante en su vida de la misma forma. Si bien algunos, era cierto, preferían tomar este cambio con la mayor tranquilidad, otros se inquietaban y esperaban el día señalado con gran ansiedad. Robert Arlington pertenecía a la segunda categoría.

Si su madre no lo amara tanto, le habría resultado muy difícil contener algunas burlas que a menudo casi escapaban de sus labios, pero comprendía que el amor de su hijo por Juliet era muy grande, solo que el pobre apenas empezaba a comprenderlo; iba a necesitar un tiempo para asumir el vendaval de emociones que debía de sentir. Lo justo era que ella se encargara de ayudar tanto como le fuera posible en los preparativos para la boda y permitiera que él se encargara de aclarar sus sentimientos.

Ese día en especial, el de la boda, haría todo lo que estuviera en su mano porque fuera una ocasión memorable.

Lástima que Charles, aunque amigo fiel y generoso como pocos, no fuera tan considerado.

—¿Estás nervioso? Por supuesto que estás nervioso, debes de sentirte aterrado, yo lo estaría.

Robert se recordó por décima vez que tal vez fuera buena idea mantener a su amigo alejado hasta que el servicio terminara, solo para evitar sentirse peor.

—Claro que nunca he estado enamorado, y a punto de casarme, así que en verdad no podría asegurar cómo es que un hombre se enfrenta a esta situación  
—El no recibir respuesta no era impedimento para continuar con su cháchara

—. ¿Recuerdas a Edward Trussel? No fuiste a su boda, pero nunca podré olvidar que tartamudeó durante toda la ceremonia; la pobre novia estaba terriblemente avergonzada, creí que escaparía a la primera oportunidad. Y una vez...

—¡Charles! Si valoras en algo nuestra amistad, este sería un buen momento para dejar de hablar.

—¿Por qué?

Robert casi se pega en la frente con la palma de la mano. Si no lo apreciara como al hermano que nunca tuvo, lo mataría; bien visto, tal vez así era como un hermano debía de hacer sentir a otro que estaba a punto de casarse; jamás había pensado en eso.

—No estoy nervioso, o para ser más claro, no lo estaba hasta que empezaste a hablar.

—¡Oh, ya veo! Lo siento —No se veía particularmente culpable, por lo que pudo apreciar desde su lugar frente al espejo— ¿No te ayudará Castle con la corbata? ¿De qué sirve tener un ayuda de cámara si...?

—¡Soy perfectamente capaz de vestirme solo el día de mi boda! —Robert dio una última mirada a su reflejo y giró para ver a su amigo con el ceño fruncido—. Y mi corbata está muy bien.

Charles lo miró como si acabara de brotarle otra cabeza, y chasqueó la lengua con reprobación.

—Ya decía yo que estabas nervioso —señaló, como quien menciona que el cielo es azul.

Robert lo ignoró, porque en su experiencia, discutir con Charles era una batalla perdida; de alguna u otra forma, él siempre ganaba.

Lo mejor sería intentar calmarse, no porque estuviera nervioso, solo se encontraba un poco... ansioso. Sí, esa era la palabra que describía cómo se sentía en ese momento.

Deseaba terminar de una buena vez con esa ceremonia para poder dedicar su tiempo a Juliet y lograr que entrara en esa cabezota suya que era perfectamente posible ser feliz en un país que no le gustaba, y que, por el

contrario, el vivir en un lugar que solo estaba atestado de recuerdos, no le aseguraba absolutamente nada.

Apenas se habían visto en los últimos días, y no solo gracias a que, según su madre, dedicaba la mayor parte de su tiempo a los preparativos de la boda, sino también a que, y habría apostado lo que fuera, ella lo estaba evitando.

El por qué una novia hacía lo posible por no pasar tiempo a solas con su prometido, no tenía mayor sentido para él. ¿Timidez? No lo creía, no tratándose de Juliet, y mucho menos considerando lo abierta que era en sus charlas con él. ¿Nerviosismo? Eso sonaba un poco más lógico; quizá el que una idea que en un principio le pareció tan descabellada, como ella misma reconoció, estuviera ahora a punto de concretarse, le asustaba.

Si era sincero consigo mismo, temía que a último momento se arrepintiera y decidiera escaparse. Estuvo muy tentado a enviarle una nota para hacerle saber su preocupación, pero decidió que no lo haría. Ella iba a tener que presentarse en ese altar por su propio deseo y él de ninguna manera la obligaría a hacer algo contra su voluntad.

Al menos habían logrado convencer a sus familias de que deseaban una boda sencilla y con pocos invitados, de modo que, si era plantado, no habría muchos testigos de su humillación.

—¿Listo? Ya es la hora, y no quisiera llegar tarde.

Charles lo sacó de su abstracción al mostrarle el reloj que pendía de su bolsillo

—¿Tú no quieres llegar tarde? Es *mi* boda.

—Pero yo soy el padrino.

—Por supuesto, eso es mucho más importante que ser el novio —Rodó los ojos y comprobó la hora en su propio reloj—; pero sí, tienes razón en que debemos salir ya.

Antes de abandonar la casa y subir al carruaje, su amigo le dio un golpe en la espalda.

—¿Listo? —Sonrió—. Ya no te veo tan nervioso.

Robert sacudió la cabeza y se cuidó de responderle que, en su caso, el nerviosismo por la proximidad de la boda era casi nulo. La posibilidad de que la ceremonia no se realizara era lo que le aterraba.

La boda se realizaría en el salón de la mansión Ashcroft, lo bastante amplio como para recibir a unas cuantas decenas de invitados y a la familia de los novios, que en el caso de Juliet era escasa. Apenas se encontraban allí su abuela, su tío, un muy taciturno Daniel, y tres tías ancianas que habían llegado de Birmingham. En el caso de Robert, contaba con algunos parientes más, incluyendo a una pequeña sobrina lejana que se encargaría de llevar las flores.

El salón fue decorado de forma exquisita, con flores blancas escrupulosamente ubicadas y candelabros encendidos pese a que la boda se realizaba en hora muy temprana, ya que las cortinas estaban corridas, dando un efecto más íntimo al espacio.

Juliet admiraba cada detalle desde lo alto de la escalera, escondida entre los barrotes para no ser vista; si su abuela la sorprendía merodeando por allí, era fácil imaginar todo lo que diría. Esto último resultaba curioso considerando que la noche anterior, cuando fue a su dormitorio a visitarla, se había esforzado al máximo por no decir una palabra de más.

Según la tradición, la madre o tutora de la joven por casarse se encargaba de informarle la noche anterior a ese día tan esperado lo que debía esperar de su noche de bodas. Pese a su nerviosismo, a Juliet esa idea le hacía mucha gracia y esperaba con ansias la visita de su abuela para ponerla en tantos aprietos como fuera posible, pero ella se cuidó bien de no darle oportunidad para hacerlo.

Apenas le recomendó, o para ser más precisa, ordenó, que siguiera los mandatos de su marido, como se refirió a Robert, y tras darle un golpecito torpe en la cabeza la dejó a solas, tan ignorante como hasta hacía unos momentos.

A decir verdad, Juliet no deseaba saber mucho respecto a ese tema, y definitivamente no quería discutirlo con su abuela, solo divertirse a su costa, pero cuando se quedó a solas, le dio muchas vueltas a lo que Robert esperaba

de ella el día siguiente y la idea la hacía temblar. Tal vez si supiera algo más, podría manejarlo mejor, pero no había una sola persona de confianza con quien hablar al respecto.

Si descartaba a su abuela, solo le quedaban Lauren y Mary, pero la primera era tan ignorante como ella, y la segunda, bueno, no creía que fuera muy inteligente de su parte hacerle esas preguntas a la doncella por mucho que la apreciara. Un solo comentario indiscreto de su parte, aún hecho sin mala intención, y todos los sirvientes se enterarían.

Tendría que ir a ciegas, y contar con la comprensión de Robert para evitar un incidente desagradable; aún se preguntaba por qué no había hablado del tema con él durante la semana en lugar de evitarlo como un conejo asustado. ¿Quizá porque temía lo que fuera a decirle? ¿Cómo se tomaría su decisión?

La idea de huir volvió a asaltarla, pero la desechó de inmediato; nunca haría algo así a Robert, por muy asustada que estuviera. Él sabría comprenderla, estaba segura de eso, solo tenía que explicarle sus motivos.

Tan pronto como observó que los invitados empezaban a ocupar sus lugares, y su tío se dirigía al inicio de la escalera, segura de que iría en su busca, corrió de vuelta a su habitación, intentando calmar los latidos de su corazón.

Lo que debiera pasar, pasaría, y ella iba a afrontarlo con dignidad.

La recepción fue muy breve, y una vez que hubieron cumplido con los saludos, Robert y Juliet dejaron la mansión y subieron al carruaje que los llevaría al que iba a convertirse en su nuevo hogar, la casa que había pertenecido por siglos a los condes Arlington.

Según le dijo Robert al hablarle de ello en el camino, su madre dispuso su mudanza unos cuantos días antes.

—Pero... a mí no me molesta vivir con tu madre —La información la sorprendió profundamente; Lady Arlington no le había dicho nada en sus largos días de compras—. Ella me gusta.

Robert le sonrió con dulzura y posó una mano sobre la suya.

—Y tú le gustas mucho también; me atrevería a decir que este es el motivo por el que prefiere dejar la casa —Se rió ante su gesto confundido—. Mi madre piensa que una pareja de recién casados necesita su propio espacio.

—Bueno, la mansión Arlington no es precisamente pequeña —Ella rodó los ojos ante ese comentario—. ¿Y dónde va a vivir?

—Juliet, por favor, no puedes pensar que solo disponemos de una casa en la ciudad. Una de las propiedades favoritas de mi madre ha sido preparada para ella y en este momento debe de estar feliz volviendo locos a los sirvientes; creo que la conoces bien para saber que no se puede quedar quieta por mucho tiempo. No te preocupes al pensar que no podrás verla con regularidad, la casa se encuentra muy cerca de la nuestra y no me extrañaría que la tengamos de visita con mucha frecuencia.

Juliet se recostó en el asiento y miró por la ventanilla con el ceño fruncido.

—En ese caso, supongo que está bien.

Robert apretó un poco más su mano y ella dirigió la vista allí, reparando en la curiosa sensación que la recorrió al contemplar el contraste de la alianza y el anillo de compromiso sobre su guante blanco y el oscuro de él.

—Me alegra que no huyeras.

Lo miró a los ojos al oírle susurrar esas palabras.

—¿Pensaste que lo haría?

—Digamos que no descarté la posibilidad.

—¿Y por qué no hiciste nada? Quiero decir que pudiste hablarle al respecto a mi tío y él me habría vigilado.

—Lo sé, pero eso hubiera sido como traicionarte, y confío demasiado en ti como para hacerte algo así.

Juliet bajó una vez más la vista a sus manos.

—Tal vez no merezca esa confianza...

—Deja que sea yo quien se forme sus propias ideas, tú puedes hacer lo mismo.

Ella escuchó su tono sonriente y suspiró, preguntándose cuánto faltaría para llegar a la que sería su nueva casa. Iba a ser tan extraño estar completamente a cargo de un lugar tan grande, y asumir una posición tan importante de improviso.

—Llegaremos pronto, diez minutos a lo sumo.

—¿Cómo sabes que pensaba en eso? —preguntó sorprendida, mirándolo una vez más.

—No dejas de mirar a la ventanilla de reojo, supongo que no estás admirando el paisaje.

Juliet sonrió a su pesar ante ese tono un poco presumido.

—Tiene razón, milord, excelente observación.

—Gracias, milady, es muy amable de su parte reconocer mis cualidades.

Rieron juntos un rato ante ese intercambio de bromas, y tras guardar silencio unos minutos, Juliet posó su mano sobre la de su esposo.

—“Milady” suena muy extraño, casi tanto como “esposa” —comentó al cabo de un momento.

Robert acortó la distancia que los separaba y depositó un beso sobre su mejilla.

—Te acostumbrarás, yo te ayudaré con eso —Besó su otra mejilla—. Te llamaré milady a veces, y también esposa, y Juliet, para que no olvides quién eres...

Acompañó cada frase con un beso, pasando de sus mejillas a sus párpados, su frente, y al fin, sus labios.

Ella no lo detuvo, sino que correspondió al beso por primera vez, con extrema timidez, lo que pareció emocionarlo, porque soltó su mano para pasarla tras su cuello con delicadeza y profundizar el beso, entreabriendo sus labios con seguridad, recorriendo su rostro sin dejar de acercar su cuerpo hasta que Juliet se obligó a volver a la realidad; ¿qué diablos estaba haciendo?

Lo alejó con un empujón brusco y empezó a respirar con rapidez, ajena a la

expresión desconcertada de Robert.

—¿Qué...?

—Ya llegamos —Juliet estuvo a punto de llorar del alivio al sentir el carruaje detenerse—. Estamos aquí, deberíamos bajar.

Robert no tuvo tiempo para darle una respuesta coherente, porque un lacayo se apresuró a abrir la puerta, y a él no le quedó otra alternativa que ayudarla a descender.

Juliet se detuvo un momento a admirar los amplios jardines, dirigiéndole una sonrisa temblorosa a Robert, que continuaba un poco confundido por su actitud.

¡Dios, iba a tener que hablar con él, y muy pronto! Miró una vez más la casa antes de subir la escalinata hasta el vestíbulo, del brazo de su esposo.

Mientras oía las felicitaciones de la servidumbre y esperaba a ser presentada a cada uno, rezaba porque fuera lo bastante fuerte para enfrentar lo que vendría, y aún más importante, porque Robert la comprendiera.

A Robert no le agradaba la idea de que él y Juliet tuvieran habitaciones separadas, pero era una antigua costumbre del condado, y a decir verdad, resultaba bastante práctica, porque de esa forma cada cual tenía un espacio propio. Los dormitorios se comunicaban por una puerta, y cada uno contaba con su propio vestidor.

Podrían compartir su habitación durante la noche, si así lo deseaba; lo usual era que las damas se sintieran más cómodas en un lugar que consideraban propio y él no tenía ningún problema con eso.

Era consciente de que a Juliet le costaría acostumbrarse a la convivencia, pero él esperaba ayudarla tanto como le fuera posible. El tener su propia habitación debía de ser un alivio para ella, aunque aún no habían podido conversar al respecto.

Esperaba que hiciera algún comentario durante la cena, pero apenas habló del clima y de lo hermoso que le parecía el comedor. Robert no insistió porque comprendía que debía de sentirse mucho más nerviosa de lo que se

encontraba él, lo que no era poco.

Cualquier experiencia previa no le parecía lo bastante importante siquiera para compararla con lo que sería intimar con Juliet, y esto le emocionaba, pero tampoco deseaba asustarla; sabía que tendría que ir con mucho cuidado y preocuparse más por su felicidad que por su propio placer.

Cuando ella dejó el comedor, se tomó un momento para pensar en cuál sería la mejor forma de acercarse a ella. No podría ser tan difícil, era solo cuestión de conservar la calma y dejar que sus instintos lo guiaran. Era lo bastante experimentado para saber que no le era en absoluto indiferente, pero su natural timidez la contenía de dejarse llevar; sería su labor ayudarla con eso, y todo estaría bien.

Más tranquilo, subió a su habitación, despidió a su ayuda de cámara y, tras pensarlo un momento, decidió que no se presentaría en el dormitorio de Juliet tan solo con una bata, no en la primera noche que compartirían, así que tan solo dejó su chaqueta antes de encaminarse a la puerta que conectaba los dormitorios.

El único problema era que esta se encontraba firmemente cerrada, y no desde su lado.

Juliet se sentó en un pequeño sillón tras girar la llave de la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Robert, según le había indicado la doncella que se presentó a su servicio. Abrazó un cojín, consciente del espectáculo ridículo que debía de ofrecer, con el vestido de novia aún puesto; apenas atinó a quitarse el velo y el sombrero.

Robert iba a odiarla, y ella no podría culparlo.

¿Cuándo se volvió tan cobarde? Tuvo muchas oportunidades durante la cena para hablar con él, pero prefirió callar, y ahora se encontraba en esa horrible situación. Si tan solo decidiera no presentarse, quizá estaba tan cansado como ella y prefería dormir...

Pegó un brinco y se abrazó con más fuerza al cojín cuando vio la manivela de la puerta girar una y otra vez, primero con delicadeza y luego con furia.

—¡Juliet! ¿Te encuentras bien? —Se sintió aún peor al oír su tono

preocupado—. Juliet, por favor, abre la puerta.

Ella no abandonó su posición, solo se replegó aún más en el asiento.

—¡Estoy bien! Solo tengo sueño.

Le pareció oír un golpe seco contra la puerta, como si Robert hubiera apoyado su cabeza sobre ella.

—Juliet, abre la puerta —Ahora no parecía tan amable—. Necesito hablar contigo.

—Preferiría dormir, pero podemos hablar mañana durante el desayuno — Intentó mantener un tono despreocupado, pero pudo notar el temblor en su voz—. Por favor, Robert.

Vio nuevamente la manivela girar, esta vez con más decisión.

—Juliet, abre la puerta, o voy a tirarla.

Él no haría eso, era solo una amenaza vana, ¿verdad? Aun así, dejó el sillón y se acercó un poco a la puerta, lo suficiente para comprobar lo fuerte que parecía.

—Robert, por favor, no serías capaz de hacer algo así, no estaría bien — Abandonó su falso tono confiado—. Te prometo que mañana podremos hablar con tranquilidad.

—Lo siento, milady, pero mañana no funciona para mí —Iba a romper esa manivela de tanto girarla—. Abre ahora, no voy a repetirlo; no puedes cerrarme una puerta de mi casa.

—Dijiste que era mía también.

Juraría que escuchó una maldición al otro lado, pero no estaba del todo segura.

—No tendré esta clase de discusiones contigo a través de un trozo de madera, Juliet. No estoy bromeando, y no creo que desees que todos escuchen el estrépito de esta puerta cayéndose, así que abre ahora.

Juliet se frotó las manos enguantadas, sin saber qué hacer. ¿Y si de verdad tiraba la puerta? No negaba que tenía derecho a estar molesto, pero eso le

parecía un poco extremo. Tal vez, en todo caso, debería abrirle; era lo bastante razonable para reconocer que su actitud no era muy civilizada. Quizá podrían hablar ahora y arreglar ese malentendido...

Se acercó aún más a la puerta y pegó el oído a ella, pero no escuchó nada.

Hasta que oyó el estrépito de un cuerpo golpeando contra la madera, pegó un brinco, y aunque esta no cedió, el quejido que escuchó al otro lado, sí que la asustó.

—Está bien, Robert, deja eso, vas a lastimarte, voy a abrir.

Giró la llave en la cerradura y dio varios pasos hacia atrás, solo por si acaso, y al verlo entrar, supo que había hecho bien.

Nunca, desde que se conocían, lo había visto tan disgustado, y mucho menos la había mirado con esa rabia.

—Explicame ahora mismo de qué diablos va esto.

—No tienes que usar esa expresión.

—Lo siento si la ofendo, milady, comprenderá que encuentro un poco humillante el tener que casi romper una puerta para poder ver a mi esposa — Sus palabras destilaban sarcasmo.

Juliet retrocedió aún más, deteniéndose detrás de uno de los postes de la cama.

—Sé que no estuvo bien, y te ofrezco disculpas, me equivoqué, debí hablar contigo.

—¿Antes o después de hacerme pasar por esta situación tan bochornosa?

—Antes, por supuesto, nunca debí hacerlo, lo siento.

No sabía cuántas veces tendría que disculparse para que se calmara, pero estaba dispuesta a hacerlo las que fuera necesario.

—Quería hablar contigo, lo juro, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Y qué me hubieras dicho de haber encontrado milagrosamente el valor?

Ella empezó a jugar con las orlas de su vestido, pensando en la mejor

forma de decir lo que tenía en mente.

—Bueno, verás, es algo un poco complicado...

—Empiezo a acostumbrarme a que todo lo relacionado contigo sea un poco complicado.

Desde luego que no iba a hacerlo más sencillo para ella.

—Estuve pensando...en nosotros, en la boda, y creo que esto no es una buena idea.

Robert se rió y lo vio avanzar hasta ella, pero cuando creyó que debería retroceder un par de pasos más, él se sentó en el lado opuesto de la cama al que ella se encontraba.

—Muy interesante, pero tal vez debiste pensarlo un poco antes de recitar los votos; eso nos habría evitado algunos problemas.

Juliet se sintió terrible por su tono frío, nunca le había hablado así, y lo peor era que podía ver lo dolido que se sentía.

—No me refiero a la boda, quiero decir, no exactamente a la boda —se apresuró a explicar—. No me arrepiento de haberme casado contigo, te lo aseguro.

Eso pareció calmarlo un poco, aunque no por ello se vio menos disgustado.

—Qué gentil de tu parte, gracias —expresó con sarcasmo—. Entonces, estoy esperando, ¿qué, según tú, no es una buena idea?

¡Dios! No iba a obligarla a decirlo, ¿verdad? Al parecer, sí, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Me refiero a esto —Abarcó la habitación con un gesto de su mano—. Me refiero a la noche de bodas.

Robert tuvo que inclinarse un poco para oírla, ya que la última frase fue dicha en un susurro y con la vista fija en el piso.

—Voy a necesitar que repitas eso.

—¿No me oíste? —Se esforzó a mirarlo de frente y se encontró con su

mirada incrédula—. Creo que podríamos dejar pasar lo de la noche de bodas.

—¿Dejarlo pasar? —Ahora sí que se puso de pie y se acercó a ella, pero Juliet se obligó a mantenerse serena, lo que no resultaba nada sencillo—. Por favor, dime que esta es una extraña broma.

—¿Cómo se te ocurre que bromearía con algo tan serio?

—¡Precisamente por el hecho de ser algo tan serio es que debo pensar que estás bromeando! —Lo vio aspirar profundamente, suponía que para tranquilizarse—. Juliet, por favor, ¿has perdido del todo la razón?

A ella semejante comentario no solo le pareció ofensivo, sino ridículo, ¿acaso pensaba que no estaba en sus cabales? ¿Cuándo le dio esa impresión?

—Estoy perfectamente cuerda, Robert, y es por eso que creo, no, estoy segura de que si nos relacionamos más... ¿cuál es la palabra?

—¿Íntimamente, quizá?

Juliet asintió, más segura de sí misma al creer que él iba entendiendo su punto después de todo.

—Exacto, eso quería decir. Separarnos será difícil de cualquier forma, pero si nosotros... bueno, intimamos, sería peor aún. ¿No es mejor y más inteligente que nos evitemos ese dolor?

El ver a Robert sonreír como si encontrara sus palabras muy graciosas no le ayudó en absoluto; en verdad, la perturbó un poco, especialmente porque no le pareció que se estuviera divirtiendo, no en realidad.

—No sabía que tuvieras todo tan calculado, me sorprendes —Se cruzó de brazos y abandonó su falsa sonrisa; su mirada la traspasó y hubiera hecho cualquier cosa porque dejara de verla así—. ¿Exactamente cuándo piensas irte? Tal vez tengas también una fecha pautada, ¿o prefieres que tu familia se olvide un poco de ti para poder huir con mayor tranquilidad? Desde luego, no debes preocuparte por mí, obviamente no entro en tus planes.

—¿Eso no es cierto! ¡Estás siendo muy injusto!

—¿Yo? ¿Injusto yo? ¿Cómo te atreves? —Se paró con un movimiento enérgico y se acercó hasta quedar a un palmo de distancia, con los ojos

chispeando de rabia—. No he hecho más que preocuparme por ti desde el momento en que nos conocimos; accedí a esta locura porque tú me lo pediste, y cuando te dije que me dieras la oportunidad de intentar hacerte feliz, estuviste de acuerdo. Pero ahora me sales con que este no es un verdadero matrimonio...

—¡No he dicho tal cosa! —En ningún momento insinuó eso.

Robert sacudió una mano, como quitándole importancia a su protesta.

—¡Por favor! Pretendes no consumir este matrimonio porque te irás sin importar lo que pase, y prefieres no encariñarte conmigo, ¿es eso lo que quisiste decir? ¿Me ves como una especie de mascota a la que te dará lástima abandonar?

Ella no pudo permanecer serena frente al dolor en sus ojos, y extendió una mano para posarla sobre su brazo. ¿Por qué no la entendía? ¿Acaso no se daba cuenta de lo que ella sentía? Sufría tanto como él, pero luchaba por ser fuerte.

—Robert, te lo juro, no es lo que piensas, significas tanto para mí...pero no puedo amarte; no hagas que te ame, por favor —Estaba llorando, suplicando; ella, que siempre se ufanaba de su orgullo—. Si te amara, no podría irme, y eso me destrozaría, ¿no lo entiendes? Nunca me sentiría del todo feliz aquí.

Él tomó su mano y la retiró de su brazo; con delicadeza, pero también con seguridad.

—No te preocupes, Juliet, nunca me amarás, ahora puedo verlo —le aseguró sin dejar de mirarla—. Eres tan egoísta, y estás tan cegada por lo que quieres para ti, que serías incapaz de abrirte a cualquier otra posibilidad, aunque tu terquedad solo te traiga dolor. Pero no voy a rogar, no lo haré, y lo siento porque nos haces miserables a ambos, pero es tu decisión.

—Robert, por favor, tienes que escucharme.

—Ya he escuchado suficiente, y estoy seguro de que no vas a decir nada que quiera oír, ya no más —Se encaminó a la puerta abierta, la que llevaba a su habitación, y la miró por última vez desde allí—. No tienes que cerrarla con llave, no volveré a molestarte.

Ella se adelantó hasta quedar a su altura, peleando consigo misma, dividida entre abrazarlo y pedirle perdón, o callarse, y soportar las consecuencias de sus actos.

Apenas alcanzó a levantar una mano, cuando él cerró la puerta con un solo movimiento brusco.

Y Juliet se quedó allí, de pie, enfundada en su vestido blanco, sin poder dejar de llorar.

## CAPÍTULO 23

Los días siguientes fueron un infierno para Juliet, y Robert no parecía estar llevándolos mejor.

Era una suerte que nadie los visitara en consideración a su reciente boda; quizá pensaban que deseaban disfrutar esos días el uno del otro y que no apreciarían ninguna interrupción. Les asombraría saber que apenas intercambiaban palabra y que solo compartían el mismo espacio durante las comidas.

Aunque Juliet hizo lo posible el primer día por entablar conversación y retomar el tema de la noche anterior, Robert se negó rotundamente a hablar al respecto y debió darse por vencida. Él nunca se había comportado de esa forma con ella, tan serio, y extremadamente cortés, rayando en la indiferencia, y supo sin duda que no habría manera de hacerlo cambiar de opinión; era tan obstinado como alguna vez le confesó.

No era difícil suponer que la única forma de conseguir que la perdonara sería el aceptar su error, como él lo llamaba, y como eso distaba mucho de ocurrir, tendrían que continuar con esa difícil convivencia.

Al principio pensó que podría con ello, estaba acostumbrada a vivir en un ambiente hostil, y, si era justa, Robert era un compañero que respetaba su espacio, quizá demasiado para su gusto, y nunca la importunaba. Era mucho más libre de lo que jamás fue en casa de su tío, sin su abuela siempre procurando dirigir cada uno de sus movimientos. Aún la ausencia de Daniel, que últimamente le hacía las cosas tan difíciles, le resultaba un alivio.

Pero pronto comprendió las diferencias entre tolerar una vida al lado de personas a las que podía ignorar, y compartir el tiempo con un hombre del que esperaba con ansias una sonrisa o un gesto amistoso. Echaba en falta a Robert, tanto que casi le dolía, a pesar de verlo cada mañana.

Sus discusiones por los hechos más absurdos eran algo que extrañaba con desesperación, y estuvo muchas veces tentada de iniciar una pelea solo por el placer de volver a oír los argumentos de Robert, por descabellados que fueran; sin embargo, eso hubiera sido como reconocer que le necesitaba y no

estaba dispuesta a hacerlo.

¿Qué iba a hacer? Algo le decía que no resistiría mucho tiempo esa vida tan vacía. Lo único que hacía durante el día era recorrer la casa como un fantasma, esperando las horas en las que podría compartir algo de tiempo con su esposo, al menos para guardar las apariencias frente a los sirvientes.

No sabía muchas cosas, pero si de algo estaba completamente segura era de que ella no deseaba vivir así, no junto a Robert. La idea de pasar tanto tiempo a su lado, pero sin él al mismo tiempo, le provocaba un dolor que no podría soportar sin terminar destruyéndose.

Tal vez él tuviera razón al menos en una cosa; si continuaban así, lo único que conseguiría sería hacer miserables sus vidas, y eso era algo que jamás podría perdonarse.

Cuando llevaban dos semanas viviendo en la Casa Arlington, las invitaciones empezaron a desbordar la bandeja del recibidor; al parecer muchas personas deseaban contar con la presencia de los recién casados en sus fiestas, y aunque Robert hubiera preferido rechazarlas todas, no habría sido un gesto muy considerado. Además, lo último que deseaba era empezar a levantar rumores en la ciudad respecto a su matrimonio.

—Los condes de Sunderland darán una fiesta la próxima semana; son buenos amigos de mi madre, debemos asistir.

Juliet asintió sin levantar la vista de su plato, guardando silencio cuando uno de los lacayos se acercó con una fuente, que rechazó sin siquiera mirarlo.

Cuando estuvieron a solas, Robert aprovechó su distracción para poder observarla con cuidado. Su tez estaba pálida y las ojeras, aunque invisibles para quien no la mirara con atención, eran imposibles de ocultar. Odió cada señal que delataba su sufrimiento.

—Mi madre vendrá esta tarde, no podré estar presente; debo atender unos asuntos, pero creo que disfrutaremos de pasar un momento juntas, tal vez podáis ir de compras o algo así.

Ella volvió a dar una cabezada en señal de conformidad, y continuó jugando con su comida, ya que apenas movía la cuchara en círculos y Robert

no la había visto llevarse un bocado a la boca desde que ocuparon sus asientos.

—Juliet, ¿estás escuchándome?

Solo entonces le miró de frente, sin titubear, y él hubiera preferido que no lo hiciera, no soportó ver tanta tristeza en sus ojos.

—La próxima semana asistiremos a la fiesta de los Condes de Sunderland, y tu madre vendrá hoy; sí, te he escuchado. Se hará como dices, no te preocupes.

Él sintió el impulso de ponerse de pie y zarandearla, hacer cualquier cosa porque dejara ese tono monótono y volviera a actuar como la joven vibrante y alegre que amaba, pero no pudo hacerlo por dos motivos.

En primer lugar, ese hubiera sido un arrebato absurdo cuando era él el ofendido, y más importante aún, la certeza que se abrió paso en su mente, la seguridad aplastante de que era amor lo que sentía por ella, lo golpeó como un rayo.

Ella debió notar algo en su semblante, quizá el desconcierto que estaba seguro debía de ser más que evidente, aunque no pudiera siquiera imaginar el motivo.

—¿Estás bien? —Juliet dejó su aparente indiferencia y mostró preocupación—. He dicho que iré a esa fiesta y me alegra la idea de ver a tu madre.

No obtuvo una respuesta, porque él continuó en silencio, mirándola con fijeza, lo que empezó a ponerla nerviosa.

—Robert, ¿te sientes enfermo?

Su tono asustado fue suficiente para hacerlo reaccionar, y tras pensarlo un momento, dio una cabezada en señal de negación.

—Estoy bien, es solo que debo salir más temprano, lo había olvidado — Ignoró su expresión asombrada al verlo levantarse con brusquedad—. Ten un buen día.

Juliet elevó ambas cejas al ver que se detenía en el dintel de la puerta,

como si dudara entre salir y quedarse allí.

—Robert...

—Por favor, dile a mi madre que la veré en el baile de los Sunderland.

Y con ese último, y casi incoherente comentario, la dejó a solas en el comedor.

¡Demonios! ¿Cómo había pasado eso? ¿En qué momento se enamoró de Juliet? ¿Antes de casarse o después? Quizá ocurrió mientras la trataba, y ni siquiera se había dado cuenta del todo. Sabía que sus sentimientos estaban muy comprometidos, pero no pensó que fuera a tener ese instante de iluminación precisamente cuando esperaba que lo abandonara en cualquier momento.

¿A quién deseaba engañar? Desde el momento en que la vio, supo que corría ese riesgo, solo que no fue lo suficientemente fuerte para mantenerse alejado de ella, y allí estaban los resultados. Tarde o temprano, iba a perderla.

Si antes la idea le parecía insoportable, ahora el solo pensar en ella le quitaba el aliento. ¿Qué podía hacer ahora? Volver a casa y confesárselo, rogarle que no lo dejara, que le permitiera enseñarle a amarlo... No, él nunca podría humillarse de esa forma, y mucho menos obligarla a hacer algo que no deseaba.

No se involucró en esa parodia a ciegas, sabía lo que estaba en juego, lo que podría pasar, y aun así aceptó el matrimonio. Ella dejó muy en claro lo que deseaba, y nada de lo que hiciera iba a cambiarlo.

Solo le quedaba soportar esa angustia y mantener a salvo la poca dignidad que le quedaba.

No debía de tener muy buen aspecto, porque Charles mutó su sonrisa en un semblante inquieto cuando se acercó a la mesa que ocupaba en el club.

—No esperaba encontrarte aquí, ¿por qué no estás con tu adorable esposa?  
—Se sentó frente a él con el ceño fruncido.

—Tengo asuntos que atender.

Charles enarcó una ceja al oír su tono cortante, pero no por eso se amilanó.

—Desde luego, no tienes que recordarme que tú eres el trabajador —Forzó una sonrisa despreocupada, sabedor de la mejor forma de acercarse a su amigo—; sin embargo, me atrevería a decir que nadie te juzgará si te tomas unos días libres para disfrutar de tu matrimonio.

—Ya he tomado todo el tiempo necesario.

—Bien, eso debes de saberlo mejor que yo —Suspiró y se encogió de hombros—; solo espero que Juliet esté de acuerdo contigo.

La mirada que Robert le dirigió lo intimidó un poco, debía reconocer eso al menos para sí, pero no cejó en sus intentos de sonsacarle lo que había pasado.

—Te agradecería que no te involucres en mi matrimonio, Charles.

—Jamás pensaría siquiera hacer tal cosa, Robert, pero eres mi amigo y tengo a Juliet en muy alta estima; me gustaría saber que sois felices.

—Ese es un asunto que solo nos concierne a ambos.

Charles suspiró una vez más, y lo miró sin pestañear, atento a cualquier indicio que le indicara cuál podría ser el problema. Porque era obvio que algo había pasado, de eso no le quedaba la menor duda.

—Sabes que puedes contar conmigo.

Robert asintió en señal de haberlo escuchado, pero no respondió y su amigo se quedó en silencio, algo muy poco habitual en él, que parecía encontrar difícil pasar mucho tiempo sin hablar.

—Si necesitas conversar...

—Lo tendré en cuenta, Charles, gracias.

Eso era un avance, no lo había mandado a callar, ni se había ido; tal vez solo necesitaba un poco de espacio propio. Con todo él podía reconocer que no era un entendido en asuntos del corazón, y todo parecía indicar que ese era el problema que angustiaba a su amigo.

Pensaba en la mejor forma de retirarse, no sin antes recordarle una vez más que si lo necesitaba podría buscarlo en cualquier momento, cuando vio entrar

a un personaje que consiguió reconsiderara su despedida.

—No es un buen momento, grandísimo idiota.

—¿Qué balbuceas, Charles?

Su amigo hizo un gesto fastidiado, y le señaló la entrada con discreción.

—Graham.

Robert se volvió sin mostrar mucha reserva y mantuvo la vista fija en el hombre que, muy imprudentemente, a juicio de Charles, se acercaba a su mesa.

—Por favor, ignóralo.

Charles elevó los ojos al cielo cuando su amigo prefirió ignorarlo a él.

—Arlington, qué sorpresa encontrarlo aquí —Graham los miró desde lo alto, sin hacer amago de sentarse—. Egremont.

—Lord Graham, buen día, creo que hace mucho no contábamos con su presencia en el club.

—No todos disponemos de tanto tiempo libre como podríamos desear.

Ese fue un golpe bajo para Charles, aunque él obviamente no era su principal blanco. Aun así, no permitió que su comentario lo ofendiera; por el contrario, rió abiertamente.

—Bueno, milord, grandes privilegios conllevan grandes responsabilidades. Cuando se sienta cansado, siempre puede pensar en sus innumerables posesiones; sin duda ello hará que la carga le resulte mucho menos pesada.

Graham le dedicó una mirada gélida y dirigió su atención a Robert, que permanecía impávido en su lugar.

—Arlington, permítame felicitarlo por su reciente matrimonio; no hace falta decirle cuán afortunado es de haber logrado conquistar a la joven más encantadora que Londres ha visto en mucho tiempo.

Curioso, como todo lo dicho por ese hombre que parecía ocultar una doble intención; los halagos salidos de sus labios se oían hipócritas.

—Gracias.

—Me asombra su presencia aquí, en verdad; de haber resultado yo el dichoso esposo de tan bella dama, no la dejaría un momento a solas.

Charles se sentó más rígido en su silla cuando vio a su amigo cerrar la mano en un puño. No lo culpaba por tomar ese comentario como algo ofensivo, especialmente proviniendo de semejante hombre, pero ese no era el mejor lugar para perder el control.

—Lord Graham, ¿es acaso el Barón Montgomery quien acaba de llegar? Según oí en la velada musical de Lord Archer, se encuentra deseoso por hablar con usted; es más, creo que le busca —Charles levantó una mano sin pizca de sutileza para señalar al recién llegado.

A Graham no le quedó más alternativa que dirigir su mirada hacia donde el joven señalaba y asintió con un gesto cortés al caballero que le aguardaba en el otro lado de la habitación.

—Sí, nuestras tierras colindan; posiblemente quiera tratar algún tema al respecto —reconoció de mala gana.

—En ese caso, no debe hacerle esperar; nosotros no lo retendremos —Esa era la frase más larga que había dicho Robert desde su interrupción, y no fue en absoluto cordial.

—Qué considerado de su parte —Graham asintió con burla—. Ha sido un placer verlos, caballeros. Arlington, no olvide lo que le dije; no debe abandonar a su preciosa esposa, no deseará aburrirla tan pronto.

Tras esa frase malintencionada, les dio la espalda, y cuando Charles se felicitaba por haber conseguido librarse de él, notó que Robert parecía dispuesto a ponerse de pie y seguirlo, por lo que extendió una mano sobre la mesa con sorprendente rapidez, y lo tomó del antebrazo para evitar que se levantara.

—¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer?

—Se me ocurren un par de cosas —Su amigo forcejeó para liberarse del agarre.

—Y supongo que todas están relacionadas con tu puño sobre la cara de

Graham.

—Supones bien.

Charles no le soltó, sino que le dirigió la mirada más seria que Robert le había visto en mucho tiempo.

—Eso es lo que él quiere, no seas idiota, ¿qué pasa contigo? ¿Desde cuándo permites que un imbécil como ese te haga perder el control?

—Sabes que se ha sobrepasado —Robert no parecía menos disgustado, pero dejó de luchar por soltarse.

—Desde luego que lo ha hecho, pero le conoces; solo se ha acercado para incomodarte, está molesto porque aún no se recupera de la rabia por haber perdido lo que para él era una competición por la mano de Juliet —Le habló entre dientes, sin atisbo de su habitual expresión sonriente—. Quiere provocarte para que hagas alguna estupidez y has estado a punto de satisfacerle.

Robert sacudió su brazo para librarse de la mano de su amigo.

—Bueno, tal vez sea yo quien merezca esa satisfacción —Se levantó, ya más repuesto—; pero lo dejaré pasar por esta vez, solo esta vez, y te agradeceré, Charles, que no vuelvas a intervenir.

Charles se pasó una mano por el cabello, preocupado, cuando lo vio marchar con paso casi marcial hacia la puerta.

Desde luego que si Graham volvía a molestarlo iba a intervenir; lo que le preocupaba era la posibilidad de no estar presente si ello ocurría, y por como actuaba Robert, dudaba de que pasara mucho tiempo antes de que pasara algo así.

## CAPÍTULO 24

Juliet pasó buena parte de la mañana en el estudio de Robert, a pesar de que sospechaba que la idea no le haría ninguna gracia, no considerando como estaban las cosas entre ellos. Pero ya que estaba aburrída de deambular por la casa, y podía decir sin duda que conocía ya cada uno de sus rincones, decidió que él no podría culparla si buscaba algún libro entre sus estanterías.

La habitación era un poco más pequeña que la de Rosenthal, pero, lo mismo que en esta, resultaba muy sencillo sentirse a gusto a primera vista. Había tantos libros que Juliet no pudo evitar sonreír, y aunque era obvio que Robert prefería tener sus preciosas obras de arte en su propiedad de Devon, encontró algunas pinturas muy hermosas colgando de las paredes.

Tras seleccionar un par de libros que decidió se llevaría a su habitación, cedió a la tentación de acercarse al escritorio de Robert y ocupar la gran silla en la que acostumbraba a trabajar. Recostó la cabeza en el respaldo y pasó la mano sobre la superficie de madera pulida, sonriendo al observar algunos documentos desperdigados.

Su esposo era un hombre muy trabajador e inteligente, pero nada ordenado, y tuvo que contener el impulso de mover algunas cosas de lugar; seguro que Robert se pondría furioso si se enteraba de que había fisgoneado entre sus papeles.

Estaba a punto de levantarse y volver a su habitación cuando vio un nombre que llamó su atención. El suyo.

Sin pensarlo dos veces, tomó el pliego de papel y lo leyó, frunciendo el ceño según avanzaba.

Cuando concluyó su lectura, lo dejó con suavidad en su lugar y abandonó el asiento. Su cabeza daba vueltas mientras caminaba fuera de la habitación con los libros pegados al pecho.

En ese documento, firmado por Robert y su tío, se estipulaba que todos los bienes heredados de sus padres pasarían a su nombre una vez que contrajera matrimonio, lo que obviamente ya había ocurrido.

¿Por qué Robert ideó tal cosa? No dudó un segundo de que había sido él quien estipuló esa cláusula cuando él y su tío firmaron el contrato matrimonial; a Lord Ashcroft tal idea jamás le habría pasado por la cabeza.

Un gesto tan desinteresado no la extrañaba, no tratándose de él; aunque jamás lo había mencionado, estaba segura de que su dinero no era algo por lo que sintiera ningún interés. Pero lo que no comprendía era el motivo por el que no le había hablado al respecto.

¿Acaso deseaba que ella no se enterara de esto aún? ¿Pensaba hablarle de ello en su frustrada noche de bodas? ¿O simplemente no quería que lo supiera porque entonces sabría que contaba con los recursos para huir?

No, él nunca haría algo tan mezquino, ¿o sí? No, no Robert.

Muchas teorías, a cuál más absurda, pasaban por su mente, y debió calmarse para no dejar que su imaginación la traicionara; con seguridad habría una explicación razonable para el silencio de Robert en lo que a eso se refería.

No del todo tranquila, y aún con las ideas algo dispersas, llegó hasta el salón, donde la esperaba Lady Arlington, tan encantadora como siempre.

Olvidó por completo que recibiría su visita, y no creía encontrarse en las mejores condiciones para recibirla, pero comprendió que no tenía otra alternativa, de modo que dejó los libros en una mesilla y se adelantó a saludarla.

—Buen día, querida, cuánto me alegra verte.

Le sorprendió el caluroso abrazo en que la envolvió, y por un motivo que no supo identificar en ese momento, siguiendo sus impulsos, correspondió a este con mucho más entusiasmo del que hubiera podido considerarse apropiado. Pero a la dama no pareció incomodarle; por el contrario, la alejó un poco para pasar una mano por su mejilla y sonreírle con un gesto maternal.

—Me tomé la libertad de pedir un té a la doncella, espero que no te moleste.

Juliet la miró con expresión desconcertada, y le señaló el sillón más

cercano.

—Desde luego que no, milady, esta es su casa.

—No, dejó de serlo cuando Robert asumió el condado; desde entonces ha sido suya, y ahora, por supuesto, también te pertenece —Le sonrió sin rastro de tristeza—; sin embargo, debo decirte que me tendrás aquí con frecuencia porque no podría pasar mucho tiempo sin veros. Supongo que Robert ya te habrá advertido al respecto.

A Juliet se le escapó una sonrisa, ya que ciertamente lo hizo.

—Es un placer contar con su presencia.

—Eres mucho más amable que mi hijo; quizá debas esperar a conocerme un poco mejor antes de decir tal cosa con tanta seguridad —Sin abandonar su sonrisa alegre empezó a mirar de un lado a otro—. ¿Y bien? ¿Dónde está él?

—Oh, Robert no está en casa, debió salir a atender unos negocios; pero le dejó sus saludos, y dijo que espera verla en el baile de los Condes de Sunderland.

Juliet agradeció mentalmente la irrupción de la doncella con el servicio de té, y en tanto se encargaba de servir, sintió la mirada de su suegra todo el tiempo sobre su nuca.

—Lamento oírlo, esperaba poder saludarlo, pero lo veré ese día —La dama se encogió de hombros, como restándole importancia al asunto—. Pero tú, querida, imagino que debes de sentirte un poco sola en esta casa tan grande; Robert es un poco desconsiderado al no pensar en ello.

—No, no lo es, comprendo que tiene muchos asuntos de los que ocuparse —Apretó con fuerza la servilleta sobre su falda sin alterar su semblante.

Lady Arlington frunció ligeramente el ceño al escuchar su tono desapasionado.

—Creí que él se tomaría unas semanas más, pero si no te molesta, ¿qué puedo decir yo? En todo caso, no dudo que tendrás muchas cosas con las cuales entretenerte, ¿has pensado en visitar a tu familia?

Juliet suspiró al oír esa sugerencia y bebió otro sorbo de té. ¿Visitar a su

familia? La idea no había pasado por su mente, y sabía que no era casualidad. Lo último que deseaba era volver a la Casa Ashcroft y tener que pasar tiempo con su abuela, o su tío; la idea de ver a Daniel aún le resultaba un poco violenta.

—Tal vez lo haga más adelante.

Lady Arlington debió leer en sus gestos lo poco que le había agradado ese consejo, porque no insistió.

—Recuerdo cuando vine a vivir aquí, ha pasado tanto tiempo... —El tono nostálgico de la dama llamó su atención y la escuchó con interés—. Fue todo un cambio, algo intimidante he de decir. No sé si Robert te lo ha dicho, pero mi padre fue un hombre de iglesia, ¿lo sabías? —Sonrió ante la negativa de su nuera—. Bien, lo era, y obviamente no estaba acostumbrada a esta clase de vida; todo me parecía demasiado, y la sola idea de tener que encargarme de hacer marchar este lugar me hacía temblar.

Juliet dejó su taza a un lado para escucharla con más atención, relajando un poco su rigidez.

—Pasé semanas pensando en que tal vez había cometido un error, que esto era demasiado para mí, deseando volver a casa; era un poco infantil, lo confieso —Hizo un gesto gracioso con las manos para señalarse a sí misma con expresión avergonzada—. Pero tuve mucha suerte, porque no estaba sola; el padre de Robert me acompañó todo el tiempo, mostró muchísima paciencia, y se dedicó a hacer que comprendiera lo afortunada que era de haber encontrado mi lugar en el mundo. Desde luego que él no lo hizo con ese propósito, el de parecer un ángel caído que llegaba en auxilio de la pobre hija de un pastor; él solo me ofreció amor y esperó a que yo estuviera dispuesta a recibirlo. Las propiedades, la posición... nunca fueron importantes para nosotros.

—Fue muy afortunada —El susurro de Juliet apenas se oyó en la amplia habitación.

—Sí, sé que lo fui, pero tardé un poco en comprenderlo, puedo ser un poco obstinada; siempre le digo a Robert que heredó ese rasgo de su padre, pero sospecho que en verdad soy yo la culpable —Le dirigió una sonrisa cómplice que Juliet no pudo menos que corresponder—. En fin, lo que quiero decir es

que tal vez te sientas un poco agobiada en este momento, tal y como me ocurrió a mí entonces, pero debes darle a Robert la oportunidad de demostrarte cuánto te ama y lo felices que podéis ser juntos.

Juliet se pasó una mano con discreción por los párpados, no quería demostrar lo mucho que esa confesión la había afectado. Jamás hubiera podido imaginar que Lady Arlington, esa mujer tan segura de sí misma y que hablaba con tanto amor de su difunto esposo, alguna vez se sintiera fuera de lugar y, aún más, dudara de sus sentimientos.

—Pero usted lo amaba... a su esposo, quiero decir, antes de casarse — Sintió que debía hacer esa pregunta—. Sus dudas no estaban relacionadas precisamente con el amor.

Lady Arlington no pareció sorprendida por la extraña pregunta, tan solo frunció el ceño y le dirigió una intensa mirada.

—No lo sé, Juliet, en verdad no sabría decírtelo —reconoció al fin—. Porque, ¿qué es exactamente el amor? ¿Un sentimiento que te atrapa sin misericordia de un momento a otro? ¿O es algo paulatino que te envuelve sin que repares en ello y en el momento menos pensado eres consciente de su presencia y no hay marcha atrás? No creo en la felicidad absoluta; de existir, mi esposo continuaría a mi lado, hace mucho tiempo que llegué a esa conclusión.

Juliet se sintió culpable al notar que ese tema la afectaba un poco, lo suficiente para que abandonara su casi permanente sonrisa.

—Lamento haber preguntado algo tan privado.

—No, no, no debes preocuparte por eso, por favor. Somos familia ahora, podemos ser todo lo indiscretos que queramos —Recuperó su expresión animosa—; aunque debo reconocer que siempre he sido yo la entrometida; Robert, igual que su padre, es muy reservado. Pero no te he respondido, ¿verdad? Te preguntabas si amé siempre a mi esposo, y aunque no puedo responderte con seguridad, me atrevería a decirte que sí, lo hice, solo que no fui verdaderamente consciente de ello... hasta que lo supe, por extraño que pueda sonar.

—¿Y cómo lo supo? —Juliet se adelantó en el asiento, dispuesta a insistir

—. ¿Cuándo se dio cuenta de que le amaba?

Lady Arlington elevó una ceja, sonriendo más ampliamente.

—Bueno, querida, eso es algo que solo quien ama puede saber, y no dudo que llegado el momento preciso, tú lo harás también; entonces podrás entender.

Juliet se echó hacia atrás en el asiento por ese comentario tan directo, como si esa dama supiera exactamente lo que pasaba por su cabeza y todo lo que su corazón no le permitía ver. No parecía perturbada por la idea de que su nuera le hiciera esas preguntas, que dejaban traslucir la duda que tenía en lo que a sus sentimientos por su hijo se refería. Mantuvo su expresión serena y amable sin alterarse un instante.

—Gracias por sus respuestas tan honestas, milady —Juliet se dijo que debía hacer alguna observación—; lo aprecio mucho.

—Puedes contar conmigo cuando lo desees, querida, siempre quise tener una hija, y ahora que te cuento como tal, es un placer el poder compartir estas confidencias —Le tendió su taza para que la llenara una vez más—. Ahora que lo pienso, Juliet, ¿cómo me llamarás?

—¿Perdón?

—Verás, preferiría que no te refirieras a mi como Lady Arlington, pero tampoco deseo ser de esas suegras que obligan a sus nueras a llamarlas “madre”; me parece de muy mal gusto, ya que es una muestra de afecto que debe darse de forma natural, con el tiempo.

Juliet pestañeó un poco desconcertada por ese brusco cambio de tema, uno en el que no había pensado hasta ese momento, además.

—No lo sé, en verdad no lo había pensado, aunque no me disgusta la idea de llamarla “madre”. Casi no recuerdo a la mía, y usted es tan amable...

Lady Arlington estiró un brazo con delicadeza y le dio una palmadita cariñosa en la mano que descansaba sobre la mesa.

—Sería un honor que me llames así, querida, pero no quiero que sea un compromiso para ti; el día que esas palabras broten de tus labios porque así lo desees me harás muy feliz —le aseguró—. Pero mientras tanto, ¿por qué no

probamos con Elizabeth?

Juliet le sonrió de vuelta, conmovida por su amabilidad.

—Me parece una excelente idea... Elizabeth.

Lady Arlington tomó uno de los pastelillos de la fuente, y antes de darle un mordisco le dirigió una mirada preocupada a su nuera que la tomó desprevenida.

—¿Y qué te pondrás para el baile en casa de los Sunderland? Deberíamos ir de compras, no creo tener un traje apropiado; podemos llamar a mi modista.

Juliet dejó escapar una risa divertida y sin pensarlo mucho, asintió de buena gana. Le haría mucho bien compartir algo de tiempo con esa mujer encantadora que, además, le había dado tanto en qué pensar.

Robert regresó a casa antes de lo que había calculado, demasiado nervioso para permanecer por mucho tiempo en un solo lugar que no fuera aquel; sentía la imperiosa necesidad de ver a Juliet, inquieto tras su encuentro con Graham en el club.

Desde luego que no pensaba hablarle de ello; en verdad era muy poco de lo que pensaba hablarle; se encontraba aún muy desconcertado por los acontecimientos del día, y empezaba a sentir que todas esas emociones podrían desbordarlo en cualquier momento.

La situación con Juliet, el acoso de Graham, sus propios sentimientos recién descubiertos... necesitaba ordenar sus ideas, y para ello lo lógico habría sido buscar un lugar para reflexionar a solas, pero no, estaba en casa esperando encontrar a su esposa.

Y para su inmensa sorpresa, ella no estaba allí.

Según le indicó el mayordomo, su madre estuvo en casa por la tarde, tal y como había avisado que haría, lo que en gran medida le alegraba; tal vez su presencia había ayudado a Juliet a mejorar su ánimo. Pero parte de él lamentaba el que Juliet decidiera irse sin considerar que él querría verla al llegar.

Sabía que era injusto, quizá irracional, ya que no le había dado motivos para mostrarle esa consideración. Apenas le dirigía la palabra en las comidas, y si era honesto, sabía que pasar tiempo con su madre sería mucho más agradable para ella que estar a su lado.

Sin embargo, el regresar a casa y no encontrarla hizo que pensara en lo que sentiría cuando ella le abandonara por siempre. Si en ese momento, sabiendo que no tardaría en regresar, lo atenazaba una angustia terrible en el pecho, no estaba seguro de si podría soportar el perderla del todo, no verla nunca más.

El resignarse a ese destino le parecía una broma terrible que no podría tolerar cuando llegara el momento.

Apenas reparó en el sonido de la campanilla, inmerso en sus pensamientos, y fue toda una sorpresa la presencia del mayordomo en el salón, anunciando una visita. Una muy desagradable visita, en lo que a él concernía.

—Milord.

Robert cerró los ojos un momento para enmascarar su disgusto, y dio media vuelta, enfrentando la mirada de una de las últimas personas que hubiera deseado ver en ese momento.

—Ashcroft.

Daniel agachó la cabeza en señal de saludo y exhibió una sonrisa satisfecha.

El ir de compras no era un ejercicio agradable; en opinión de Juliet, demandaba una energía que podría ser mejor utilizada en fines más prácticos, pero debía reconocer que destinar unas horas a esa práctica en la compañía apropiada, podía resultar muy divertido.

Lady Arlington se las arreglaba para que las molestas sesiones probándose trajes y soportando posibles pinchazos con alfileres, fueran momentos de distracción. Juliet no conocía a ninguna otra persona que pudiera hablar con tanto entusiasmo de los más diversos temas, y que tuviera siempre una palabra amable incluso para las personas más desagradables, si bien podía presumir de una lengua más que afilada cuando era necesario.

Le costaba recordar cuándo fue la última vez que rió tanto, aunque en verdad sí que podía; cuando las cosas iban bien con Robert y compartían esas charlas tan divertidas. Pero el pensar en eso solo la lastimaba, y por unas horas deseaba permitir que su mente se distrajera, lo que de alguna forma la ayudaría a enfrentar sus problemas con mayor ánimo.

Lady Arlington parecía ser consciente de ello, porque no hizo un solo comentario relacionado con su hijo en todo el tiempo que duró su salida.

Una vez que regresaron a la Casa Arlington, rechazó la invitación a entrar, ya que tenía un compromiso al cual no podía faltar, tal y como le dijo, y tras pedir a los lacayos que cargaran sus compras en su carruaje, se despidió prometiéndole que volverían a encontrarse en el baile de los Sunderland.

Juliet pensaba que podría usar el tiempo hasta la cena para pedirle a su doncella que se encargara de ordenar lo que llevaba, y tal vez, si era posible, podría pasar a las cocinas y hablar con la encargada para que preparara algo especial esa noche, aunque considerando la hora, posiblemente no recibiría el pedido con mucho entusiasmo. Sin embargo, se sentía lo bastante dispuesta para intentar compartir una comida agradable con su esposo; si conseguía reunir el valor, quizá se atreviera a intentar hablar nuevamente acerca de su relación. No deseaba continuar viviendo en ese ambiente tenso, no cuando sabía que en verdad ambos tenían tantas posibilidades de compartir buenos momentos juntos.

Se encaminó a las escaleras para dirigirse a su habitación, pero lo pensó mejor y decidió que primero iría a las cocinas. No obstante, al llegar al rellano se topó con uno de los lacayos, que le informó de la presencia de Robert en la casa y que se encontraba en el salón familiar con un visitante.

Tuvo un desagradable presentimiento que le hizo reconsiderar su idea inicial, y le ordenó al sirviente que hiciera llegar su pedido a la cocinera, mientras ella se encaminaba con rapidez al lugar que le había indicado.

Al llegar allí y abrir la puerta con gesto decidido, no pudo evitar fruncir los labios, mirando de un extremo a otro de la habitación.

Robert estaba de pie, mirando por la ventana, y con un gesto tan disgustado que sintió el irrefrenable deseo de acercarse y pasar una mano por su espalda para pedirle que olvidara lo que fuera que le estuviera molestando.

Sin embargo, no lo hizo, porque debió dirigir su atención a la persona sentada con una postura indolente en uno de los sillones más pequeños.

Daniel.

No necesitaba ser muy observadora para saber que si Robert permanecía allí era por simple convencionalismo, y que de haber estado en su poder, habría preferido dejar a su primo a solas, lo que seguro este habría apreciado. Era obvio que a duras penas soportaban estar en la misma habitación.

—Allí estás —Daniel se puso de pie y se acercó a ella con una amplia sonrisa.

—Hola, no te esperábamos —Juliet permitió que besara su mano, un gesto poco usual en él, sin dejar de ver a Robert, que permanecía inmóvil—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, claro que no, todo está muy bien; perfecto, me atrevería a decir.

No se le escapó su tono sardónico. A Daniel le agradaba recordarle lo bien que la conocía, pero a veces olvidaba que ella también sabía como pensaba, y en ese momento, estaba segura de que se sentía muy satisfecho por la obvia tensión entre ella y su esposo.

—Me alegra oírlo —Se alejó un poco de él y caminó hacia Robert, que solo entonces la miró con atención—. Llegaste temprano, no te esperaba hasta la cena.

—He logrado terminar con mis asuntos algo más temprano de lo que pensaba.

—Bien, he ordenado algo especial para la cena —Sin atender a su expresión ligeramente aturdida se puso en puntas y depositó un beso sobre su mejilla; un gesto poco frecuente frente a los invitados, pero no le importó—. He pasado un momento muy agradable con tu madre.

Robert asintió, sin sonreír, y la acompañó hasta un sillón, en donde ella se sentó mientras él permanecía de pie.

—No lo dudo, me alegra —Posó una mano sobre su hombro y miró a Daniel, que había vuelto a ocupar su asiento—. Tu primo lleva un tiempo esperando.

—No mucho, milord, apenas unos minutos —El joven se encogió de hombros—. De cualquier forma no pienso quedarme, no quiero abusar de su hospitalidad, solo quería compartir unas palabras con Juliet.

—En ese caso, debería dejarlos a solas para que puedan hablar a gusto.

Juliet puso una mano sobre la suya y levantó la cabeza para mirarlo con intensidad.

—Eso no será necesario.

Él se inclinó lo necesario para depositar un corto beso en su sien y sonrió sin humor.

—Creo que sí; además debo atender algunas cosas en el despacho antes de la cena, te veré allí —Pasó por su lado y se despidió de Daniel con una ligera cabezada—. Fue un gusto verlo, Ashcroft.

—Gracias, milord.

Juliet no dejó de mirar a su esposo hasta que dejó el salón; y solo entonces dirigió su atención a su primo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Esa no es una pregunta muy amable, Juliet, ¿estás disgustada?

Ella respiró profundo para calmarse, no iba a permitir que Daniel la manipulara.

—¿Tengo acaso algún motivo para estarlo? No, primo, todo está muy bien.

—¿Seguro? Porque me gustaría decir que te sienta bien el matrimonio, pero sabes que nunca he podido mentirte.

—No tienes que empezar ahora, y preferiría que no te involucraras en lo que no te concierne —Su tono fue más frío de lo que pretendió, pero no pudo evitarlo.

—Todo lo relacionado contigo es de mi interés, Juliet, ya lo sabes —Se inclinó un poco hacia ella, abandonando su mueca burlona—. Odio verte así.

—No sé a qué te refieres...

—Estás sufriendo, lo sé, no tienes que fingir conmigo.

Juliet se cruzó de brazos sin dejar de mirarlo con fastidio.

—No finjo, y no me gusta esta conversación; encuentro difícil creer que hayas decidido venir a mi casa sin una invitación para decir lo mal que me veo; según tú, claro.

—¿Así que la llamas “casa” ahora? Supongo que no está mal, considerando que no piensas pasar mucho tiempo aquí.

—Esa es una suposición atrevida, Daniel, e insisto en que agradecería que no te entrometieras en mis asuntos, y mucho menos en mi matrimonio.

Debió contener un resoplido disgustado cuando lo vio reír sin asomo de discreción.

—¿Matrimonio? ¿Cuál matrimonio? No puedes referirte a esta farsa.

—¡Daniel! Te prohíbo...

—¿Qué? ¿Decir la verdad? Juliet, por favor, ambos sabemos de qué trata esto, y por la cara de Arlington, no dudo de que él también esté enterado —Rodó los ojos, al parecer aburrido—. Casi siento lástima por él; has sido muy cruel, prima, pero no te juzgo, no tenías otra alternativa, y esta fue tu mejor oportunidad. En verdad has hecho las cosas mucho más fáciles para todos, a excepción de Arlington, claro. Pobre hombre.

Juliet apretó las manos hasta hacerse daño con las uñas, viendo por primera vez a Daniel con absoluto desprecio.

—No voy a fingir siquiera que comprendo a lo que te refieres, y no me importa, porque lo único que deseo es que te vayas de aquí. No serás bienvenido en esta casa mientras no muestres el respeto que Robert merece.

Daniel se levantó sin dar muestras de que ese trato le afectara en absoluto; es más, no abandonó su sonrisa ni por un instante.

—No pensaba volver de cualquier modo, ¿sabes? No veo qué me traería de vuelta —mencionó con descuido—. En cuanto al respeto que Arlington merece, bien, no lo voy a discutir, parece un hombre decente, pero son esos los que generalmente pierden.

Su prima se puso también de pie y lo encaró sin pizca de amabilidad.

—Tal vez algún día, si decides crecer y comportarte como un adulto y no como un niño malcriado, puedas ser la mitad de hombre que él es.

Esa sentencia sí que pareció perturbarlo, porque le dirigió una mirada resentida que por más que intentó enmascarar, no pasó desapercibida para ella.

—Veremos pronto qué clase de hombre soy, Juliet, muy pronto —Hizo una venia exagerada y se dirigió a la puerta—. No necesito compañía, conozco el camino. Nos veremos antes de lo que piensas, *milady*.

Juliet no dedicó mucho tiempo a pensar en sus palabras, porque apenas se marchó, dejó el salón y se encaminó por el pasillo hacia el comedor, esperando encontrar al mayordomo para asegurarse de que la cocinera había recibido su pedido, pero le sorprendió ver que un lacayo colocaba la mesa solo para uno. En *su* lugar.

—¿Su señoría no cenará aquí?

—No, *milady*, dijo que prefería hacerlo en su estudio esta noche.

El muchacho pareció avergonzado por encontrarse en esa posición, y a Juliet no le hizo ninguna gracia tampoco tener que interrogar a un sirviente acerca de los actos de su esposo.

—Bien, encárgate de que lleven mi comida allí también.

—¿Perdón, *milady*?

—Cenaré con mi esposo en su estudio —Elevó la barbilla y le dirigió una mirada al reloj—. En media hora estará bien.

—Sí, *milady*.

Mientras el joven se retiraba, muy confundido por ese pedido tan inusual, Juliet se encaminó al despacho de Robert; tenían un par de cosas de las que hablar.

Robert sabía que el dar vueltas alrededor de su despacho como un león

enjaulado podría resultar un poco infantil; con una casa tan grande, habría tenido más sentido que prefiriera recorrer el jardín o algo así; pero considerando su mal humor, y los latentes deseos de ir y echar a patadas al primo de su esposa de *su* casa, decidió que era mejor, para él y los demás, que se mantuviera en un espacio cerrado.

Habían bastado veinte minutos compartiendo el mismo espacio, con unas cuantas frases corteses pero malintencionadas, y su desagradable manera de mirarlo, como si supiera algo que él no, para que se planteara seriamente la idea de estrangular a ese mocoso insolente.

Si no perteneciera a la familia de Juliet...

Ese pensamiento le recordó cuáles eran los verdaderos sentimientos que Daniel Ashcroft albergaba en lo que a su esposa se refería, y estuvo a punto de tomar un libro de las estanterías y lanzarlo contra la puerta.

Ashcroft sabía que no era un secreto lo que su prima le inspiraba, y aun así había tenido el descaro de presentarse en su casa, esperando hablar con ella, y él, como un estúpido aferrado a las buenas costumbres, lo había recibido cuando debía haberle negado la entrada.

¿Qué estaría diciéndole a Juliet? Aún más importante, ¿le importaría a ella lo que él dijera?

Dudaba de que fuera así, ya que para él era muy obvio lo distanciada que se sentía de su primo y cuánto la había afectado enterarse de que este no la veía con los mismos sentimientos fraternales que creyó por tanto tiempo.

Aun así, la idea de que estuvieran a solas, que él tuviera el atrevimiento de decirle una sola palabra impropia, conseguía que le hirviera la sangre.

Dos veces se acercó a la puerta y tomó el picaporte, pero se obligó a soltarlo, y volvió a su paseo desenfrenado por la habitación. Dudaba entre llamar a una de las doncellas para que le informara, o ir por sí mismo para comprobar si Ashcroft aún continuaba en la casa, cuando tocaron a la puerta y a juzgar por el sonido, supo de inmediato de quién se trataba.

Corrió al escritorio, ocupó su sillón, y empezó a rebuscar entre sus papeles para dar la impresión de que se encontraba muy ocupado.

—Adelante.

Tal y como adivinó, fue Juliet quien abrió la puerta y se quedó un momento de pie en el umbral, estudiando la habitación, o a él, no estaba seguro. Algo en su expresión suspicaz le hizo pensar que tal vez no esperaba encontrarlo en esa posición.

—Supongo que tu primo se ha ido ya.

—Sí, y no creo que lo veamos en algún tiempo —Cerró la puerta tras ella, y echó una mirada alrededor—. No tenías que recibirlo, sé lo poco que te agrada.

—Es tu familia.

Juliet asintió de mala gana, con gesto resignado, y ocupó el sillón frente al suyo, colocando ambas manos sobre la superficie del escritorio.

—Lamentablemente, eso no lo hace una persona más fácil de tratar; lo siento.

—Nunca te disculpes por algo que escapa a tu responsabilidad; uno no escoge a sus familiares —mencionó, sonriendo a medias—. Toma como ejemplo a mi madre.

—¡Tu madre es una dama encantadora! —Juliet se envaró con tal expresión ofendida que hizo que la amara aún más, si eso era posible.

—Lo es, y la quiero, pero reconoce que es también una de las mujeres más entrometidas que has conocido en tu vida.

Pudo ver como ella se debatía entre reconocerlo y negarlo, pero si algo respetaba era su habitual honestidad.

—Ella solo muestra mucho interés en que seas feliz, es lo que una buena madre hace.

—Lo sé, soy muy afortunado.

—Sí, lo eres, y deberías dar gracias por eso.

—No es lo único que tengo que agradecer.

Juliet asintió, exhalando un suspiro, y dirigiéndole una mirada que le pareció nostálgica.

—Siento como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que pudimos hablar así.

—¿Cómo?

—Como amigos, con confianza, riendo.

Ese recordatorio tuvo el efecto contrario al que ella debía de esperar, porque solo consiguió que toda la tensión del día, los molestos encuentros, y lo que más angustiaba a Robert, la seguridad de sus sentimientos, volvieran a atormentarlo, por lo que mutó su expresión risueña en una fastidiada. Prefería que ella pensara que seguía disgustado, no deseaba mostrarle lo mucho que su presencia le afectaba.

—No estoy seguro de que eso sea posible entre nosotros, Juliet, no después de... —Robert carraspeó para hablar con más fluidez—. Tú lo dijiste, ¿recuerdas? No tiene sentido que entablemos una relación tan cercana cuando al final uno de nosotros resultará lastimado. Y si te soy sincero, sé que, pase lo que pase, ese seré yo, así que preferiría que no lo hagas más difícil.

Sabía que sus palabras eran duras, y que la lastimaba; lo vio en sus ojos, y lo sintió en el alma, pero no podía permitir que eso lo doblegara. No solo se protegía a sí mismo, también miraba por ella; tal vez aún no lo supiera, pero apostaría todas sus posesiones a que Juliet no solo le quería como a un amigo, sino que albergaba sentimientos muy parecidos a los suyos. Lamentablemente, eso nunca sería suficiente para ella.

—¿En verdad crees eso? —Cuando habló, pasados unos momentos, su voz sonó lejana, y muy triste.

—Sí, lo hago.

Juliet asintió, inclinando un poco la cabeza para dirigir la vista al piso, y Robert hubiera jurado que vio un asomo de lágrimas en sus ojos. De no haber oído el golpeteo contra la puerta, habría corrido hacia ella sin importarle nada.

—Adelante.

Un lacayo, seguido por dos doncellas que traían bandejas en las manos, entraron en el despacho.

—La cena, milord.

—¿Perdón?

Juliet se puso de pie con un movimiento brusco, y forzó una sonrisa formal.

—Había pensado en acompañarte, pero creo que prefiero dormir algo más temprano hoy, ha sido un día agotador —Se dirigió a los sirvientes—. Lamento que hayan traído todo eso hasta aquí, pero ya no será necesario. Solo dejen la comida de su señoría, pueden regresar la mía.

—Juliet...

Ella ignoró su llamado y asintió en señal de despedida.

—Que pases buenas noches.

Al pasar al lado de los sirvientes, les sonrió una vez más, y dejó el despacho sin mirar atrás.

Robert debió contener el deseo de ir por ella, apretando con fuerza los puños sobre sus rodillas, e hizo un gesto al lacayo para que dejara una de las bandejas sobre el escritorio.

Tan pronto como terminaron de atenderlo y se fueron, hizo las fuentes a un lado, y enterró la cara entre sus manos.

## CAPÍTULO 25

Las noches que siguieron a esa conversación, cuando no lograba dormir, Juliet dejaba la cama y ocupaba uno de los sillones de su habitación, encendía una vela y procuraba leer. Aunque siempre se había enorgullecido de su ritmo de lectura, este había disminuido vertiginosamente desde su matrimonio; le costaba mucho concentrarse, con frecuencia pasaba horas estancada en una página sin comprender lo que leía.

Pero no cejaba en su empeño de intentar avanzar tanto como le fuera posible; los libros se habían convertido en un ancla que la mantenía a flote, firme, pese a lo mucho que hubiera deseado dejar que la corriente la llevara.

A veces, miraba hacia la puerta que comunicaba su habitación con la de Robert, y contemplaba el halo de luz que se escurría por la rendija; no era la única con problemas para dormir, y se preguntaba si él haría lo mismo. Si estaría tal vez con un libro entre las manos, o, como le había visto hacer con frecuencia, prefería contemplar la oscuridad desde una ventana.

Parecía sentir una fascinación por el exterior, suponía que era una costumbre adquirida gracias al tiempo transcurrido en el campo. Este pensamiento le recordaba Rosenthal, y experimentaba una sensación de pérdida al pensar en que quizá nunca volvería a ver la propiedad.

Cuando le dedicaba unos momentos a esta reflexión, se veía a sí misma paseando por los amplios jardines de la mano de Robert, cabalgando, compartiendo el tiempo en su despacho, ayudándole a incrementar esa colección de pinturas que, estaba segura, hubiera podido llegar a amar tanto como él.

Entonces, cerraba con furia el libro que tuviera en las manos y lo dejaba a un lado, corría a su cama y se acurrucaba entre las mantas. No deseaba pensar en eso, no debía; era cruel para consigo misma, y ya tenía bastantes razones para sufrir. El lamentarse por lo que jamás sería solo la lastimaba más.

No importaba cuántas vueltas diera en la cama, era difícil conciliar el sueño, pero procuraba llenar su mente de todos los recuerdos de su casa en América, el tiempo que pasó con sus padres, las risas, cualquier cosa que la

ayudara a aferrarse a su decisión de volver.

No sabía qué era lo que iba a encontrar allí, pero tenía que ser algo bueno, algo que valiera por todo el dolor que arrastraría a sus espaldas. Jamás imaginó que el regresar a su país fuera a resultarle tan difícil y mucho menos que dejaría parte de ella en el camino.

La noche del baile en casa de los condes de Sunderland, Robert lo pensó mucho antes de encaminarse a la habitación de Juliet.

No usó la puerta que comunicaba sus alcobas, sino que dio un rodeo y se detuvo frente a la principal, sin atreverse a tocar. Levantó una mano y la detuvo justo frente a la madera dos veces, pero a la tercera, diciéndose que se comportaba como un chiquillo inseguro, golpeó con seguridad.

La doncella abrió y se inclinó en una reverencia mientras lo invitaba a pasar, pero le hizo un gesto para que se detuviera en la entrada mientras iba a buscar a su señora, que supuso debía de encontrarse aún frente al tocador. En circunstancias normales no hubiera hecho caso a ese convencionalismo, pero considerando que su relación con Juliet no era del todo común, supuso que era lo más correcto.

Ella no tardó mucho en presentarse, y por un momento, sintió que se quedaba sin aliento; nunca la había visto tan hermosa, y aún más cuando sonrió al verlo. Tal vez le había sorprendido su presencia, pero actuó como si el que fuera a visitarla antes de partir a un baile, fuera una costumbre ya arraigada entre ambos.

—No voy a necesitarte más, Kate, gracias.

La doncella hizo una reverencia y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

—Te ves muy bien —Supuso que un halago era lo mínimo que podía decir—. En verdad, te ves bellísima.

—Gracias, tú también estás muy apuesto, y elegante, claro —Pareció un poco incómoda al decir aquello, y empezó a jugar con sus guantes—. No te esperaba.

Robert comprendió que había permanecido demasiado tiempo en silencio,

contemplándola, así que sacudió la cabeza para despejar su mente, y se acercó unos pasos hacia ella.

—Sí, lo sé, es que reparé en una falta.

—¿Falta? No entiendo —Lo miró con desconcierto.

—Verás, no te he dado nada —se apresuró a explicarse al ver que ella parecía más confundida—. Por nuestra boda, no te he obsequiado nada, y aunque sé que no es un matrimonio muy... convencional, pensé que debía darte algo.

Juliet lo entendió entonces, porque sacudió una mano, como restándole importancia al asunto, y negó con la cabeza.

—No tienes que...

—Sí, claro que sí, es muy importante, no sé cómo pude olvidarlo —Buscó en el bolsillo de su levita y sacó un estuche—. Desde luego que puedes usar cualquier joya de la colección Arlington, todas te pertenecen, pero creí que podrías desear algo nuevo, comprado solo para ti.

Le dio la impresión de que Juliet estaba dispuesta a discutir, pero pareció pensárselo mejor, porque le dirigió una mirada agradecida, y, no estuvo seguro, hubiera jurado que también conmovida.

—Es muy atento de tu parte, Robert, gracias.

—Sé que no he sido una persona con la que resultara fácil convivir los últimos días, Juliet, pero no pienses que no me importas —Le extendió el estuche sin dejar de mirarla—. Es justamente ese el motivo por el que me resulta tan difícil actuar como si nada ocurriera.

—Lo sé, Robert, y no sabes cuánto lo lamento.

Él hizo un gesto de negación, sonriendo a medias.

—No tienes nada que lamentar —le aseguró, y señaló el estuche en sus manos—. ¿No vas a abrirlo?

—Sí, claro.

Juliet retiró el seguro y levantó la tapa, sin poder evitar una pequeña

exclamación al ver el contenido.

—Es hermoso.

Tomó el broche que descansaba sobre terciopelo y lo alejó un poco para verlo mejor. Simulaba una pequeña orquídea de diamantes, con un diseño tan exquisito que casi parecía tener vida propia.

—Noté que no acostumbras llevar joyas, y no quise escoger algo muy suntuoso; es pequeño, pero puedes usarlo con cualquiera de tus vestidos, creo —Robert empezó a hablar para romper el silencio que se había instalado en la habitación—. ¿Puedo?

Juliet asintió y le tendió el broche tras dejar el estuche sobre una mesilla lateral. Él se acercó lo suficiente para tomar la joya y, tras observarla con atención y pensarlo un momento, lo colocó con mucho cuidado a la izquierda del pecho, mientras ella permanecía inmóvil, casi sin respirar.

Una vez que lo hubo asegurado, dio un par de pasos hacia atrás y contempló el resultado.

—Te queda muy bien.

—Tienes buen gusto —Juliet pasó una mano sobre la joya y sonrió—. Gracias, Robert.

—De nada —Le sonrió también e hizo el amago de irse—. ¿Te espero en el vestíbulo?

Ella se apresuró a negar con la cabeza, y le hizo una seña para que se detuviera.

—¿Podemos bajar juntos? Solo deja que tome algo —Corrió a coger una especie de capa sobre la cama y se adelantó hasta llegar a su altura—. Listo, ¿nos vamos?

Robert le tendió un brazo y asintió.

—Como usted ordene, milady.

Juliet sonrió aún más ampliamente y colocó una mano sobre su brazo; tal vez al menos por esa noche pudieran olvidar lo que los separaba y disfrutar de unos momentos de felicidad; Dios era testigo de cuánto los necesitaban.

Los condes de Sunderland hacían una pareja muy hermosa; aunque él obviamente era varios años mayor que su esposa, se trataban con una complicidad que Juliet encontró encantadora desde la primera vez que reparó en ella. Eran, además, excelentes anfitriones, y la saludaron con mucha cordialidad cuando Robert los presentó; ya que conocieron a su padre, le tenían mucha estima, y parecieron encantados de conocerla.

Una vez que accedieron a los amplios salones en los que muchas parejas bailaban, Juliet vio a Lauren a lo lejos y la saludó con entusiasmo, prometiéndole con un gesto que luego podrían compartir un momento para hablar.

También vio a su abuela en un rincón del recinto, departiendo con otras mujeres mayores; buscó instintivamente a Daniel con la vista, y no le extrañó encontrarlo cerca de uno de los pilares más alejados, apoyado con expresión fastidiada. Cuando él encontró su mirada, le sonrió con una mueca burlona a la que ella no respondió.

Sintió el brazo de Robert tensarse bajo su mano al notar su presencia, pero ella le dio un apretón tranquilizador, sonriéndole con la mirada.

—Solo ignóralo, no tiene importancia.

Él asintió de mala gana, pero no pareció convencido por sus palabras. De cualquier modo, sería incapaz de hacer algún comentario de mal gusto tratándose de uno de sus familiares.

Juliet sonrió al ver a Charles Egremont avanzando hacia ellos; no era nada sutil, ya que caminaba con paso seguro y haciendo a un lado a quienes le salían al paso, aunque no abandonaba su expresión encantadora, por lo que nadie parecía disgustado por su brusquedad.

—Robert, qué gusto verte —Le hizo una reverencia a Juliet y besó su mano—. Lady Arlington, las estrellas palidecen ante su hermosura.

Tanto Juliet como Robert ahogaron una risa por su rimbombante halago, a lo que el otro contestó enarcando una ceja.

—Es muy amable de su parte, señor Egremont, gracias.

—Algo pomposo, pero sí, muy amable —Robert asintió sin dejar de reír—. ¿Nos hemos perdido algo interesante?

—Oh, no, nada en particular, hasta su llegada todo ha estado muy aburrido —Se encogió de hombros—; sin embargo, una pareja tan encantadora como la que ustedes forman, llenará de vida este pobre lugar.

Juliet volvió a sonreír, y miró de un lado a otro para comprobar las palabras del amigo de su esposo. No parecía un baile aburrido en absoluto, pero empezaba a conocer a este hombre divertido y un poco exagerado.

—Ahora, si me disculpan, solicité un baile a una dama encantadora y me sentiría desolado si lo olvidara, pero no podía dejar de saludarlos —Hizo una venia y se fue tan rápido como llegó.

Juliet esperó a que se perdiera de vista para sonreírle a Robert.

—Es un caballero muy especial, ¿verdad? Resulta curioso que sean buenos amigos siendo tan diferentes.

—Sí, eso dicen, pero no es tan atolondrado como parece, y es un gran hombre.

—No lo dudo —Ya había notado que Charles Egremont era un personaje mucho más complejo de lo que parecía a simple vista—. Esperaba que tu madre hubiera llegado ya.

Robert se encogió de hombros antes de responder.

—Le gusta hacer entradas triunfales, pero no tardará mucho.

Juliet sonrió ante su tono resignado, y no pudo pensar en una frase para refutar ese comentario; era verdad que Lady Arlington nunca pasaba desapercibida.

Se quedaron un momento de pie, atendiendo a algunos saludos, hasta que ella, casi sin reparar en ello, empezó a golpear el piso con la punta del zapato al ritmo de la música; sus anfitriones se habían esmerado al elegir la mejor orquesta.

—¿Quieres bailar? No tenemos que hacerlo, pero se vería bien que me dedicaras al menos una pieza, es lo que todos estarán esperando.

Juliet sonrió, sorprendida por que él hubiera adivinado su deseo, y le tendió una mano.

—Me encantaría, y no solo por lo que estas personas deseen ver.

Robert sostuvo su mano, sin responder a ese comentario, y la escoltó hasta el centro de la pista, esperando un momento a que la siguiente pieza empezara.

—Ahora que lo pienso, este es nuestro primer baile desde la boda —Robert la tomó del talle, con gentileza, acercándola a él quizá más de lo apropiado, pero a Juliet no le importó—. Lamento no haber sido un esposo más atento.

—No seas tonto, no podrías ser un mejor esposo —Juliet dudó un momento antes de continuar—. Gracias por lo que estás haciendo.

Él levantó una ceja, separándola un poco para observarla con curiosidad.

—¿Y qué es eso?

—Sé que estás molesto conmigo, y que tienes razón; pero aun así estamos aquí, tuviste este hermoso detalle conmigo... —Bajó la vista para contemplar su broche—, sé que no es fácil para ti.

—No, no lo es —La acercó de vuelta hacia sí y se inclinó para hablarle al oído—, pero no cambiaría este momento por nada del mundo.

Juliet suspiró, e ignorando lo que pudieran decir quienes la vieran, apoyó el mentón sobre su hombro y cerró los ojos.

—Tampoco yo.

Si alguna vez le hubieran dicho a Robert que odiaría a cada hombre con el que su esposa bailara, se habría reído, y mucho.

Él no era un hombre celoso, o no más de lo que debía de serlo la mayor parte de la población masculina; desde luego que tenía un instinto ligeramente posesivo cuando se trataba de alguien a quien amaba, pero de allí a envidiar a Charles, solo porque bailaba con Juliet y la hacía reír, era ridículo.

¿Hasta ese punto había llegado? Era vergonzoso.

A pesar de que procuraba mantener el ritmo mientras bailaba con la condesa de Sunderland, ya que habría sido una terrible grosería pisar a su anfitriona, no podía despegar la vista de la espalda de su esposa, preguntándose si se lo pasaría tan bien aunque él no estuviera allí.

Su cabeza era un enredo, y no sabía por cuánto tiempo más podría vivir así. Por más que lo intentaba no era capaz de mantenerse firme en sus decisiones.

Cuando tuvo esa pequeña charla con Juliet en su despacho, le aseguró que prefería mantenerse alejado de ella, y en cierta medida lo había intentado. Regresaron a la estricta formalidad, apenas intercambiando comentarios vanos en las comidas, e intentaba pasar tanto tiempo fuera de casa como le era posible.

Pero tan solo el día anterior, al pensar en que no le había dado un obsequio de bodas apropiado, corrió a la joyería para comprarle algo, y se debatió por horas acerca de si entregárselo o no.

Cuando la vio en su habitación, tan bella y ansiosa, como si esperara que fuera él quien se acercara, no pudo contener el deseo de ser tan cálido con ella como le mandaba el corazón. Verla sonreír, saber que era, al menos por unos momentos, feliz a su lado, era invaluable.

Estaba aterrorizado por lo que pudiera resultar de su actitud, pero no sabía qué más hacer. Se sentía inmerso en arenas movedizas, y Juliet era lo único que le impedía hundirse, aunque era consciente de que no la tendría por mucho tiempo más a su lado para sostenerse.

—Su esposa es encantadora, es muy afortunado, milord.

Le costó prestar atención a las palabras de la condesa, y aún más, comprenderla, pero con un esfuerzo logró hacerlo, y así evitarse un terrible ridículo.

—Sí, lo soy, gracias.

—Comprendo que no pueda dejar de mirarla —La condesa le sonrió con amabilidad, como una madre que celebra una travesura de su hijo—; ella

también está muy pendiente de usted.

Robert sonrió y miró de reojo hacia donde Juliet se encontraba, sonriendo sin poder evitarlo.

—Milady es una dama muy romántica.

—Lo que soy, milord, es una dama muy observadora —Volvió a sonreír—. Me alegra que se encontraran; en estos tiempos, no es nada sencillo dar con el verdadero amor. En verdad, es más correcto decir que no lo ha sido nunca.

—Pero usted y el conde son muy felices —El conocerla desde pequeño le permitía otorgarse ciertas libertades.

—Mucho, milord; somos una especie extraña, casi tanto como usted y su adorable esposa.

Robert rió abiertamente y cabeceó en señal de agradecimiento.

—Viniendo de usted, milady, ese es un gran halago.

Tan pronto como la pieza acabó, la escoltó de vuelta a su lugar, y al buscar entre la multitud, observó a Juliet, que se encontraba en uno de los rincones del salón conversando con esa amiga suya, la joven Mowbray. Decidió que no sería muy apropiado acercarse, ya que ella podría tomarlo como una intromisión, y se dirigió hacia su madre, que charlaba animadamente con su anfitrión. Al verlo, Lady Arlington le hizo una seña para que se acercara, y se despidió del conde.

—Querido, cuánto me alegra verte, te ves muy elegante.

—Y tú tan bella como siempre, madre.

—Gracias, hijo, nunca se es demasiado mayor para oír un halago —Le sonrió con dulzura y se colgó de su brazo—. ¿Por qué no estás bailando con tu esposa?

—Conversa con una amiga —Señaló a Juliet, que reía junto a la mesa de las bebidas—. No creo que deba interrumpir.

—No, desde luego que no; pero podréis bailar luego —La condesa le miró como si acabara de ocurrírsele algo—. Mientras tanto, si no te molesta servir

de compañía a una vieja dama....

Robert rió y tomó el brazo de su madre, haciendo una reverencia.

—Será un honor bailar contigo.

—Oh, he criado a un hijo muy caballeroso.

Mientras se encaminaban a la pista de baile, Robert sintió el absurdo deseo de mirar una vez más sobre su hombro, y al encontrarse con la mirada de Juliet, le sonrió, gesto que ella correspondió de inmediato.

También era absurdo lo feliz que esto le hizo sentir.

Juliet se divertía mucho más de lo que hubiera podido imaginar cuando Robert le habló del baile. En ese momento pensó que sería un suplicio asistir a una gala del brazo de un hombre que obviamente no se sentía precisamente feliz de hacerle compañía, pero él se había portado de una forma maravillosa.

Aún se encontraba preocupada por todo lo que ocurría entre ellos, pero aun así no podía evitar sentirse feliz. Cada vez que miraba hacia donde él se encontraba y lo veía sonreír, algo se agitaba en su pecho.

Si las cosas pudieran ser siempre así...

—Juliet, ¿en qué piensas?

—¿Perdón?

Lauren debía de llevar mucho tiempo hablándole, porque le dirigió una mirada reprobadora y sacudió la cabeza.

—Espero que si alguna vez me enamoro, y actúo como si estuviera en las nubes, tengas la amabilidad de decírmelo —Cambió su falsa expresión crítica por una sonrisa sincera—. Preguntaba en qué piensas, pero creo que acabo de responderme a mí misma.

Juliet empezó a pestañear como un búho, abriendo y cerrando la boca, sin saber qué responder a esa sentencia tan demoledora.

—No sé a qué te refieres.

—Creo que sabes exactamente a qué me refiero —Señaló con discreción a Robert, que en ese momento bailaba con su madre—. Oh, me alegra tanto que seas feliz.

—¡No lo soy! Quiero decir... todo está bien, creo, pero no diría que soy precisamente feliz.

—Pues permíteme decirte que quien vea la forma en que contemplas a tu esposo cuando piensas que nadie te ve, llegará a la misma conclusión que yo.

—¡Lauren!

Su amiga se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Solo hago una observación.

Juliet la ignoró, aunque por dentro sonreía. ¿En verdad se veía feliz? Hubiera deseado tener un espejo frente a su rostro para comprobarlo, aunque tal vez no fuera necesario. Se sentía feliz, y de alguna forma eso debía de notarse, ¿verdad? Como cuando veía a sus padres juntos; no necesitaba preguntarles si eran felices, podía verlo cada vez que estaban juntos.

¿Y estaba dispuesta a renunciar a eso? ¿En verdad era tan obcecada como Robert decía?

Quizá ese no fuera el mejor momento para pensar en ello, no con Lauren mirándola como si intentara adivinar lo que pasaba por su cabeza.

—¡Mira quién se acerca! Tal vez desea bailar contigo.

Juliet miró en la dirección que su amiga le indicaba, y frunció el ceño al ver de quién se trataba.

—Prima —Daniel se acercó hasta ellas e hizo una reverencia que a ella le pareció hipócrita, aunque no podía decir lo mismo de Lauren—. Señorita Mowbray.

—¿Disfruta de la fiesta, señor Ashcroft?

—Sí, es muy... entretenida —Sonrió de medio lado, observando el ceño fruncido de su prima—. ¿Y ustedes? Estoy sorprendido, debo decirlo; ¿cómo es que dos damas tan bellas se encuentran aquí solas, sin hordas de caballeros solicitando un baile?

—Solo tomábamos un descanso, es una noche muy calurosa —Lauren levantó el vaso con limonada que llevaba en la mano—. ¿No desea un poco?

—No, es muy amable, pero creo que prefiero bailar —Miró de reojo a Juliet, que permanecía en silencio—. Señorita Mowbray, ¿me haría el honor?

Juliet lució tan sorprendida por ese pedido como la misma Lauren, que tardó un momento en recuperar el habla para responder.

—Sí, desde luego.

A su amiga le hubiera gustado decir que se alejara de Daniel, ya que lo consideraba menos confiable que nunca, pero al ver su expresión entusiasmada, no tuvo corazón para ello, solo le sonrió con amabilidad.

—Que os divirtáis, iré a reunirme con mi esposo.

—Claro, debo saludar a Lord Arlington luego —El tono burlón de Daniel no pasó desapercibido para su prima, pero lo ignoró—. Si nos permites...

Juliet se hizo a un lado para que ambos pudieran pasar, pero cuando Daniel se estiró para tomar el vaso de manos de Lauren, este se derramó, y buena parte de su contenido cayó sobre su vestido.

—¡Dios! ¡Lo siento tanto!

—¡Oh, Juliet, tu vestido!

—No es nada —Ella miró con ira a su primo, que parecía honestamente consternado, pero no le creyó—. Apenas son unas gotas, no se preocupen.

—Puedo acompañarte...

—Desde luego que no es necesario —Juliet le dirigió a su amiga una mirada de advertencia—. Iré a asearme, no dejarán de bailar por mí.

Daniel la miró con preocupación.

—¿Estás segura?

—Completamente, es solo un accidente —Procuró que su tono fuera tan mordaz como el suyo—. Los veré luego.

No permitió que insistieran y se encaminó fuera del salón, procurando

tapar la mancha en su vestido con el pañuelo.

¡Daniel era tan odioso! Jamás creería que se trató de un accidente; claro que deseaba arruinar su noche. Tal vez vio que se encontraba feliz y pensó en la forma de meterla en problemas; era tan propio de él.

Pero no pensaba darle ese placer; iba a quitar esa mancha aunque tuviera que refregarla todo el tiempo necesario, luego volvería al baile, y no tenía intención de separarse un momento de Robert.

Lo buscó con la mirada antes de dirigirse a los lavabos, pero no logró encontrarlo entre tantos invitados, así que suspiró y continuó su camino.

Daniel, desde el centro del salón, bailaba alegremente con Lauren, que apenas prestaba atención a lo que pasaba a su alrededor, lo que él aprovechó para hacer una discreta seña a una figura que había observado toda la accidentada escena con mucho interés.

Una vez que recibió la señal convenida, Lord Graham abandonó también el salón en la misma dirección por la que había desaparecido Juliet.

Robert perdió la cuenta de las veces que debió bailar con amigas, o hijas de las amigas de su madre hasta que al fin pudo excusarse, aduciendo cansancio.

Necesitaba algo para beber, y aún más importante, necesitaba compartir algo de tiempo con Juliet. Hacía ya un buen rato que no la veía, no desde su encuentro con su madre, y ahora lo atenazaba una ligera sensación de ansiedad que no sabía cómo explicar. Cuando hablara con ella se sentiría más tranquilo, pero para eso era necesario que la encontrara primero.

Al no dar con ella, buscó a su amiga, la joven Mowbray, pero esta sí que se encontraba en la pista de baile, y con Ashcroft, además, así que eso lo descartaba como el motivo por el que Juliet había desaparecido.

Según avanzaba entre las parejas, con falsas sonrisas de cortesía, la inquietud lo embargaba cada vez más, y debió contenerse para no empezar a preguntarle a quien se cruzara por su esposa.

Suspiró aliviado al ver a Charles, que escuchaba atentamente la charla de unas ancianas damas, aunque por la expresión que exhibía no dudaba de que

deseara estar en cualquier otro lugar. Al verlo, el rostro de su amigo se iluminó como si acabara de llegar su salvador, y tras sonreír a las damas y hacer unas cuantas reverencias, se las arregló para llegar pronto a su lado.

—Lo mío es muy extraño, Robert, creo que debe de ser porque no tengo madre que la mayor parte de estas mujeres desea adoptarme. No es que me moleste la idea, pero puede resultar un poco agobiante.

Robert ignoró sus quejas y le hizo un gesto hacia el salón.

—¿Has visto a Juliet?

—No desde la última vez que bailamos; debo decir, por cierto, que se veía muy animada —Sonrió al decir esto hasta que notó el semblante nervioso de su amigo—. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé, no lo creo, es solo que no puedo encontrarla.

Charles frunció un poco el ceño y estiró el cuello para mirar con más atención sobre las cabezas de los demás invitados.

—Tal vez salió a tomar un poco de aire fresco... —Su expresión se oscureció al recordar repentinamente algo, y empezó a mirar aún con más cuidado entre la gente que pasaba—. ¡Diablos!

Robert lo miró, preocupado por ese súbito arrebató, e imaginó que algo muy delicado debía de haber pasado para que su amigo mostrara ese rostro preocupado.

—¿Qué?

Lo vio dudar, con lo que solo consiguió inquietarse aún más.

—¿Qué, Charles? —insistió.

—Es solo... tal vez no sea nada —Miró al techo y luego a él, con expresión culpable—. Vi a Graham hace unos momentos, y ya sabes lo desagradable que se ha comportado desde tu matrimonio, más de lo usual. Pensaba ir contigo y decirte que tuvieras un ojo puesto sobre Juliet, solo por si acaso, pero lo olvidé por completo. Lo lamento.

Robert sintió que la opresión en su pecho se hacía aún mayor, y volvió a prestar atención a todos los rostros que los rodeaban.

—No veo a Graham.

—No tienes que pensar lo peor...

Para cuando Charles había dicho esa última frase, Robert ya no lo oía. Sin dudar un instante, se apresuró a avanzar hasta llegar a las afueras del salón, sin dejar de mirar de un lado a otro.

Si Graham hacía un solo movimiento que ofendiera a su esposa, estaba muerto.

## CAPÍTULO 26

No era propio de una dama maldecir, y mucho menos hacerlo cada dos minutos, pero Juliet se encontraba furiosa, y para su suerte, no había nadie que pudiera oírla.

¿Qué le ponían las cocineras de los Sunderland a las limonadas? No es que ella supiera mucho de cocina, pero no dejaba de extrañarle que esa mancha no desapareciera del todo, por más que la refregaba con su pañuelo humedecido. Solo cuando comprobó que casi no era visible, y diciéndose que no estaba dispuesta a perder un momento más encerrada en los lavabos de la mansión, decidió volver al salón.

Era una suerte que los pasillos se encontraran desiertos, porque considerando su mal humor estaba segura de que no hubiera sido muy amable al responder a preguntas indiscretas. Si alguien hacía un solo comentario respecto a su vestido, culparía directamente a Daniel.

—Milady, por favor, ¿es usted la condesa Arlington?

Juliet frunció el ceño al ver acercarse a un muchacho que parecía más un mozo de cuadra que un lacayo, ¿qué podría querer con ella? ¿Y cómo le habrían permitido acercarse a esa zona de la casa?

—Sí, lo soy —No dejaba de ser un poco extraño usar el título, pero no iba a decírselo a ese muchacho—. ¿Qué ocurre?

—Tengo un mensaje para usted de su esposo, el conde; la espera en el jardín, milady.

—¿El jardín? Debe de haber algún error...

—No, milady, el conde me dijo que viniera a buscarla, me pagó —Sacó de su bolsillo unas cuantas monedas que puso frente a sus ojos—. Él dijo que deseaba hablar con usted en privado.

Juliet frunció aún más el ceño, si eso era posible, y miró al chico con abierta desconfianza; no parecía un acto propio de Robert citarla en el jardín, y aunque hubiera necesitado hablar con ella, ¿por qué no esperar a llegar a

casa?

—Creo que me confundes.

Iba a girar para volver al salón, decidiendo ignorar al muchacho, cuando este se interpuso en su camino con expresión testaruda.

—No, milady, usted es la condesa Arlington, y su esposo es el conde Arlington; él me habló, se lo juro, dijo que tenía algo muy importante que decirle —Le dirigió una mirada suplicante—. Por favor, milady, quizá me quite el dinero si usted no va.

—Pero...

—¿Por qué no se asoma? Si le miento, verá que él no está allí. Por favor, está muy cerca, apenas cruzando las puertas.

Juliet suspiró y miró sobre su hombro, no muy segura de si debía confiar en él, pero algo en su expresión le decía que no estaba mintiendo. Robert actuaba un poco extraño últimamente, ¿era del todo imposible que deseara pasar un momento a su lado, a solas? Y si, tal y como decía el chico, no había nadie allí, bien podría regresar.

—Está bien, pero si estás mintiendo...

—No lo hago, milady, lo juro por mi vida.

Se le escapó una sonrisa al oírlo hablar con tal seguridad, un motivo menos para desconfiar de él.

—Bueno, muéstrame ese jardín.

El muchacho le dirigió una amplia sonrisa y volvió a guardar sus monedas con expresión satisfecha. Luego, señaló hacia un lugar concreto del corredor.

—Está muy cerca, dijo que la esperaría frente a unos rosales o algo así.

Al menos en eso no mentía, porque a unos cuantos pasos se encontraba una puerta entornada que dirigía directamente al jardín de los Sunderland, una zona que casi parecía un bosque. Había una pequeña terraza, pero el chico le hizo un gesto para que lo siguiera, por lo que tuvo que bajar unos escalones y adentrarse entre las flores.

—Ya llegamos, mire, allí.

Juliet miró en la dirección que el muchacho señaló, pero estaba un poco lejos, aunque sí logró distinguir una sombra.

—El conde la espera allí; dijo que me fuera en cuanto la trajera —El chico hizo una suerte de reverencia y le sonrió—. Buenas noches, milady.

Ella no respondió, intentaba forzar su vista para reconocer a Robert en esa figura, pero le resultó muy difícil, por lo que yendo contra su buen juicio, se adelantó varios pasos.

No, ese no era Robert, comprendió al ver la luna reflejada sobre la silueta, y aun así no estaba segura de quién se trataba.

Dispuesta a descubrirlo, ya que obviamente alguien le había tendido una trampa, se adelantó aún más, y soltó una exclamación al ver un rostro que se le hizo tan desagradable como familiar.

—Buenas noches, milady.

¿Qué clase de locura era esa? ¿O acaso se trataba de una broma absurda?

—Lord Graham —Mantuvo la calma, aunque hubiera deseado no ser tan diplomática—. Me temo que nos hemos convertido en blanco de un bromista.

—¿Un bromista, milady? ¿A qué se refiere?

Ahora pretendía tomarla por tonta. Bueno, pues le sorprendería saber que ella también podía fingir.

—Sí, milord, un niño juró que mi esposo deseaba hablar conmigo y me trajo hasta aquí; supongo que a usted lo habrá engañado con una excusa similar.

—¿Engañado? ¿Y por qué piensa que esta criatura hizo tal cosa? Tal vez el engañado fue él; después de todo, posiblemente no haya pensado en ello, pero la plebe cree que todos los aristócratas somos iguales —Sonrió con un gesto burlón y se acercó unos pasos—. Imagine que un caballero se acerque al pobre hijo de un mozo y le ofrezca unas monedas a cambio de ir en busca de una dama, asegurando ser su esposo; ¿cómo podría el pobre chiquillo saber que le dicen la verdad?

Juliet dio un par de pasos hacia atrás con mucha discreción, según lo escuchaba; no había esperado que asumiera su culpa con tanta facilidad. Supuso demasiado pronto que se desharía en excusas, no esa descarada declaración.

—¿Y qué clase de caballero cometería un acto tan ruin, milord?

—¡Oh! No sea tan dura, milady, piense en el pobre caballero; tal vez esté desesperado. Quizá su corazón se encuentra tan destrozado que está dispuesto a cualquier cosa por unos momentos de felicidad —Seguía caminando en su dirección a la par que hablaba, casi hasta llegar a su altura—. Piense que esta es la única alternativa que le queda para ver a la mujer que ama.

—Me cuesta creer, milord, que un hombre de buena cuna se comportara de tal forma, sin importar sus motivos —Juliet elevó el mentón, dispuesta a no permitir que sus nervios la traicionasen—. Ese pobre caballero, como usted lo llama, ha actuado con mezquindad al utilizar a un pobre inocente para engañar a una dama; me siento incapaz de sentir lástima por él.

Lord Graham se acercó lo suficiente como para lograr que se sintiera aún más incómoda.

—Cuánta dureza en una dama tan bella; jamás la imaginé con un corazón tan cruel, milady.

Juliet decidió que ya había tenido bastante de esa farsa, especialmente al mirar sobre su hombro y comprobar que eran los únicos en el jardín, demasiado alejados de la casa para ser vistos.

—Solo soy justa, milord, o pretendo serlo —le aseguró—. Lamento que hayamos perdido nuestro tiempo, y aún más, que se viera en la necesidad de buscar explicaciones a actos tan infames. Mi esposo debe de preguntarse dónde estoy, ha sido un honor verlo, aunque fuera en estas circunstancias tan desagradables.

Hizo una pequeña reverencia, sin disimular su malestar, y se preparaba para marcharse cuando él se adelantó hasta llegar a su lado, tomándola del brazo, e inclinándose para hablarle al oído.

—¿Va a despreciar al pobre caballero capaz de tal infamia, como le llama, solo por usted?

Ella intentó zafarse del agarre con toda su fuerza, pero le fue imposible.

—Milord, le ofrezco la oportunidad de olvidar este desafortunado incidente. Suélteme y no diré una sola palabra al respecto; continúe con este absurdo y se arrepentirá.

Graham rió, por lo que sintió su aliento sobre la mejilla, lo que le produjo una intensa sensación de disgusto.

—Por primera vez, desde que la vi, la tengo literalmente en mis manos, ¿y espera que la deje ir ante una amenaza tan ridícula? No, milady, tal vez haya permitido que Arlington me la quitara, pero debe saber que jamás renuncié a usted.

—Nunca tuvo nada a lo cual renunciar, recuérdelo —Se planteaba seriamente patearlo si era necesario—. No sé qué espera lograr con esto, milord, pero le aseguro que comete un grave error.

Él levantó una mano y la posó sobre su rostro, sin importarle que ella la hiciera a un lado para liberarse de su toque. Por el contrario, pareció encontrarlo divertido, porque rió y la sujetó con más fuerza.

—Mi bella dama, tan apasionada; imaginaba que ese exterior frío no podía ser más que una fachada —Volvió a usar su mano libre para inmovilizar su rostro, esta vez con más firmeza—. Arlington es un bastardo afortunado, no merece disfrutar de una mujer como usted. ¿La ha hecho feliz? Permítame dudarle, no es hombre capaz de apreciar a un ser tan exquisito.

El tono despectivo que usó para referirse a Robert, y sus repugnantes insinuaciones, fueron suficientes para que Juliet perdiera el escaso control que conservaba. Sin pensarlo un instante, golpeó su rostro con la mano libre.

—Suélteme ahora, milord, o atégase a las consecuencias, se lo advierto.

Graham reaccionó al golpe echando la cabeza hacia atrás; parecía impresionado por ese acto, pero pronto recuperó el aplomo.

—¿Soltarla? Querida mía, ahora menos que nunca; usted me ha golpeado, creo que merezco una compensación —Dejó su rostro y sujetó su otro brazo, de forma que ella no pudo mover las manos—. Es una suerte que no sea un hombre, porque pagaría eso con sangre; pero se me ocurren formas mucho

más placenteras para ambos de cobrar su ofensa.

Cuando vio su rostro acercándose al suyo, Juliet luchó con todas sus fuerzas para librarse de él, movió la cabeza con furia, de forma que Lord Graham apenas llegó a besar su mejilla. Pero insistió, y mientras ella se debatía entre usar su pie para golpear cualquier parte de su cuerpo que tuviera a su alcance, o gritar, exponiéndose al escándalo, una sombra salida de la nada se abalanzó sobre ambos y la liberó de su agarre.

Tardó un momento en recuperar la calma para reconocer a Robert como el hombre que estaba sobre Lord Graham, golpeándolo con furia, aunque este se defendía como si la vida se le fuera en ello. De cualquier forma, no había que ser un gran observador para notar que era él quien llevaba la peor parte; su labio sangraba y apenas lograba esquivar los golpes que Robert le propinaba sin piedad.

No estaba segura de cuánto tiempo pasó antes de que reaccionara, pero sabía que no podía permitir que aquello continuara, por lo que corrió hacia él y sujetó su brazo.

—Robert, es suficiente, por favor, no ha ocurrido nada.

—¡Apártate! —La hizo a un lado sin esfuerzo y levantó el puño para golpear a Graham una vez más.

Juliet no sabía qué hacer, pero por fortuna, reconoció a una figura que se acercaba a paso veloz por el jardín.

—¡Charles! Por favor, ayuda.

Este, tras desistir en su búsqueda de Juliet, había decidido ir hacia las afueras de la casa, pensando que encontraría allí a su amigo, y con suerte a su esposa. Lo que jamás hubiera podido imaginar era que iba a toparse con el espectáculo de ver a su mejor amigo dándole una paliza a un ya muy ensangrentado Lord Graham. Pasó por su mente la idea de dejarlos, pero la expresión angustiada de Juliet lo convenció.

—Suficiente, Robert, basta ya —Era más fuerte de lo que parecía y su amigo debía de estar agotado, así que logró separarlo y obligarlo a ponerse de pie—. Creo que Lord Graham ya entendió el mensaje, déjalo.

—¡Suéltame!

—¡Dije que era suficiente! Piensa en Juliet, está aterrada, sácala de aquí.

El nombre de su esposa pareció disipar en parte la ira que lo dominaba, porque bajó los brazos y dejó de luchar. Solo cuando comprobó que estaba más calmado, Charles lo soltó y se acercó a Lord Graham, que apenas lograba levantarse del suelo.

—¿Estás bien? ¿No te ha lastimado?

Al oír su voz dirigida a ella y ver su mirada preocupada, Juliet se colgó de su cuello y lo abrazó.

—Estoy bien, lo juro. Por favor, vámonos de aquí.

Robert asintió, separándola de él y mirando hacia donde Charles se encontraba ayudando a Lord Graham a incorporarse.

—Esto no se va a quedar así, Arlington.

—Cuento con ello, *milord*, aún tengo algunas cosas que dejar en claro.

—Bien, mañana al alba.

Cuando Juliet oyó eso, se arrojó sobre su esposo y lo tomó del brazo.

—¡Robert, no!

Pero él la ignoró y dirigió la mirada a su amigo, que miraba a uno y a otro con semblante lúgubre.

—¿Te encargas de los arreglos, Charles?

—Desde luego.

Robert asintió y solo entonces dirigió toda su atención a Juliet, que de pronto se había quedado sin palabras.

—Vamos a casa.

Ella hubiera querido decir algo, cualquier cosa que los disuadiera de esa locura, pero estaba tan impresionada por lo que acababa de pasar, por la idea aterradora de que Robert pudiera morir, que dejó que la llevara y la ayudara a

subir a su carruaje tras esquivar la fiesta.

Mientras viajaban, miraba por la ventana, llorando, pero sin atreverse a decir nada.

Solo al llegar a casa, intentó hablar con él, pero Robert ni siquiera la escuchó; tenía la mirada perdida y una expresión tan sombría que apenas le dirigió una mirada, y sin atender a sus palabras, subió a su habitación.

Juliet lo vio marchar, y tras pensarlo un momento, corrió a su propia alcoba, dividida entre el miedo y la furia. No podía permitir que le ocurriera nada, no a Robert, no a él de entre todos los hombres.

Eso debía de ser obra de Daniel, de alguna retorcida forma debió confabularse con Graham para urdir ese plan. Pero... ¿con qué fin? Si decía cuánto la quería, ¿cómo la envió a ese hombre sabiendo que querría lastimarla? ¿O supuso que Robert la encontraría a tiempo y así podría librarse de ambos? La sola idea era escalofriante, propia de su mente hábil, pero cruel.

No, no tenía tiempo para pensar en la maldad de Daniel, debía usar su mente para ayudar a Robert.

Tenía que oírla, iba a oírla, ya se encargaría ella de eso.

Con un ademán decidido, se encaminó a la puerta que separaba sus habitaciones, y tal y como pensaba, la encontró sin el seguro puesto. Tras decir una pequeña oración, la abrió.

## CAPÍTULO 27

—¿Qué quieres ahora?

Sintió su tono hastiado como un puñal en su pecho, pero no retrocedió, solo se mantuvo allí de pie, con la mano sobre el pomo de la puerta.

—No harás esto, no puedes.

—Asumo que te refieres al asunto con Graham.

—Desde luego que hablo de él —Se adelantó un poco, lo suficiente para obligarlo a escucharla—. No pasó nada, Robert, lo juro; esto es algún tipo de trampa, quieren lastimarte.

La asombró que se encogiera de hombros, como si lo que decía no le resultara en absoluto una novedad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Elevó la voz sin importarle quién pudiera oírla—. ¿Y aun así vas a prestarte a su juego?

—Le faltó el respeto a mi esposa, eso no es un juego, y voy a hacer lo que corresponde a un caballero en un caso como este —Le dio la espalda y empezó a rebuscar algo en el armario.

Juliet no iba a rendirse tan fácilmente, así que se acercó aún más y lo tomó del brazo para obligarlo a mirarla.

—¿Aunque te mate? ¿Te has vuelto loco? ¡No puedes hacer esto!

—Quizá yo lo mate a él, no lo olvides, podrías mostrar un poco más de fe en mí —Le dirigió una sonrisa burlona—. Aunque eso sería una clase de sentimiento y es lo último que querrías que te inspirase, claro, por un momento lo olvidé.

—¡Robert, por favor! ¡Basta ya! No puedes continuar hablando así —En cualquier momento empezaría a llorar, y no creía que pudiera ser lo bastante coherente entonces—. Me importas, mucho, si algo te pasara... por favor,

Robert, te lo suplico, hazlo por mí; olvida todo esto y quédate a mi lado.

Si le veía una vez más con ese cinismo, iba a abofetearlo.

—¿Contigo? ¿Y obligarte a vivir una vida de infelicidad y amargura? No, Juliet, no sé qué clase de persona piensas que soy, pero el sadismo nunca ha estado entre mis defectos —Dejó de fingir que le importaba lo que fuera que estuviera buscando—. He pensado en todo esto, y aún antes de que ocurriera lo de esta noche, pensaba hablar contigo.

Su tono serio la asustó lo suficiente para que abandonara su actitud belicosa y cruzara sus brazos sobre el pecho, como si de esa forma pudiera protegerse de lo que fuera a decirle.

—Tienes que irte, lo antes posible; no soporto verte sufrir y mucho menos si es por mi culpa. Estaba equivocado, lo estuve todo el tiempo al creer que mi amor sería suficiente para ti. Obviamente no es así, y si el volver a América te hará feliz, por favor, vete. Haré lo que esté en mi poder para hacer las cosas más fáciles para ti, lo prometo.

—Robert, no...

—Sabes lo que quieres, me lo dijiste la primera vez que hablamos, ¿recuerdas? “Quiero volver a casa” —Su expresión dolida le encogió el corazón—. Bueno, nunca seré un obstáculo para que cumplas tu deseo si eso te hace feliz. Pase lo que pase mañana, te ayudaré a regresar a tu casa, ¿de acuerdo? Ahora, por favor, déjame solo, tengo algunas cosas que arreglar.

Le dio la espalda una vez más y continuó moviéndose por la habitación, pero ella no se movió ni un centímetro de su lugar.

—No.

—¿No qué, Juliet? —Lo oyó suspirar sin siquiera volverse a mirarla.

—No voy a dejarte, no ahora —Se cruzó de brazos y elevó la barbilla—. Mañana no vas a ir a ninguna parte, no vas a ponerte en peligro por mi culpa, y definitivamente no voy a irme.

Solo entonces la miró, sin abandonar su expresión apesadumbrada.

—¿No te irás? ¿No volverás a tu hogar?

—No... no lo sé —reconoció ella, sin dudar—. No voy a mentirte y decir que estoy segura de algo solo para evitar que corras este riesgo, pero sí puedo jurarte que nada es más importante para mí en este momento que saberte a salvo.

Él se acercó hasta quedar solo a unos pasos de distancia.

—Entonces, estás diciendo que te importo lo suficiente para desear que siga con vida y solo después de eso, abandonarme.

—¡No! ¿No te das cuenta de que no sé lo que digo? No me importa en dónde esté; aquí, en América... no podría vivir si tú no lo haces también; no concibo un mundo sin ti. Podría morir, podría irme a cualquier lugar, pero no soportaría saber que tú no estás vivo, ¿no lo ves? Sé que no tiene sentido, pero no sé qué más decir, de qué modo hacer que lo entiendas...

Robert levantó una mano y la colocó sobre su mejilla, con una sonrisa triste.

—Juliet, nadie más podría entenderte mejor que yo, porque eso es exactamente lo que siento por ti. Si estoy dispuesto a dejarte marchar, es porque sé que estarás viva, y feliz, y aunque no estés a mi lado, y eso sea un infierno, me basta la seguridad de que en algún rincón del mundo, estarás tú.

Ella reclinó la cabeza, sintiendo el calor de su mano, y entrecerró los ojos al sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Entonces, si me entiendes, no me dejes; por favor, no me dejes ahora, te lo suplico.

—Juliet, no me hagas esto —Él exhaló al verla acercarse y colocar las manos sobre su pecho—. Solo lo harás más difícil.

—*Quiero* hacerlo más difícil —Sin prestar atención a sus reservas, se puso de puntillas y apoyó los labios sobre los suyos—. Quédate conmigo.

Robert hubiera podido resistirlo todo, menos ese ruego que terminó por derrumbar sus defensas. No importó cuánto se esforzó por parecer indiferente, eso era demasiado; Juliet, en ese momento, le estaba ofreciendo lo más parecido al amor que podría recibir de ella, y tal vez estuviera mal,

pero él no podía negarse.

La abrazó como si temiera que si no la sostenía contra sí con todas sus fuerzas, cambiaría de opinión, o aún peor, se esfumaría, pero ella no dio muestras de querer ir a ningún lado. Por el contrario, entreabrió los labios cuando él la besó con ardor y, aunque torpe al principio, le correspondió sin dudarle un instante.

Robert empezó a jugar con su cabello, buscando a tientas todas esas horquillas que usaba para sujetarlo, y fue deshaciéndose de ellas, de una en una, sin dejar de besarla, suspirando al sentir como los mechones se enredaban entre sus dedos. Solo entonces se alejó para recuperar el aliento, y la sujetó de los hombros con ambas manos, a suficiente distancia para poder admirarla.

—Eres tan hermosa.

Juliet respiraba agitada, sonriendo con cierta timidez, lo que solo aumentó el rubor en sus mejillas.

—Gracias.

Él rió al oírla, y volvió a abrazarla, llenando de besos su cabello, deslizándose los labios por sus sienes, la curva de su cuello, mientras llevaba las manos hacia su espalda, desabotonando con delicadeza los infinitos botones de su vestido. Se movía con lentitud, ansioso, pero haciendo todo lo posible por no apresurarse.

Solo cuando estuvo seguro de que había terminado con los broches, deslizó la prenda muy suavemente hasta que cayó sobre la alfombra. Sintió a Juliet temblar, enfundada tan solo en una sencilla camisola, y llevó las manos a su espalda para atraerla hacia sí.

—Tal vez sea un poco tarde para preguntar, pero tengo que hacerlo, ¿estás segura?

Ella lo miró con sus grandes ojos nublados por el deseo, y asintió.

Eso fue más que suficiente para él, que la sujetó en sus brazos, y como si apenas pesara, la cargó hasta la cama, dejándola recostada sobre la manta mientras se despojaba del chaleco y la camisa, atento a sus reacciones, a

cualquier gesto que pudiera indicar que deseaba detenerse; pero no vio nada de eso en ella, solo una abierta curiosidad que encontró encantadora.

Se deshizo de los zapatos, y subió a la cama, recostándose a su lado con una mano apoyada en su codo, sin dejar de mirarla.

—Eres tan hermosa.

—Ya dijiste eso —Ella se puso de lado para contemplarlo y sonrió.

—No puedo creer que a una mujer le disguste que se lo repitan.

—En ningún momento he dicho que me disgustara.

Robert rió y pasó una mano por su hombro, jugando con el tirante del camión, bajándolo un poco para acariciar su hombro, y deslizando luego un dedo para rozar su clavícula y el comienzo del escote. Suspiró al sentirla estremecerse y tomó su mano, llevándola hasta su pecho.

Ella tanteó con la punta de los dedos, provocando con ese sencillo toque que toda su piel se erizara.

—Vas a ser mi perdición.

Juliet sonrió y apoyó la cabeza en su hombro, con el rostro cubierto por el largo cabello.

—¿De verdad?

—No tienes idea —Besó su hombro, descendiendo por todo el brazo hasta llegar a su mano, donde se detuvo un momento para acariciar cada uno de sus dedos—; pero no me quejo.

—Me alegra oírlo —Le encantó oír su voz entrecortada y la forma en que acercaba su cuerpo, como si no fuera totalmente consciente de lo que hacía.

Esa fue una señal para que él avanzara, rozando su cintura y la línea de sus caderas sobre la seda, subiendo apenas la camisola hasta sentir el borde de las medias y comenzar a bajar la primera con una lentitud enloquecedora, siguiendo con la otra, sin dejar de acariciar la piel que iba dejando expuesta.

—Robert...

Él levantó apenas la vista para observar a Juliet, que se había recostado sobre el respaldar de la cama, y lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Me dirás si hago algo mal?

Robert avanzó hasta ponerse sobre ella, con las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, y la besó con un movimiento rápido, deteniendo sus labios un momento sobre su oreja.

—Tú nunca podrías hacer algo mal —Para él, su mera existencia era perfecta.

Con toda la delicadeza de la que disponía, la ayudó a incorporarse para despojarla del camisón, y cuando ella se recostó sobre la cama, con expresión avergonzada, él suspiró embelesado por la blancura de su piel, ese sonrojo en sus mejillas y el cabello alborotado que tanto deseaba acariciar. Sabía que Juliet era bella y que muchos lo pensaban, pero aunque no hubiera sido así, estaba seguro de que viéndola a través de sus ojos, solo podrían considerarla la mujer más hermosa del mundo.

Se abocó a la tarea de besar cada parte de su cuerpo, fascinado por los gemidos que lograba obtener de ella, que temerosa en un inicio y más atrevida después, iba a arriesgándose a tocarlo, pasando las manos por su espalda, y entregándose sin reservas a sus caricias.

Robert no supo en qué momento se despojó del resto de la ropa, solo que de pronto la vio bajo él, toda suspiros, con los ojos brillantes, y no pudo contenerse más.

Fue extremadamente cuidadoso, consciente de que solo deseaba darle el mayor placer posible, y por las palabras entrecortadas que lograba entender, sabía que lo estaba logrando.

Nada pudo prepararlo para la sensación que lo envolvió al unirse a ella, los deseos de no perderla nunca y de congelar ese momento en el tiempo. Todas esas historias románticas que alguna vez escuchó y que le parecieron tan absurdas, casi irreales, ahora cobraban un significado completamente distinto.

Porque las estaba viviendo.

Cuando envolvió a Juliet en sus brazos y besó su frente, fue como si una

nueva vida se abriera ante él; como por arte de magia, todo el miedo que sentía cada vez que estaba a su lado, se esfumó, porque no pensó más en la posibilidad de perderla. Ese instante era demasiado precioso para empañarlo con cualquier sentimiento que no fuera la felicidad.

Lo que pasara al día siguiente, en ese momento no le importaba; la mujer que amaba dormía a su lado, y podría pasarse el resto de la noche contemplándola.

En verdad, era muy posible que hiciera exactamente eso, y no podía pensar en una mejor forma de pasar cada noche del resto de su vida.

## CAPÍTULO 28

Al despertar, Juliet reparó primero en la oscuridad que envolvía la habitación, y luego, tras disipar el sueño, una sensación de abandono la golpeó. Miró a un lado y otro, pero no había rastro de Robert, y tardó solo un segundo en adivinar lo que estaba pasando.

Se había ido, dejándola sola; y no era necesario ser un genio para adivinar a dónde se dirigía.

No se detuvo a pensar en la locura que estaba a punto de cometer, solo podía pensar en Robert y en que en ese momento podría estar en un terrible peligro. Miró el reloj sobre la chimenea y comprobó que era muy temprano aún; tenía tiempo, era necesario que lo tuviera.

Se levantó, buscó su bata y en tanto la anudaba, iba de un lado a otro, buscando un vestido, el que fuera. Se las arregló para abotonárselo sin ayuda y corrió a la mesilla junto a la cama para tomar unas monedas, posiblemente las iba a necesitar.

Solo entonces vio el pequeño trozo de papel a un lado de la lámpara. Lo tomó con manos temblorosas, y leyó.

*Juliet:*

*No puedo expresar con palabras lo feliz que fui a tu lado esta noche, y aunque sé que es imposible, me permití soñar por unas horas en permanecer por siempre contigo. Lamento profundamente el haberte dejado de esta forma, sé que estarás muy disgustada cuando lo descubras, pero te ruego comprendas que no tengo otra opción.*

*Sabes que lo daría todo porque permanecieras a mi lado, pero lo que dije anoche es verdad; no puedo obligarte a una vida de infelicidad y amargura, en un lugar que no amas. Si no regreso, mi secretario, el señor Richards, tiene orden expresa de entregarte una serie de documentos que te acreditan la posesión de todos los bienes heredados de tu padre.*

*Vuelve a casa, Juliet, y sé feliz; pase lo que pase, será el más grande obsequio que podrías entregarme.*

*Te ama,*

*Robert.*

Según iba leyendo, las lágrimas empezaron a caer sobre el papel, hasta que las palabras se volvieron borrosas; apenas logró descifrar la última línea, y para entonces, debió poner una mano sobre su boca para contener los profundos sollozos que pugnaban por salir.

No, no tenía tiempo para eso, aún no estaba todo perdido, podía detenerlo, tenía que detenerlo. Se secó las lágrimas con furia y dejó el trozo de papel en su lugar.

Abandonó la habitación y bajó las escaleras corriendo hasta dar con el lacayo que hacía guardia durante la noche. Si le extrañó encontrarse con su señora a esa hora y que esta pareciera del todo descontrolada, lo ocultó muy bien.

—¿Ha visto salir a su señoría?

—Sí, milady.

—¿Hace cuánto tiempo? ¿En qué dirección? —Hizo un esfuerzo por contener su impaciencia.

—Poco más de una hora milady, un caballero vino en su busca; creo que tomaron unos caballos, pero no sé en qué dirección se fueron.

Juliet asintió e hizo un gesto para que la siguiera mientras se encaminaba a las caballerizas y empezaba a pensar. ¿A dónde ir? Londres era tan grande, aunque lo más probable era que escogieran un lugar alejado...

—¿Sabes manejar un carruaje? —Apenas dio tiempo al lacayo de asentir —. Bien, prepara uno, lo más rápido que puedas.

—Pero... ¿a dónde vamos?

—Te lo diré en el camino —Una idea empezaba a abrirse paso en su mente, pero tenía que actuar rápido—. Vamos, date prisa.

Una vez que los caballos estuvieron ensillados y atados al carruaje, lo que el muchacho consiguió hacer en un tiempo récord, Juliet le dio la única dirección en la que pudo pensar, mientras daba gracias al cielo de que las

casas de los aristócratas en Londres se encontraran en la misma área.

Sabía que estaba corriendo un gran riesgo al ir allí, pero no podía pensar en otra cosa. Reprimió un escalofrío cuando el carruaje se detuvo en la parte trasera de la mansión Ashcroft. Sin detenerse a pensarlo, ni esperar a que el lacayo le abriera la puerta, bajó del vehículo y corrió hacia la puerta que llevaba a las cocinas.

Un mozo somnoliento le abrió y hubiera jurado que estuvo a punto de desmayarse de la impresión al verla.

—Señorita Juliet... perdón, milady —Hizo una torpe reverencia y se quedó de pie en la puerta, sin atinar a hacer otra cosa.

—Ve con el señor Ashcroft, con mucha discreción, que nadie se dé cuenta, y tráelo aquí, dile que debo hablar con él.

—Pero... el señor debe de estar durmiendo...

—No, estoy segura de que lo encontrarás en el salón —Lo conocía lo suficiente para saber eso—. Ni una palabra de esto, ¿está claro?

—Sí, milady, ¿pero no va a pasar?

—No, no tengo tiempo —Hizo un gesto de exasperación—. ¡Corre!

Mientras esperaba, Juliet miró al cielo y un escalofrío de espanto la recorrió al comprobar que amanecería en cualquier momento. Si el lugar estaba muy lejos, no podría llegar a tiempo.

Cuando empezaba a plantearse la idea de entrar en la casa e ir ella misma por Daniel, este hizo su aparición. Tal y como imaginaba, ni siquiera se había cambiado el traje de fiesta, aunque se había deshecho del abrigo.

—Juliet, ¿qué...?

No tuvo tiempo de terminar su pregunta, porque su prima lo abofeteó con tanta furia que casi consigue hacerlo trastabillar.

—¿Cómo pudiste? Lo hubiera esperado todo de ti, Daniel, pero ¿esto?

—¿Has perdido el juicio? ¿De qué hablas?

—¡No finjas conmigo! ¡No ahora! Sé que estás detrás de todo este juego; tú, miserable —Tuvo que contenerse para no abofetearlo una vez más—. Urdiste la trampa con Lord Graham para que me reuniera con él en el jardín, y esperabas que Robert llegara; sabías que se retarían a duelo, que él podría morir —La voz se le quebró entonces y le costó continuar—. ¿Por qué me hiciste esto?

Daniel se adelantó un par de pasos y elevó la barbilla, mirándola a los ojos sin pestañear.

—Te he liberado, Juliet, deberías de estar agradecida.

Eso fue suficiente para que volviera a perder el control y le cruzara la otra mejilla con su mano, aunque él no hizo ademán de detenerla.

—¿Agradecida? Eres tú quien ha perdido el juicio, ¿ves hasta dónde has llegado? Robert puede morir, el mismo Graham podría hacerlo también.

—Y entonces tú serás libre para volver a América, y yo iré contigo.

Juliet no pensó que él podría sorprenderla aún más, pero acababa de lograrlo; apenas podía creer lo que decía.

—¿Qué?

Él la tomó de los brazos y acercó su rostro tanto que podía oír sus susurros sin dificultad.

—Si Arlington muere, serás libre; podrás volver a casa, y yo estoy dispuesto a dejarlo todo para ir contigo. No me importa si mi padre me deshereda, estaré a tu lado, seremos felices juntos en donde tú lo desees.

—Estás loco.

—¿Por qué? ¿Porque te amo?

Juliet se sacudió de su agarre sin dificultad y pasó una mano por sus ojos; eso era demasiado. Tenía que mantener la sangre fría si deseaba salvar a Robert, pero Daniel hacía muy difícil que conservara la calma.

—Daniel, escúchame, esto no puede ser amor, ¿lo entiendes? Soy la única persona en el mundo que te ha demostrado cariño, lo sé, y tal vez por eso estás confuso; has sido mi único amigo por mucho tiempo y me importas,

pero no puedo corresponderte, no puedo verte de esa forma.

Su negativa cayó en saco roto, porque él no pareció entenderla, estaba más preocupado por convencerla de sus sentimientos.

—Estás confundida, desde luego que me quieres, igual que yo a ti; lo que ocurre es que has pasado mucho tiempo soñando con volver a casa y por eso no has podido verlo. Pero ahora te ofrezco la oportunidad de que realices tu sueño conmigo a tu lado; no solo tendrás tu hogar de vuelta, también podrás conocer el amor, el que yo te ofrezco.

Semejante muestra de soberbia terminó por desesperarla.

—¡Ya conozco el amor! —gritó—. Amo a Robert.

Su confesión debió de impresionarlo tanto como a sí misma, porque ambos guardaron silencio, impresionados por esa declaración.

—No...

Juliet comprendió que ese no era el mejor momento para explorar en sus sentimientos, se acababa su tiempo; debía lograr que Daniel la entendiera. Extendió una mano y tomó la suya con mucha delicadeza, procurando usar un tono de voz persuasivo, pero firme.

—Sé lo que es amar tanto a una persona que estás completamente dispuesto a hacer lo que sea por ella, morir si es necesario; sé lo que es sufrir pensando en que no podrás verla más; el terror de perderla. Pero también sé, y Robert me lo ha enseñado, que el verdadero amor también significa estar dispuesto a renunciar a esa persona si eso le hace feliz, porque cuando amas con todo tu corazón, estás dispuesto a soportar el sufrimiento más terrible con tal de ver a quien más quieres a salvo. De eso se trata el amor, Daniel, no es esta obsesión sin sentido que tú parece sentir por mí.

Se le encogió el corazón al ver su expresión desolada; casi había esperado que continuara con sus argumentos sin sentido, no verlo así, tan desamparado.

—Daniel, lo siento, debí decírtelo antes, pero no solo no tuve el valor, sino que no sabía cómo explicarlo —Apretó su mano, mirando sobre su hombro al cielo—; pero ahora lo sé. Algún día tú conocerás a una maravillosa mujer,

una que en verdad te merezca, estoy segura, pero esa no soy yo. Ahora, te lo ruego; por lo que dices sentir por mí, necesito tu ayuda.

Su primo sacudió su mano hasta liberarla, mirándola con una mezcla de dolor e ira.

—No sé en donde va a llevarse a cabo el duelo, y tengo que detenerlo, necesito llegar allí lo antes posible —insistió, hablando tan rápido como podía—. Tú debes de saberlo, tienes que llevarme allí.

—¿Y por qué haría eso?

Juliet le sostuvo la mirada triste y resentida sin bajar la vista un instante.

—Porque, si me amas, al menos una ínfima parte de lo que dices, no dejarás que pase por esta agonía. Porque, si algo malo le pasa a Robert, te lo aseguro, Daniel, yo moriría un poco también.

Hasta ese momento, a Robert los duelos le parecían un medio bastante sanguinario para solucionar una disputa, pero jamás se había visto en la necesidad de defender su honor, o aún más, el de una persona a la que amara.

Ahora podía comprender con más facilidad los actos de tantos hombres que alguna vez vio con cierto cinismo. ¿Qué sentido encontraban en arriesgar su vida por una afrenta? Obviamente, el de la justicia y la revancha, lo que iba ahora él a buscar.

Si algo podía agradecer, era el haber pasado esa última noche con Juliet. No estaba seguro de si saldría vivo de allí, era una posibilidad tan grande como el resultar muerto, pero pasara lo que pasara, guardaría esas horas en su memoria como lo más precioso que le había ocurrido jamás.

Aún ahora, mientras veía a Charles encargarse una vez más de que cada pieza de la caja de armas estuviera en su lugar, no podía dejar de pensar en ella, en la felicidad que experimentó a su lado, la suavidad de su piel; por unos instantes, se engañó a sí mismo pensando que ella lo amaba tanto como él, y, mentira o no, no cambiaría esos sentimientos por nada.

Miró al cielo y observó cómo la oscuridad desaparecía, la mañana empezaba a abrirse paso, y el silencio de esa parte del parque resultaba aún

más abrumador. Levantó la vista al escuchar el sonido de un carruaje, lo mismo que Charles y el juez, que llevaban poco tiempo esperando.

Del vehículo descendió al que reconoció de inmediato como el Barón Littleton, un hombre de mediana edad, famoso por su mal carácter y por ser también buen amigo de Graham; suponía que era a quien escogió para ser su padrino.

Lo siguió un anciano con toda la apariencia de ser un juez, y solo al final, pudo ver la cara de Graham. Sintió una enorme satisfacción al comprobar que su presuntuoso rostro mostraba los hematomas producidos por sus golpes de la noche anterior, y que si salía vivo de allí tendría que exhibirlos por un buen tiempo.

Mientras ellos se acercaban a saludar al otro juez, Charles fue hacia él y lo tomó del brazo para hablar en privado.

—Sabes que aún podemos detener esto; he oído que Graham es un excelente tirador.

—Vaya, Charles, eres mi padrino, se supone que debes animarme.

Su amigo rodó los ojos y se cruzó de brazos, sin dejar de mirar sobre su espalda.

—Si lo tienes en la mira, ¿dispararás a matar? —preguntó, y tras ver la respuesta en los ojos de Robert soltó un bufido—. Exacto, tú no lo harías, pero él estará feliz de acabar contigo.

—Es parte del riesgo, por eso se llama “duelo”; cualquier cosa puede pasar. Quién sabe, tal vez lo mate sin querer.

—No matas a una persona sin querer, no seas ridículo —Bajó el tono al darse cuenta de que había elevado un poco la voz—. Robert, entiendo que estés molesto, pero Graham no tiene derecho a reclamar nada; es él quien se ha portado de forma abominable, no podría hablar mal de ti, quedaría como un patán.

Robert miró a su amigo con ojos fríos, y le habló con una inflexión en la voz que terminó de convencerlo acerca de lo inútiles que eran sus gestiones.

—Creo que me conoces lo suficiente para saber que no me importa lo que

la gente diga, aunque tampoco deseo que el nombre de Juliet vaya de boca en boca —aseguró—. Esto se trata de honor, y Graham lo sabe. Ahora, acabemos con esto de una vez.

Charles suspiró, y tras negar con la cabeza se dirigió hacia Littleton, con quien aún debía arreglar algunos detalles. No tardó mucho, porque tras unos cuantos minutos, Robert los vio asentir y darse la mano. Solo entonces volvió con él.

—Hemos acordado que sea “a primera sangre”.

—Bien.

Su amigo elevó la vista al cielo, conteniéndose para hacer algún comentario sarcástico.

—Sabes que esa es una mera formalidad para referirse a la primera herida que imposibilite a uno de los duelistas para continuar, o lo ponga en inferioridad frente a su rival, ¿verdad? —Robert asintió—. Aunque no se mencione, es muy posible que esa herida imposibilite al contendiente *para siempre*.

—Está claro, Charles —Se ganó una mirada iracunda—. ¿Empezamos?

Mientras él se alejaba refunfuñando, Robert miró hacia donde Graham se encontraba y le complació no ver en su rostro ni rastro de su fanfarronería habitual; tenía la expresión ceñuda de quien se sabe en una situación incómoda, y le dirigió una mirada furiosa que él correspondió.

Cuando los jueces se pusieron de acuerdo acerca de quién se encargaría de dar las instrucciones para iniciar el lance, tanto Robert como Lord Graham fueron llamados para oírlos, aunque ninguno era ajeno a las reglas.

—Asumo, por su presencia, que ambos están de acuerdo en continuar con este encuentro.

Tanto Robert como su rival asintieron sin dejar de mirarse con desagrado.

—En ese caso, caballeros, ustedes conocen las condiciones pactadas a las que han dado su aprobación y confío en que no han de faltar a ellas. Las pistolas han sido inspeccionadas por sus padrinos, y por mí, desde luego, y doy mi absoluta conformidad. Este es un duelo “a primera sangre” por lo que

deberán detenerse en cuando dé el aviso. Cuando lo indique se pondrán en guardia y una vez que diga la palabra ¿listos?, si están dispuestos, daré la orden de disparar. Recuerden que está estrictamente prohibido el adelantarse a disparar antes de mi llamado, y que tal acto será considerado como uno de infinita cobardía. Darán doce pasos para que puedan colocarse en guardia. Si están dispuestos...

Robert fue el primero, según se había pactado, en escoger su arma; Graham le siguió sin alterar el semblante.

Bien, ya no había vuelta atrás, y en verdad, no deseaba hacerlo. Soportó demasiado de Graham, y hubiera estado dispuesto a continuar ignorándolo, pero el hecho de pensar en que se atrevió a tocar a Juliet lo tentaba a lanzar el arma al suelo y empezar a darle de golpes una vez más. Al menos esa era una forma más civilizada de obtener una reparación.

—Caballeros, espalda con espalda —Ambos hicieron lo que les indicaba el juez—. Uno...

Robert apretó el arma con fuerza y respiró profundamente para disponer de toda la sangre fría que iba a necesitar. La idea de morir no resultaba agradable, pero aun así, decidió que antes de llegar a los doce pasos, dedicaría ese tiempo disponible a pensar en Juliet, y cuando fuera el momento de disparar, no dudaría.

Rememoró la primera vez que oyó su voz, en ese tonto accidente que ahora veía como una bendición del cielo, porque de otra forma jamás la habría conocido.

—Dos...

En un instante que se le hizo eterno, la vio por primera vez en Rosenthal, su expresión maravillada al observar sus pinturas, la fascinación que parecía provocarle el hablar de su hogar y de sus padres.

—Cinco...

La primera vez que, llevado por un arrebato de avidez, tocó su rostro y la besó; el calor que sintió recorrerlo mientras la tenía en sus brazos.

—Siete...

Esas charlas que compartieron en Londres, durante el *supuesto cortejo*, como ella le llamaba. Extrañaría tanto sus bromas, esa forma de burlarse el uno del otro sin ofenderse, porque las pullas veladas disfrazaban el profundo placer de tener a una persona con la cual hablar sin falsedad.

—Nueve...

Ningún hombre en el mundo podría, sin duda, recordar una propuesta de matrimonio como la suya, y se sentía muy afortunado por eso. ¿Qué posibilidad había de que el amor de tu vida te ofreciera su mano?

—Once...

Y esa noche... se llevaría a la tumba el recuerdo de esa noche.

—Doce...

Cuando Robert giró, al tiempo que elevaba la pistola, esperando la señal de fuego, su sonrisa hubiera podido confundirse como una muestra de elegancia o indiferencia, pero la verdad era que estaba tan inmerso en sus recuerdos, que la posibilidad de morir le resultó tan trivial que dejó que los acontecimientos siguieran su curso.

Y cuando se oyó el primer disparo y las aves huyeron asustadas de los árboles, su sonrisa se hizo aún más amplia. Dedicó un instante a mirar el cielo claro, y recordó la forma en que llamaba a Juliet.

Su tormenta.

No habría una ventisca esa mañana, tal vez no hubiera otra para él nunca más.

Juliet jamás había viajado en un carruaje que fuera a tanta velocidad, de forma que debía sostenerse al asiento con ambas manos para evitar golpearse contra sus lados, pero no le importó, tenían que llegar. Daniel había asegurado que el lugar señalado para el duelo no estaba lejos, y él debía de saberlo ya que se mantuvo muy informado respecto a ese enfrentamiento.

El cielo empezaba a despejarse del todo y solo podía ver árboles pasando rápidamente por la ventanilla, o eran ellos quienes avanzaban, no le

importaba. Rogaba por llegar a tiempo.

—¿Falta mucho?

Se volvió hacia su primo, que se movía hacia delante y atrás, según el vaivén del vehículo; a él no parecía importarle.

—No, estamos muy cerca.

Ignoró su voz cavernosa y el que evitara mirarla; sabía que iba a pasar mucho tiempo antes de que estuviera dispuesto a reconocer lo que nunca podría ocurrir entre ellos, y mientras tanto, ella no pretendía presionarlo.

—Daniel, gracias por ayudarme.

Se ganó una carcajada seca y burlona.

—¿Gracias? Recuerda que soy el culpable de todo esto, no deberías darme las gracias hasta asegurarte de que Arlington esté con vida.

—Por favor, no digas eso, él tiene que...

El sonido de un disparo se oyó muy cerca, y si hubiera sido posible, Juliet habría jurado que su corazón se detuvo por un segundo. De pronto, sintió unas profundas ganas de gritar, y se aferró a la mano de Daniel, estrujándola sin misericordia.

—Es muy tarde.

Nunca sabría si fue ella o su primo quien dijo esa frase, porque su mente se quedó en blanco y no estaba segura de si podría volver a articular una palabra en su vida.

El carruaje continuó su camino sin aminorar la velocidad; por el contrario, pareció incrementarla, pero Juliet no se sujetó más al asiento, su cuerpo se movía como una marioneta y le daba lo mismo pegarse contra Daniel que contra el interior acolchado.

Cuando se detuvo, cerca de un claro en el bosque, estiró una mano y tomó la manija para abrir la portezuela, pero Daniel se adelantó y la tomó del hombro.

—Deja que sea yo quien lo vea primero.

No le prestó a atención a su voz compasiva, algo que en otras circunstancias hubiera agradecido, tan solo sacudió la cabeza y salió al frío de la mañana.

Debió caminar un corto trecho para llegar al lugar del duelo, y apenas logró ver a un grupo de figuras formando un círculo junto a un gran árbol, mientras otro, conformado por no más de tres personas que permanecían inclinadas ante un bulto sobre la grama.

Sus piernas empezaron a temblar y sintió que no podría dar otro paso, pero entonces lo vio.

No era Robert el hombre tendido al que atendían los médicos, aunque uno de ellos lo revisaba de pie, mientras Charles lo sujetaba para que dejara de moverse. Esto último dejó de ser necesario cuando vio a Juliet frente a él. Pestañeó como si pensara que estaba frente a un espejismo, y dio un par de pasos para acercarse.

—Juliet...

Ella ignoró las muestras de asombro, las miradas reprobadoras de los jueces, que parecieron horrorizados por su presencia, y corrió hacia Robert. Lo abrazó tan fuerte que estuvo a punto de derribarlo, pero se alejó al oírlo soltar un quejido de dolor, y solo entonces lo miró con mayor cuidado.

Se había quitado la negra levita y llevaba solo una camisa delgada, rasgada en el brazo, de donde brotaba un hilo de sangre.

—¡Estás herido! —Tomó su rostro entre las manos, como si así pudiera descubrir cualquier otro daño—. ¿Por qué no te atienden?

—Eso intento, milady, si es tan amable...

Solo entonces reparó en que había hecho a un lado con su efusividad al médico, que permanecía con el maletín pegado al pecho, mirándola con reproche.

—Lo siento tanto —Se retiró lo suficiente para dejar que continuara con su labor—. ¿Qué pasó, Robert?

Él le dirigió una mirada de ligera advertencia.

—Luego hablaremos de esto.

Juliet comprendió y empezó a temblar tanto que debió sujetarse las manos con fuerza para calmarse. Estaba vivo, y a salvo, casi no podía creerlo.

En ese momento, recordó al hombre tendido sobre el césped y miró hacia allí. A esa distancia pudo reconocer el oscuro cabello de Lord Graham, y la opresión en el pecho la atacó una vez más. Robert no podía haberlo matado, ¿verdad? No, él nunca haría algo así, no su Robert.

—Obviamente, llevó la peor parte, pero estará bien, o eso creen los médicos —La voz de Charles, que se acercó a ella con discreción, le devolvió la calma—. Tiene una fea herida en la pierna y me atrevo a decir que recordará este día por el resto de su vida. No dirá una palabra sobre esto, debe de estar tan avergonzado que no me extrañaría desaparezca por un buen tiempo; sobra decir que nadie lo va a extrañar.

Ella asintió, retirando su mirada del herido y volviendo toda su atención a Robert, que hacía gestos de dolor a medida que el médico revisaba la herida.

—Es una suerte que no fuera más que un rasguño, milord, y como ha perdido tan poca sangre, creo que con un vendaje será suficiente.

—Bien, hágalo entonces —Su tono fue poco amable, no dejaba de mirar a Juliet—. Necesito irme.

—¿Quieres que prepare el carruaje para ustedes? Puedo volver con uno de los jueces —Charles se adelantó a ofrecer su ayuda.

Juliet reaccionó entonces, y miró sobre su hombro, donde Daniel permanecía de pie, apenas a unos pasos del vehículo en el que habían llegado. Robert siguió la dirección de su mirada y casi vio relampaguear sus ojos.

—Puede volver con mi primo, Charles, si no le molesta; estoy segura de que a él no le importará.

—Bien, gracias.

Mientras él se acercaba a Daniel para acordar su regreso, Juliet miró a Robert sobre la cabeza del médico y no supo descifrar si se sentía feliz de verla o algo disgustado; suponía que un poco de ambos.

—¿Podemos volver a casa?

Tal vez fuera por la forma en que pronunció la palabra “casa”, pero él pareció un poco más calmado y asintió.

—Sí, vayamos a casa.

## CAPÍTULO 29

Por mucho que Juliet insistió, Robert no quiso decir una sola palabra respecto al duelo mientras se encontraban en el carruaje; en verdad, casi no dijo nada, prefirió mantener los ojos cerrados y simular que estaba muy cansado para hablar. Esto era mucho más sencillo que expresar todo lo que hubiera deseado, porque sentía que sus emociones lo superaban.

Había pasado tanto en un solo día...

La ida al baile de los Sunderland, la pelea con Graham, la noche compartida con Juliet, el primer duelo en el que participaba en su vida... El haber resultado casi ileso ya era mucho acerca de lo cual reflexionar, pero la presencia de Juliet trastocó sus ideas una vez más.

Apenas se daba un momento para agradecer que esa bala apenas lo hubiera rozado, pensando con desesperación en volver a casa, esperando encontrar a Juliet allí, y sin saber qué le diría; y de pronto, se aparece en pleno bosque para horror de todos los presentes. No para el suyo, no en verdad. En el instante en que la vio, sintió un alivio tan grande, una felicidad tan absoluta, que si ella no hubiera corrido a abrazarle, lo habría hecho él sin dudar.

Pensar que tan solo unos minutos antes se había planteado seriamente la posibilidad de que no vería su rostro nunca más.

Pero ahora, a salvo, y libre del compromiso del duelo, ¿qué pasaría? ¿Cómo continuar con esa parodia de matrimonio? Ella debió de leer la nota que le dejó esa mañana, sabría ya que contaba con medios propios para dejarlo en el momento que deseara. Y aunque hubiera decidido ir en su búsqueda, preocupada por él, eso no significaba nada.

A Juliet le importaba, lo sabía, tal vez hasta lo quisiera mucho más de lo que pensaba, pero la situación era la misma y lo ocurrido la noche anterior entre ellos tal vez no hubiera cambiado su decisión de marcharse.

¿Debía insistir en que se fuera? ¿Suplicarle que le diera la oportunidad de intentar hacerla feliz? No, eso ya lo había intentado, y no obtuvo muy buenos resultados. Aunque entonces no estaba seguro de amarla, claro, pero quizá

fuera precisamente por ello que insistió tanto en su carta en que debía ser feliz; eso era lo más importante para él.

¡Dios! El dolor que sintió al recibir ese balazo no era nada comparado con la angustia de perderla, y aun así estaba dispuesto a pasar por eso sin dudar. Si Charles lo supiera, pensaría que se portaba como un idiota, que debía luchar por ella, pero él nunca había estado enamorado, no podría comprenderlo.

Suspiró al abrir los ojos y mirar por la ventanilla; el carruaje se internaba por una puerta lateral de la casa, tal y como le había indicado al cochero. No deseaba llamar aún más la atención, aunque estaba seguro de que toda su discreción no habría servido de nada tras el modo de proceder de Juliet.

La gente hablaría, y mucho; los duelos siempre eran algo nuevo acerca de lo que cuchichear, y que una dama se hubiera hecho presente en uno, abiertamente, no iba a ayudar. Lo bueno, si cabía, era que conociendo a la sociedad londinense, no pasaría mucho tiempo antes de que ocurriera cualquier otro hecho que llamara su atención.

—¿Necesitas ayuda para bajar?

Vio la mano tendida de Juliet y estuvo muy tentado a tomarla, pero se contuvo y negó con firmeza.

—Puedo hacerlo solo, gracias, no es nada —señaló al lacayo que esperaba con la puerta abierta—. Ve, te seguiré en un momento.

Fue tras ella, y no hablaron hasta llegar a su habitación. Se debatía entre invitarla a entrar, inseguro acerca de si podría malinterpretarlo, pero sintió un gran alivio al ver que era ella quien tomaba la iniciativa al abrir la puerta y entrar tras él.

—¿Necesitas algo? ¿Un té? ¿Quieres que revise el vendaje? No sé mucho de esas cosas, pero no se ve muy complicado...

Robert se permitió una sonrisa divertida, al tiempo que se sentaba sobre la cama; le causaba gracia que hablara hasta por los codos cuando se sentía nerviosa.

—Estoy bien, Juliet, el doctor dijo que no será necesario cambiar el vendaje hasta dentro de unas horas, y no tengo sed; pero gracias por

preocuparte.

—Desde luego que me preocupo, ¿cómo no iba a hacerlo? ¡Estás herido! ¿Seguro que no quieres nada? Debe de haber algo que pueda hacer...

Robert sintió lástima al verla tan inquieta, en medio de la habitación, mirando de un lado a otro.

—¿Sabes? Me gustaría reposar un momento, ¿podrías ayudarme con la almohada?

Apenas terminó de hablar y ella ya estaba tras él, esponjando las almohadas, en tanto lo ayudaba a tenderse.

—Zapatos, por supuesto, no vas a recostarte con zapatos.

—Yo puedo con eso —Se deshizo del calzado y le sonrió—. Gracias.

—De nada —Se quedó un momento de pie, mirándolo con cierta timidez—. ¿Quieres dormir? Puedo dejarte si lo prefieres.

Robert hubiera deseado decir que no, que lo mejor era quedarse a solas, pero no pudo.

—Si no te molesta, quisiera que me hicieras compañía.

—Por supuesto.

Juliet se apresuró a sentarse al otro extremo de la cama, recostando la espalda contra el poste y mirándolo con interés.

—¿Tienes sueño? Debes de tenerlo, ha sido una mañana muy agitada, y casi no has dormido... —Se ruborizó al decir esas últimas palabras y le dirigió una mirada ofendida al notar que reía—. No es gracioso.

Él dejó de reír de inmediato e hizo un esfuerzo por mantener su semblante tan serio como le era posible.

—No, claro que no, lo siento.

Ella asintió y dirigió la vista a la manta sobre la cama, dibujando círculos con los dedos, sin dar muestras de estar dispuesta a mirarle directamente.

—Creo... creo que necesitamos hablar, y no creo que sea buena idea

postergarlo más —Le sorprendió su voz susurrante, aún con la vista fija en cualquier lugar menos el área circundante a su rostro—. ¿Debería empezar yo? Supongo que tendrás muchas preguntas, y temo que te haya disgustado mi presencia en el bosque.

Robert se acomodó mejor sobre las almohadas y asintió, aunque ella no pudiera verlo.

—Sí, podría decirse así —Su tono fue reprobador—; sabes que tu proceder fue muy imprudente y que algunas personas hablarán...

Solo entonces levantó la vista, con una expresión fiera que la sorprendió.

—No me importa lo que digan algunas personas, son solo charlatanes que no tienen nada mejor que hacer con su tiempo —exclamó—; lo que me preocupa es lo que piensas tú.

—Bien, en ese caso, me preocupa lo que hubiera podido ocurrirte, ¿has pensado en qué habría pasado de haber llegado antes? ¿Y si te aparecías en medio del duelo? ¡Dios, Juliet, algo pudo ocurrirte! Podrías haber resultado herida, o algo peor — ¿cómo es que esa idea no había pasado antes por su cabeza? Estaba tan feliz por verla una vez más, que no pensó en esa posibilidad—. Prométeme que no volverás a hacer algo tan imprudente.

—Lo haré si tú prometes que no volverás a batirte en duelo con nadie más.

Contempló su expresión obstinada, y suspiró; apenas empezaban a hablar y ya estaban en medio de una discusión. Al menos no debía preocuparse por su falta de locuacidad.

—Me parece un trato justo —Le sonrió a medias, pero se puso serio de pronto—. No sé qué haría si algo te pasara.

—Entonces entiendes por qué tuve que ir.

Robert asintió, mirándola a los ojos, intentando ver algo más de lo que ella mostraba.

—No lo sé, Juliet, ¿te angustiaba tanto la idea de que muriera?

—¿Tienes que preguntarlo? —Odió el dolor que vio en sus ojos—. Robert, si algo te hubiera pasado, algo peor que esa herida... si hubieras sido tú quien

vi allí, sobre la grama...

Él miró al techo, inseguro acerca de profundizar más en esa confesión; tal vez le gustara lo que fuera a decir, o tal vez no.

—Tu primo fue el responsable de esto, ¿verdad? Hizo algún tipo de pacto con Graham para llevarte a esa trampa —Dijo esto sin mirarla aún, con voz desapasionada—. Supongo que esperaba que ambos muriéramos, o que al menos lo hiciera yo.

Esperó una respuesta en silencio, y cuando estaba a punto de darse por vencido, ella habló.

—Sí, lo hizo, pero te ruego que no lo odies, aunque tendrías toda la razón en hacerlo; por un momento, quise matarlo —Bajó la mirada para observarla con atención al oír la furia con la que se expresó—; pero sé por qué lo hizo, y lo he perdonado. Espero que tú también puedas hacerlo, algún día.

—También sé por qué cometió esa bajeza, y es precisamente ese el motivo por el que creo que nunca podré perdonarle. No por haberme llevado a esa situación, Juliet, no me importa si debo batirme en mil duelos; pero jamás debió ponerte en peligro, eso es algo que jamás voy a disculpar.

—Comprendo —Ella no insistió, hubiera resultado ridículo hacerlo conociendo el profundo desprecio que Robert sentía por Daniel—. Aun así, le estoy agradecida por haberme llevado a ese lugar, no sabía a quién más recurrir.

Robert sacudió la cabeza, como si ese fuera otro motivo para odiar a su primo, el llevarla precisamente a un lugar en el que había corrido nuevamente peligro.

—No haré nada contra Ashcroft, no te preocupes por eso; si tiene algo de decencia, sus propios remordimientos serán suficiente castigo.

—Él... no lo sé, no le deseo mal, y confío en que de alguna forma pueda cambiar su conducta; no es una mala persona, Robert; solo es muy... complicado.

—También tú lo eres y no actúas como una desquiciada.

Ella le dirigió una sonrisa de lado, un poco sardónica.

—¿No lo hago? Porque creo que eso pensaste hoy al verme llegar al bosque.

Robert le devolvió la sonrisa, no hubiera podido ser de otro modo.

—Pero a ti jamás podría odiarte.

Juliet agachó la cabeza una vez más, al parecer incapaz de resistir su mirada y lo que esas palabras implicaban, y no volvió a decir nada hasta pasados unos momentos.

—¿Qué pasó en el duelo? ¿Me lo contarás?

Robert pensó un momento en si sería buena idea hablarle de un tema tan delicado, pero pronto comprendió que debía hacerlo. Por un lado, las personas hablarían y tal vez Juliet escuchara los hechos totalmente distorsionados; además, y esto era lo más importante, quería ser él quien le hablara al respecto, ella tenía derecho a saberlo.

—No voy a entrar en detalles, no son necesarios, y prefiero que oigas lo menos posible de esto —Le dirigió una mirada significativa, a la que ella asintió sin dudar—. Como quizá sepas, en un duelo puede pasar cualquier cosa; hay muchos factores que influyen en el resultado, como el clima, el nerviosismo de los participantes...

—La puntería debe de ser muy importante también —Elevó un poco las cejas al ser interrumpido—. Lo siento, pero es lógico, y obviamente, tienes mucha mejor puntería que Lord Graham, gracias al cielo.

Tal vez eso no fuera del todo cierto, pero su ego apreciaba que llegara a semejante conclusión, y no pensaba hacerla cambiar de idea.

—Bueno, sí, claro, eso también es muy importante. Pero en este caso, creo que estábamos en igualdad de condiciones. Basta con decir que resulté herido en primer lugar, y luego yo disparé; eso es todo.

Juliet frunció mucho el ceño, como había observado que hacía siempre que no entendía algo del todo bien, o, como en este caso, no se encontraba muy convencida.

—Creo que estás obviando una parte crucial del relato, Robert —dijo al fin, con expresión astuta—. ¿Debo suponer que Lord Graham disparó

primero, te hirió apenas, y que tú pudiste matarlo, pero preferiste solo herirlo en la pierna?

—¡Juliet, por favor, no era un duelo a muerte!

—Pero hubieras podido hacerlo, ¿verdad? Lo he oído, muchas personas mueren en los duelos, pero tú no quisiste matarlo.

Robert suspiró y asintió de mala gana.

—Por mucho que odie a Graham, y aún cuando, confieso, anoche estaba dispuesto a matarlo a golpes, no soy la clase de hombre que asesina a otro a sangre fría.

Ella sonrió con expresión satisfecha, y lo que le pareció, o eso deseó creer, un poco de orgullo.

—Sé que no lo eres, por eso te amo tanto.

Robert tardó un momento en procesar lo que oyó, y aun así no hubiera podido asegurar que no se equivocara.

—¿Qué has dicho? —Al no obtener respuesta, se adelantó un poco en la cama, haciendo caso omiso del malestar en el brazo—. Juliet, este no es un buen momento para dejar de hablar. Por favor, repite lo que has dicho.

Ella encogió las piernas, poniendo el rostro sobre las rodillas, y lo miró sin pestañear.

—He intentado tanto no quererte...

—Vaya, gracias.

—No quería enamorarme de nadie, y mucho menos de ti.

—Eso no es algo muy agradable para oír.

Robert sintió como si acabara de recibir un golpe en el estómago, y su expresión debió delatarlo, porque ella se vio arrepentida de inmediato y dejó su posición, acercándose casi gateando sobre la cama hasta sentarse a su lado.

—No quise decirlo así, lo siento, ¿cómo me soportas? —Estiró una mano para tomar la suya, y entrelazó sus dedos—. Robert, eres el hombre más

maravilloso del mundo, y debí saberlo la primera vez que te vi; entonces, me habría mantenido alejada, porque de otra forma hubiera sido imposible que no terminara amándote como lo hago ahora.

—Creo que acabas de hacerme un gran halago, pero también estás diciendo que preferirías no haberme conocido jamás, ¿cierto?

—¡No, claro que no!

—Entonces vas a tener que ser un poco más clara —Necesitaba que lo fuera, tanto como respirar.

Juliet suspiró y aspiró al menos un par de veces antes de atreverse a hablar, sin dejar de apretar su mano.

—¡Oh, Dios! Vas a hacer que lo diga, ¿verdad? Supongo que es lo más justo, eres siempre tú quien más habla.

—Juliet...

—Está bien —Robert escondió una sonrisa al oír su nada delicado resoplido—. Te amo, y no me arrepiento de hacerlo, porque si no te hubiera conocido no habría sabido nunca lo que es el verdadero amor. Y aunque siempre me ha gustado decir que no me importa, eso es porque jamás lo había experimentado. Ahora que sé lo que se siente, renunciaría a cualquier cosa con tal de estar siempre a tu lado. Robert, no puedo imaginar lo que sería mi vida sin ti, es imposible.

Él levantó su brazo sano y acarició con delicadeza su rostro.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

Juliet sonrió y apoyó el rostro en su mano.

—No, en verdad se siente como si fuera lo más natural del mundo.

—Porque lo es —La besó con una mezcla de entusiasmo y devoción que casi le provoca llorar—. Oh, Juliet, no hagas que vuelva a pasar por esto, por favor.

—Vas a tener que ser un poco más específico —Le sonrió con cierto ánimo revanchista que a él le encantó.

—Puedo soportarlo todo, me batiría en duelo por ti cuantas veces fuera necesario, te juro que si debo golpear a un hombre hasta la muerte para defenderte, lo haré, y aún más, toleraré a tu familia; lo único contra lo que no podría enfrentarme, es a perderte.

Ella se inclinó hasta poner los labios sobre su oído y susurró unas palabras.

—No tendrás que hacerlo, nunca.

—¿Esa es una promesa?

—De todo corazón —Cogió su rostro con ambas manos y lo besó en los labios, con tanto sentimiento que pronto empezó a ser correspondida, pero de pronto se alejó y cruzó los brazos sobre su pecho—. Creo que hemos olvidado algo.

Robert estuvo a punto de echarse a reír, solo Juliet interrumpiría un momento así para quejarse por algo.

—¿Y qué puede ser, amada esposa?

Juliet ignoró su tono burlón, y lo miró con reproche.

—No has dicho que me amas —Entrecerró los ojos—; no lo has hecho ni una sola vez.

Él frunció un poco el ceño y sonrió al reparar en que tenía razón; no le había confesado abiertamente su amor por mucho que lo hubiera deseado, por temor a que lo rechazara.

—Pero te lo he demostrado...

—No es lo mismo.

—¿No lo es? —La atrajo hacia sí, haciendo oídos sordos al dolor en su brazo—. Qué descuido de mi parte, no puedo creerlo.

Juliet le pasó ambos brazos por el cuello asumiendo su expresión más petulante.

—Yo lo he hecho dos veces, acabo de hacerlo en realidad.

—Entonces debo resarcirte por esa negligencia tan terrible, ¿verdad? —

Besó su hombro, subiendo por su cuello hasta que le arrancó unas risas—. ¿Podrás perdonarme?

—Supongo que sí, no soy una mujer rencorosa.

Robert hizo como si pensara un momento en ello y luego sonrió.

—Es verdad, no lo eres, o eso creo, aunque puedo pensar en algunos otros defectos —Hizo un gesto de dolor cuando ella le dio un golpecito en el brazo herido—. Lo sabía, vas a matarme.

Juliet dejó de bromear y lo miró con una expresión tan angustiada que le aceleró el corazón.

—Y será la muerte más dulce que podría imaginar —Tomó su mano y besó cada dedo con adoración.

—¿Seguro que estás bien?

—Estás aquí conmigo, no podría encontrarme mejor —Pasó el otro brazo alrededor de su cintura y la recostó sobre la cama—. Creo que podría ocuparme ahora mismo de ese descuido, ¿no crees? Te debo un “te amo” o dos.

—Dos —contestó ella con respiración agitada—, aunque puedes decirlo cuantas veces quieras.

—Bien, porque eso era precisamente lo que tenía en mente.

Y se dedicó a resarcir su falta con tanto entusiasmo que ninguno de ellos fue visto durante el resto del día.

## CAPÍTULO 30

Juliet jamás hubiera podido imaginar que la felicidad fuera un sentimiento tan... pacífico, lo que era curioso, porque siempre lo había relacionado con la euforia. Pero bastaron un par de meses al lado de Robert, desde que le confesó que lo amaba, para comprender que en verdad era una mezcla de todas las emociones del mundo.

La euforia estaba entre ellas, por supuesto; así como la pasión, la alegría, esa cuota de complicidad que parecía ser parte tan valiosa en su matrimonio, y sobre todo, el amor. Sin embargo, si se veía en la necesidad de usar una sola expresión para definir cómo se sentía, diría que en paz.

Los días compartidos al lado de su esposo, las risas y tantos momentos juntos, le inspiraban una sensación de tranquilidad y pertenencia que al quedarse dormida cada noche, daba gracias al cielo por haber sido bendecida con esa dicha.

Aún cuando Robert mencionó que le gustaría pasar la mayor parte del año en Rosenthal, sugerencia con la que ella estuvo completamente de acuerdo, decidieron permanecer un tiempo en Londres para enfrentar los comentarios malintencionados que no faltarían después del duelo con Lord Graham.

Para su sorpresa, no obstante, estos fueron mucho menos de los esperados, y según Robert mencionó entre risas, posiblemente su madre tuviera algo que ver con eso. No solo él, como Conde Arlington, contaba con el respeto de buena parte de la sociedad, por lo que jamás se haría un comentario malintencionado en su presencia, sino que Lady Elizabeth Arlington era una mujer con muchas amistades y una poderosa influencia que sabía cuándo utilizar.

Si bien a ellos no les dijo una sola palabra acerca del duelo, aunque Juliet no dudaba de que hubiera deseado hacerlo, bastó que se cuidara bien de no faltar a una sola de las veladas a los que ellos asistían, y unos cuantos comentarios aparentemente inofensivos, para que la mayor parte de las matronas chismosas decidieran que era mejor centrar sus energías en blancos menos peligrosos.

Luego, gracias al obvio enamoramiento de la pareja, empezaron a ser vistos con respeto y admiración, algo que a ellos en verdad les tenía sin cuidado, pero, ya que parecía mantenerlos al margen de habladurías, no tenían motivos de queja.

Juliet recibió con cierta tristeza la noticia de la partida de su tío a Francia, especialmente porque Daniel decidió acompañarle sin una sola queja, gesto que la familia aplaudió, aunque ella sabía el verdadero motivo de sus actos.

Cuando se lo mencionó a su esposo, este le dijo que tal vez fuera lo mejor, ya que el cambiar de país, y asumir algunas responsabilidades, podría hacerle mucho bien a su carácter, y ella no pudo menos que estar de acuerdo.

La fecha para su traslado al campo se acercaba y a Juliet esto la emocionaba mucho, ya que sabía que iba a disfrutar la vida en Rosenthal. Sin embargo, a veces, por más que luchaba contra ello, no podía evitar pensar en su sueño olvidado de regresar a la tierra de sus padres. No se arrepentía en absoluto de su decisión, claro; no le mintió a Robert al decir que no importaba donde viviera, siempre que fuera a su lado. Pero la seguridad de que no podría volver nunca a América la sumía en una añoranza poco frecuente, y que no sabía cómo ocultar.

Una de esas noches en las que se cepillaba el cabello frente al espejo de su tocador, con la mirada ensimismada, Robert entró en su dormitorio, como hacía siempre, sin llamar, y se colocó a su lado, quitándole con delicadeza el cepillo de las manos y poniéndose en cuclillas frente a ella.

—¿Qué puedo ofrecer por tus pensamientos?

Juliet fingió pensarlo e hizo un mohín divertido.

—No lo sé, son bastante valiosos... —Se rió y pasó una de sus manos por su rostro—. ¿Qué te parece un beso?

—¿No es demasiado? —Fue su turno de reír al ver su expresión ofendida—. Era solo una broma, lo juro.

—Milord cree que es muy gracioso.

—Y milady es muy susceptible —Besó el hombro que dejaba libre el camisón y le guiñó un ojo—. Allí está tu precio, habla.

Juliet suspiró y su sonrisa se esfumó, en tanto se ponía de pie y daba un par de vueltas por la habitación, ante la atenta mirada de Robert.

—Estoy emocionada por nuestra vida en Rosenthal.

Su esposo enarcó una ceja con escepticismo.

—¿Solo eso?

—Bueno, sí, claro, ¿no lo estás tú?

—Más que nada en el mundo —La alcanzó con un par de zancadas y sujetó sus manos, haciéndole un gesto para que lo mirara a los ojos—. Sé de qué se trata, Juliet, y estuve pensando al respecto.

Ella frunció el ceño, contrariada por su observación; pero esperó a que continuara.

—Te amo tanto que podría ser completamente feliz tan solo con estar a tu lado, en cualquier lugar del mundo.

—Yo también.

—Lo sé, y por eso se me ocurrió que podríamos hacer un pequeño viaje — Ella entendió de inmediato lo que insinuaba y sus ojos brillaron—. ¿Qué opinas? ¿Estás dispuesta a partir a la aventura con tu esposo?

Juliet asintió emocionada y lo abrazó.

—Hasta el fin del mundo.

## EPÍLOGO

Lo que en opinión de Robert diferenciaba más Nueva York de Londres era cierto aire de ciudad casi naciente, pese a que no lo era tanto en verdad; pero al compararla con la antigua capital europea, era imposible no pensarlo.

Las calles atestadas por carruajes y personas andando de un lado a otro, en cambio, sí que le recordaba a Londres, aunque aquí había un apresuramiento mayor, como si el tiempo transcurriera más rápido, algo que a decir verdad, no le agradó del todo. Sin embargo, se cuidó de hacer algún comentario al respecto para no empañar la felicidad de Juliet, que contemplaba cada rincón por el que pasaban con un entusiasmo que lo emocionaba.

Cada vez que veía su rostro sonriente, se alegraba por su decisión de viajar a América pese al serio riesgo que corría. Si ella deseaba quedarse, aún cuando pretendiera ocultárselo para no lastimarlo, él lo sabría, y no estaba seguro de poder negarle esa alegría.

Tan pronto como bajaron del barco, después de un viaje agotador, se dirigieron al hotel que su emisario en la ciudad había buscado para ellos, y debió reconocer que era mucho más impresionante que sus similares en varias ciudades de Europa.

Juliet apenas le dio tiempo para refrescarse antes de tomarlo del brazo y casi arrastrarlo en busca de un carruaje que los pasara por la ciudad, algo que disfrutó tanto como ella, porque ver Nueva York a través de sus ojos era casi mágico.

Dejó en sus manos el ordenarle al cochero que los llevara a los lugares que deseaba visitar, y no le extrañó que tras un par horas dando vueltas por las calles más concurridas, le diera algunas señas que él supuso debían de ser las de su antiguo hogar.

Ya su esposa le había contado detalladamente cómo era el lugar en el que creció, su infancia y lo mucho que recordaba a sus padres, si bien pasó mucho más tiempo con su padre, un hombre encantador, como ella le llamaba.

Cuando el carruaje se detuvo frente a una hermosa propiedad en las afueras de la ciudad, Juliet lo miró con emoción, se sujetó de su mano, y se negó a soltarlo ni siquiera para bajar del vehículo.

Caminaron bajo unos arcos muy delicados y acordes con el amplio jardín que se encontraba perfectamente cuidado, lo mismo que toda la propiedad.

—Los Wilkinson son personas maravillosas, Robert, han pasado tantos años, y aun así siento como si me hubiera ido ayer.

Él sabía que se refería a esos parientes lejanos que se ofrecieron a hacerse cargo de su cuidado tras la muerte de sus padres, pero que dimitieron al llegar Lady Ashcroft en su busca. De cualquier forma, prometieron encargarse de los bienes de la familia y habían cumplido de un modo extraordinario.

El mayordomo, que los esperaba en cualquier momento, según indicó tras recibir la carta en la que avisaban de su llegada, los recibió en la entrada con el resto de la servidumbre, y aún cuando no era el mismo que se encargara de la casa durante la infancia de Juliet, ella se dirigió a él con mucho afecto.

Se mostró extrañado de que no llegaran con su equipaje, y Robert hubiera jurado que vio una expresión reprobadora cuando le informaron que se hospedaban en un hotel de la ciudad. No lo culpaba en absoluto, cualquier mayordomo que se preciara de serlo hubiera hecho exactamente lo mismo.

Una vez que los presentaron a todo el servicio, lo que llevó un poco de tiempo para desespero de Juliet, al fin pudieron entrar en la casa, y una vez más de su mano, la recorrieron a solas, tras asegurarle al mayordomo que se quedarían a tomar el té.

Visitaron el amplio comedor, el salón en que Juliet y sus padres acostumbraban a pasar el tiempo, la amplia biblioteca que parecía haber sido abastecida con nuevos títulos pese a su abandono, y luego fueron hacia el siguiente piso, donde su esposa lo arrastró de una habitación a otra, hablándole de sus padres y de su niñez.

Robert la contemplaba con una mezcla de amor y alegría; hubiera sido muy egoísta de su parte pensar en que tanta emoción era peligrosa; Juliet se veía inmensamente feliz y él era incapaz de arruinarlo de alguna forma.

Solo cuando hubieron visitado cada habitación al menos dos veces, ella

pareció lo bastante agotada para que fuera posible convencerla de que debían darse un descanso y tomar ese té prometido en su salón favorito.

Cuando estuvieron allí, juntos en uno de los sillones más cómodos, y una vez que la doncella dejó la bandeja con el servicio, Juliet se recostó en su hombro y suspiró.

—Es tal y como la recordaba.

—Puedo imaginarlo —Él acarició su cabello con dulzura—; me has hablado tanto de ella que es casi como si la conociera.

—¿He sido tan fastidiosa?

—Tú nunca podrías serlo, no para mí, al menos.

Ella sonrió y se deshizo de su abrazo para encargarse de servir el té.

—Me tomaré eso como un halago.

—Gracias a Dios.

Bebieron en silencio, mientras Juliet miraba con expresión concentrada cada rincón de la habitación, demorando un poco con algún objeto que traía a su memoria un recuerdo en especial.

Mientras ella hacía esto, Robert observaba con atención su rostro e intentaba descifrar cada uno de sus gestos, pero no podría afirmar con seguridad lo que pasaba por su mente.

—¿Crees que es muy diferente del salón en casa de los Ashcroft?

Su pregunta le sorprendió, en parte porque se volvió a mirarlo de golpe, y también por su expresión indecisa.

—Bueno, no estoy seguro, no he pasado mucho tiempo allí, y esta es mi primera visita, pero me atrevería a decir que no, no creo que sean muy diferentes, aunque tiene un aspecto más... no lo sé, ¿cálido? —Miró con más atención la amplia chimenea y los ventanales desde los que se podía contemplar el jardín—. Sí, creo que es eso.

Juliet asintió, dando otra mirada alrededor, sin dejar de fruncir el ceño.

—Pensé que serían mucho más diferentes, como estar en otro mundo —le dijo al cabo de un momento, con voz queda—, pero no es así; podría ser cualquier salón, en cualquier casa, en cualquier lugar de la tierra.

A Robert le extrañó aún más esa declaración, y que pasara de exhibir una mueca ligeramente defraudada a otra más reconfortada.

—Tuviste razón todo el tiempo, ¿lo sabías? —continuó, acomodando su falda para mirarle con más atención—. Me dijiste muchas veces que mi sentido de pertenencia a este lugar estaba ligado a mis recuerdos, y es verdad. Si cierro los ojos, puedo ver a mis padres sentados en este mismo sillón, y a mí sobre las piernas de mi padre; pero ahora que no están, aunque tengo muchos recuerdos hermosos, no puedo sentir lo mismo.

Él comprendió a lo que se refería y apretó una de sus manos con cuidado, sin dejar de observarla.

—Sé que si estuviera aquí, a solas, me sentiría devastada por lo que ya no puedo recuperar, pero como estás conmigo, puedo apreciarlo sin que me dañe. Eso es algo que no podía hacer cuando vivía con los Ashcroft, porque allí era muy infeliz, sin importar cuán bella fuera su casa o cuánto parecido tuviera con esta; allí no tenía amor, y por eso pensaba que solo lo experimentaré una vez más si regresaba, pero estaba equivocada, ¿me comprendes?

—Sí, lo hago.

—Sabía que lo harías, siempre lo haces —Ella suspiró y volvió a recostarse contra él sin permitirle soltar su mano—. Pienso en la casa de Londres, o en Rosenthal, y aún cuando son hermosos, no me imagino siendo feliz allí si no estás tú conmigo. El hogar no son paredes y objetos, Robert, son las personas que están a nuestro lado. Mi hogar eres tú.

Él exhaló un suspiro de alivio y pasó un brazo sobre sus hombros.

—Y tú eres el mío; aquí, en Londres, donde lo desees, estaré contigo.

—Siempre sabes qué decir —Levantó el rostro para mirarlo a los ojos, y a él le sorprendió ver sus ojos empañados de lágrimas—. Te amo tanto, Robert, que me muero de miedo con la sola idea de perderte.

—Creo que no tendrás que preocuparte por eso en mucho, mucho tiempo.

—¿Lo prometes?

—Lo juro —La besó con pasión y solo se alejó al cabo de unos minutos para recuperar el aliento—. ¿Y bien? ¿Volveremos a Londres o debemos decirle a ese mayordomo impertinente que haga traer nuestro equipaje del hotel?

Juliet negó con un gesto seguro.

—No, creo que preferiría volver a casa —Él amó la forma en que se refería a su hogar—, aunque creo que me gustaría regresar en el futuro, la ciudad es hermosa y puede ser divertido explorarla, ¿no crees?

—Milady querida, me parece una excelente idea.

—Bien, ya era hora de que tuviera una sola mía —Rió sobre sus labios, y justo antes de besarlo, dijo algo con voz muy queda—. Además, tu madre jamás me perdonaría que su nieto naciera fuera de Inglaterra.

Robert, embriagado por sus besos y la felicidad de saber que no tendría que angustiarse más por su futuro, juntos, tardó un poco en reaccionar a esas palabras, y cuando lo hizo, la separó con un movimiento más brusco de lo que hubiera deseado, pero estaba demasiado sorprendido para actuar con coherencia.

—¿Estás...? ¿Ahora? ¿Estás segura?

Juliet asintió y le dirigió una sonrisa cómplice.

—No sé qué decir.

—Sonaría muy bien si dijeras que estás feliz, que deseas a este hijo tanto como yo, y que construiremos un hermoso hogar para él; sí, creo que eso estaría bien.

Robert la abrazó con tanto ímpetu que casi le quita el aire, y tuvo que darle un par de golpecitos en la espalda para que la soltara.

—Lo siento tanto —Nunca había estado tan emocionado en toda su vida, era una alegría indescriptible que no sabía cómo expresar—. Claro que estoy feliz, no sabes cuánto; no puedo esperar a verlo, y te juro por lo más sagrado,

que es mi amor por ti, que nuestro hijo tendrá el mejor hogar del mundo.

Ella se pasó una mano por las mejillas para secarse las lágrimas y sonrió pese a sus labios temblorosos.

—¿Lo ves? No fue tan difícil.

Robert correspondió a su sonrisa y se dijo que jamás hubiera podido imaginar que encontraría el amor al caer de un caballo, y mucho menos que una muchacha obstinada con vocación de tormenta se convertiría en el ser más importante de su vida.

Aún más, estuvo seguro de que sería inmensamente feliz en su vida con ella, porque para él, Juliet no solo era un vendaval, era también su calma, y él planeaba disfrutar de cada segundo a su lado.

FIN

## Agradecimientos

A mi familia, por ser, por estar, y en especial a mi padre por todo lo que significa en mi vida, por haber inculcado en mí el gusto por la escritura sin saberlo, porque cada paso que doy y cada nuevo proyecto nace con el sueño de hacerlo sentir orgulloso.

A Araceli, por su apoyo desde el inicio en esta aventura, por estar allí a cada momento y por el regalo de su amistad.

A Helena, por leer cada una de mis historias y darme ánimos para seguir.

A Raquel Campos, Dama N. Prayton, Lury Margud, Arman Laurencó, Lorraine Cocó, Julianne May, Elizabeth Bowman, Elizabeth Urian, Enrique García, María Border. Todos autores a quienes admiro, y a quienes me alegra llamar amigos.

A Andrea, Anabel, Maribel, María, Sonia, Vero, Albanta, Silvia y Marta. Amigas Bloggers o Bloggers amigas; la distinción prácticamente no existe, y qué gusto me da que así sea.

Y a todos los que me han alentado a seguir por este camino, a cada una de las personas que le han dado una oportunidad a mis historias, a quienes comparten sus impresiones con tanta generosidad, y desde luego también gracias a cada miembro del equipo de Romantic; por apostar por mí y por mi obra, mil gracias.



## Table of Contents

<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 27</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 28</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 29</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 30</u></a>

EPÍLOGO  
Agradecimientos